

ARNALDUR INDRIDASON

Invierno ártico

UN CASO DEL INSPECTOR ERLENDUR SVEINSSON



Lectulandia

En enero, el implacable invierno islandés se adueña por completo de la isla. Elías, un niño de diez años, ha aparecido apuñalado cerca de su casa y en estado de congelación. La víctima del homicidio es el hijo de una inmigrante tailandesa que trabaja duro para mantener a su familia desde que su marido islandés les abandonó. El inspector Erlendur Sveinsson y sus inseparables ayudantes Sigurður Óli y Elínborg son los encargados de llevar a cabo la desagradable tarea de resolver un asesinato en el que no faltan sospechosos. Erlendur y sus compañeros se verán obligados a ahondar en el pasado de la familia y a sumergirse en las profundidades de la sociedad islandesa.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

Invierno ártico

Inspector Erlendur Sveinsson - 07

ePub r1.1

Titivillus 04.02.15

Título original: *Vetrarborgin*
Arnaldur Indridason, 2005
Traducción: Enrique Bernárdez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS ISLANDESES

Los islandeses siempre se tratan por el nombre de pila, puesto que la mayoría de ellos tienen un patronímico que termina en —son en el caso de los hijos, y en —dóttir en el caso de las hijas. Los nombres de las personas no se ordenan por el apellido, sino por el nombre, incluso en la guía telefónica. Aunque pueda parecer extraño, los policías, a pesar de las jerarquías, se llaman por el nombre de pila, y también entre policías y criminales.

El nombre completo de Erlendur es Erlendur Sveinsson, y el de su hija, Eva Lind Erlendsdóttir. Los matronímicos son menos frecuentes, aunque también se usan, cada vez más. En tal caso, una niña llamada Audur, cuya madre se llama Kolbrún, sería Audur Kolbrúnardóttir (la hija de Kolbrún).

Sin embargo, algunas familias tienen apellidos tradicionales que pueden ser nombre de lugar, adaptaciones de nombres islandeses al estilo danés o derivados directamente del danés como resultado del gobierno colonial que duró hasta principios del siglo xx. Briem es uno de esos apellidos y por ello no revela el género de su propietario. En el caso de Marion Briem, el ambiguo nombre de pila hace incrementar la intriga.

Por otra parte, los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan frecuentemente con sus significados. Por ejemplo, Erlendur quiere decir «forastero».

¿... quién seré yo, el que sigue vivo o el que murió?

STEINN STEINARR, *En el cementerio*

1

Se podía deducir su edad, pero era más difícil hacerse una idea sobre su lugar de origen.

Pensaban que tendría unos diez años. Llevaba un anorak gris, desabrochado, con capucha, y pantalones de camuflaje, de colores verde y marrón, como los militares. En la espalda llevaba una mochila escolar. Una de las botas se le había caído y vieron que el calcetín tenía un agujero. Por él asomaba un dedo. El muchacho no llevaba guantes ni gorro. El pelo negro se le había congelado. Estaba tumbado sobre el vientre, con una mejilla vuelta hacia ellos, y sus ojos muertos los miraban desde la tierra helada. Debajo de él había un charco de sangre que había empezado a helarse.

Elínborg se puso en cuclillas al lado del cuerpo.

—Dios mío —suspiró—. ¿Cómo es posible?

Acercó la mano como si quisiera tocar el cuerpo. Parecía como si el niño se hubiera tumbado a descansar. Estaba muy afectada. Como si se negara a creer lo que veía.

—No lo toques —dijo Erlendur con calma. Estaba junto al cuerpo, acompañado por Sigurður Óli.

—Debió de pasar mucho frío —dijo Elínborg en voz baja, y retiró la mano.

Estaban a mediados de enero. El invierno había sido aceptable hasta Nochevieja, cuando empezó a hacer bastante frío. Una coraza de hielo duro cubría el suelo y el viento del Norte silbaba y aullaba junto al bloque de apartamentos. Grandes ráfagas de nieve barrían la tierra. Los copos se acumulaban en pequeños montones aquí y allá, y la fina nieve de la superficie formaba remolinos con el aire. El viento polar les mordía el rostro, se les colaba en la ropa y les llegaba hasta los huesos. Erlendur hundió aún más las manos en los bolsillos del grueso abrigo y tiritó. El cielo estaba encapotado y casi reinaba la oscuridad, aunque apenas eran las cinco.

—¿Por qué fabricarán esos pantalones militares para niños? —preguntó.

Estaban los tres apiñados sobre el cuerpo del muchacho. Las luces azules de los coches patrulla se reflejaban en el bloque de apartamentos y las casas unifamiliares cercanas. Unos cuantos transeúntes se habían ido juntando alrededor de los coches. Los primeros periodistas ya habían llegado. Los de la Científica hacían fotos como locos y sus flashes competían con las luces parpadeantes. Tomaban muestras del lugar en el que yacía el muchacho, y de todo lo que había alrededor. Estaban en la primera fase de la investigación del escenario del crimen.

—Esos pantalones están de moda —dijo Elínborg.

—¿Te parece mal que los niños lleven estos pantalones? —preguntó Sigurður Óli.

—No lo sé —dijo Erlendur—. Sí, me parece raro —concluyó.

Recorrió con la mirada el bloque de apartamentos. En algunos lugares había gente en los balcones, a pesar del frío, mirando. Otros se mantenían en el interior y se contentaban con mirar por las ventanas. Pero la mayor parte de los inquilinos aún

estaba trabajando, y las ventanas de sus apartamentos estaban cerradas. Habría que ir por todos los pisos a hablar con la gente del bloque. El testigo que encontró al muchacho dijo que vivía allí. A lo mejor estaba solo y se cayó por el balcón, y entonces todo se podría explicar como un absurdo accidente. Erlendur prefería esa opción a que alguien hubiera matado al niño, cosa que le parecía imposible.

Miró a su alrededor. El patio del bloque no parecía estar demasiado cuidado. En el centro del patio había un pequeño parque de juegos infantiles con gravilla en el suelo. Había dos columpios, uno roto, con el asiento colgando, meciéndose con la brisa; un tobogán de hierro que alguna vez estuvo pintado de rojo pero que ahora estaba desconchado y oxidado; y un sencillo balancín con dos diminutos sillines: un extremo se había quedado congelado en el suelo, el otro apuntaba al aire como un gigantesco cañón de escopeta.

—Tenemos que encontrar la bota —dijo Sigurður Óli.

Todos miraron el calcetín agujereado.

—No me lo puedo creer —dijo Elínborg con un suspiro.

Los miembros de la sección de investigación buscaban huellas en el patio, pero había comenzado a oscurecer y no parecía haber huella alguna en el hielo endurecido. El patio estaba cubierto por una capa de hielo muy resbaladiza, con pequeños claros de hierba aquí y allá. El médico jefe del distrito de Reikiavik ya había certificado la defunción y permanecía en un lugar en el que creía que podía resguardarse del viento del Norte e intentaba encender un cigarrillo. No estaba seguro de la hora de la muerte. Seguramente no hacía ni una hora, pensaba. Dijo que un especialista en medicina forense necesitaba comparar la temperatura exterior y la corporal para calcular la hora del deceso. En la primera inspección de urgencia no había podido descubrir la causa del fallecimiento. Probablemente una caída, dijo, y alzó los ojos hacia el siniestro edificio.

No habían movido el cuerpo. Un forense venía de camino. A ser posible, quería ver el escenario e inspeccionar las circunstancias de la muerte con la policía. Erlendur estaba preocupado porque cada vez había más gente a la entrada del bloque de apartamentos que podía ver el cadáver iluminado por los flashes. Los coches pasaban despacio porque los ocupantes también querían ver la escena. Estaban montando unos pequeños focos para explorar mejor el entorno. Erlendur sugirió a un policía que protegiera el perímetro de los mirones.

Desde el patio se podía ver que las puertas de todos los balcones desde los que se podía haber caído el niño parecían cerradas. Las ventanas también lo estaban. El bloque de apartamentos era todo menos pequeño, formado por seis pisos y cuatro escaleras. No estaba bien conservado. Las barandillas metálicas de los balcones estaban oxidadas. La pintura estaba descolorida y en algunos lugares se veían desconchones en la fachada. Desde donde se encontraba, Erlendur vio dos ventanales con grandes grietas, cada una de un apartamento distinto. Nadie los había cambiado por otros nuevos.

—¿Podría tratarse de un crimen racial? —dijo Sigurður Óli, mirando el cadáver del niño.

—Creo que será mejor no hacer suposiciones —dijo Erlendur.

—¿Es posible que estuviera trepando por la fachada del edificio? —preguntó Elínborg, volviendo a mirar el bloque.

—Los chavales se dedican a las cosas más insospechadas —dijo Sigurður Óli.

—Tenemos que saber si podía estar trepando por los balcones —dijo Erlendur.

—¿De dónde puede ser? —se preguntó Sigurður Óli.

—Me parece que es asiático —dijo Elínborg.

—Puede ser tailandés, filipino, vietnamita, coreano, japonés, chino... —enumeró Sigurður Óli.

—¿Y si nos limitamos a decir que es islandés, hasta que sepamos más? —dijo Erlendur.

Se mantuvieron en silencio en medio del frío, mirando el montón de nieve que iba acumulándose junto al muchacho. Erlendur observó a los transeúntes curiosos que había en la entrada del edificio, donde estaban los coches patrulla. Luego se quitó el abrigo y lo puso encima del cadáver.

—¿Eso no puede afectar a la investigación? —dijo Elínborg mirando a los científicos. Según la ley, ellos no podían tocar el cuerpo hasta que les autorizaran a hacerlo.

—No lo sé —dijo Erlendur.

—No es demasiado profesional —dijo Sigurður Óli.

—¿Nadie ha echado en falta al niño? —dijo Erlendur, sin escuchar lo que había dicho Sigurður Óli—. ¿Nadie ha preguntado por un niño de esta edad que ande perdido?

—Lo comprobé por el camino —dijo Elínborg—. A la policía no le ha llegado ninguna denuncia.

Erlendur bajó la vista y miró su abrigo. Sentía frío.

—¿Quién lo encontró?

—Está en uno de los portales —dijo Sigurður Óli—. Nos esperó. Llamó desde su móvil. Hoy día, todos los niños tienen móvil. Dijo que había tomado un atajo por el patio del bloque al volver del colegio y se encontró el cuerpo.

—Voy a hablar con él —dijo Erlendur—. Vosotros mirad si hay huellas del niño en el patio. Si sangró, quizás haya un rastro. Puede que no sea una caída.

—¿Eso no es trabajo de la Científica? —dijo Sigurður Óli entre dientes, pero los otros dos no le oyeron.

—Parece que no le atacaron en el patio —dijo Elínborg.

—Y por lo que más queráis, encontradme la otra bota —dijo Erlendur, antes de ponerse en marcha.

—El que lo encontró —dijo Sigurður Óli.

—Sí —dijo Erlendur, dándose la vuelta.

—También es de co... —Sigurður Óli vaciló.

—¿Cómo?

—Hijo de inmigrantes —dijo Sigurður Óli.

El muchacho estaba sentado en la escalera de uno de los portales del bloque, acompañado por una mujer policía. Llevaba el equipo de deporte hecho una bola en una bolsa de plástico amarilla. Miró a Erlendur con desconfianza. No habían querido que se sentara en un coche patrulla. Eso hubiera despertado sospechas sobre su participación en la muerte del niño, y alguien pensó que sería mejor que esperara en el portal.

El pasillo estaba sucio y olía a porquería mezclada con humo de tabaco y olor de comida procedente de los apartamentos. El gres del suelo estaba rajado y en la pared se veía un graffiti que Erlendur apenas pudo descifrar. Los padres del joven aún estaban trabajando. El muchacho tenía la piel morena, el pelo liso y muy negro, todavía húmedo de la ducha, y unos grandes dientes blancos. Llevaba un plumón grueso, pantalones vaqueros y una gorra en la mano.

—Hace un frío horrible —dijo Erlendur, frotándose las manos.

El chico no dijo nada.

Erlendur se sentó a su lado. El muchacho dijo que se llamaba Stefán y que tenía trece años. Siempre había vivido en el bloque de más abajo. Dijo que su madre era filipina.

—Supongo que te llevarías un buen susto al encontrártelo —dijo Erlendur tras un momento de silencio.

—Sí.

—¿Sabes quién es? ¿Le conocías?

Stefán le había dado a la policía el nombre del niño y el número del apartamento en el que vivía. Era en aquel mismo bloque, pero en otra escalera, y la policía estaba intentando localizar a sus padres. En el piso no respondía nadie. Lo único que Stefán sabía de la familia era que la madre del muchacho fabricaba dulces, y que él tenía un hermano. Dijo que no conocía demasiado al chico, ni tampoco a su hermano. No hacía mucho que vivían allí.

—Le llamaban Elli —dijo el muchacho—. En realidad, se llamaba Elías.

—¿Estaba muerto cuando lo encontraste?

—Sí, creo que sí. Le toqué pero no se movió.

—¿Y nos llamaste? —dijo Erlendur como si le pareciese conveniente animar al muchacho—. Hiciste muy bien. Has hecho lo que debías. ¿A qué te refieres con eso de que «la madre fabrica dulces»?

—Trabaja en un taller o algo así, donde fabrican dulces.

—¿Sabes qué le ha pasado a Elli?

—No.

—¿Conocías a sus amigos?

—No mucho.

—¿Qué hiciste después de moverlo?

—Nada —dijo el muchacho—. Llamé a la poli y ya está.

—¿Sabes el número de la poli?

—Sí. Cuando vengo del colegio me quedo solo en casa, y mamá quiere estar segura. Dice...

—¿Qué dice?

—Mamá dice que tengo que llamar a la policía enseguida si...

—¿Si qué?

—Si pasa algo.

—¿Qué crees que puede haberle pasado a Elli?

—No lo sé.

—¿Has nacido en Islandia?

—Sí.

—¿Y Elli también? ¿Lo sabes?

El muchacho, que había estado con la cabeza baja, mirando el gres del portal, centró su mirada en Erlendur.

—Sí —respondió.

Elínborg irrumpió en el vestíbulo por la puerta de la calle. Un delgado cristal separaba el vestíbulo y la escalera, y Erlendur vio que llevaba en la mano el abrigo que se había dejado. Sonrió al niño y le dijo que a lo mejor volvía a hablar con él después, y se levantó para acercarse a Elínborg.

—Sabes que no puedes interrogar a un niño si no es en presencia de sus padres o tutores, o del personal de la Agencia de Protección de Menores, y todo eso —dijo la mujer bruscamente, entregándole el abrigo.

—No estaba interrogándole —dijo Erlendur—. Solo le pregunté cosas muy generales sobre el caso. —Miró el abrigo—. ¿Ya se han llevado al niño?

—Va camino del depósito. No es una caída. Encontraron huellas.

Erlendur hizo una mueca.

—El muchacho entró en el patio por el lado oeste —dijo Elínborg—. Allí hay un camino peatonal. Se supone que estaba iluminado, pero uno de los inquilinos nos dijo que la bombilla de una de las farolas siempre estaba rota. El chico entró en el patio trepando por la verja. Encontramos sangre. Allí perdió la bota, probablemente al saltar por encima.

Elínborg respiró hondo.

—Alguien lo apuñaló —dijo—. Murió tras haber recibido una cuchillada en el vientre. Había un charco de sangre debajo, y probablemente se congeló al instante.

Elínborg se quedó callada.

—Iba hacia su casa —dijo entonces.

—¿Es posible saber dónde le apuñalaron?

—Estamos en ello.

—¿Ya han localizado a los padres?

—Su madre está de camino. Se llama Sunee. Es tailandesa. No le hemos dicho lo que ha pasado. Será espantoso.

—Quédate tú con ella —dijo Erlendur—. ¿Y qué hay del padre?

—No lo sé. En el timbre de la puerta hay tres nombres. Uno me parece que es algo así como Niran.

—Tengo entendido que tiene un hermano —dijo Erlendur.

Abrió la puerta para dejar pasar a Elínborg, y los dos salieron hacia el vendaval del norte. Elínborg se quedó a esperar a la madre. La acompañaría al tanatorio. Un policía acompañó a Stefán a su casa, donde le tomarían declaración. Erlendur volvió al patio del bloque. Se puso el abrigo. El trozo de tierra en el que había yacido el muchacho estaba negro.

Caído estoy en tierra.

Erlendur recordó ese fragmento de un viejo poema mientras estaba allí en silencio, sumido en sus pensamientos, mirando el lugar donde había yacido el muchacho. Levantó los ojos para mirar el tétrico bloque de apartamentos y finalmente se puso en marcha con mucho cuidado, saltando la espesa capa de hielo que lo separaba de la zona de juego y sujetándose en el gélido metal del tobogán. Sintió como el frío penetraba por su mano.

*Caído estoy en tierra,
helado, no puedo librarme...*

Elínborg acompañó a la madre del niño al depósito de la calle Barónsstígur. Era una mujer pequeña y delicada, de unos treinta y cinco años, fatigada tras un largo día de trabajo. Su cabello espeso y oscuro estaba recogido en una coleta, y su rostro era redondo y afable. La policía había averiguado dónde trabajaba y enviaron a dos hombres a buscarla. Los agentes necesitaron cierto tiempo para explicarle lo que había sucedido, y que debía acompañarlos. Ante el bloque recogieron a Elínborg quien, al sentarse en el coche, se dio cuenta de que necesitarían un intérprete. Se pusieron en contacto con la Casa Internacional, que envió a una mujer que se reuniría con ellos en el depósito.

La intérprete aún no había llegado cuando Elínborg se presentó con la madre. Condujo a la mujer al depósito, donde las recibió el forense. Cuando la madre vio a su hijo, dejó escapar un gemido desgarrador y se hundió en los brazos de Elínborg. Gritó algo en su lengua. En esos momentos llegó la intérprete, una mujer islandesa, de la misma edad que la madre, y Elínborg y ella intentaron calmarla. Elínborg tuvo la sensación de que las dos se conocían. La intérprete intentó hablar a la madre en tono tranquilizante, pero la pobre mujer estaba abrumada por el dolor y la desesperación, se deshizo de ella y se echó sobre el muchacho, llorando con violencia.

Finalmente lograron llevársela del depósito y meterla en un coche patrulla, que las condujo directamente a casa de la madre. Elínborg le dijo a la intérprete que la madre de la víctima tendría que llamar a familiares o amigos para que la acompañaran en aquella dolorosa prueba, alguien cercano y en quien confiara. Inmediatamente, la intérprete tradujo sus palabras, pero la madre no respondió ni mostró reacción alguna.

Elínborg le explicó a la intérprete que habían encontrado a Elías en el patio del bloque de apartamentos. Le describió la investigación de la policía y le pidió que transmitiese aquella información a la madre.

—Sunee tiene un hermano en el país —dijo la intérprete—. Me pondré en contacto con él.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó Elínborg.

La intérprete asintió con la cabeza.

—¿Has vivido en Tailandia?

—Sí, varios años —dijo la intérprete—. La primera vez fui como estudiante en un intercambio.

La intérprete le dijo que se llamaba Guðný. Era morena y llevaba unas gafas muy grandes. Delgada y más bien baja, vestía un grueso jersey debajo de un abrigo negro, y pantalones vaqueros. Sobre los hombros llevaba un chal de lana blanco.

Cuando llegaron al bloque, la mujer pidió que le enseñaran dónde habían encontrado a su hijo, y la acompañaron al patio trasero. Reinaba la oscuridad, pero la

Científica había instalado reflectores y tenía el lugar acordonado. La noticia del crimen se había extendido con rapidez. Elínborg observó la presencia de dos ramos de flores junto a la entrada del bloque, donde cada vez se iba congregando más gente que guardaba silencio junto a los coches de policía y se limitaba a observar lo que sucedía.

La madre entró en el perímetro acordonado. Los técnicos, vestidos con un mono blanco, dejaron de trabajar y la miraron. Enseguida estuvo sola con la intérprete en el lugar donde habían encontrado a su hijo; lloraba. Se agachó y puso la palma de la mano sobre la tierra.

Erlendur apareció de pronto, saliendo de la oscuridad, y se quedó observándola.

—Deberíamos subir a su casa —le dijo a Elínborg, quien asintió.

Estuvieron un buen rato pasando frío, esperando a que las dos mujeres abandonaran el lugar. Finalmente salieron del patio y entraron en el portal donde vivía la madre. Elínborg le presentó a Erlendur y dijo que era el comisario a cargo de la investigación de la muerte de su hijo.

—Quizá prefieras hablar con nosotros más tarde —dijo Erlendur—. Pero cuanto antes tengamos información, mejor, y cuanto más tiempo pase desde que se cometió el crimen, más difícil será encontrar a quien lo hizo.

Erlendur se calló para que la intérprete pudiera traducir sus palabras. Estaba a punto de seguir, cuando la madre le miró y dijo algo en tailandés.

—¿Quién lo ha hecho? —dijo al momento la intérprete.

—No lo sabemos —respondió Erlendur—. Lo averiguaremos.

La madre se volvió hacia la intérprete y dijo algo con gesto de gran preocupación.

—Tiene otro hijo y le preocupa dónde pueda estar —dijo la intérprete.

—¿Ella no lo sabe? —preguntó Erlendur.

—No —dijo la intérprete—. Terminaba el colegio a la misma hora que su hermano pequeño.

—¿Él es el mayor?

—Le lleva cinco años.

—¿De modo que tiene...?

—Quince años.

La madre subió de prisa la escalera delante de ellos hasta que llegaron al quinto piso, el penúltimo. A Erlendur le extrañó que no hubiese ascensor en un edificio tan alto.

Sunee abrió la puerta del apartamento con la llave y empezó a gritar algo antes de abrirla del todo. Erlendur pensó que debía de gritar el nombre de su otro hijo. La mujer corrió por el apartamento y se quedó sin saber qué hacer, como abandonada, hasta que la intérprete la abrazó, la llevó al salón y se sentó con ella en el sofá. Erlendur y Elínborg las siguieron, y tras ellos entró un hombre bastante delgado, que subió las escaleras corriendo y dijo que era el párroco del barrio, especializado en situaciones de crisis. Se presentó a Erlendur y se ofreció a colaborar.

—Tenemos que encontrar al hermano —dijo Elínborg—. Espero que no le haya sucedido nada.

—Esperemos que no fuera quien lo hizo —dijo Erlendur.

Elínborg le miró con asombro.

—¡Qué ideas se te ocurren!

Miró a su alrededor. Sunee vivía en un pequeño piso de tres habitaciones. Desde la entrada se pasaba directamente al salón, y a la derecha había un pasillito que llevaba al baño y a dos dormitorios. La cocina estaba junto al salón. El apartamento olía a especias orientales y a manjares exóticos, y estaba muy ordenado, decorado con objetos tailandeses. Por todas partes había fotos, en las paredes y en las mesas, y Erlendur pensó que serían de familiares de la madre, que se habían quedado en las antípodas.

Erlendur se sentó bajo una sombrilla roja de cartón con un dragón amarillo dibujado. La sombrilla era una gran pantalla de lámpara sujeta al techo. La intérprete dijo que iba a preparar té y Elínborg la acompañó a la cocina. Sunee se sentó en el sofá. Erlendur calló, esperando que la intérprete volviera de la cocina. El cura se sentó al lado de Sunee. Guðný sabía algo de la vida de Sunee y, mientras estaban en la cocina, se lo contó a Elínborg en voz baja. Era de un pueblo a doscientos kilómetros de Bangkok. Había crecido en una casa diminuta en la que se apiñaban tres generaciones. Tenía muchos hermanos y hermanas. A los quince años Sunee se trasladó a la capital con dos de sus hermanos. Se ganaba la vida en trabajos penosos, sobre todo en lavanderías, y vivió en sitios diminutos y desagradables con sus hermanos hasta que cumplió los veinte. Después se las apañó sola y trabajó en una gran empresa textil en la que se fabricaba ropa barata para el mercado occidental. Allí solo trabajaban mujeres, y los salarios eran muy bajos. Por aquella época conoció a un hombre de tierras lejanas, un islandés, en una discoteca muy popular de Bangkok. Era unos años mayor que ella. Jamás había oído mencionar ese país, Islandia.

Mientras la intérprete le contaba la historia a Elínborg y el párroco consolaba a Sunee, Erlendur paseaba por el salón. La casa tenía una atmósfera oriental. Había un altarcito en mitad de una pared, con flores cortadas, barritas de sándalo, un cuenco con agua y una preciosa foto de alguna zona rural de Tailandia. Observó los baratos objetos decorativos, recuerdos y fotos enmarcadas, algunas de ellas con dos muchachos de diferentes edades. Erlendur imaginó que se trataría del difunto y su hermano. Cogió de una mesa la foto del que suponía debía de ser el hermano mayor, y le preguntó a Sunee si lo era. Ella asintió. Erlendur le pidió que se la prestara y fue con ella hasta la puerta, se la dio al agente que estaba de guardia y le dijo que llevase la foto a la jefatura de policía para comenzar la búsqueda del muchacho; que preguntaran a sus compañeros de colegio, a sus profesores y a los vecinos.

Erlendur tenía el móvil en la mano cuando empezó a sonar. Era Sigurður Óli.

Había seguido las huellas del muchacho en el exterior del patio y llegó a un estrecho sendero. Tras este, por un camino poco transitado, entre casas y jardines,

llegó a la pared de la caseta de un transformador eléctrico o una pequeña estación eléctrica, repleta de graffitis. La caseta del transformador estaba a unos quinientos metros del bloque donde vivía el muchacho, y no muy lejos de la escuela del barrio. A primera vista, Sigurður Óli no observó huellas de agresión. Varios agentes se pusieron a buscar el arma homicida con las linternas; miraron en las casas cercanas, en los senderos, en las calles y el terreno que rodeaba la escuela.

—Quiero que me mantengas informado —dijo Erlendur—. Ese lugar está cerca de la escuela, ¿no es así?

—En realidad, es la manzana siguiente. Pero no hay motivo para pensar que el niño fuera apuñalado allí, aunque sea donde termina el rastro.

—Lo sé —dijo Erlendur—. Habla con el personal del colegio, con el director, los profesores. Debemos hablar con el tutor del niño y con sus compañeros de clase. También con sus amigos del barrio. Hay que interrogar a todos los que le conocían o que puedan decirnos algo sobre él.

—Es mi antiguo colegio —dijo Sigurður Óli con voz apagada.

—¿Ah, sí? —dijo Erlendur. Sigurður Óli rara vez contaba algo de sí mismo—. ¿Eres de este barrio?

—Hace mucho que no piso este lugar —dijo Sigurður Óli—. Vivimos aquí dos años. Luego nos mudamos.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Crees que tus antiguos profesores se acordarán de ti?

—Espero que no —dijo Sigurður Óli—. ¿En qué clase estaba el chico?

Erlendur entró en la cocina.

—Necesitamos saber en qué clase estaba el chico —le dijo a la intérprete.

Guðný pasó al salón, habló con Sunee y regresó con la información.

—¿Ha habido agresiones racistas en este barrio? —preguntó Erlendur.

—Ninguna que hayamos sabido en la Casa Internacional —dijo Guðný.

—¿Y actitudes xenófobas? ¿Prejuicios raciales?

—No creo, no más de lo habitual.

—Debemos comprobar si ha habido posibles agresiones xenófobas en el vecindario para saber si hay conflictos —le dijo Erlendur por teléfono a Sigurður Óli, y le informó de cuál era la clase de Elías—. También de las que puedan haberse producido en otros barrios. Recuerdo una muerte hace poco. Alguien sacó un cuchillo... Tenemos que comprobar eso.

El té estaba listo, y Elínborg y la intérprete entraron en el salón con Erlendur. El pastor se retiró y Guðný tomó asiento al lado de Sunee. Elínborg se trajo una silla de la cocina. Guðný habló con Sunee, que asintió con la cabeza. Erlendur confiaba en que le estuviera diciendo a la madre que cuanto antes les contara qué hacía el niño al salir de clase, más se avanzaría en la investigación policial.

Erlendur aún tenía el teléfono en la mano, y estaba a punto de metérselo en el

bolsillo cuando titubeó y se quedó mirándolo largo rato. Su memoria le hizo recordar las palabras de aquel jovencito, que dijo que llevaba móvil porque su madre tenía miedo de que estuviera solo en casa al volver del colegio.

—¿Su hijo tenía móvil? —preguntó a la intérprete.

Esta tradujo sus palabras.

—No —dijo enseguida.

—¿Y su hermano?

—No —respondió Guðný—. No tienen móvil. Ella carece de medios para comprarlo. No todo el mundo tiene dinero para móviles —añadió, y Erlendur pensó que aquello lo decía por iniciativa propia.

—¿Iba al colegio del barrio? —preguntó.

—Sí. Los dos chicos están en ese colegio.

—¿Elías cuándo acababa la jornada?

—Su horario está colgado en la puerta de la nevera —dijo la intérprete—. Los martes acaba a las dos —dijo, y miró su reloj—; hace tres horas que salió para casa.

—¿Qué acostumbraba a hacer después del colegio? ¿Venía directamente a casa?

—No lo sabe —dijo la intérprete después de preguntárselo a Sunee—. No lo sabe con exactitud. A veces se quedaba a jugar al fútbol en el patio del colegio. Después volvía directamente a casa él solo.

—¿Y el padre del chico?

—Es carpintero. Vive aquí, en Reikiavik. Se divorciaron el año pasado.

—Sí, se llama Óðinn, ¿verdad? —dijo Erlendur. Sabía que la policía estaba intentando localizar al padre de Elías, que aún no tenía noticia de la muerte del niño.

—Ya no tiene mucha relación con Sunee. A veces Elías pasa los fines de semana en casa de su padre.

—¿Tiene padrastro?

—No —dijo la intérprete—. Sunee vive sola con sus dos hijos.

—¿El hijo mayor vuelve a casa a estas horas normalmente? —preguntó Erlendur.

—Su horario de regreso varía —la intérprete tradujo las palabras de Sunee.

—¿No tienen normas? —preguntó Elínborg.

Guðný se volvió hacia Sunee y las dos estuvieron hablando durante un buen rato. Erlendur se dio cuenta de que Sunee encontraba un gran apoyo en la intérprete. Guðný les había dicho que Sunee comprendía la mayor parte de lo que le decían en islandés, y que se podía hacer entender, pero era muy detallista y, cuando pensaba que era necesario, llamaba a Guðný para que la ayudara.

—No sabe adónde van durante el día —dijo finalmente la intérprete, volviéndose hacia Erlendur y Elínborg—. Los dos tienen llave de casa. Ella no termina de trabajar hasta las seis, si hace horas extras, y aún hay que añadir el rato que tarda en hacer la compra antes de volver a casa. A veces le piden que haga más horas extras y entonces aún llega más tarde. Tiene que trabajar todo lo que pueda. Es la única que trae dinero a casa.

—¿Y los chicos no tienen que contarle dónde van después de la escuela, por dónde andan? —preguntó Elínborg—. ¿No les pide que la llamen al trabajo?

—En el trabajo no la dejan usar el teléfono —dijo la intérprete después de preguntar a Sunee.

—¿De manera que no tiene ni idea de su paradero después del colegio? —preguntó Erlendur.

—No, no, pero sabe lo que hacen. Se lo cuentan cuando están todos juntos por la tarde.

—¿Juegan al fútbol o hacen algún otro deporte? ¿Tienen entrenamiento? ¿Tienen algún tipo de actividades extraescolares?

—El pequeño jugaba al fútbol, pero hoy no tenía entreno —dijo la intérprete—. Tenéis que entender lo difícil que es todo esto para ella, una madre sola con dos niños —añadió con sus propias palabras—. No es una vida fácil. No hay dinero para clases extra. Ni para móviles.

Erlendur movió la cabeza, asintiendo.

—Dijiste que la mujer tiene un hermano que vive en el país, ¿no?

—Sí, ya me he puesto en contacto con él, y viene de camino.

—¿Hay más parientes o personas cercanas con las que Sunee pueda hablar? ¿Alguien de la familia del padre? ¿Es posible que el hermano mayor esté con ellos? ¿Tienen abuelos?

—Elías va a veces a ver a su abuela. Su abuelo islandés ha muerto. Sunee mantiene el contacto con la abuela, que vive en la ciudad. Deberíais informarla. Se llama Sigríður.

La intérprete anotó su número de teléfono mientras Sunee se lo dictaba y se lo dio a Elínborg, quien cogió el móvil.

—¿Sería buena idea que esa mujer viniera a quedarse con ella? —preguntó a la intérprete.

Sunee escuchó a la intérprete y asintió.

—Le pediremos que venga —dijo la intérprete.

En ese momento apareció en la puerta un hombre joven, y Sunee se puso en pie de un salto y corrió hacia él. Era su hermano. Se abrazaron y el hermano intentó tranquilizar a Sunee, que lloraba entre sus brazos. Se llamaba Virote y tenía unos años menos que ella. Erlendur y Elínborg se miraron al ver el dolor reflejado en la cara de los dos hermanos. Un periodista subía la escalera resoplando, pero Elínborg le hizo dar media vuelta y lo acompañó abajo. Solo Erlendur y Guðný se quedaron en el piso con los hermanos. La intérprete y el hermano ayudaron a Sunee a entrar de nuevo en el salón y se sentaron junto a ella en el sofá.

Erlendur entró en el pequeño pasillo que conducía a los dormitorios. Uno era más grande, y seguramente era el que utilizaba la madre. El otro tenía literas. Allí dormían los chicos. En él se veía, pegado a la pared, un gran póster de un equipo inglés de fútbol. Un póster algo más pequeño mostraba a una bella cantante islandesa. Sobre el

pequeño escritorio había un viejo ordenador Apple. Libros escolares, juegos de ordenador y juguetes desperdigados por el suelo, escopetas, dinosaurios y espadas. Las camas estaban sin hacer. Sobre una silla había ropa sucia.

Una típica habitación de chicos, pensó Erlendur, apartando un calcetín con el pie. La intérprete apareció en la puerta de la habitación.

—¿Qué clase de personas son? —preguntó Erlendur.

Guðný se encogió de hombros.

—Gente de lo más normal —respondió—. Gente como tú y como yo. Gente pobre.

—¿Puedes decirme si tenían problemas en el barrio?

—Creo que no. En realidad, no sé Nirán, pero Sunee se siente a gusto en el barrio, con sus hijos. Los prejuicios siempre asoman la cabeza y, naturalmente, los han notado. La experiencia demuestra que esos prejuicios existen sobre todo en quienes tienen escasa autoestima y carecen de educación; en quienes han sentido la inseguridad y la indiferencia en su propia piel.

—¿Y qué hay del hermano? ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Sí, varios años. Es obrero. Trabajaba en el norte, en Akureyri, pero hace poco se vino a Reikiavik.

—¿Se llevan bien?

—Sí. Muy bien. Se llevan estupendamente.

—¿Y qué puedes decirme de Sunee?

—Llegó a Islandia hace diez años, más o menos —respondió Guðný—, y se encuentra a gusto.

Sunee le dijo una vez que era increíble lo desolado y frío que le pareció el país la primera vez que fue en autobús desde el aeropuerto de Keflavík hasta Reikiavik. Llovía, el cielo estaba encapotado, y lo único que veía a lo lejos por la ventanilla del autobús era lava y montañas azuladas. No se veía vegetación, ni árboles, ni siquiera un cielo azul. Cuando bajó del avión por la escalerilla, el aire polar la golpeó y sintió como si la rodeara una gran pared helada. Se le puso la carne de gallina. Estaban a tres grados. Fue a mediados de octubre. Al salir de Tailandia estaban a treinta grados.

Se había casado con el islandés al que conoció en Bangkok. Él se desvivía por ella, la llevaba a todas partes, era amable y le contaba cosas de Islandia en un inglés que ella apenas hablaba y que no comprendía bien. El hombre parecía tener bastante dinero y le compraba toda clase de cosas, ropa y bisutería.

Él regresó a Islandia después de conocerse, pero decidieron mantener el contacto. Una amiga de ella, que sabía más inglés, le escribía unas líneas. Él volvió por allí seis meses después y se quedó tres semanas. Pasaron todo el tiempo juntos. A ella le gustaba ese hombre y todo lo que le contaba sobre Islandia. Aunque era un país muy pequeño, apartado, frío y poco habitado, allí vivía una de las naciones más ricas del mundo. Le habló de salarios de vértigo en comparación con los de Bangkok. Si se iba a vivir allí y era trabajadora, no le sería difícil ayudar a su familia en Tailandia.

La tomó en sus brazos para cruzar el umbral de su hogar, un apartamento de dos habitaciones que tenía en el bulevar Snorrabraut. Habían ido a pie desde el hotel Loftleiðir, donde paraba el autobús del aeropuerto. Habían cruzado una gran avenida de circunvalación, que más tarde supo que se llamaba Miklabraut, y bajaron por Snorrabraut, luchando contra el gélido viento del Norte. Ella vestía ropas tailandesas de verano, unos finos pantalones de seda que le había comprado él, una bonita blusa y una chaqueta de verano de color claro. En los pies llevaba sandalias de plástico. Su esposo no se había tomado la molestia de proporcionarle ropa adecuada para su llegada a Islandia.

El piso quedó estupendamente en cuanto ella puso un poco de orden. Encontró trabajo en un obrador de pastelería. Al principio, la convivencia fue bien hasta que descubrieron que los dos habían mentido.

—¿Y eso? —preguntó Erlendur a la intérprete—. ¿En qué mintieron?

—Él había hecho lo mismo anteriormente —dijo Guðný—. Una vez.

—¿Qué había hecho anteriormente?

—Ir a Tailandia a buscar una mujer.

—¿Cómo que ya lo había hecho?

—Hay hombres que lo hacen varias veces.

—Y eso... ¿es legal?

—No hay nada que lo prohíba.

—¿Y Sunee? ¿En qué mintió ella?

—Llevaban unos años viviendo juntos cuando hizo venir a su hijo.

Erlendur se quedó con los ojos clavados en la intérprete.

—Ella tenía un hijo en Tailandia, del que nunca le había hablado al marido.

—¿Niran?

—Sí, Niran. Tiene también un nombre islandés, pero él usa el de Niran, y así lo llaman todos.

—De modo que es...

—Hermanastro de Elías. Es tailandés de pura cepa y no le ha resultado fácil adaptarse a Islandia, como les pasa a otros chicos en circunstancias similares.

—¿Y el marido de Sunee?

—Acabaron separándose —dijo Guðný.

—Niran —dijo Erlendur para sí, como si quisiera oír el sonido del nombre—. ¿Tiene algún significado?

—Significa «eterno» —dijo la intérprete.

—¿Eterno?

—Los nombres tailandeses tienen significado, igual que los islandeses.

—¿Y Sunee? ¿Qué significa?

—Algo bueno —respondió Guðný—. Una cosa buena.

—¿Elías también tenía un nombre tailandés?

—Sí. Aran. No estoy segura de lo que significa. Tendré que preguntárselo a

Sunee.

—¿Hay alguna tradición que explique la costumbre de poner ese género de nombres?

—Los tailandeses emplean apelativos cariñosos para engañar a los malos espíritus. Es una de sus supersticiones. A los niños les ponen nombres y luego utilizan los apelativos cariñosos para confundir a todos los espíritus que pueden hacerles daño. Los espíritus nunca deben conocer el verdadero nombre.

Se oía música en el salón, y Erlendur y la intérprete abandonaron el dormitorio. El hermano de Sunee había puesto en el lector de CD una relajante música tailandesa. Sunee estaba abrumada sobre el sofá y empezó a hablar consigo misma a media voz.

Erlendur miró a la intérprete.

—Está hablando de su hijo Nirán.

—Lo estamos buscando —dijo Erlendur—. Lo encontraremos. Díselo. Lo encontraremos.

Sunee sacudió la cabeza y se quedó con la mirada perdida.

—Cree que también está muerto —dijo la intérprete.

Sigurður Óli corrió hacia la escuela. Le siguieron otros tres policías, que se dedicaron a peinar los terrenos del colegio y las zonas cercanas en busca del arma asesina. Habían terminado las clases. El edificio era tétrico y carecía de todo asomo de vida en la oscuridad de los días más cortos del invierno^[1]. Había luz en algunas ventanas pero el vestíbulo de la entrada estaba cerrado con llave. Sigurður llamó a la puerta. La escuela era un monstruo gris de tres pisos de altura, unido a un pequeño edificio con piscina y a unos talleres. En la mente de Sigurður se agolparon recuerdos de frías mañanas de invierno: chicos formando doble fila en el patio; peleas, a veces auténticas luchas que los maestros tenían que interrumpir. Había lluvia, nieve y oscuridad al terminar el otoño y durante el invierno entero, hasta que llegaba la primavera, empezaba a clarear, el tiempo mejoraba y lucía el sol. Sigurður Óli paseó la mirada por el patio de cemento, la cancha de baloncesto y el campo de fútbol, y casi podía oír los gritos de los muchachos.

Se puso a dar patadas a la puerta y por fin apareció la conserje, una mujer de unos cincuenta años, que abrió y preguntó qué modos eran esos. Sigurður se identificó y preguntó si el profesor de quinto D aún estaba en el edificio.

—¿Pasa algo? —preguntó la conserje.

—Nada —respondió Sigurður Óli—. ¿Y el maestro? ¿Sabes si todavía está aquí?

—¿Quinto D? Es el aula trescientos cuatro. Está en la tercera planta. No sé si Agnes se habrá ido; voy a comprobarlo.

Sigurður Óli ya se había puesto en marcha. Sabía dónde estaba la escalera y subió los escalones de dos en dos. Su clase de quinto también estaba en la tercera planta, si no se equivocaba. A lo mejor, todo seguía como cuando él estudiaba allí, a finales de los años setenta. Envejeció diez años cuando aquella maldita frase atravesó su mente. Los años setenta.

Todas las aulas de la planta estaban cerradas con llave y volvió a bajar. Mientras, la conserje había ido a la sala de profesores y estaba esperándole en el pasillo para decirle que la profesora ya se había ido a casa.

—¿Agnes? ¿Ese es su nombre?

—Sí —dijo la conserje.

—¿Está aquí el director?

—Sí. Está en su despacho.

Sigurður Óli casi saltó por encima de la mujer cuando la rebasó para dirigirse hacia la sala de profesores. De niño, en su interior estaba el despacho del director del colegio, por lo que recordaba. La puerta estaba abierta y entró sin más. Tenía prisa. Vio que el antiguo director seguía en el colegio. Se preparaba para irse a casa. Se estaba atando la bufanda al cuello cuando Sigurður lo interrumpió.

—¿Qué pasa? —preguntó el director de la escuela, extrañado por aquella visita.

Sigurður Óli vaciló un instante, porque no sabía si el director le reconocería.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó el director del colegio.

—Es algo relacionado con quinto D —dijo Sigurður Óli.

—¿Y?

—Ha pasado algo.

—¿Tienes un hijo en esa clase?

—No. Soy de la policía. Un alumno de quinto D ha sido hallado muerto delante de su casa. Lo han acuchillado y murió a causa de la herida. Tenemos que hablar con todos los profesores de la escuela, especialmente con los que puedan decirnos algo sobre ese chico, tenemos que...

—¿Qué quieres de...? —dijo el director, y Sigurður Óli le vio palidecer.

—... hablar con sus compañeros de clase, los empleados del colegio, los chicos de su curso y con todo el que pudiera conocerle. Partimos de la idea de que ha sido un homicidio. Tenía una puñalada en el estómago.

La conserje había seguido a Sigurður Óli y estaba en la puerta, jadeante, sin darse cuenta de que se había tapado la boca con la mano y miraba fijamente al policía, como si no pudiera creer lo que oía.

—El chico era medio tailandés —prosiguió Sigurður Óli—. ¿Hay muchos así en el colegio?

—¿Muchos así...? —exclamó el director, totalmente abrumado, dejándose caer en su silla. Tenía casi setenta años, había sido director de escuela toda la vida y esperaba el momento de la jubilación con cierta impaciencia. No comprendía lo que había sucedido, y no ocultaba su expresión de escepticismo.

—¿Quién ha muerto? —preguntó la conserje desde detrás de Sigurður Óli.

Sigurður se dio la vuelta.

—Perdona, probablemente hablaremos contigo más tarde —fue su respuesta; y cerró la puerta—. Necesito un listado de los alumnos de su clase, con domicilios y nombre de los padres —dijo, volviéndose de nuevo hacia el director en el momento en que la puerta se cerró—. Necesito una lista de todos los profesores del chico. Deberás proporcionarme información sobre agresiones en el colegio, si existen pandillas, relaciones entre grupos étnicos, cualquier cosa que pueda explicar lo sucedido. ¿Se te ocurre algo?

—No... no se me ocurre nada, ¡no puedo creer lo que estás diciendo! ¿Es cierto? ¿Puede suceder algo así?

—Por desgracia, sí. Debemos darnos prisa. Cuanto más tiempo pase desde el momento en que...

—¿Quién es el niño? —le interrumpió el director.

Sigurður Óli le dijo que se llamaba Elías. El director se volvió hacia su ordenador, abrió la web de la escuela, buscó la clase y las fotos de los alumnos.

—Hasta ahora, siempre conocía hasta el último de los alumnos por su nombre. Ahora son ya demasiados. ¿No es este?

—Sí, ese es —dijo Sigurður Óli mirando la foto. Habló del hermano de Elías al director y encontraron su curso y una foto de Niran. Los dos hermanos se parecían: ambos tenían el pelo negro, la tez oscura y los ojos castaños. Enviaron la foto de Niran al correo de la policía. Sigurður telefoneó a la jefatura y les explicó quién era, a fin de que la difundieran junto con la que Erlendur había enviado antes.

—¿Ha habido enfrentamientos entre grupos en el colegio? —preguntó Sigurður Óli, una vez concluida su conversación telefónica.

—¿Pensáis que el crimen puede estar relacionado con la escuela? —preguntó el director, sin apartar los ojos del monitor. Allí estaba la cara de Elías, sonriéndoles. La sonrisa era tímida y no miraba directamente a la cámara, sino más bien por encima de la misma, como si el fotógrafo le hubiera dicho que levantase la vista o como si algo le hubiera llamado la atención. Tenía una cara finamente dibujada, la frente alta y los ojos inocentes e inquisitivos.

—Estamos estudiando todas las posibilidades —dijo Sigurður Óli—. No puedo decir más.

—¿Tiene que ver con problemas raciales? ¿Es a lo que te refieres?

—No, simplemente digo que la madre del niño es de Tailandia —respondió Sigurður Óli—. No hay más. No sabemos lo que ha sucedido.

Sigurður Óli estaba muy contento de que el director del colegio no recordara que él también había sido alumno de la escuela. Decidió no decir nada sobre los viejos tiempos, preguntar por sus antiguos profesores o por lo que había sido de sus compañeros de clase, ni ninguna de esas estupideces.

—No sé nada de eso —dijo el director—, o al menos nada serio, y me parece absurdo que pueda ser el origen de un suceso tan horroroso. ¡No puedo creer lo que ha pasado!

—Desde luego, tienes toda la razón —dijo Sigurður Óli.

El director imprimió el documento que incluía la lista de compañeros de clase de Elías. Figuraban en ella domicilios y teléfonos, así como los nombres de padres o tutores. Entregó la lista a Sigurður Óli.

—Ambos empezaron aquí este otoño. ¿También tengo que enviar esto a la dirección electrónica que me has dado? —preguntó—. Es horrible —suspiró, y se quedó con la mirada fija, incapaz de moverse de su mesa.

—Desde luego —dijo Sigurður Óli—. Necesito también las direcciones y números de teléfono de los profesores de su clase. ¿Qué pasó?

El director del colegio le miró.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que no había sido nada serio —respondió Sigurður Óli—, y que era absurdo que eso fuera el origen de este suceso tan horroroso. ¿De qué se trataba?

El director titubeó.

—¿De qué se trataba? —repitió Sigurður Óli.

—En el colegio tenemos un profesor que se declara completamente contrario a la

llegada de inmigrantes al país.

—¿De mujeres de Tailandia?

—También. De gente de países asiáticos. Filipinas, Vietnam. De esos sitios. Tiene unas ideas muy claras al respecto. Pero son solo ideas. Nunca llegaría a hacer algo así. Nunca.

—Pero has pensado en él. ¿Cómo se llama?

—¡Sería absurdo!

—Tendremos que hablar con él —dijo Sigurður Óli.

—Tiene muy buena mano con los chicos —dijo el director—. Él es así. Brusco y antipático de buenas a primeras, pero muy cercano a los chicos.

—¿Le dio clase a Elías?

—Claro, alguna vez. Es profesor de islandés y también se ocupa de las clases de repaso. Ha dado clase a todos los alumnos del colegio.

El director le dio el nombre de aquel profesor y Sigurður Óli lo apuntó en su cuaderno.

—Le amonesté en una ocasión. No toleramos prejuicios racistas en el colegio —dijo el director con determinación—. No lo permitimos. No nos gusta. La gente habla de cuestiones raciales aquí como en cualquier otro sitio, y también escuchamos el punto de vista de los inmigrantes. Aquí existe igualdad, ni profesores ni alumnos toleran otra cosa.

Sigurður Óli notó un cierto titubeo en el director.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—Casi se pegaron —dijo el director—. Él y Finnur, otro profesor. Aquí mismo, en la sala de profesores. Hubo que separarlos a la fuerza. Había hecho unos comentarios que enfurecieron a Finnur. El resultado fue una pelea de gallos.

—¿Qué se dijeron?

—Finnur se negó a repetírmelo.

—¿Hay otras personas con quien creas que deberíamos hablar? —preguntó Sigurður Óli.

—No puedo denunciar a nadie por tener ideas.

—No te pido que delates a nadie, faltaría más —dijo Sigurður Óli—. La agresión a ese niño no tiene por qué guardar relación alguna con las ideas de nadie. Ni mucho menos. Pero hemos iniciado una investigación policial y necesitamos información. Tenemos que hablar con gente. Debemos hacernos una idea de la situación. Eso no tiene nada que ver con las ideas que pueda tener cada cual.

—Egill, el profesor de carpintería, el otro día tuvo un altercado aquí mismo. Estaban discutiendo sobre el multiculturalismo, o algo por el estilo, no lo sé. Es un hombre un poco irascible. Está bastante enterado de todo. Quizá deberíais hablar con él.

—¿Cuántos niños inmigrantes hay en el colegio? —preguntó Sigurður Óli mientras anotaba el nombre del profesor de carpintería.

—Deben de ser unos treinta en total. El colegio es bastante grande.

—¿Y eso no ha causado problemas significativos?

—Naturalmente conocemos algunos casos, pero nada serio.

—¿De qué estamos hablando, entonces?

—Apodos insultantes, peleas de poca monta. Nada que haya llegado hasta mi mesa, pero los profesores hablan sobre el tema. Naturalmente, controlan lo que sucede y saben tomar las riendas. No queremos discriminación en este colegio, y los chicos lo saben. Son muy conscientes de ello. Enseguida informan e intervenimos nosotros.

—Supongo que en todos los colegios hay problemas —dijo Sigurður Óli—. Alborotadores. Chicos y chicas que nunca están tranquilos.

—Ese tipo de alumno existe en todos los colegios.

El director de la escuela miró pensativo a Sigurður.

—Tengo la sensación de que te conozco —dijo de repente—. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

Sigurður suspiró en su interior. Un país tan pequeño. Tan poca gente.

—Sigurður Óli —dijo.

—Sigurður Óli —repitió el director, pensativo—. ¿Sigurður Óli? ¿Estuviste en este colegio?

—Hace mucho. Antes de los ochenta. Estuve muy poco tiempo.

—¿Sigurður Óli? —balbuceó el director entre dientes.

Sigurður se dio cuenta de que el director estaba empezando a recordarle, y tuvo la sensación de que no tendría que esperar mucho antes de que se encendiese la bombillita en la cabeza de aquel hombre. Se despidió a toda prisa. La policía tendría que volver a la escuela a hablar con alumnos, profesores y demás empleados. Estaba saliendo por la puerta cuando el director le recordó, por fin.

—¿No estuviste mezclado en aquel altercado a finales de los setenta y...?

Sigurður Óli no oyó el final de la frase. Salió de la sala de profesores con pasos rápidos. La conserje había desaparecido. El edificio estaba desierto a esa hora tan tardía. Iba a salir otra vez al frío gélido pero vaciló, se detuvo y miró hacia el techo. Aguardó un instante y volvió a subir las escaleras, y antes de darse cuenta estaba en el tercer piso. En las paredes colgaban fotos de los cursos antiguos, con el nombre de cada clase y los años. Encontró la foto que buscaba, se detuvo delante de ella y se miró a sí mismo, cuando era alumno del colegio, a los doce años. Los chicos estaban ordenados en tres filas, y él estaba en la de más arriba mirando fijamente a la cámara, serio. Llevaba una camisa clara con cuello grande y un estampado un tanto extraño, e iba peinado a la última moda disco.

Sigurður Óli miró la foto un buen rato.

—¡Qué ridiculez! —dijo con un suspiro.

El móvil de Erlendur sonaba sin parar. Sigurður Óli le informó de la reunión con el director de la escuela y dijo que en esos momentos iba a ver a la maestra del niño y a otro profesor que no quería que entraran extranjeros en el país. Elínborg le comentó que un testigo que vivía en el mismo portal que Sunee creía haber visto al hermano mayor un rato antes. El comisario jefe de la Científica había dicho que, según el forense, el niño había sido apuñalado una sola vez y seguramente con un objeto muy afilado, probablemente un cuchillo.

—¿Qué clase de cuchillo? —preguntó Erlendur.

—La hoja tendría que ser bastante ancha y relativamente gruesa, pero con mucho filo —dijo el jefe de la Científica—. Realmente, no hay motivo para pensar que al agresor le costara mucho esfuerzo apuñalar al muchacho. El chico podría haber estado tumbado en el suelo cuando fue apuñalado. El anorak está sucio por detrás, y tiene un desgarrón reciente, de modo que tal vez se vio envuelto en una pelea a golpes. Intentó defenderse, como es lógico, pero la única lesión fue la puñalada, que el doctor afirma que le atravesó el hígado. Murió por la pérdida de sangre.

—Pero, según dices, no hay que hacer mucha fuerza para que la navaja llegue hasta allí.

—Es posible.

—¿Un niño o un adolescente, por ejemplo, podría haberlo hecho? ¿Alguien de su edad?

—Es difícil afirmarlo. Pero todo parece indicar que se usó un objeto afiladísimo.

—¿Y la hora de la muerte?

—A juzgar por la temperatura, murió una hora antes de que lo encontraran. Puedes hablarlo con el forense.

—Así que parece que volvía directamente del colegio.

—Eso parece.

Erlendur volvió a sentarse delante de los dos tailandeses. Guðný, la intérprete, estaba con ellos en el sofá. Resumió a la intérprete la información que acababa de recibir. Sunee escuchó en silencio. Había dejado de llorar. Su hermano dijo algo y los dos estuvieron un buen rato hablando en voz baja.

—¿Qué dicen? —preguntó Erlendur.

—El anorak no estaba roto cuando salió por la mañana —dijo la intérprete—. No era nuevo, pero estaba en perfecto estado.

—Probablemente hubo una pelea —dijo Erlendur—. No puedo afirmar que la agresión a Elías tiene que ver con la xenofobia. Tengo entendido que en el colegio hay unos treinta niños inmigrantes. Debemos hablar con los amigos de Elías y con quienes estuvieran relacionados con él. También buscaremos a los amigos de su hermano. Sé que es difícil, pero sería muy útil que Sunee pudiera escribirnos una lista de nombres. Si no los recuerda, puede decirnos algo sobre los amigos, la edad o algo

por el estilo, dónde viven... El tiempo es fundamental. Espero que lo entienda.

—¿Sabes, aunque sea vagamente, cómo se siente ella ahora? —dijo la intérprete con frialdad.

—Por desgracia, solo puedo imaginármelo —dijo Erlendur.

Elínborg llamó a la puerta. Estaba en el segundo piso de la misma escalera. La puerta se abrió y la recibió un policía de uniforme. La testigo había acudido a él, y ahora estaba sentada en el salón, esperando a Elínborg. Era una mujer de sesenta y cinco años llamada Fanney, una viuda con tres hijos adultos. Había preparado café para el agente, que desapareció al llegar Elínborg. Las dos se sentaron, cada una con su taza.

—Es realmente terrible —dijo la mujer, con un suspiro—. ¡Que pase algo así en el bloque! No sé adónde vamos a llegar.

El apartamento estaba a oscuras, a excepción de una lámpara encendida en la cocina y una lamparita en el salón. Tenía la misma estructura que el apartamento de Sunee, con una gruesa alfombra en el suelo y papel pintado de color verde en el vestíbulo y el salón.

—¿Conocías a los hermanos? —preguntó Elínborg.

Tenía que darse prisa, sacar lo que tuviera alguna importancia y continuar. Apresurarse sin dejar pasar nada.

—Sí, un poco —dijo Fanney—. Elías era un niño estupendo. Su hermano es un poco reservado, pero también es un chico magnífico.

—Dijiste que le habías visto hoy mismo, hace un rato —dijo Elínborg, que intentaba no parecer demasiado cansada. Tenía a su hija en casa, con vómitos y fiebre, y apenas había dormido la noche anterior. Solo pretendía pasarse un momento por el despacho, pero todo se torció al llegar la información de que habían encontrado al niño.

—A veces charlo un poco con Sunee en el pasillo —dijo Fanney como si no hubiera oído a Elínborg—. No llevan mucho tiempo viviendo aquí. Sin duda, estar tan sola tiene que ser difícil para ella. Sunee no tiene más remedio que trabajar muchísimo en esos trabajos sin cualificación que no tienen sueldos muy altos.

—¿Dónde estaba el chico cuando le viste? —preguntó Elínborg.

—Estaba detrás de la farmacia —dijo Fanney.

—¿A qué hora fue? —preguntó Elínborg—. ¿Estaba solo? ¿Entró en la farmacia?

—Me bajé del autobús del centro hacia las dos —dijo Fanney—. Siempre paso por delante de la farmacia y entonces le vi. Ni estaba solo ni entró en la farmacia. Estaba allí con algunos de sus compañeros, probablemente chicos del colegio.

—¿Y qué estaban haciendo?

—Nada. Pasaban el rato detrás de la farmacia.

—¿Detrás de la farmacia?

—Sí, el callejón se ve perfectamente al cruzar la esquina.

—¿Cuántos eran?

—Cinco o seis. No sé quiénes eran. No les había visto antes.

—¿Estás segura?

—En todo caso, no les presté atención —dijo Fanney, vaciando su taza.

—¿Eran de la misma edad que Niran?

—Sí, todos debían de tener una edad parecida. Eran morenos de cara.

—Pero ¿no los conocías?

—No.

—¿Dices que a veces charlas un rato con Sunee?

—Sí.

—¿Has hablado con ella recientemente?

—Sí, hace unos días. Me la encontré ahí fuera. Llegaba a casa después del trabajo y estaba muy cansada. Me contó un par de cosas sobre Tailandia en su islandés un tanto primario. Habla de una manera muy simple. Pero eso no me molesta.

—¿Y qué te contó?

—Una vez le pregunté qué era lo que le parecía más difícil de vivir en Islandia, de trasladarse a Islandia desde Tailandia, y me dijo que la sociedad islandesa era un poco cerrada comparada con la tailandesa. Las relaciones personales eran allí más abiertas. Todos hablan con todos, personas que no se conocen de nada pueden charlar de cualquier cosa sin problemas. Si te sientas en la acera a comer, no te da vergüenza invitar a los que pasan.

—Y el clima no se parece en nada —dijo Elínborg.

—No. Como es natural, la gente está mucho en la calle en cualquier estación. Aquí nos pasamos la mayor parte del año metidos en casa, y cada uno vive en la suya. Uno siempre se encuentra puertas cerradas por todas partes. Fíjate en esta escalera, por ejemplo. No estoy diciendo que sea mejor ni peor, pero es distinto. Son dos mundos diferentes. Cuando conoces a Sunee, te da la sensación de que la vida en Tailandia es mucho más tranquila y relajada. ¿Y si subo a su casa a verla?

—Será mejor que esperes uno o dos días; está muy afectada y cansada.

—Pobre mujer —dijo Fanney—. Ya no hay *sanuk*, *sanuk*.

—¿Qué dices?

—Ha intentado enseñarme alguna palabra en tailandés. Como *sanuk*, *sanuk*. Dijo que era una cosa típica de los tailandeses. Significa disfrutar de la vida, hacer algo agradable y divertido. ¡Disfrutar de la vida! También me enseñó otra cosa: *painai*. Ese es el saludo cotidiano en Tailandia, igual que nosotros decimos «buenos días». Pero el significado es completamente distinto. *Painai* no significa «buenos días», sino «adónde vas», y es una pregunta muy amable que también sirve como saludo, un saludo muy respetuoso. Los tailandeses sienten mucho respeto por el individuo.

—De manera que sois muy buenas amigas.

—Quizá pueda decirse eso. Pero la buena mujer nunca lo explica todo.

—¿Y eso?

—Claro que yo no debería cotillear, pero...

—¿Pero?

—Ha estado recibiendo visitas con regularidad.

—Todos recibimos visitas —dijo Elínborg.

—Claro, bueno, no; se me pasó por la cabeza que a lo mejor era un novio o algo así. Esa es mi sensación.

—¿Le has visto?

—No. Empecé a sospecharlo el verano pasado, y luego otra vez este invierno. No era más que un ir y venir. Un tanto tarde, de noche.

—¿Y nada más?

—No, eso era todo. Nunca le he preguntado.

—Pero no estás hablando de su exmarido, ¿no?

—No —dijo Fanney—. Ese viene a otras horas.

Elínborg le dio las gracias por su ayuda y se despidió. Sacó el móvil, marcó un número y al llegar a la escalera consiguió hablar con Sigurður Óli. Le contó lo del grupo de chicos al lado de la farmacia.

—Podrían ser compañeros del colegio —dijo Elínborg, bajando la escalera apresuradamente—. Él podría estar en casa de cualquiera de ellos. Parecían tener su edad.

—Creo que Erlendur ha preparado una lista de amigos de los chicos —dijo Sigurður Óli—. Voy a ver a una de las maestras del pequeño. Se llama Agnes. Le preguntaré por eso de la farmacia. Me pregunto si deberíamos pedir que llamen a la farmacia para saber si han visto a esos chicos rondando por allí.

—A lo mejor todavía está abierta —dijo Elínborg—. Iré a comprobarlo.

Sigurður Óli se despidió de Elínborg y subió corriendo las escaleras de un edificio de tres viviendas cercano a la escuela. Agnes vivía en el segundo piso de la casa, y fue ella quien abrió la puerta. Sigurður la reconoció por una foto que había visto en el colegio. Ella miró a Sigurður Óli, el pelo bien cortado y cuidado, el elegante nudo de corbata, la camisa blanca y el impermeable negro sobre un traje de chaqueta oscuro, y no le dejó ni hablar cuando él estaba a punto de presentarse.

—No, gracias —dijo ella con una sonrisa—. Ni siquiera creo en Dios.

Y le dio con la puerta en las narices.

Sigurður Óli se quedó un momento pensativo, y volvió a llamar al timbre.

—No te has enterado de la noticia, ¿verdad? —dijo con total seriedad cuando la mujer volvió a abrir.

—¿De qué?

—Soy de la policía. Han encontrado a uno de tus alumnos muerto cerca de su casa. Todo parece indicar que le apuñalaron con un cuchillo.

El rostro de la mujer se convirtió en un signo de interrogación.

—¿Qué dices? —suspiró—. ¿Muerto? ¿Quién?

—Elías —dijo Sigurður Óli.

—¿Elías?!

Sigurður Óli asintió con la cabeza.

—¡No te creo! Pero ¿qué dices? ¿Por qué? ¿Qué... qué estás diciendo?

—Quizá si me dejaras entrar... —dijo Sigurður Óli—. Necesitamos información sobre su clase, sus amigos, con quiénes iba, si tenía problemas en el colegio, si tenía enemigos. Si pudieras ayudarnos, sería fantástico. El tiempo es esencial. Cuanto antes reunamos información, tanto mejor. Es un fastidio presentarse de este modo en casa de la gente, pero...

—Yo... yo pensé que eras de alguna secta religiosa —dijo Agnes con un suspiro—. Vas tan...

—¿Podría sentarme un momento a hablar contigo?

—Perdona —dijo Agnes—; entra, por favor.

Le invitó a entrar. Sigurður Óli se encontró en un pequeño vestíbulo con un espejo y vio que en la cocina estaba la familia de la maestra, cenando. Dos niños y una niña le miraban con curiosidad, y el padre de los tres se levantó para estrecharle la mano. Agnes llevó a su esposo a un lado y le explicó en voz baja la inesperada visita, y luego hizo pasar a Sigurður Óli al despacho que compartía con su esposo.

—¿Qué le sucedió al niño? —preguntó la maestra tras cerrar la puerta—. ¿Le agredieron?

—Eso parece.

—Dios mío, esto es... Pobre muchacho. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—¿Puedes recordar si en el colegio o en su clase hay alguno que quisiera hacerle daño?

—En absoluto —dijo Agnes—. Elías era un chico de lo más agradable y creo que se llevaba bien con todos. Y era un buen alumno. ¿Por qué quieres relacionar esto con el colegio? ¿Tenéis algo que apunte en esa dirección?

—No, nada —dijo Sigurður Óli sin vacilar—. Debemos empezar por algún sitio. ¿No sabrás si alguien le estaba acosando? ¿No ha sucedido nada que pudiera estar relacionado con la agresión? ¿No hay nada que te preocupe?

—Nada —dijo Agnes—. Que yo sepa, en el colegio no ha sucedido nada que pudiera acabar de esta forma. Nada.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Sabes algo de un grupo de chicos que se reúnen a holgazanear detrás de la farmacia del barrio? Amigos de Elías y de su hermano. Posiblemente hijos de inmigrantes.

—No, no tengo ni idea. ¿Cómo se encuentra la madre, pobre mujer? Tendré que ir a visitarla. No sé qué voy a decirle.

—Creo que aguanta, dadas las circunstancias —dijo Sigurður Óli—. ¿La conoces?

—No, en realidad no —respondió Agnes—. Tiene algunos problemillas con el islandés, de modo que pusimos una persona de apoyo para los dos chicos, una especie de enlace entre ella y el personal del colegio, una mujer estupenda que se llama Guðný. Colabora con nosotros cuando queremos mejorar el contacto con los alumnos y sus padres. Hay algunos de Croacia, otros de Vietnam, Filipinas o Polonia. Hay católicos, budistas, musulmanes... He hablado varias veces con la madre de Elías y parece muy agradable. Tiene que resultarle muy difícil estar tan sola.

—¿Cómo se acoge a los estudiantes inmigrantes? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Cómo se les integra en el grupo?

—Últimamente intentamos hablar de niños o de personas «de origen extranjero», en vez de «inmigrantes» —dijo Agnes—. Algunos tardan más que otros en adaptarse. Es mucho más fácil para los que hablan y entienden el islandés, así como para los que han nacido aquí y que, naturalmente, son tan islandeses como cualquier otro, como en el caso de Elías. El caso de Nirán es distinto. ¿Sabes que son hermanastros?

—Sí —respondió Sigurður Óli. Erlendur le había hablado de su conversación con la intérprete—. ¿Y qué pasa con Nirán?

—Si quieres saber algo sobre ese tema tendrás que hablar con su tutora —dijo Agnes—. Los chicos que llegan aquí ya mayores y no tienen ni idea de la lengua, a veces lo tienen realmente difícil.

—De modo que Nirán es uno de esos —dijo Sigurður Óli.

—Sí. No puedo decir estas cosas sobre ningún alumno en particular, pero es una situación muy especial. Él no parece interesado por aprender el idioma. Apenas lee islandés. No lo comprende. Es verdad que, como ambas lenguas son tan diferentes, a esos chicos les resulta difícil aprender islandés. Ellos hablan una lengua tonal, en la que el significado de las palabras varía según la altura del tono. Naturalmente, el islandés es completamente distinto.

—Dices que Elías era un buen alumno —dijo Sigurður Óli.

—Lo era —respondió Agnes—. Su madre, Sunee, sabe muy bien lo que quiere. Quiere que sus hijos estudien, y son listos, aunque en todo lo demás sean muy distintos.

—¿En qué sentido?

—Conozco mucho mejor a Elías —dijo Agnes—, pero también he tenido ocasión de conocer un poco a su hermano. Elías es el favorito de la clase, se lleva bien con todo el mundo, siempre sonrío y es muy amable, aunque creo que no le sobran los amigos, al pobre.

—Se han mudado al barrio hace poco —dijo Sigurður Óli.

—Su hermano es distinto —siguió Agnes.

—¿Por qué?

—No le conozco mucho, ya lo he dicho, pero tengo la sensación de que es mucho más duro. No tiene miedo a nada y está orgulloso de su origen, de ser tailandés. No es habitual encontrar algo así en los chavales; parecen saber poquísimos de su origen y

de su historia. Lo noté una vez que le di clase como sustituta. Se puso a hablar de su bisabuelo y mostraba respeto por él. Y por sus parientes de Tailandia.

El vecino de enfrente de Sunee era un hombre de unos setenta años que vivía solo. No se había enterado de la noticia y dijo que se llevó un buen susto al volver a casa y darse de bruces con los coches patrulla y el revuelo que había en el bloque. Tuvo un cierto rifirrafe con los agentes de la entrada, que querían saber quién era y dónde vivía, y él no estaba dispuesto a facilitar semejante interrogatorio. La policía no quería decirle lo que había pasado. Estaba enfadado cuando Erlendur lo recibió en el penúltimo rellano, se presentó y dijo que era investigador de la policía.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el hombre, jadeante tras subir la escalera. Llevaba una bolsa de plástico en la mano; era un hombre de estatura media que vestía un traje raído, una corbata que no pegaba lo más mínimo, y un chaquetón verde. Erlendur pensó que tenía mala pinta, como les pasaba a muchos solterones que conocía. El hombre lucía un rostro delgado, entradas profundas, ojos grandes y salientes, cejas finas y una frente alta y despejada.

Erlendur le explicó la situación y vio que el hombre se alteraba un poco al oír la noticia.

—¡Elías! —suspiró, mirando a la puerta de casa de Sunee—. ¿Qué dices? ¡Pobre niño! ¿Quién lo hizo? ¿Habéis encontrado ya a quien lo hizo?

Erlendur negó con la cabeza.

—¿Conoces a esta gente? —preguntó.

—No me lo puedo creer, todos esos coches de policía... por Elías... ¿Qué dice su madre, pobre mujer? Debe de estar destrozada.

—Han sido tus vecinos más cercanos durante... —dijo Erlendur.

—¿Quién es capaz de hacer algo así?

—Tienes que conocerlos —dijo Erlendur.

—Eh, sí, sí, claro, claro que los conozco. Elías me ha hecho algún recado alguna vez, es un chico adorable. No tarda ni un momento en subir y bajar todas estas escaleras... No me lo puedo creer...

—Necesito hacerte algunas preguntas, si no te importa —dijo Erlendur—. Como vecino tuyo que eres.

—¿A mí?

—Solo será un momento.

—Entra, entonces —dijo el hombre, sacando el llavero. Encendió la luz del apartamento. Erlendur vio una gran librería, un viejo tresillo y una moqueta rota. Dos paredes del salón estaban empapeladas con papel blanco medio despegado que estaba levantado en algunos lugares y que ya había empezado a amarillear. El hombre, que se llamaba Gestur a juzgar por una plaquita de cobre que había en la puerta, le pidió a Erlendur que se sentase en el sofá. Él se acomodó en un sillón que había enfrente. Se

había quitado el grueso chaquetón verde y llevó la bolsa de plástico a la cocina, donde encendió la cafetera.

—¿Qué puedes decirme de Sunee y sus hijos? —preguntó Erlendur.

—Solo puedo decirte cosas buenas. La madre es muy trabajadora, no tiene más remedio, pobre, estando sola. Los chicos siempre han sido amables conmigo. Elías siempre se me ofrecía para hacerme recados y Nirán... ¿Dónde está Nirán? ¿Cómo lo lleva? —preguntó Gestur, con gesto de gran preocupación.

Erlendur titubeó.

—¿No le habrán atacado también a él? —dijo Gestur con un fuerte suspiro.

—No —dijo Erlendur—, pero no sabemos dónde está. ¿Se te ocurre alguna posibilidad?

—¿De dónde pueda estar? No tengo ni la menor idea.

Erlendur estaba muy preocupado por el hermano, pero lo único que podía hacer era confiar en que volviera a casa o que lo encontraran lo antes posible. Le parecía demasiado pronto para mostrar su foto por televisión.

—Espero que esté por cualquier sitio pasando el rato —dijo—. ¿Cómo era la relación entre los dos hermanos?

—Admiraba mucho a su hermano; Elías, me refiero. Creo que idolatraba a Nirán. Hablaba mucho de él. De lo que hacía y decía. De cómo le ganaba cuando jugaban al ordenador, de lo bueno que era jugando al fútbol y de que le llevaba al cine con sus amigos aunque fueran mayores. Nirán lo sabía todo y podía hacerlo todo, según su hermano. Son muy distintos, tanto como pueden serlo dos hermanos. Elías es rápido y amable, y Nirán es más reservado y le cuesta confiar en la gente. Listo como el hambre. Lo capta todo y se entera de todo. No se cree lo que ve y oye, y siempre es prudente.

—Parece que les conoces muy bien.

—Elías está un tanto solo, el pobre chaval... Le gustaba más el sitio donde vivían antes. A menudo, su madre llega tarde a casa del trabajo y esos días Elías pasea solo por el corredor o por el sótano, donde no hay más que trasteros y recovecos.

—¿Y Sunee?

—Ojalá hubiera más personas tan trabajadoras como ella. Sunee saca adelante a la familia, ella y sus chicos, a base de esfuerzo. La admiro.

—¿No recibe ayuda de nadie?

—No, que yo sepa. Tengo entendido que su exmarido se ocupa poco de ella.

—¿Elías tenía relación con otras personas del edificio?

—Creo que no. No hay mucha relación entre unos apartamentos y otros. Todos son pisos de alquiler y ya sabes qué clase de gente puede haber en el mercado de alquiler. La gente va y viene a horas y a deshoras, solteros y parejas y algunas madres solas como Sunee, incluso padres solos, estudiantes... A algunos los echan. Otros pagan la renta regularmente.

—¿Todo el bloque es de un único propietario?

—Esta escalera, por lo menos, creo que es de un solo tío. Nunca le he visto. Cuando alquilé el piso vino una mujer de la inmobiliaria que se encargó de todo y me dio un número de cuenta. Si hay algún problema, contacto con la inmobiliaria.

—¿Y el precio es alto?

—Imagino que para Sunee debe de serlo. A menos que su contrato sea diferente al mío.

Erlendur se puso en pie. El café estaba aún sin tocar en la cafetera de la cocina. El aroma invadía todo el apartamento. Gestur también se levantó. No le había invitado a café. Erlendur miró al oscuro vestíbulo. En la puerta había una mirilla justo encima de la plaquita del nombre. Si se miraba por ella se veía la entrada del piso de Sunee y los niños. Erlendur miró a Gestur a los ojos y le dio las gracias.

A Erlendur volvió a sonarle el móvil. No conocía el número que apareció en la pantalla, pero en cuanto oyó la voz supo quién era.

—¿Te interrumpo? —preguntó Eva Lind.

—No —dijo Erlendur, que llevaba mucho tiempo sin oír la voz de su hija.

—He visto lo del chico ese en la tele —dijo Eva Lind—. ¿Llevas tú el caso?

—Sí, yo y otros. Todos, creo.

—¿Sabes lo que pasó?

—No. No sabemos mucho.

—Es... es espantoso.

—Sí.

Eva calló.

—¿Algo va mal? —preguntó Erlendur al cabo de un momento.

—Me apetece verte.

—Pues entonces ven a casa.

Eva volvió a callarse.

—¿Siempre está ahí? —preguntó al poco rato.

—¿Quién?

—Esa mujer con la que estás.

—¿Valgerður? No. Solo a veces.

—No quiero interrumpir.

—No interrumpes.

—¿Estáis juntos?

—Somos buenos amigos.

—¿Es simpática?

—Valgerður es muy...

Erlendur titubeó.

—¿Qué quieres decir con «simpática»?

—¿Mejor que mamá?

—Creo...

—Tiene que ser mejor que mamá, porque te gusta estar con ella. Y seguramente mejor que yo.

—No es mejor que nadie —dijo Erlendur—. No os estoy comparando. Tú tampoco deberías hacerlo.

—¿No es ella la primera mujer con la que estás desde que nos dejaste? Debe de tener algo especial.

—Deberías hablar con ella.

—Me apetece hablar contigo.

—Pues hazlo.

—Chao.

Eva colgó.

Erlendur se metió el móvil en el bolsillo.

Había estado con Valgerður dos días antes. Fue a casa de Erlendur una noche, al acabar la guardia, y él le ofreció Chartreuse. Brindaron. Ella le contó que había pedido formalmente el divorcio de su marido, médico, y ya había contratado un abogado.

Valgerður era técnica de laboratorio en el Hospital Nacional. Erlendur la había conocido durante la investigación de un crimen, y supo que tenía problemas en su vida privada. Estaba casada, pero su marido la había engañado muchas veces y ella había acabado por romper la relación. Ella y Erlendur decidieron no acelerar las cosas. No vivían juntos. Valgerður quería vivir sola un tiempo después de un largo matrimonio, y él no había vivido con una mujer desde hacía muchos años. Pero tampoco le importaba demasiado. Erlendur estaba acostumbrado a la soledad. De vez en cuando, ella le llamaba porque le apetecía ir a verle a casa. A veces iban juntos a un restaurante. En una ocasión, ella consiguió llevarle a rastras al teatro, a ver algo de Ibsen. Al cuarto de hora de representación, empezó a quedarse dormido. Ella intentó mantenerlo despierto dándole unos golpecitos, pero no sirvió de nada y Erlendur durmió la mayor parte de la función hasta el entreacto, cuando decidieron volver a casa. Ese drama artificial, dijo como excusa, no me aporta nada. El teatro es también realidad, repuso ella. No como esta, dijo él, al tiempo que le daba el segundo volumen de las *Historias de carteros rurales*. Erlendur le había prestado algunos de sus libros, que trataban de cómo la gente se perdía en Islandia en el pasado y acababan por morir en la intemperie, y otros sobre muerte y desolación por avalanchas de nieve. Al principio, a ella no le atraían, pero tras leer varios relatos su interés fue creciendo y descubrió el porqué del inagotable interés de Erlendur por ese tema.

—El abogado cree que podemos dividírnoslo todo entre los dos de forma equitativa —dijo, y tomó un sorbo de licor.

—Estupendo —dijo Erlendur. Sabía que vivían en una gran casa unifamiliar en la elegante zona de Landakot, y pensó en quién se quedaría con la casa. Preguntó si le importaba.

—No —respondió ella—. La casa siempre significó mucho más para él. Tengo entendido que ya anda con otra.

—Ah, ¿sí?

—Una del hospital. Una enfermera jovencita.

—¿Crees que se puede tener una buena convivencia después de un adulterio por ambas partes? —preguntó él, pensando en una desaparición que estaba investigando—. ¿Crees que es posible crear una buena convivencia leal, cuando los dos han cometido adulterio antes?

—Yo no hice nada —dijo Valgerður—. Él me engañó una vez tras otra con todas las mujeres que tenía al alcance.

—No hablo de ti, sino de un caso que estoy investigando.

—¿La desaparición de esa mujer?

—Sí.

—¿Los dos engañaban a sus parejas respectivas antes de empezar a vivir juntos?

Erlendur asintió. Rara vez hablaba con nadie de fuera del trabajo sobre los casos que investigaba. Valgerður era una excepción. Eva, otra.

—No lo sé —continuó Valgerður—. Desde luego, puede ser difícil si los dos han abandonado a sus parejas en esas circunstancias. Alguna consecuencia tiene que tener.

—¿Por qué no iba a suceder otra vez? —preguntó Erlendur.

—No debes olvidar el amor.

—¿El amor?

—No puedes dejar el amor de lado. A veces, las dos partes están dispuestas a sacrificarlo todo por una nueva relación. A lo mejor, eso es amor verdadero.

—Sí, pero ¿qué pasa si una de las partes encuentra el verdadero amor a intervalos regulares? —dijo Erlendur.

—¿Ella le abandonó porque la engañaba? ¿Él había vuelto a empezar otra vez?

—No lo sé —dijo Erlendur.

—¿Engañabas a tu ex cuando te divorciaste?

La pregunta le pilló por sorpresa y sonrió.

—No —respondió.

—¿Estás pensando si el hombre no fue fiel a esa mujer?

Erlendur se encogió de hombros.

—¿Por qué desapareció ella?

—Esa es la cuestión.

—¿No sabéis nada más?

—En realidad, no.

Valgerður se quedó callada.

—¿Cómo puedes beber Chartreuse? —preguntó con una mueca.

—Extravagancias —respondió él con una sonrisa.

Cuando Erlendur volvió al piso de Sunee, la exsuegra de esta ya había llegado; era una mujer ágil y bastante delgada, de unos sesenta años. Subió a toda prisa por las escaleras y abrazó a Sunee que la esperaba en el descansillo. Sunee parecía contenta de tener allí a la abuela de Elías. Erlendur pensó que parecían llevarse bien. Aún no habían localizado al padre de Elías. No estaba en casa tenía el móvil apagado. Sunee creía que había cambiado de trabajo hacía poco y no sabía cómo se llamaba la empresa en la que estabas en ese momento.

La mujer hablaba a media voz con Sunee. El hermano y la intérprete se mantenían a cierta distancia. Erlendur miró la pantalla roja con el dragón amarillo. Tenía la

sensación de que se enroscaba sobre un perrito, pero no era capaz de decidir si era para defender al perro o para aplastarlo.

—¡Es terrible! —exclamó la mujer, y miró a la intérprete, a La que parecía conocer—. ¿Quién ha podido hacer algo así?

Sunee le dijo algo a su hermano y entraron en la cocina, en compañía de Guðný.

La suegra lanzó una mirada a Erlendur.

—¿Y tú quién eres?

Erlendur se presentó. La mujer hizo lo mismo, diciendo que se llamaba Sigríður. Le pidió a Erlendur que le contara lo que había sucedido, lo que estaba haciendo la policía, qué hipótesis tenían y si habían encontrado pistas. Erlendur le respondió lo mejor que pudo pero tenía muy poco que contar. Eso pareció ponerla de mal humor, como si pensara que le estaba ocultando información. Así se lo dijo. Erlendur le aseguró que no era así, que la investigación acababa de empezar y que aún no tenían nada importante.

—¡Que no tenéis nada importante! ¿Apuñalan a un niño de diez años y no tenéis nada importante?

—Le doy el pésame por el niño —dijo Erlendur—. Como es lógico, estamos haciendo todo lo posible para descubrir lo sucedido y encontrar al culpable.

Ya se había encontrado en una situación similar en una familia paralizada por el dolor a causa de algo incomprensible e insoportable. Conocía el rechazo y la ira. El caso era tan abrumador que resultaba demasiado monstruoso para enfrentarse directamente a él, y la mente buscaba cualquier medio para aliviar el sufrimiento. Como si aún fuera posible salvar algo.

Erlendur conocía aquel sentimiento desde que tenía diez años, cuando, acompañado por Bergur, su hermano pequeño, se perdió en medio de una gran ventisca. Durante un tiempo tuvieron la esperanza de encontrar a su hermano enterrado en la nieve, como le había sucedido a él mismo, y esa esperanza empujó a la gente a seguir buscando mucho después de que el destino del niño estuviera ya sellado. Nunca encontraron el cuerpo. Cuando la esperanza fue disminuyendo con el paso de los días hasta desaparecer con las semanas, los meses y los años, comenzó una especie de apatía vital que fue la herencia de aquel suceso. Algunos consiguieron librarse de ella. Otros, como Erlendur, la cultivaron y convirtieron el sufrimiento en compañero de sus vidas.

Sabía que, en aquel momento, lo más importante era encontrar al hermanastro, a Niran. Confiaba en que el muchacho volviera a casa lo antes posible y pudiera aclarar lo que había sucedido. Cuanto más tiempo pasara sin que apareciera el muchacho, tanto más probable era, pensaba Erlendur, que su desaparición tuviera que ver con el asesinato del niño. En el peor de los casos, también le podía haber sucedido algo malo a Niran, pero prefería no plantearse esa posibilidad.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudaros? —preguntó Sigríður.

—¿Has sabido algo del hermano mayor?

—¿De Niran? No, Sunee esta preocupadísima por él.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo Erlendur.

—¿Pensáis que quizá también le haya pasado algo malo? —preguntó Sigríður, aterrada.

—Lo dudo —dijo Erlendur.

—Tiene que volver a casa —dijo Sigríður—. Sunee le necesita a su lado.

—Aparecerá —dijo Erlendur con tranquilidad—. ¿Tienes idea de dónde podría estar? Hace rato que debería haber vuelto a casa del colegio. Su madre dice que no tiene actividades extraescolares, ni entrenamiento de fútbol ni nada parecido.

—No tengo ni la más remota idea de dónde podría estar —respondió Sigríður—. No tengo demasiada relación con él.

—¿Y con los antiguos amigos de Snorrabraut? —preguntó Erlendur—. ¿Puede estar en casa de alguno de ellos?

—No lo sé.

—¿Niran y Elías se llevaban bien? —preguntó Erlendur.

—Sí, muy bien.

—No llevan mucho tiempo viviendo aquí, ¿verdad?

—No. Se mudaron aquí desde Snorrabraut la primavera pasada. Los chicos tuvieron que cambiar de colegio en otoño. Creo que fue difícilísimo para ellos; el divorcio, tener que mudarse a un barrio nuevo, empezar en otro colegio...

—Tengo que hablar con tu hijo —dijo Erlendur.

—Yo también —dijo Sigríður—. Está en una empresa nueva que no sé cómo se llama.

—Tengo entendido que Sunee no fue la primera mujer extranjera con la que se casó.

—No entiendo a mi chico —dijo Sigríður—. Nunca he llegado a comprenderle. Y tienes razón. Sunee fue la segunda mujer que se trajo de Tailandia.

—¿Elías y su hermano tenían una buena relación? —preguntó Erlendur con cautela. La mujer notó su titubeo.

—¿Buena relación? Naturalmente. Pero bueno, ¿adónde quieres llegar? Claro que se llevaban bien.

Dio un paso hacia Erlendur.

—¿Pensáis que lo hizo él? —dijo en un susurro—. ¿Pensáis que pudo hacerle algo a su hermano? ¿Estáis locos?

—En absoluto —dijo Erlendur—. Yo...

—Sería una solución sencillísima, ¿verdad? —dijo Sigríður con aspereza.

—No malinterpretes mis palabras —dijo Erlendur.

—¡Que las malinterpreto! No malinterpreto nada —le soltó Sigríður con los dientes apretados—. ¿Tú crees que esto es cosa de unos tailandeses que se matan unos a otros? ¿No sería eso lo más cómodo para ti y para todos nosotros? ¡No son más que cosas de tailandeses! A nosotros no nos afecta. ¿Es eso lo que estás

insinuando?

Erlendur titubeó. Quizá se había apresurado al interrogar a los parientes más próximos sobre la relación entre los hermanos. No tenía que sembrar sospechas con insinuaciones. Así solo causaba más furia y desesperación.

—Te pido perdón si he dado a entender esto —dijo Erlendur con calma—. Pero tenemos que buscar información, por muy desagradable que resulte. No nos hemos planteado que el mayor tenga algo que ver con el crimen, pero sigo pensando que cuanto antes le encontremos, mejor para todos.

—Niran volverá a casa enseguida —dijo Sigríður.

—¿Podría haber ido a casa de Óðinn, su padrastro?

—No creo. No se llevan bien. Mi hijo...

Sigríður vaciló. Erlendur esperó impaciente.

—Ay, no sé —dijo la mujer con un suspiro.

Sigríður le contó que ella había estado viviendo en el campo hasta hacía un tiempo, y que solo venía a Reikiavik algunas veces al año durante algunos días. Siempre iba a visitar a la familia de su hijo y, a veces, se quedaba en su casa, aunque el piso de Snorrabraut era pequeño. Sabía que su hijo no se encontraba bien, y aunque Sunee no se quejó de nada, vio que había algún problema serio en el matrimonio. Fue en la época en que Sunee dijo que tenía otro hijo en Tailandia y que quería que viniese.

Cuando conoció a Sunee, Óðinn no le dijo nada a su madre. Había estado con otra tailandesa antes de aparecer Sunee. Lo había abandonado después de tres años de convivencia. Óðinn no la había visto en persona cuando la hizo venir a Islandia, solo la conocía por fotos. A esa mujer le dieron un visado de un mes para estar en el país. Se casaron dos semanas después de que ella llegara a Islandia. Había traído todos los papeles necesarios para que el matrimonio fuera legal.

—Luego se fue a vivir a Dinamarca —dijo Sigríður—. Probablemente solo vino para conseguir el pasaporte islandés.

Lo siguiente que supo Sigríður fue que Óðinn había conocido a Sunee y se había casado con ella. Sunee y ella simpatizaron desde el principio. La primera vez que vio a su nuera tenía cierta aprensión, después de lo que había pasado, y estaba muy preocupada por la nueva relación. Intentó evitar los prejuicios y respiró aliviada al darle la mano a Sunee. Enseguida comprendió que aquella mujer tenía mucho que ofrecer. Lo primero que vio fue que Sunee había transformado el desastroso apartamento de Snorrabraut en un hogar bonito y limpio con una fuerte atmósfera oriental. Había traído, o había hecho que le enviaran, cosas de Tailandia para decorar el piso, una estatuilla de Buda, fotos y diversos objetos preciosos.

A pesar de lo irregular de sus viajes a Reikiavik en esa época, Sigríður intentó facilitarle la vida a Sunee. Su nuera no comprendía la lengua y le resultaba muy difícil aprenderla. Hablaba poco inglés; además, Sigríður sabía que su hijo nunca había sido muy sociable y que tenía pocos amigos que pudieran ayudar a Sunee a

adaptarse al cambio de forma de vida y a una sociedad totalmente distinta a la suya. Sunee fue conociendo poco a poco a otras mujeres tailandesas que la ayudaron a adaptarse, pero no tenía amigas islandesas, quizás a excepción de su suegra.

Sigríður admiraba el modo como Sunee se acostumbraba a la oscuridad y al frío y a aquellas costumbres tan extrañas. Lo único que pasa es que la gente se pone más ropa, decía ella, sonriente y positiva. El hijo no estaba siempre tan contento con la intromisión de su madre. Discutieron cuando Sigríður se dio cuenta de que su hijo se irritaba cuando Sunee hablaba tailandés con el niño. Y eso que, para entonces, ya había empezado a hablar un poquito de islandés. «No sé lo que le está diciendo al niño —se quejó Óðinn a su madre—. El niño tiene que hablar islandés. ¡Ese niño es islandés! Es lo mejor para él. Hay que pensar en su futuro».

Sigríður contó que más tarde se dio cuenta de que no era solo su hijo quien pensaba así. En algunos casos, los maridos islandeses prohibían a sus mujeres asiáticas hablar con los niños en su lengua materna porque ellos no la comprendían. Cuando la madre hablaba poco islandés, o nada, la madurez lingüística de los hijos llegaba a ser tan mala que podía afectar a toda su vida escolar. Eso podía afirmarse en el caso de Elías, que destacaba en matemáticas pero iba peor en asignaturas como ortografía y lengua islandesa.

Óðinn se negaba a hablar del divorcio y no escuchaba a su madre cuando le hablaba de sus obligaciones.

—Fue un error —decía—. ¡Nunca debí haberme casado!

Sigríður se mudó entonces a la capital y siguió manteniendo una buena relación con Sunee y Elías, a los que consideraba de su familia. Incluso a Nirán, que no estaba contento con su destino, se le veía encantado con ella pese a lo poco que podían decirse. Intentó que su hijo le pagara a Sunee lo que tenía que darle por el divorcio, entre otras cosas una parte del piso, pero él se negó y dijo que aquel piso era suyo antes de que apareciera Sunee. A veces, Elías iba a casa de su abuela y se quedaba a dormir; era un chico alegre y majísimo que siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuese por ella.

Nirán jamás se llevó bien con su padrastro y no conseguía adaptarse a la sociedad islandesa. Tenía nueve años cuando llegó a Islandia con Virote, el hermano menor de Sunee. Virote se aclimató, encontró trabajo en la pesca y soñaba con abrir un restaurante tailandés.

—Nirán nunca consideró a Óðinn su padre, lo que es comprensible —dijo Sigríður—. No tenían nada en común.

—¿Quién es el padre de Nirán? —la interrumpió Erlendur.

Sigríður se encogió de hombros.

—Nunca se lo he preguntado —respondió.

—Tiene que ser difícil para un chico como él venir a este país a esa edad y en esas circunstancias.

—Naturalmente, fue muy difícil —dijo Sigríður—. Y lo sigue siendo. No va bien

en el colegio y, en cierto modo, está marginado de la sociedad islandesa.

—Hay más chicos como él —dijo Erlendur—. Encuentran amparo unos con otros, porque tienen una historia parecida. Ha habido enfrentamientos entre ellos y chicos islandeses, aunque no muchos ni demasiado graves. Quizá vemos más armas que antes. Puños americanos. Navajas.

—Niran no es mal chico —dijo Sigríður—, pero sé que Sunee está preocupada por él. Siempre se portó bien con su hermano. Entre los dos existía una relación muy especial. Se llevaban estupendamente, eso creo, pese a las circunstancias. Sunee se esforzaba mucho para que fuera así.

Guðný salió de la cocina.

—Sunee quiere salir a buscar a Niran —dijo—. La acompaño.

—Claro —dijo Erlendur—. Pero creo que sería mejor esperarle un poco más, por si aparece.

—Me quedaré yo, por si acaso viene —dijo Sigríður.

—Sunee no puede seguir sentada esperando —dijo la intérprete—. Tiene que salir. Tiene que hacer algo.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Erlendur.

Sunee se dirigió a la puerta del piso y se puso el abrigo. La puerta del cuarto de los chicos estaba abierta y lo miró. Fue hacia allí y empezó a decir algo. La intérprete y Erlendur se acercaron.

—Soñó algo —dijo la intérprete—. Cuando Elías despertó por la mañana, le contó el sueño que había tenido. Llegaba un pájaro y él le construía una jaula y los dos eran amigos, el pájaro y Elías.

Sunee estaba en la puerta del cuarto de los chicos y habló con la intérprete.

—Estaba un poco enfadado con su madre —dijo la intérprete.

Sunee miró a Erlendur y continuó su relato.

—En el sueño se sentía feliz porque por fin tenía un amigo —dijo la intérprete—. Estaba disgustado con su madre porque le había despertado. Elías habría querido seguir soñando.

Sunee recordó el sueño de Elías de aquella mañana. El niño estaba en la cama intentando que no se le escapara el sueño; acurrucado debajo de su edredón, demasiado pequeño, con su pijama demasiado corto. Sus delgadas piernas se salían de las perneras. Estaba acostado de lado con los ojos fijos en la pared, en la oscuridad. Su madre encendió la luz de la habitación pero él alargó la mano y la volvió a apagar. Su hermano ya estaba levantado. Se había hecho demasiado tarde para Sunee y no encontraba el bolso. Le llamó a gritos para que saliera de la cama. Sabía que le encantaba remolonear bajo el cálido edredón, sobre todo en las mañanas frías y oscuras, y tenía por delante un largo día de colegio.

—Tenemos que hablar de sus amigos —dijo Erlendur cuando la intérprete acabó de traducir las palabras de Sunee.

Sunee volvió a mirar la habitación de los chicos.

—¿Tiene muchos amigos? —preguntó Erlendur, y la intérprete tradujo sus palabras al tailandés.

—Creo que no tenía muchos en este sitio nuevo —dijo Sunee.

—Soñaba con eso —dijo Erlendur.

—Soñaba con tener un buen amigo —la intérprete tradujo las palabras de Sunee—. Le desperté y se quedó un buen rato en la cama antes de venir a la cocina. Yo estaba saliendo a todo correr cuando apareció, por fin. Le grité que se diera prisa. Niran ya había desayunado y estaba esperándole. Solían ir juntos al colegio. Y Niran decidió que no quería seguir esperando y yo tuve que marcharme.

Sunee se forzó a seguir.

—Ni siquiera pude despedirme de él. Eso fue lo último que le oí decir.

—¿El qué? —preguntó Erlendur, mirando fijamente a la intérprete.

Sunee dijo algo. Habló tan bajo que la intérprete tuvo que inclinarse para oírla. Cuando se incorporó, tradujo al islandés lo último que le dijo Elías a su madre antes de que se fuera a trabajar.

—Ojalá no me hubiera despertado.

6

Comunicaron a Erlendur que habían localizado al padre de Elías. Este pidió que le dejaran ver el cuerpo de su hijo en el depósito de Barónsstígur. Después lo llevaron al despacho de Erlendur en la comisaría de Hverfisgata, donde le esperaba en ese momento. Erlendur se despidió de Sunee, de su hermano y de la intérprete a la entrada del bloque. Dos agentes les acompañarían por el barrio a buscar a Niran. Sigríður se quedó en el piso. Erlendur pensaba que ya tenía toda la información que la madre de Elías podría proporcionarle en esos momentos. Estaba claro que no sabía por qué habían agredido a su hijo, ni por qué Niran todavía no había vuelto a casa. Ni siquiera se imaginaba por dónde podía andar. Hacía relativamente poco que se habían mudado al barrio y ella no conocía a los amigos de su hijo, solo sabía aproximadamente dónde vivían. Erlendur comprendía que no pudiera seguir en casa de brazos cruzados, esperando a que llegara alguna noticia. Toda la policía de la ciudad estaba buscando a Niran. Se habían repartido fotos suyas por las comisarías. Podía estar en peligro. O escondido. Lo principal era encontrarlo lo antes posible.

Elínborg se puso en contacto con Erlendur y le contó que había estado hablando con los empleados de la farmacia por donde le habían dicho que solían andar Niran y sus amigos. A los empleados no les sonaba que un grupo de chicos anduviera habitualmente por la farmacia. No se habían dado cuenta de la presencia de una pandilla detrás del edificio y se quedaron parados cuando Elínborg empezó a pedirles detalles sobre el tema; de todas formas, los chicos del colegio pasaban el rato por la zona. Había una pared llena de pintadas y colillas en la acera, junto a una puertecita que había en la parte de atrás. Elínborg dijo que hablaría con los compañeros de clase de Elías.

—Una vecina de Sunee, Fanney, dijo que Sunee recibía visitas.

—¿Qué clase de visitas?

—No estaba claro. Ella pensaba que podía ser alguien que fuera a visitarla, ya sabes, un hombre.

—¿Un novio?

—Quizá. No lo sabe. Nunca le ha visto. Pero tiene esa sensación. Sabe de estas visitas desde el verano pasado.

—Tendremos que preguntarle a Sunee —dijo Erlendur—. Habrá que comprobar sus llamadas de teléfono. Quiénes la han llamado y a quiénes ha llamado.

—Muy bien.

El móvil volvió a sonar cuando Erlendur estaba llegando a la comisaría. Era Valgerður. Se había enterado del crimen y estaba asombrada y horrorizada. Habían acordado verse esa tarde pero Erlendur dijo que quizá tuvieran que anular la cita. Ella dijo que no importaba.

—¿Sabéis ya lo que pasó? —preguntó Valgerður preocupada.

—Todavía no —respondió Erlendur.

—No quiero interrumpirte, ya hablaremos —dijo ella, y se despidieron.

Erlendur se envolvió mejor en el abrigo mientras entraba a toda prisa en la comisaría, y en aquel momento se dio cuenta de que Nirán no podría estar al aire libre con un viento del Norte como aquel. El viento gélido y seco le mordía el rostro. Cuando levantó la vista, vio una pálida luna de hielo.

En la recepción había un hombre de mediana edad muy nervioso que le explicaba al policía de guardia que su coche había sufrido daños. El hombre estaba escandalizado de que la policía eludiera el problema con tanta soltura, como si no fuera delito causar daños que ascendían a miles de coronas. Erlendur no llegó a saber de qué delito hablaban, pues iba con prisa, pero creyó oír que alguien había rayado el coche de aquel hombre.

El padre de Elías estaba sentado en el despacho de Erlendur, con la cabeza gacha; era un hombre delgado, de unos cincuenta años, con la parte de arriba de la cabeza calva, unos mechones de pelo oscuro en la frente y barba de varios días. Tenía la boca muy pequeña y dientes grandes y salientes, que daban a su rostro un aspecto un tanto repulsivo. Se puso en pie al entrar Erlendur, y se dieron la mano.

—Óðinn —se presentó el hombre, a media voz. Tenía los ojos rojos de haber llorado.

Erlendur colgó su abrigo en la percha y se sentó a su mesa.

—Te acompaño en el sentimiento por la muerte del niño —dijo—. Es tan espantoso que no puede expresarse con palabras.

Hizo una pequeña pausa y observó al hombre, Óðinn vivía solo en el apartamento de Snorrabraut, según había declarado a la policía. Mientras iba camino de comisaría, informaron a Erlendur de que el hombre se asustó cuando la policía le informó de lo ocurrido a Elías. Iba vestido con unos vaqueros muy desgastados, un impermeable fino de color claro, y llevaba una vieja bufanda roja con el escudo de un equipo de fútbol extranjero.

—¿Tienes idea de dónde puede estar tu hijastro? —preguntó Erlendur.

—¿Nirán? ¿Qué le pasa?

—No le encontramos. Aún no ha vuelto a casa.

—No tengo ni idea —dijo el hombre—. Tengo... —Se quedó callado.

—¿Sí? —dijo Erlendur.

—Nada —dijo el hombre.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu familia?

—Siempre es de forma esporádica. Nos divorciamos. Quizá ya lo sepas.

—¿No puedes imaginarte qué puede haberle pasado al chico?

—Yo... esto es horrible, espantoso... jamás habría pensado que pudiera suceder algo semejante en este país. ¡Atacar así a un niño!

—¿Qué crees que ha pasado?

—¿No es evidente? ¿No es racismo? ¿Puede haber otro motivo para agredir a un niño de esa forma? ¿Qué puede hacerle un niño a alguien?

—Todavía no sabemos lo que pasó —dijo Erlendur—. ¿Les has telefoneado o visitado últimamente?

—No. El otro día fui al cine con Elías. Nunca he tenido demasiada relación con Niran.

—¿Y no tienes idea de lo que puede haber pasado?

Óðinn sacudió la cabeza.

—¿Pensáis que a Niran también le ha pasado algo?

—No lo sabemos. Lo están buscando. ¿Se te ocurre algo?

—¿De dónde puede estar? No, nada. No se me ocurre nada.

—Sunee se mudó cuando os divorciasteis —dijo Erlendur—. Parece que los chicos no se han adaptado demasiado bien al nuevo barrio. ¿Lo sabías?

Óðinn tardó en responder.

—¿No te enteraste de que tenían problemas?

—No tenía mucha relación con Sunee —dijo Óðinn, finalmente—. Se había acabado.

—Te pregunto por los chicos —dijo Erlendur—. Sobre todo, por tu hijo.

Óðinn se quedó callado.

—Elías siempre quiso más a su madre —dijo al poco rato—. Muchas veces discutíamos sobre su educación. Ella siempre hacía su santa voluntad en todo lo que tenía que ver con la educación. Incluso le llamaba por su nombre tailandés. Rarísima vez le llamaba Elías.

—Sunee está muy lejos de su casa. Quiere aferrarse a algo que la relacione con su pasado, ya que está en otro país —dijo Erlendur.

Óðinn le miró en silencio.

—Tu madre se lleva bien con ella —dijo Erlendur—. Por lo que he oído, son muy amigas. Fue a casa de Sunee en cuanto se enteró.

—Siempre se han llevado bien.

—Tengo entendido que Sunee es tu segunda mujer tailandesa... ¿Es así?

—Sí —respondió Óðinn.

—Sé que no te hizo mucha gracia que Sunee te dijera que tenía un hijo más mayor y que quería que viniese a Islandia —dijo Erlendur.

—Lo sospechaba —dijo Óðinn—. No fue una sorpresa. Pero me había dicho que era soltera. Y luego resulta que quería traerse a Niran.

—¿Qué te pareció?

—No me hizo gracia que ese chico viniera. Pero me aguanté. No me metí en el asunto. La dejé que hiciera lo que le diese la gana.

—¿No te quisiste divorciar en ese momento?

—Sunee estaba bien —dijo Óðinn.

—No ha aprendido mucho islandés en los años que lleva viviendo aquí —dijo Erlendur.

—No —dijo Óðinn.

—¿Intentabas enseñárselo?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué tiene que ver con el caso? ¿No sería mejor que intentaras cazar a quienes lo hicieron, en vez de hacerme estas absurdas preguntas que no tienen nada que ver con el caso? ¿A qué vienen estas preguntas?

—Probablemente agredieron a tu hijo a primera hora de la tarde —dijo Erlendur—. ¿Dónde estabas a esa hora?

—Trabajando —respondió Óðinn—. Estaba en el trabajo cuando llegasteis. ¿Piensas que yo he matado a mi hijo? ¿Estás loco?

Dijo estas palabras sin alzar la voz ni excitarse, como si la idea fuera demasiado estúpida para enfadarse.

—La experiencia demuestra que este tipo de casos suelen estar relacionados con la familia —dijo Erlendur sin inmutarse—. No es raro que quiera saber dónde pasaste el día.

Óðinn se quedó callado.

—¿Hay alguien en el trabajo que pueda confirmar que estuviste allí?

—Sí, dos personas. ¡No puedo creer que penséis que tengo algo que ver con esto!

—Así es nuestro trabajo —dijo Erlendur—. Muchas de las cosas con las que me encuentro parecen incluso más absurdas.

—¿Intentas decirme que he atacado a mi hijo para vengarme de Sunee?

Erlendur se encogió de hombros.

—¿Estás loco?

—Siéntate y estate quieto —dijo Erlendur al ver que Óðinn se ponía en pie—. Debemos considerar todas las posibilidades. ¿Por qué ibas a querer vengarte de Sunee?

—¿Qué quieres decir? ¡Yo no quiero vengarme de ella!

—No he dicho que tuvieras motivo alguno —dijo Erlendur—. Lo has dicho tú.

—Yo no he dicho nada.

Erlendur se calló.

—Intentas liarne —dijo Óðinn, bastante furioso—. Pretendes que diga algo que no quiero decir. ¡Estás jugando conmigo!

—Eso fue lo que dijiste.

—¡Maldita sea! —gritó Óðinn, dando una patada al escritorio. Erlendur estaba sentado en su butaca, inmóvil, mirándole, con las manos cruzadas sobre el pecho, reclinado hacia atrás. Parecía que aquel hombre fuese a lanzarse encima de él en cualquier momento.

—¡Yo jamás le haría nada a mi hijo! —vociferó—. ¡Nunca!

Erlendur no movió un músculo.

—¿Has hablado con su novio? —dijo Óðinn.

—¿Su novio?

—¿No te ha hablado de él?

—¿Quién es? ¿Quién es el novio de Sunee?

Óðinn se mantuvo en silencio. Clavó los ojos en Erlendur, quien se inclinó hacia delante.

—¿Fue el motivo de vuestro divorcio? —preguntó Erlendur con cautela.

—No. Me enteré hace poco.

—¿De qué?

—De que salía con alguien.

Elínborg había ido a visitar a un compañero de clase de Elías. Se quedó de pie en la cocina, ya que nadie le ofreció un asiento. El padre estaba sentado a la mesa al lado del muchacho, junto a su hermana y su hermano pequeño. Era una pequeña casa adosada a escasa distancia del bloque donde vivían Nirán y Elías. Elínborg había interrumpido su cena. Otros agentes de policía estaban haciendo lo mismo en otras casas donde vivían niños que iban al colegio de Elías.

Elínborg se excusó varias veces. La madre dijo que había visto el telediario y que la noticia la había conmocionado. Ni el padre ni los niños parecieron reaccionar.

Elínborg echó un vistazo a la comida: espaguetis con carne picada. El olor a carne inundaba la casa, mezclado con aroma a albahaca y salsa de tomate. Sin proponérselo, pensó en su casa. Hacía días que no tenía tiempo para hacer la compra y la nevera estaba vacía.

—Vino al cumpleaños de Biggi —dijo la madre, que estaba de pie junto a la mesa—. Invitamos a toda la clase. Me pareció un chico realmente adorable. No puedo entender lo que ha pasado. Dijeron que le habían apuñalado. Como si alguien hubiese querido hacerle mucho daño. Insinuaron que le habían agredido, como si fuera algo premeditado. ¿Es verdad?

—Aún no estamos seguros —dijo Elínborg—. La investigación está empezando. No he visto las noticias, pero dudo de que la información con la que cuentan provenga de la policía. Por ahora sabemos muy poco. Por eso me gustaría charlar contigo, Biggi —dijo dirigiéndose al niño.

Biggi la miró con los ojos muy abiertos.

—Tú eras su amigo, ¿verdad? —dijo Elínborg.

—En realidad, no —dijo Biggi—. Estaba en mi clase, pero...

—Biggi no le conoce mucho —intervino la madre con una sonrisa comprometida.

—Ya, comprendo —dijo Elínborg.

El padre estaba en silencio, sentado junto a la mesa de la cocina. Su plato estaba lleno de comida pero no estaba dispuesto a comer delante de la agente de policía. Los niños habían empezado a devorar los espaguetis. La madre fue a abrir cuando Elínborg tocó el timbre y la invitó a entrar con cierta vacilación. Elínborg se dio cuenta de que alteraba la paz del hogar.

—¿Juegas con él, a veces?

—Creo que Birgir no juega mucho con él —dijo el padre.

El hombre era delgado y de rostro demacrado, con grandes ojeras y barba de varios días. Llevaba un mono azul que se había desabrochado hasta la cintura para sentarse a la mesa. Las manos estaban encallecidas por el trabajo. Algo grisáceo, que Elínborg pensó que sería cemento, le cubría la cara y el pelo. Concluyó que debía de ser albañil.

—Yo quería... —dijo Elínborg.

—Yo lo que querría es un poco de tranquilidad para cenar con mi familia —dijo el hombre—. Si no te importa.

—Lo sé —dijo Elínborg—, y os vuelvo a pedir perdón por la molestia. Solo quería hacerle un par de preguntas a Biggi, porque necesitamos esa información lo antes posible. Será un momento.

—Puedes hacerlo más tarde —dijo el hombre.

Clavó los ojos en Elínborg. La madre estaba de pie junto a la mesa, en silencio. Los niños solo se centraban en sus platos de espaguetis. Biggi miró a Elínborg y aspiró para meterse un larguísimo espagueti en la boca. La tenía llena de salsa de tomate.

—¿Sabes si Elías iba solo cuando hoy se ha ido a casa? —preguntó Elínborg.

Biggi sacudió la cabeza al momento, con la boca llena de espaguetis.

El hombre miró a su mujer y dijo:

—No creo que esto tenga relación con Biggi.

—Ese chico era adorable, educado y muy amable —dijo la mujer—. Y fue el único que dio las gracias en el cumpleaños, y no alborotó como los demás.

Miró a su marido mientras pronunciaba estas palabras, como si estuviera justificándose por haber invitado a Elías al cumpleaños de su hijo. Elínborg miró a uno y otra y luego a los chicos, que habían dejado de comer y miraban temerosos a sus padres. Se daban cuenta de que se avecinaba una buena discusión.

—¿Cuándo fue la fiesta? —preguntó Elínborg, mirando a la madre.

—Hace tres semanas.

—¿Durante las fiestas navideñas? ¿Y no fue bien?

—Sí, fue muy bien. ¿Verdad que sí, Biggi? —dijo la mujer mirando a su hijo. Evitó mirar a su marido.

Biggi asintió en silencio. Miró a su padre, sin saber si debía decir lo que le apetecía.

—¿Serás tan amable de dejarnos en paz? —dijo el hombre mientras se ponía en pie—. Nos gustaría cenar.

—¿Viste a Elías cuando vino al cumpleaños?

—Yo trabajo dieciocho horas diarias —dijo el hombre.

—Nunca está en casa —dijo la mujer—. No tienes por qué ser tan mal educado con ella —añadió, mirando de reojo a su marido.

—¿Te ponen nervioso los inmigrantes? —preguntó Elínborg.

—No tengo nada contra esa gente —dijo el hombre—. Es que Birgir no conoce a ese chico. No eran amigos. No podemos ayudarte. ¡Y ahora déjanos en paz!

—Naturalmente —dijo Elínborg mirando los platos de espaguetis.

Titubeó un momento, pero luego se rindió y se marchó.

—Ha sido un día como otro cualquiera —dijo Agnes, la tutora de Elías, respondiendo

a las preguntas de Sigurður Óli—. Creo que ha sido así. Lo único que hice fue cambiarlo de sitio en clase. Lo había decidido hacía tiempo y por fin lo he hecho esta mañana.

Seguían sentados en el despacho de casa de Agnes, quien acababa de sacar un cigarrillo de un cajón. Sigurður Óli la observó cuando miró furtivamente a la puerta y se sentó junto a la ventana para encender el cigarrillo y echar el humo hacia afuera. No comprendía a los que seguían decididos a acabar con sus vidas fumando. Estaba convencido de que el tabaco era lo más perjudicial del mundo, y en el trabajo solía dar lecciones magistrales al respecto. A Erlendur, fumador, le entraban por un oído y le salían por el otro. En una ocasión le respondió que lo que dañaba más al mundo eran los ascetas fundamentalistas como Sigurður Óli.

—Elías llegó un poco tarde —continuó Agnes—. No solía llegar tarde, aunque a veces remoloneaba un poco. Solía ser el último en salir de la clase, el último en recoger los libros, y cosas así. Siempre tenía la cabeza en otra parte. Era un poco como una «azafata». —Agnes marcó las comillas con los dedos.

—¿Una azafata?

—Así los llama Vilhjálmur, el profesor de educación física. Es de las islas Vestmann.

Sigurður Óli se quedó mirándola sin entenderla.

—Son los chicos que siempre salen los últimos del gimnasio.

—¿Por qué lo cambiaste de sitio en el aula? —dijo Sigurður Óli, sin llegar a captar la relación entre azafatas y nativos de las islas Vestmann.

—No es raro —dijo Agnes—; además, lo hacemos por diversos motivos. No lo hice por él. Elías era un genio de las matemáticas. Iba muy por delante de sus compañeros, incluso de todo su curso, pero el niño que se sentaba a su lado, el pobre Birgir, Biggi, tiene problemas para entender cómo dos más dos pueden llegar a ser cuatro.

Agnes miró a Sigurður Óli.

—Sé que esto no debería decirlo, pero... —se apresuró a añadir, algo avergonzada—. Pero bueno, la madre de Biggi habló conmigo y me dijo que el niño se quejaba de que no servía para nada y de que no era capaz de aprender. Cuando ella empezó a sonsacarle lo que le pasaba, le contó que Elías era mucho mejor que él en todo. La madre se quedó confundida. Pasa con frecuencia, y por regla general suele solucionarse fácilmente. Cambié a Elías de sitio. Lo puse con una preciosa chica que también es una magnífica alumna.

Agnes dio una larga calada y dejó escapar el humo por la ventana.

—¿Y Elías? ¿Tenía dificultades en otras materias?

—Sí —respondió Agnes—. Tenía bastantes problemas con la lengua islandesa. Con su hermano siempre hablaba en tailandés. Era la lengua que utilizaban en casa. Eso puede provocar ciertas complicaciones a los niños.

Apagó el cigarrillo.

—¿De modo que Elías llegó tarde esta mañana? —dijo Sigurður Óli.

Agnes mantuvo la colilla entre los dedos y asintió con la cabeza.

—Había empezado a leer los nombres de la lista cuando Elías apareció. Toda la clase le miró mientras se sentaba. Iba despeinado y tenía pinta de haberse quedado dormido, como si aún no estuviera despierto del todo. Le pregunté si todo iba bien y se limitó a asentir con la cabeza. Se sentó con la cartera en la mesa y miró por la ventana hacia el patio; parecía estar en las nubes. No me oyó cuando empecé la clase. Estaba allí sentado, mirando por la ventana. Fui hasta él y le pregunté en qué estaba pensando. «En el pájaro», me respondió. «¿Qué pájaro?». «El pájaro con el que he soñado. El pájaro que se murió».

Agnes se metió la colilla en el bolsillo y cerró la ventana. Hacía frío en la habitación, y tiritó al ponerse de pie. Habían anunciado temporal para las últimas horas de la tarde y para aquella noche.

—No le pregunté nada más —dijo—. A veces los niños dicen ese tipo de cosas. No volví a verle hasta el mediodía. Durante el recreo y el almuerzo. Entonces no le presté atención. Tenían clase de arte por la mañana; quizá deberías hablar con Brynhildur. Luego tenían dos horas conmigo, después del almuerzo. La última clase era educación física, con Vilhjálmur. Él fue el último profesor con quien estuvo Elías.

—Es el siguiente en la lista —dijo Sigurður Óli—. ¿Puedes contarme algo sobre... —pasó unas páginas de su cuaderno en busca del nombre que le había proporcionado el director del colegio—... sobre Kjartan, que da clases de islandés?

—Kjartan no es la alegría de la huerta —dijo Agnes—. Lo verás enseguida. No sabe callarse. Es un tanto pelma, el pobre. Una figura del deporte. Jugaba al balonmano pero luego le pasó algo, no sé muy bien qué. No es tonto. Enseña sobre todo a los cursos superiores.

Sigurður Óli asintió, se metió el cuaderno de notas en el bolsillo y se despidió de Agnes. De camino al coche sonó su móvil. Era Bergþóra, su mujer. Había visto las noticias en televisión y sabía que volvería tarde a casa.

—Es espantoso —dijo—. ¿De verdad le apuñalaron?

—Sí —dijo Sigurður Óli—. Tengo un montón de cosas que hacer, no sabemos por dónde empezar... No me esperes despierta.

—¿Tenéis alguna idea de quién pudo hacerlo?

—No. Su hermano ha desaparecido. Su hermano mayor. Es posible que él sepa algo. Al menos, eso es lo que cree Erlendur.

—¿Que lo hizo él?

—No, pero...

—¿No es más probable que también le hayan agredido a él? ¿Erlendur se ha planteado esa posibilidad?

—Se lo diré —dijo Sigurður Óli con cierta brusquedad. A veces, sin pretenderlo, Bergþóra daba a entender que confiaba más en Erlendur que en su propio marido respecto a las investigaciones policiales. Sigurður Óli sabía que no lo hacía con mala

intención, pero de todos modos le ponía enfermo.

Hizo una mueca. Podía provocar la ira de Bergþóra con ese gesto, pero estaba cansado e irritable, y sabía que su mujer quería que llegase a casa lo antes posible. Tenían que hablar. Una propuesta de Bergþóra. Días atrás le propuso adoptar a un niño en el extranjero. No podían tener hijos. A Sigurður Óli no le entusiasmó la idea. Con cierta vacilación, propuso dejar las cosas como estaban. Los intentos de tener hijos habían provocado varios problemas en su relación. Sigurður Óli prefería dejar pasar unos años sin preocuparse por tener o adoptar niños. Bergþóra era más impaciente. Se moría de ganas de tener un hijo.

—Bueno, yo no tengo por qué meterme en eso, claro —dijo por teléfono.

—Contamos con la posibilidad de que también hayan agredido a su hermano —dijo Sigurður Óli—. Estamos estudiando todas las posibilidades.

Se produjo un silencio.

—¿Y Erlendur ya ha encontrado a esa mujer? —preguntó Bergþóra al final.

—No. Aún no ha aparecido.

—¿Sabéis algo más?

—En realidad, no.

—Si me duermo, ¿me despertarás cuando vuelvas?

—Claro que sí —dijo Sigurður Óli, y se despidieron.

Los chicos estaban jugando al fútbol sala con mucho entusiasmo. Peleaban hasta el último balón y no vacilaban a la hora de practicar el juego sucio. Sigurður Óli vio a uno de ellos intentar un barrido que habría podido romperle la pierna a su adversario. El chico que sufrió la zancadilla soltó un enorme alarido mientras se sujetaba la pantorrilla con las manos.

—¡Cuidado, chicos! —gritó el entrenador—. ¡Eso no puede ser, Geiri! Ven, Raggi —llamó al chico que se estaba poniendo en pie después de la zancadilla.

Cambió a Raggi por otro chico y el juego continuó sin tanta energía. En el entrenamiento había bastantes más chicos de los que podía haber en la pista, y el entrenador cambiaba a los chicos con frecuencia. Sigurður Óli estaba en un lateral, observando. El entrenador era Vilhjálmur, el profesor de educación física de Elías. Se sacaba un sobresueldo como entrenador de fútbol del grupo de los pequeños, o al menos eso es lo que le dijo su esposa a Sigurður Óli cuando se presentó en la puerta de su casa. Le indicó que fuera al polideportivo.

El entrenamiento estaba terminando. Vilhjálmur tocó un silbato que llevaba alrededor del cuello y un chico, que no parecía muy de acuerdo con la interrupción, dio una violenta patada a la pelota, que acabó en la nuca de uno de sus compañeros. Se montó una buena tangana, pero Vilhjálmur volvió a tocar el silbato y gritó a los chicos que se dejaran de tonterías y se fueran a la ducha. Parecía tenerlos bien controlados. Los dos chicos dejaron de pelearse.

—¿No es una forma de jugar un tanto violenta? —preguntó Sigurður Óli, que se dirigió hacia Vilhjálmur. Los chicos miraron asombrados al policía mientras entraban en los vestuarios. Nunca habían visto a un hombre tan bien vestido en el gimnasio.

—A veces son muy ruidosos —dijo Vilhjálmur, estrechando la mano de Sigurður Óli. Recogió los conos que marcaban las porterías, las pelotas y lo metió todo en un armarito que cerró con llave; era un hombre bajito y regordete, de unos treinta años—. Hay que atar corto a estos chicos. Llegan aquí perezosos y gordos de tanta pizza y tanto juego de ordenador y les hago moverse. ¿Has venido por lo de Elías? —preguntó.

—Tengo entendido que hoy fuiste su último profesor —dijo Sigurður Óli.

Vilhjálmur se había enterado del crimen y dijo que no podía creérselo.

—Uno se queda total y absolutamente descolocado —dijo—. Elías era un chico brillante. Se esforzaba en educación física y creo que le encantaba el fútbol. No hay palabras para algo así.

—¿Notaste algo especial, o raro, en la clase de hoy?

—Fue un día como cualquier otro. Les hice correr un rato y saltar el potro, y luego formamos equipos. El fútbol es lo que más les gusta. Y también el balonmano.

—¿Crees que Elías se fue directamente a casa?

—No tengo ni idea de adónde fue —respondió Vilhjálmur.

—¿Fue el último en salir?

—Elías siempre era el último —dijo Vilhjálmur.

—¿Así que era una «azafata»?

—¿Tú también eres de las Vestmann?

—No. Qué va. ¿Y tú...?

—Me trasladé aquí a los doce años.

—¿Elías estuvo remoloneando, o...?

—Era así —dijo Vilhjálmur—, siempre necesitaba un rato para ponerse en movimiento. Tardaba en ponerse la ropa de deporte. Era bastante lento en todo y había que animarle para que hiciera las cosas.

—¿Y qué es lo que hacía para quedarse siempre el último?

—Nada, estaba metido en su mundo.

—¿Hoy también?

—Seguro, aunque no me fijé especialmente, ya que tuve que salir a una reunión.

—¿Viste si había algún chico esperándole fuera? ¿Se encontró con alguien? ¿Tenía miedo de irse a casa? ¿Notaste algo raro en su comportamiento, te dijo algo?

—No, nada. No noté que pasase nada raro. Los chicos se iban a casa. No creo que nadie le estuviera esperando. Claro que yo no pensaba en esa clase de cosas, ya sabes. Uno no piensa esas cosas.

—Hasta que suceden —dijo Sigurður Óli.

—Sí, efectivamente. Pero como te digo, no noté nada extraño. No se mostró asustado durante la clase. No me dijo nada. Se comportó con normalidad. Evidentemente, nunca había pasado algo así antes... Jamás. No me cabe en la cabeza que alguien haya podido atacar a Elías, no lo entiendo. Es horrible.

—¿Conoces a un profesor de islandés de este colegio que se llama Kjartan?

—Sí.

—Al parecer, tiene ideas algo radicales sobre los inmigrantes.

—Sí, por decirlo suavemente.

—¿Estás de acuerdo con él?

—¿Yo? No. Creo que ese tío está loco. Está...

—¿Qué?

—Está un tanto amargado. ¿Ya has hablado con él?

—No.

—Es una antigua estrella del deporte —dijo Vilhjálmur—. Recuerdo cuando jugaba al balonmano. Era el mejor. Luego pasó algo, sufrió una lesión grave y tuvo que retirarse. Justo cuando iba a hacerse profesional. Le habían fichado en España. Creo que algo así se te queda grabado a fuego. No es demasiado simpático.

Se oyeron gritos y voces que salían del vestuario de los chavales y más allá, por el pasillo. Vilhjálmur se fue hacia allí para poner orden.

—¿Sabéis qué es lo que sucedió? —preguntó.

—Aún no —dijo Sigurður Óli.

—Ojalá cacéis a ese animal. ¿No será un tema de racismo?

—No sabemos nada.

La esposa de Kjartan, el profesor de islandés, tenía más de treinta años, aunque era un poco más joven que su marido; iba bastante desarreglada, con un chándal que la hacía menos atractiva de lo que su materia prima habría permitido. Detrás de ella se escondían dos niños. Sigurður Óli observó con disimulo la vivienda, que estaba a oscuras. Aquella pareja no parecía muy cuidadosa con su piso. Sin querer, pensó en su propio apartamento, ordenado y reluciente. Aquello lo alegró mientras estaba allí de pie, en el frío, y el viento se le metía por todas partes. El apartamento estaba en la planta baja de un edificio de cuatro viviendas.

La mujer llamó a su marido, que salió a la puerta, también en pantalones de chándal y una camiseta que parecía dos tallas más pequeña y que le resaltaba el barrigón. Era de los que suelen afeitarse una vez a la semana, y tenía un cierto gesto de malhumor que Sigurður no sabría decir de dónde procedía, aunque estaba bastante seguro de que salía de su mirada, colérica y hostil. Recordó haber visto antes aquel gesto, aquel rostro, y recordó las palabras de Vilhjálmur sobre la caída de la estrella deportiva.

Caras del pasado, había dicho Erlendur. A veces decía cosas que a Sigurður Óli no le gustaban porque no las comprendía, algo sacado de esos viejos relatos y que era lo único que parecía interesar a Erlendur. Un abismo separaba las ideas de ambos. Mientras Erlendur estaba en su casa leyendo poesía o folclore islandés, Sigurður Óli se sentaba delante del televisor a ver series americanas de policías con un cuenco lleno de palomitas sobre las piernas y un refresco sobre la mesa. Cuando empezó a trabajar en la policía, utilizaba los casos de esas series como ejemplo. No era el único que pensaba que el trabajo de policía debía ir acompañado de elegancia en el porte. Incluso ahora los nuevos se presentaban en el trabajo vestidos como polis de televisión americana, con vaqueros y gorra de béisbol con la visera hacia atrás.

—¿Es por el niño? —dijo Kjartan, que no parecía tener intención de invitar a Sigurður Óli a entrar para librarse del frío.

—Por Elías, sí.

—Creo que era cuestión de tiempo —dijo Kjartan, su tono de voz delataba impaciencia—. No hay que dejar que esa gente entre en el país —continuó—. Lo único que hacen es crispar los ánimos. Antes o después tenía que llegarse a esto. Fuera ese niño de este colegio, en este barrio, en este momento o cualquier otro en otro momento... Eso no importa. Habría sucedido y volverá a suceder. Puedes estar seguro.

Sigurður Óli empezó a recordar la historia de Kjartan mientras le tenía allí delante, con una mano en el marco de la puerta y la otra en el batiente, mientras su prominente barriga luchaba por salirse de su camiseta. Sigurður seguía los deportes,

aunque prefería el fútbol americano y el béisbol a los que se practicaban en Islandia. Recordaba a aquel hombre, del que decían que muy pronto sería una gran estrella del balonmano, se acordó de que lo habían seleccionado para el equipo nacional cuando se lesionó durante un partido. Tenía apenas veinte años y se vio obligado a dejar el deporte. Los medios de comunicación le dedicaron muchas líneas durante un tiempo, pero luego Kjartan desapareció de los focos con tanta rapidez como había aparecido bajo ellos.

—¿Crees que la agresión ha venido provocada por motivos racistas? —dijo Sigurður Óli, pensando que debió de resultarle muy difícil decir adiós a su carrera en el balonmano. Seguramente habría tenido una brillante carrera en el deporte de no ser por lo que le ocurrió, y ahora no tendría que estar dando clases en un colegio.

—¿Existe alguna otra posibilidad? —preguntó Kjartan.

—Diste clase a Elías.

—Sí, en sustituciones.

—¿Qué clase de chico era?

—Yo no le conozco. He oído que lo han apuñalado. No sé más. No servirá de nada preguntarme a mí. Yo no tengo que vigilar a esos chicos. ¡No trabajo en un jardín de infancia!

Sigurður Óli le miró cuestionándole.

—Hay tres como él en su clase —continuó Kjartan—. Más de treinta en todo el colegio. Ya no te asombra cuando llega otro a la escuela. Pasa lo mismo en todas partes. ¿Has ido al rastro de Kolaport? ¡Parece Hong Kong! A nadie le importa. A nadie le importa lo que va a ser de nuestro país.

—Yo...

—¿A ti te parece bien?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Sigurður Óli.

—Yo no puedo ayudarte —dijo Kjartan, que hizo ademán de cerrar la puerta.

—¿Crees que es mucho pedir que me respondas a un par de preguntas? —dijo Sigurður Óli—. También podemos arreglarlo en la comisaría. Me encantará que me acompañes. Allí estaremos más tranquilos.

—No me vengas con amenazas —dijo Kjartan sin miedo—. Te lo estoy diciendo, no sé nada sobre este caso.

—A lo mejor te tenía miedo —dijo Sigurður Óli—. No parece que te mostraras amable con él. O con otros chicos a los que das clase.

—Eh —dijo Kjartan—. Yo no le hice nada a ese chico. No me preocupo por lo que hacen después del colegio. No es responsabilidad mía.

—Si me entero de que le amenazaste porque lo consideras extranjero, volveremos a vernos y tendremos una larga charla.

—Vaya, guau... me cago de miedo —exclamó Kjartan—. ¡Déjame en paz! No tengo ni idea de lo que le pasó al chico y tampoco me importa.

—¿Por qué te peleaste con el profesor... Finnur? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Pelearme?

—En la sala de profesores —dijo Sigurður Óli—. ¿Qué pasó?

—No nos peleamos —repuso Kjartan—. Solo discutimos. Es uno de esos a los que todo les parece perfecto, cuantos más extranjeros vengan para acabar quedándose aquí, mejor. Siempre suelta esas viejas paparruchas izquierdistas. Se lo dije. Y se enfadó.

—¿Y a ti te parece bien? —preguntó Sigurður Óli.

—¿El qué? —dijo Kjartan.

—Hablarle así a la gente. ¿Estás seguro de que has encontrado tu lugar en la vida?

—¡Eso a ti te importa una mierda! ¿Y tú, lo has encontrado, olfateando el culo de gente que no tiene nada que ver contigo?

—Quizá no —dijo Sigurður Óli—. ¿No jugabas al baloncesto hace años? —preguntó—. Eras una estrella.

Kjartan vaciló un instante. Iba a decir algo, algo insultante que demostrara que no le importaba lo que Sigurður pudiera decir o pensar de él. Pero no se le ocurrió nada y se limitó a cerrar la puerta en silencio.

—Menudo ejemplo habrías sido —le dijo Sigurður Óli a la puerta.

Aquella misma tarde, Erlendur volvió al bloque de pisos. La búsqueda de Nirán no había ofrecido resultado alguno. Sunee y su hermano habían vuelto a casa. La policía seguía buscándole y había solicitado la colaboración ciudadana, pidiendo a la gente que llamara para informar de todo lo que supiesen, e incluso que pasearan por su barrio buscando a un joven de origen asiático, bajo de estatura, de quince años de edad, con un plumón azul y una gorra.

Óðinn, el padre de Elías, tomó parte activa en la búsqueda. Fue a ver a Sunee y ambos estuvieron hablando un buen rato. Él también le contó a Erlendur otras cosas sobre su matrimonio, entre ellas que quiso quedarse con Elías después del divorcio, pero el chico prefería estar con su madre y él le dejó ir. No pudo darle detalles del nuevo hombre en la vida de Sunee. Ella tampoco había mencionado a nadie ante la policía. Quizás habían roto. Óðinn no sabía nada al respecto.

Erlendur se detuvo delante del bloque. Conducía un Ford Falcon con más de treinta años a sus espaldas, que había comprado el otoño anterior, un coche negro con tapicería blanca. Tenía el coche en marcha y encendió un cigarrillo. Era el último de la cajetilla. Aplastó la caja en la mano y estaba a punto de echarla al asiento de atrás como tenía por costumbre, pero se detuvo a tiempo y se metió el paquete en el bolsillo del abrigo. Sentía un cierto respeto por el Ford.

Erlendur aspiró hondo el humo azulado. Confianza, pensó. Tenía que confiar en la gente. Pensó en la mujer que estaba buscando desde hacía unas semanas. Los informes se apilaban sobre su mesa y uno de los más serios se relacionaba

indirectamente con el engaño en el matrimonio, o al menos, eso es lo que le parecía. Era una desaparición y Erlendur tenía la teoría de que su origen estaba relacionado con un adulterio. No todos estaban de acuerdo con él.

Una mujer había salido de su casa poco antes de las fiestas navideñas y no volvió al redil. Antes de que encontraran al chico junto al bloque, Erlendur estaba tan absorto en el caso que Sigurður Óli y Elínborg comentaron que volvía a estar obsesionado. Todos sabían que Erlendur se ponía nervioso si, en su mesa, había casos sin resolver, sobre todo cuando se trataba de una desaparición. Mientras otros lo olvidaban al convencerse de que lo habían hecho lo mejor posible, Erlendur se iba enfascando más y más en el caso y se negaba a rendirse.

La mujer se llamaba Ellen y su esposo, naturalmente, estaba muy preocupado por ella. Ambos tenían unos cuarenta años y se habían casado hacía dos años. Cuando se conocieron, los dos estaban casados. La esposa de él era jefa de sección en una empresa, y tenían tres hijos, entre los tres y los catorce años. Ella estaba casada con un empleado de banca y tenía dos hijos adolescentes. Los dos parecían gozar de una vida feliz y no carecían de nada. Él tenía un buen trabajo en una innovadora empresa de informática. Ella trabajaba en una agencia de viajes, organizando aventuras por las zonas más salvajes de Islandia. Se conocieron cuando él fue a una de esas excursiones sorpresa al glaciar Vatnajökull con un grupo de suecos de su empresa. Ella organizó la excursión y se reunió con él varias veces, y acompañó al grupo al glaciar. Entonces surgió una relación amorosa que mantuvieron en secreto durante año y medio.

Al principio no era más que una huida de la rutina cotidiana, según decía el marido. Podían verse sin problemas. Ella solía acompañar a sus clientes en las excursiones que hacían y él siempre encontraba una excusa u otra, como jugar al golf, que a su anterior mujer no le interesaba lo más mínimo. Llegó incluso a comprar copas en las que hacía grabar cosas como Tercer Lugar en el Torneo de Borgarsholm, y se las enseñaba a su mujer. Pensaba que era una situación irónica ya que, por mucho que jugaba al golf, casi nunca ganaba.

Erlendur apagó el cigarrillo. Recordaba las copas en casa del marido. No las había tirado, y Erlendur se preguntó por qué las guardaría. Eran las herramientas de una mentira que ya no hacían falta. A menos que siguiera mintiendo y dijera a quien quisiera oírle que las había ganado jugando. Quizá las guardaba como recuerdo de un adulterio exitoso. Si pudo mentir a su esposa y hacer grabar su supuesto éxito en una recompensa, ¿hasta dónde podían llegar sus mentiras?

Erlendur le había estado dando vueltas a esa cuestión desde que el marido llamó para denunciar la desaparición de su mujer. Lo que empezó como puras ganas de aventura, de romper con la rutina o como un amor ciego, había terminado en catástrofe.

Erlendur abandonó sus pensamientos con un respingo cuando alguien golpeó el cristal de la ventanilla. No vio quién era porque el cristal estaba cubierto de vaho y

abrió la puerta. Era Elínborg.

—Tengo que irme a casa —dijo ella.

—Entra y siéntate un momento —dijo Erlendur.

—Maldita sea —exclamó ella, dio la vuelta al coche y se sentó en el asiento delantero—. ¿Qué estás haciendo aquí en el coche? —preguntó tras un breve silencio.

—Estaba pensando en la mujer desaparecida —respondió Erlendur.

—Ya sabes que se ha suicidado —dijo Elínborg—. Solo nos falta encontrar el cuerpo. Aparecerá esta primavera en la playa de Reykjanes. Lleva más de tres semanas desaparecida. Nadie sabe dónde está. Nadie la oculta. No se ha puesto en contacto con nadie. No se llevó dinero y no encontramos movimientos en su tarjeta. Sabemos que no salió del país. Todas las pistas llevan al mar.

Elínborg titubeó.

—A menos que pienses que la ha matado su nuevo marido.

—Ese hombre se fabricó unos premios falsos —dijo Erlendur—. Sabía que su exesposa no estaba interesada por el golf, no leía nada que tuviera que ver con los deportes y nunca hablaba de golf con nadie. Me lo dijo ella. Y él tampoco enseñaba sus copas a nadie excepto a ella, porque necesitaba montarse sus coartadas. Solo después. Después del divorcio. Entonces empezó a presumir de ellas. Si eso no es una señal de falta de moral...

—¿Así que ahora te estás centrando en él?

—Todo lleva siempre a lo mismo —dijo Erlendur.

—Desapariciones y crímenes —dijo Elínborg, que había oído ya muchas veces a Erlendur referirse a las desapariciones como «un crimen típicamente islandés». La teoría del comisario era que los islandeses no se preocupaban por las desapariciones. En la mayoría de los casos, estaban convencidos de que sus causas eran «naturales», buena explicación en un país con un índice de suicidios relativamente alto. Erlendur iba más allá y relacionaba la indiferencia que provocaban las desapariciones con una idea generalizada en la nación que tenía sus orígenes cientos de años atrás, en las peculiaridades de Islandia, en las durísimas condiciones climáticas del invierno, cuando la gente se perdía y desaparecía como si se los hubiera tragado la tierra. Nadie conocía mejor que Erlendur las historias de personas desaparecidas en lugares despoblados. Su teoría era que, al amparo de esa indiferencia, era relativamente sencillo cometer un crimen. En reuniones con Elínborg y Sigurður Óli, pero también con otros investigadores, Erlendur intentó explicar la desaparición de aquella mujer según su teoría, pero ellos hicieron oídos sordos a su propuesta.

—Vete a casa —dijo Erlendur—. Ocúpate de tu chica. ¿Ya ha vuelto Sunee?

—Estaban de camino —dijo Elínborg—. Les acompañaba Óðinn, pero creo que se habrá vuelto a su casa. Niran no ha aparecido. Dios mío, espero que no le haya pasado nada.

—Yo creo que aparecerá —dijo Erlendur.

—Tú y tus teorías sobre las desapariciones —dijo Elínborg, abriendo la puerta—.

¿Has hablado con tu hija estos días?

—Anda, vete a casa —dijo Erlendur.

—Estuve hablando con Guðný, la intérprete. Dice que Sunee siempre les enseñó a sus hijos lo que ella aprendió en su infancia, mostrar respeto por las personas mayores. Es uno de los rasgos fundamentales en la educación de los niños tailandeses, y algo que mantienen toda la vida. Otra característica de su comportamiento es la responsabilidad. Las personas mayores, abuelo y abuela, bisabuelo y bisabuela, ocupan un lugar de honor en la familia. Los mayores transmiten su experiencia a los jóvenes, quienes tienen la obligación de garantizar su seguridad durante la vejez. No es una obligación, sino algo natural. Y los niños...

Elínborg dejó escapar un suspiro al pensar en Elías.

—Dice que, en Tailandia, los adultos se levantan en el autobús para que los niños se sienten.

Callaron.

—Todo esto es tan nuevo para nosotros... Inmigrantes, xenofobia... sabemos tan poco sobre eso —dijo finalmente Erlendur.

—Es cierto. Pero creo que debemos esforzarnos por hacer todo lo posible.

—Sin duda. Venga, vete a casa.

—Nos vemos mañana —dijo Elínborg al salir del coche antes de cerrar la puerta.

Erlendur echó en falta un cigarrillo. Le martirizaba la idea de volver a casa de Sunee. Pensó en su hija, Eva Lind. Había aparecido unos días por Navidad, pero desde entonces no había vuelto a verla. Al hombre con quien vivía lo habían encerrado en la prisión de Hraunid poco antes de las fiestas y ella pensó que su padre podría hacer algo al respecto. Su novio era su camello. Lo habían condenado a tres años de prisión por tráfico de cocaína y éxtasis, así que empezaba un tiempo muy difícil para Eva mientras él estuviera en la cárcel.

La relación entre Eva Lind y Erlendur había empeorado considerablemente durante los últimos seis meses. Erlendur no sabía por qué. Ya hacía un tiempo que Eva no mostraba intención de curarse de su dependencia, y se mantuvo alejada de él. Siguió una cura de desintoxicación, aunque no voluntariamente, pero volvió a las andadas en cuanto la terminó. Sindri, su hermano, intentó convencerla sin éxito. Los dos hermanos siempre se habían llevado bien. La relación entre Erlendur y Eva era intermitente y solía depender del humor de Eva Lind. A veces estaba de buenas y hablaba con su padre y le decía cómo andaba. Luego había épocas en que no daba señales de vida y no quería saber nada de él.

Erlendur cerró el Ford, levantó la vista para mirar la silueta del bloque de seis pisos que se cernía en la oscuridad, inquietante, escondido entre las tinieblas. Recordó que tenía que hablar con el casero para enterarse de las condiciones de vida de Sunee y los chicos. Retrasó aún más el momento de subir a verla, retrocedió hasta la fachada del bloque y entró en el patio. Habían acabado de examinar la escena del crimen. Los técnicos de la Científica habían recogido sus trastos y todo estaba como

antes. Como si allí no hubiera sucedido nada.

Volvió al campo de juego. El frío glacial le hería el rostro, metió las manos hasta el fondo de los bolsillos y se estuvo un buen rato inmóvil. Ese mismo día, por la mañana, había recibido la noticia de que su superior en la policía de investigación, Marion Briem, había ingresado en la unidad de cuidados paliativos del Hospital Nacional. Hacía años que Marion disfrutaba de la jubilación y ahora la vida iba escapando poco a poco de su pecho. Su relación no podría calificarse de amistad. Erlendur siempre consideró que Marion era una molestia, probablemente porque Marion casi era la única persona de su vida que nunca se cansaba de preguntar y de exigirle que se responsabilizara de sus actos. Probablemente, Marion era también la criatura más curiosa que había sobre la faz de la tierra, una auténtica base de datos de la vida criminal de Islandia, y con frecuencia extremadamente útil para Erlendur, a pesar de haber acabado su vida laboral. Marion no tenía a nadie. Para Marion, Erlendur era casi la última persona cercana que tenía, amigo, colega y pariente a la vez.

Un viento gélido azotó a Erlendur en el campo de juego donde había muerto Elías, y su mente voló sobre páramos y montañas hacia otro niño cuya mano había soltado mucho tiempo atrás y que le llevaba persiguiendo toda su vida como una triste sombra.

Erlendur miró hacia arriba. Sabía que ya no podía retrasar más la visita a Sunee. Se dio la vuelta y salió del patio del bloque con pasos rápidos. Cuando llegó a la entrada, se dio cuenta de que la puerta que daba acceso a los contenedores de basura estaba abierta. No del todo, pero había una rendija que dejaba ver el almacén. Antes no se había fijado en aquella puerta, porque estaba oculta en la pared al lado del portal y estaba pintada del mismo color que las paredes del bloque. Que la puerta del almacén estuviera abierta no tenía por qué significar algo. Cualquiera habría podido ir a echar basura a los contenedores. El agente que estaba de servicio en el portal había entrado en el vestíbulo, para protegerse del frío.

Erlendur vaciló un instante, pero entró al almacén de los cubos de basura y abrió la puerta del todo. Dentro estaba totalmente oscuro, así que buscó un interruptor y encendió la luz. Del techo colgaba una bombilla sin lámpara. Los contenedores de basura estaban en filas a lo largo de las paredes y debajo de la rampa había un barril lleno de desperdicios. El almacén estaba frío y de los restos de comida y otros detritus surgía un olor agrio y apestoso. Erlendur titubeó. Luego apagó la luz y volvió a cerrar la puerta.

Entonces oyó el gemido.

Tardó un rato en identificar de qué ruido se trataba. Quizá se lo había imaginado. Quizá no había interpretado bien el ruido. Abrió la puerta del almacén de golpe y encendió la luz de nuevo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

Al no obtener respuesta, entró en el almacén y fue moviendo los contenedores

para mirar entre ellos. Los movió hasta llegar al que estaba debajo de la rampa. Le pegó un empujón y, detrás, vio a un muchacho moreno, hecho un ovillo, con la cabeza entre las rodillas, como si quisiera hacerse invisible.

—¿Niran? —dijo Erlendur.

El muchacho no se movió.

—¿Eres tú, Niran?

El muchacho no respondió. Erlendur se arrodilló e intentó hacer que levantara la cabeza, pero el muchacho la hundió más aún. Se sujetaba las piernas con los brazos y así mantenía una postura cerrada que no era fácil de abrir.

—Sal de ahí y ven conmigo —dijo Erlendur, pero el muchacho hizo como si no estuviera allí—. Tu madre te está buscando.

Erlendur cogió al muchacho de la mano. Estaba fría como un témpano. El muchacho hundió el rostro en el pecho. Parecía que estuviera convencido de que Erlendur se marcharía y le dejaría en paz.

Al cabo de un rato, Erlendur consideró que había hecho todo lo posible, se levantó despacio y retrocedió hasta salir del almacén. Llamó al interfono de Sunee. Respondió la intérprete. Erlendur le dijo que creía que Niran había aparecido. Estaba ileso, pero su madre debía bajar a hablar con él. No pasó mucho rato hasta que Sunee, su hermano y su exsuegra, acompañados por la intérprete, bajaron las escaleras corriendo. Erlendur les recibió en la puerta e indicó a Sunee que entrara ella sola en el sótano.

En cuanto vio al muchacho encogido bajo la rampa de la basura, dejó escapar un grito, corrió hacia él y le abrazó. Entonces, el muchacho aflojó los brazos y se hundió en el regazo de su madre.

En algún momento de la noche Erlendur volvió a casa, a su agujero, como llamaba Eva Lind a su apartamento tiempo atrás, cuando él creía que su relación estaba mejorando. Le dijo que reptaba a su interior para glorificar su miseria. No utilizó esas palabras, puesto que Eva tenía un vocabulario muy limitado y monótono, pero quería decir eso. No encendió la luz. El débil resplandor que llegaba de la calle vertía una pálida claridad en el salón donde tenía los libros y se sentó en su sillón. Se había sentado así muchas veces, solo en la oscuridad, a mirar por la gran ventana del salón. Cuando estaba así, sentado y mirando, en la ventana no había nada más que el cielo infinito. En ocasiones titilaban estrellas en la calma invernal. A veces, ante la ventana, veía pasar la luna en toda su gloria, fría y lejana. En ocasiones el cielo estaba cubierto y oscuro como ahora, y Erlendur clavaba los ojos en la oscuridad como si quisiera desprenderse del vacío de sus fatigados pensamientos.

Recordó la imagen del cuerpo de Elías tumbado en el patio del bloque, y de nuevo regresaron a su mente antiguas imágenes de otro chico que, años atrás, hacía una insondable eternidad, había perecido en una espantosa ventisca. Era su hermano,

de ocho años. Entonces, sentado en el salón de su casa, ya solo con sus pensamientos en la quietud de la noche, se dio cuenta de la gran impresión que le había causado encontrar a aquel niño al lado del bloque. Erlendur no podía evitar pensar en su hermano. La herida causada por su muerte nunca cicatrizó. Una sensación de culpabilidad lo atormentaba constantemente, siempre creyó que era culpable de lo que le sucedió a su hermano. Él era quien debía cuidarle, pero no lo hizo. Nadie le planteó jamás esa exigencia, solo él mismo. Nadie insinuó jamás que pudiera haberlo hecho mejor. Si no se le hubiera escapado la mano de su hermano en mitad de la tormenta, les habrían encontrado a los dos juntos cuando comenzó la búsqueda y sacaron a Erlendur de entre la nieve, asombrosamente ileso.

Cuando Sunee sacó a Niran del almacén, pensó en él, preguntándose si también él tendría la sensación de que habría tenido que cuidar mejor de su hermano.

Erlendur suspiró profundamente cerrando los ojos, sacudido por aquellos pensamientos constantes que, como cristales, iban cortando su conciencia, que se dirigía a un sueño sin sueños.

Se imagina a Elínborg agotada, sentada junto a su hija, como para protegerla de todo mal.

Ve a Sigurður Óli entrando en su casa con gesto de preocupación, procurando no hacer ruido para no despertar a Bergþóra.

Elías está tendido en el patio del bloque con un chaquetón desgarrado y sus ojos sin vida contemplan la nieve que cae.

Óðinn camina a grandes zancadas por el suelo de su apartamento de Snorrabraut, como un león enjaulado.

Niran está acostado en su cuarto y sus labios tiritan en silenciosa angustia.

Sunee está sola, sentada en el sofá, y llora en silencio bajo el dragón amarillo.

La mujer que él busca se mece lentamente en las olas.

Su hermano de ocho años yace congelado en una tormenta de nieve que durará toda la eternidad.

En un sueño lleno de sol, un pajarito mueve alegremente la cola en el interior de su jaula y canta para su amigo.

Cuando Erlendur llegó al colegio por la mañana, acompañado por Elínborg y Sigurður Óli, acababa de sonar el timbre del recreo. Los niños iban en silencio por los pasillos. Profesores y monitores dirigían el flujo de movimiento y todas las salidas de la escuela estaban abiertas de par en par. Aquella mañana había nevado. Los niños pequeños estaban dispuestos a aprovechar hasta el último segundo del recreo jugando en la nieve. Los mayores se tomaban la vida con más calma, resguardándose junto a las tapias o paseando en grupitos hacia el quiosco.

Erlendur sabía que habían ofrecido a los niños de la clase de Elías el servicio psicológico de asistencia postraumática y que algunos padres lo estaban utilizando. Habían ido al colegio con los chicos de la clase e informaron de sus inquietudes al profesor. El director del colegio había convocado a profesores y empleados para reunirse en un aula a mediodía y guardar un minuto de silencio en recuerdo de Elías. El párroco del barrio diría unas palabras a los alumnos y un representante de la policía pediría que cualquiera que supiese algo sobre los movimientos de Elías u otra cosa que pudiera ser útil a la policía en su investigación de la muerte del muchacho, informara a los profesores, al director o a la policía. Habían activado un número de teléfono especial al que podían llamar sin tener que dar su nombre. Se investigarían todas las llamadas, por insignificantes que pudieran parecer. Sigurður Óli y Elínborg pensaban interrogar a los niños de la clase de Elías sobre el último día que el chico fue al colegio, pero el asunto era complejo porque, para hacerlo, necesitaban la autorización de los padres. Agnes, la tutora de Elías, se había mostrado dispuesta a colaborar y llamó a los padres por la mañana temprano. La mayoría autorizó a la policía para que, en colaboración con la Agencia de Protección de Menores de Reikiavik, pudiera recoger una información que podía ser de gran valor. Dejó claro que no eran interrogatorios, sino que solo pretendían conseguir la mayor cantidad de información posible sobre el caso. Algunos padres pidieron estar presentes cuando les hicieran las preguntas a sus hijos, y ahora estaban en el pasillo con gesto preocupado. Sigurður y Elínborg iban sentándose con los niños, de uno en uno, para interrogarles en el aula vacía que les habían asignado.

Erlendur se reunió con el director del colegio y le preguntó por el profesor de carpintería. Tenía entendido que, como el profesor de islandés, había expresado disgusto por la llegada de mujeres asiáticas al país. Considerablemente afectado, el director preparaba la reunión del mediodía con el portavoz de la policía, e indicó a Erlendur dónde estaba el taller de carpintería. No había nadie. Erlendur volvió a la sala de profesores y se enteró de que el profesor de carpintería seguramente estaría en su coche, en el aparcamiento. El recreo era bastante largo, así que a veces aprovechaba para meterse en su coche y fumar uno o dos cigarrillos, según le dijeron a Erlendur.

La investigación policial se seguía centrando en el círculo más cercano: la escuela

y el barrio. Se supo que, cerca del bloque de Elías, vivía un delincuente condenado en numerosas ocasiones. Habían ido a interrogarlo aquella mañana, pero estaba completamente borracho, agredió a los policías y fue detenido. A lo largo de la mañana se obtuvo la orden judicial para realizar un registro domiciliario, pero en la vivienda de aquel hombre aún no habían encontrado nada relacionado con el asesinato de Elías. La policía también investigó a algunos de sus viejos conocidos que habrían podido estar involucrados en agresiones con navajas, cobradores de deudas y algunos individuos que habían acabado en manos de la policía por peleas con inmigrantes e incluso con turistas.

Niran no había dicho una palabra desde que lo encontraron. Por la noche llamaron a un psicólogo infantil y a un especialista de la Agencia de Protección de Menores de Reikiavik, pero Niran seguía sentado, envuelto en una manta, sin decir ni una palabra a pesar de lo que hiciesen o dijese. Le preguntaron varias veces dónde había estado durante el día y si sabía qué le había sucedido a su hermano, quién habría podido hacerlo, cuándo había visto a su hermano por última vez, de qué habían hablado. Todas esas preguntas caían sobre Niran, muchas hechas por su madre, pero Niran no abrió la boca, sino que siguió en silencio bajo su manta, con la mirada perdida. Era como si se hubiese recluido en su mundo mental, en un refugio que solo él conocía.

Al final, Erlendur hizo salir a los expertos y también él se fue a casa, dejando tranquilos a Sunee y Niran. Para entonces, Sigríður y la intérprete ya no estaban, pero el hermano de Sunee se quedó con madre e hijo en el apartamento.

Al parecer, nadie sabía que Sunee tuviera novio. Cuando Erlendur le preguntó a Guðný, esta no supo decir quién podía ser, y añadió que nunca había oído hablar de él. Lo mismo dijo Sigríður, la exsuegra de Sunee. Fue una tremenda sorpresa para ella. Pero cuando Erlendur le preguntó a Virote, el hermano de Sunee, este mostró saber de qué le estaba hablando. Sabía que había un hombre en la vida de su hermana, pero que no llevaban mucho tiempo. Él nunca le había visto ni sabía quién era. Erlendur no quería molestar a Sunee ahora que acababa de recuperar a Niran, pero le pidió a Virote que le preguntara más detalles sobre ese hombre y luego se lo contase. No lo había hecho.

Erlendur enseguida encontró el coche gris metalizado del profesor de carpintería. Dio unos golpecitos en el cristal del lado del conductor y el hombre lo bajó. Una nube de humo del cigarrillo que estaba fumando escapó al aire invernal.

—¿Puedo entrar a sentarme contigo? —dijo Erlendur—. Soy de la policía.

El profesor de carpintería soltó un gruñido. Asintió con bastante desgana, como si comprendiera que no podía evitar la conversación con Erlendur. Saltaba a la vista que no le gustaba aquella interrupción en su rato de descanso. Erlendur no se inmutó, se sentó en el asiento del pasajero y sacó un paquete de cigarrillos.

—Eres Egill, ¿verdad?

—Así es.

—¿Te importa si fumo? —preguntó Erlendur blandiendo un cigarrillo.

En el rostro de Egill se formó una mueca, que Erlendur no supo interpretar.

—No se puede estar tranquilo en ningún sitio —dijo el carpintero.

Erlendur encendió el cigarrillo y los dos se quedaron sentados en silencio, disfrutando del tabaco, durante un rato.

—Naturalmente, has venido por lo del niño —dijo Egill por fin. Era un hombre alto y grueso, de unos cincuenta años, al que no le sobraba espacio en el asiento del conductor: huesos grandes, calvo por completo, nariz grande, pómulos altos y prominentes, y barba. Cuando se llevó el cigarrillo a la boca, casi desapareció en ella. En lo alto del cráneo, en la parte de delante, tenía un bulto enorme, de color rosa, que Erlendur miraba de reojo de vez en cuando si veía que su propietario no iba a darse cuenta. No sabía por qué aquel bulto le llamaba tanto la atención.

—¿Era bueno en carpintería? —preguntó Erlendur.

—Sí, no era malo —dijo Egill, echando hacia delante su enorme humanidad para apagar la colilla en el cenicero. El esfuerzo le hizo crujir—. ¿Tenéis alguna idea de quién pudo hacerlo?

—No, ninguna —respondió Erlendur—. Solo sabemos que le apuñalaron cerca del colegio.

—Vivimos en una sociedad completamente torcida —gruñó Egill—. Y vosotros no podéis hacer nada. ¿Esta indulgencia con los delincuentes es algo típicamente islandés? ¿Tú qué crees?

Erlendur no acababa de comprender de qué le hablaba el carpintero.

—El otro día leí en el periódico —prosiguió Egill— que unos imbéciles habían asaltado el hogar de unas personas por una pequeña deuda, que lo destrozaron todo y mutilaron al hombre que vivía allí, algo espantoso. Les pillaron con las manos en la masa y los soltaron después de interrogarles. ¿Qué clase de gilipollez es esa?

—Yo...

Erlendur no llegó a responderle.

—A esos tipos hay que cogerlos y meterlos en la trena sin perder un instante —continuó Egill—. Cuando los cogen así o cuando confiesan, hay que juzgarlos y condenarlos sin demora. No deberían volver a ver la luz del sol hasta después de haber pasado diez años en prisión, por lo menos. Pero vosotros los soltáis como si nada. ¡Es lógico que todo se esté yendo a la mierda! ¿Por qué a los reincidentes siempre les echan unas penas tan ridículas? ¿Qué hay en nuestra sociedad que nos somete a los delincuentes?

—Son las leyes —dijo Erlendur—. Siempre favorecen a esa gentuza.

—Pues habrá que cambiarlas —dijo Egill, nervioso.

—Tengo entendido que no te caen demasiado bien los inmigrantes —dijo Erlendur, que había tenido que aguantar demasiados discursos sobre las ridículas sentencias que se imponían a los delincuentes y el tratamiento de guante blanco que se tenía con ellos.

—¿Quién dice que estoy en contra de los inmigrantes? —preguntó Egill

sorprendido.

—Nadie en especial —respondió Erlendur.

—¿Es por la reunión del otro día?

—¿Qué reunión?

—Me permití defender a Jónas Hallgrímsson, nuestro gran poeta del siglo XIX.

Alguien vino a una de las reuniones con los padres de uno de los cursos con la propuesta de que todos juntos cantáramos los primeros versos de *Islandia, isla hermosa*, incluyendo a los niños. Habían estado estudiando la poesía de Jónas Hallgrímsson en clase. Hay veces que enseñan algo bueno en esta escuela. Algunos padres empezaron a escandalizarse, diciendo que en este colegio había una sociedad multicultural. Como si cantar canciones islandesas fuera un acto de racismo. Se montó una buena discusión y yo, pidiendo la palabra, pregunté si estaban mal de la cabeza. Creo que utilicé esas palabras. Como es lógico, algunos se quejaron de mí al director. Decían que había sido una falta de respeto. El pobre vejete me lo contó temblando de miedo. Y yo le dije que bueno, que me echara. Llevo más de un cuarto de siglo dando clases aquí y me encantaría que alguien tuviera la amabilidad de echarme a patadas. Yo no tengo los huevos necesarios para irme por mi cuenta.

Apareció otro cigarrillo en la manaza de Egill, y cuando Erlendur le miró de reojo el bulto de la cabeza, tuvo la sensación de que había empezado a enrojecer. Pensó que podía indicar que Egill se había enfadado al recordar la reunión de padres. O quizás era por el cuarto de siglo que creía haber desperdiciado enseñando carpintería en la escuela.

—Yo no tengo nada contra los inmigrantes —dijo Egill, encendiendo el cigarrillo—. Pero me revienta modificar lo que es islandés y nacional para servir a ciertas exigencias hechas en nombre de un multiculturalismo que no sé lo que es. También estoy en contra del partido conservador. Y no puedo soportar tener que salir aquí para fumar metido en este trasto. Pero ¿soy yo quien decide?

—Por lo que sé, había algo, además de Jónas —dijo Erlendur—. Hubo algunas observaciones sobre las mujeres asiáticas que molestaron a la gente. Si lo entendí bien, mostraste un fuerte rechazo a que esas mujeres se instalen en nuestro país.

El timbre del colegio marcó el final del recreo y los chicos empezaron a desaparecer en el interior de la escuela. Egill, que no pareció sentirse afectado por ello, siguió tranquilamente sentado, aspirando el veneno del cigarrillo.

—¡Que mostré un fuerte rechazo! —exclamó repitiendo las palabras de Erlendur—. ¡No tengo nada en contra de los inmigrantes! Aquellos bobos discutían conmigo y yo les di mi opinión. Aún está permitido tener una opinión. Lo que dije es que me parecían lamentables las condiciones en que llegaban al país muchas de esas mujeres. Pensaba que, por regla general, huyen de una pobreza miserable y creen que aquí pueden encontrar una vida mejor. Dije algo por el estilo. No dije nada malo sobre ellas. Respeto todos los esfuerzos por salir adelante, sean cuales sean, y creo que esas mujeres han demostrado una gran voluntad en este país.

Egill carraspeó y volvió a echarse hacia delante con dificultad, para llegar al cenicero y apagar el cigarrillo.

—Yo creo que eso puede aplicarse a las personas de todas esas etnias que vienen a este país y se instalan aquí —continuó—. Pero eso no significa que debemos renunciar a honrar la cultura islandesa y promoverla en todas partes, especialmente en las escuelas. Por el contrario, creo que cada vez hay más inmigrantes en Islandia y que debemos esforzarnos por darles a conocer nuestra historia y nuestra cultura, y animar a que no las ignoren los que realmente quieren venir a vivir en el frío. Tenemos que extender la religión cristiana en vez de disimularla como algo vergonzoso. Eso es lo que les dije a esos adoradores de la sociedad multicultural. Pienso que, quienes quieran vivir aquí, deben poder hacerlo, y que nosotros tenemos que ayudarles en todos los sentidos, pero eso no significa que debemos perder la lengua y la cultura islandesas.

—¿No deberías...?

—Naturalmente, la condición inexcusable es que nosotros también podamos cultivar nuestra cultura, por muchas personas de otras naciones que emigren a Islandia.

—¿No deberías estar en clase hace rato? —preguntó Erlendur cuando, por fin, pudo meter baza. Egill no parecía ser consciente de que las clases habían empezado y de que el recreo había terminado.

—A esta hora estoy libre —dijo Egill con un gruñido—. Estoy de acuerdo con que la sociedad está cambiando y que tenemos que reaccionar positivamente desde el principio. Es fundamental intervenir de inmediato y aniquilar los prejuicios xenófobos. Todos han de tener las mismas oportunidades; y si a los niños de origen extranjero les resulta más difícil tener éxito en la escuela y concluir los estudios, hay que buscar soluciones. Empezar desde la guardería. Por otra parte, creo que no deberíais perder el tiempo conmigo, por muchas cosas que suelte en las reuniones. Cuando se asesina a niños a puñaladas, hay otros motivos de investigación más evidentes.

—Me limito a recabar información, es mi trabajo. ¿Tenías algún tipo de relación con Elías o con su hermano Niran?

—No, nada de especial. No llevaban mucho tiempo en la escuela. Tengo entendido que se mudaron al barrio la primavera pasada y luego empezaron en la escuela en otoño, claro. Yo le daba clases a Elías, creo que la última vez que estuvo conmigo fue anteayer. El pobre chico era hábil con las manos. No hacemos cosas muy complicadas con los chicos de esa edad, serramos y así.

—¿Se llevaba bien con los chicos de su clase?

—Eso parecía. Era uno más.

—¿Has tenido noticia de enfrentamientos entre los chicos de piel oscura y los demás? —preguntó Erlendur.

—Nada grave —dijo Egill pasándose la mano por la barba—. Pero hay algunos

pandilleros, eso se ve. No me cae bien nuestro profesor de islandés, el Kjartan ese. Creo que está creando problemas sobre ese tema. Está medio desequilibrado, el pobre. Tuvo que dejar el balonmano cuando estaba a punto de alcanzar la cima. Una cosa así puede sentar muy mal a algunos. Pero deberías hablar con él. Él sabe más sobre estos temas.

Callaron. En el patio del colegio todo estaba tranquilo y silencioso.

—De modo que todo se está yendo a la mierda —dijo Erlendur al fin.

—Eso me temo.

Estuvieron un buen rato en el coche lleno de humo, hasta que Erlendur se acordó de Sigurður Óli, que de niño había ido a ese colegio. Se le ocurrió preguntarle a Egill. Tenía que remontarse a muchos años atrás para acordarse de él, pero enseguida recordó a un chico que estuvo allí en aquella época, un chico con aires de superioridad.

—Es increíble lo que uno puede recordar de esos chicos —dijo Egill—. Creo que su padre era fontanero.

—¿Fontanero? —dijo Erlendur, que lo único que sabía de Sigurður Óli era lo que veía de él en el trabajo, aunque llevaban años trabajando juntos en casos penales. Nunca hablaban de sus vidas privadas, lo que a ambos les parecía estupendo. Al menos tenían eso en común.

—Y un comunista de narices —añadió Egill—. En esa época se hacía notar bastante, porque siempre asistía a las reuniones de padres y a todo lo que se organizaba en la escuela. Entonces era muy raro que los padres pisasen el colegio para traer a sus hijos o ir a reuniones. El tipo ese venía siempre y soltaba unos discursos atronadores contra el partido conservador.

—¿Y la madre?

—Nunca la vi —dijo Egill—. A él le llamaban algo, alguna cosa que tenía que ver con la fontanería. Mi hermano es fontanero y lo entendió enseguida. Pero ¿qué le llamaban?

Erlendur miró de reojo el bulto rosado. Había empezado a palidecer de nuevo.

—¿Por qué no lo recuerdo? —dijo Egill.

—No necesito saberlo —dijo Erlendur.

—Sí. Ya me acuerdo. Le llamaban Sifón.

Finnur era tutor de tercero y estaba sentado en la sala de profesores. Su clase había ido a música y él se dedicaba a corregir deberes cuando Elínborg le interrumpió.

—Tengo entendido que tuviste cierto altercado con otro profesor de la escuela, Kjartan —dijo Elínborg, después de presentarse. La secretaria de administración le había dicho dónde podía encontrar a Finnur.

—Kjartan y yo no somos amigos —dijo Finnur. Aún no había cumplido los treinta, era moreno, con una espesa pelambreira. Vestía un forro polar y pantalones

vaqueros.

—¿Qué pasó?

—¿Ya has hablado con él?

—Sí. Un colega mío habló con él.

—¿Y?

—Y nada. ¿Qué sucedió?

—Kjartan es idiota —dijo Finnur—. No deberían dejarle pisar un aula. Pero esa es mi opinión, nada más.

—¿Hizo ciertos comentarios?

—Siempre machaca con lo mismo. E intenta no pasarse de la raya, porque entonces no le permitirían seguir en la escuela. Pero no se muestra tan cobarde cuando discute a solas con alguien.

—¿Qué dijo?

—Era sobre los inmigrantes, sobre los niños de origen extranjero. No creo que esté relacionado con este horrible suceso.

Finnur titubeó.

—Sabía que estaba provocándome. A mí me parece fenomenal que se venga aquí gente de otros países, y me da absolutamente lo mismo para qué quieren venir, con tal de que no sean delincuentes. Me da igual si son de Europa o de Asia. Los necesitamos y enriquecen nuestra sociedad. Kjartan quiere cerrar el país para que no entren inmigrantes. Tuvimos una buena discusión sobre este asunto, como de costumbre, pero él estaba más furioso de lo habitual.

—¿Cuándo fue?

—Ayer por la mañana. Pero siempre estamos peleándonos. En cuanto nos vemos, salta la chispa.

—¿Os habéis peleado otras veces?

Finnur asintió.

—Los profesores tienen un fuerte sentido de la igualdad y no quieren ni entienden otra cosa. Siempre controlan que, entre los alumnos, no haya ningún tipo de discriminación. Es cuestión de orgullo profesional, para los profesores es algo sagrado.

—Pero Kjartan es una excepción, ¿no?

—Es absolutamente insoportable. Debería denunciarle al Consejo Pedagógico. No queremos tener por aquí a un profesor como él.

—¿Es...? —comenzó Elínborg.

—Probablemente es por mi hermano —la interrumpió Finnur—. Está casado con una tailandesa. Por eso Kjartan me ataca tanto. Mi hermano conoció a su mujer en Tailandia hace ocho años. Tienen dos hijas. Son las mejores personas que conozco. Así que el asunto me afecta de forma indirecta. No aguanto lo que dice, y él lo sabe.

A Erlendur le empezó a sonar el móvil cuando bajaba del coche de Egill. Era Guðný, la intérprete, que había vuelto a casa de Sunee. Erlendur le había pedido que estuviera a disposición de Sunee día y noche, y que le llamara si pasaba algo. Nirán se había despertado tras una noche muy difícil. Su estado no había cambiado. No quería hablar con nadie. Sunee exigía que le dejaran paz. No quería verle rodeado de psicólogos. No quería más visitas ni que hubiera policías entrando y saliendo de la casa todo el rato. Erlendur dijo que se pasaría a verles, y concluyeron la conversación.

Cuando Erlendur volvió a entrar en la escuela, Elínborg y Sigurður Óli seguían recogiendo información sobre Elías entre sus compañeros de clase. Estuvo un rato viendo el desarrollo de las entrevistas. Los chicos se quejaban de toda clase de afrentas, aunque ninguna estaba directamente relacionada con Elías. Alguien se había metido con dos de las chicas, a alguien no le dejaron jugar al fútbol, alguien le había tirado una gran bola de nieve a un chico, le dio en el muslo y el chico se echó a llorar, pero no era Elías. Sigurður Óli se acercó a Erlendur y le indicó que tardarían todo el día en acabar. Afectados y asustados por lo que le había pasado a Elías, algunos de los niños lloraban.

Erlendur llamó al comisario de Estupefacientes y le pidió que comprobase los casos de tráfico de drogas que se hubieran producido en el barrio y que pudieran estar vinculados con el colegio.

El director del colegio iba despeinado y con la ropa desaliñada, y daba la sensación de no haber dormido bien esa noche. Delante de su despacho esperaban los representantes de la iglesia, de la asociación de padres y madres de alumnos y un portavoz de la policía, que ese mediodía se dirigirían a los niños. Todos se apiñaban alrededor del director, que parecía completamente superado por las circunstancias. Era como si aquello le quedara demasiado grande. Apareció su secretaria y le dijo que tenía una llamada urgente a la que tenía que responder, pero él se negó a atenderla haciendo un gesto negativo con la mano. Erlendur miró el grupo de gente y volvió hacia atrás. Siguió a la secretaria y esta le dijo dónde podía encontrar a la tutora de Nirán.

La secretaria le vio titubear un momento.

—¿Necesita algo más? —preguntó.

—¿Tú dirías que este colegio es multicultural? —preguntó Erlendur.

—Quizá pueda decirse que sí —respondió la secretaria—. Alrededor del diez por ciento de los alumnos son de origen extranjero.

—¿Y estáis contentos con la situación, en general?

—La cosa va muy bien.

—¿No hay problemas especiales por ese motivo?

—Ninguno que merezca destacarse, creo yo —añadió la secretaria, como excusándose.

La tutora de Niran era una mujer de unos treinta años, visiblemente afectada por lo que le había sucedido a Elías, como todo el mundo. La nación ya había empezado a debatir sobre la condición de los inmigrantes y sobre la responsabilidad de la sociedad, debate en el que se invitó a participar a toda clase de especialistas con la finalidad de informar de todo lo que se había hecho y de lo que quedaba por hacer para que no volviera a repetirse un hecho semejante. Se buscaba a los responsables. ¿El sistema había decepcionado a los inmigrantes, o aquello era el inicio de algo mucho más serio? Se hablaba de tensiones racistas ocultas que habían acabado por estallar y que se tenían que paliar mediante el debate y la educación; había que aprovechar mejor el sistema escolar para informar y explicar, de manera que se acabase con los prejuicios.

El grupo de Niran estaba en plena clase cuando Erlendur llamó a la puerta. Se excusó por la interrupción. La profesora le sonrió, comprendió de qué se trataba y le pidió que esperase un momento. Poco después salió al pasillo. Se presentó, diciendo que se llamaba Edda Bra y su pequeña mano desapareció en la de Erlendur cuando se saludaron. Tenía un porte muy serio, era morena, con el pelo muy corto, y llevaba un jersey grueso y pantalones vaqueros.

—En realidad, apenas sé qué decir sobre Niran —comenzó sin más formalidad, como si estuviese esperando la llegada de la policía de un momento a otro. O quizá solo se estaba dando prisa porque la clase la esperaba.

»Niran puede llegar a ser difícil y a veces tengo que prestarle una atención especial —continuó—. Apenas es capaz de escribir en islandés y no habla bien la lengua, de modo que es difícil comunicarse con él. En casa prácticamente no estudia y no parece interesado por la escuela. Nunca di clases a su hermano, pero por lo que sé era un auténtico cielo. Niran es muy distinto. Es capaz de poner a los demás chicos en su contra. Muchas veces se ve envuelto en peleas. La última, anteayer. Sé que cambiar de colegio siempre es difícil para los chicos, y ha tenido problemas desde el principio.

—Cuando llegó a Islandia debía de tener nueve años y no consiguió adaptarse demasiado bien —dijo Erlendur.

—Él no es el único —dijo la profesora—. A los que llegan siendo casi adolescentes les suele resultar difícil, y andan muy perdidos.

—¿Qué sucedió anteayer? —preguntó Erlendur.

—Quizá deberías hablar con el otro chico.

—¿Un compañero de clase?

—Esta mañana los chicos estuvieron hablando de eso —dijo Edda—. El pobre chico tiene problemas en casa, y en el colegio no ha hecho más que meterse en un lío tras otro. Él y unos cuantos más no pueden tragar a Niran y a sus amigos. Habla con él, a ver qué te dice; no suele hablar conmigo. Se llama Guðmundur, pero todos le llaman Gummi.

—Puedo intentarlo —dijo Erlendur.

Edda volvió a entrar en el aula y al poco salió seguida por un muchacho al que puso delante de Erlendur. Se alegró de que la maestra fuera tan eficiente. No malgastaba ni un momento en discusiones inútiles, conocía el valor del tiempo y cuándo debía y podía echar una mano. «Edda Bra^[2]», repitió el nombre mentalmente. Qué nombre más curioso.

—Dijiste que me ibas a devolver el móvil —gimoteó el muchacho, mirando a Erlendur.

—Es lo único que comprenden —dijo Edda Bra mirando a Erlendur—. Con toda la clase delante, no quise gritar que tenía que hablar con la poli. Tal como están las cosas, se habría creado un auténtico caos. Avísame si necesitas algo más —añadió antes de desaparecer de nuevo en el aula.

—¿Gummi? —dijo Erlendur.

El muchacho alzó la mirada hacia él. Tenía el labio superior ligeramente hinchado y arañazos en la nariz. Era grande para su edad, rubio, y en sus ojos podía leerse una profunda desconfianza.

—¿Eres poli? —preguntó.

Erlendur asintió con la cabeza e hizo una señal al chico para dirigirlo hacia un panel que servía para separar el pasillo de unos ordenadores que había sobre una enorme mesa. Erlendur se sentó sobre la mesa y Gummi tomó asiento en una silla delante de él.

—¿Llevas una placa colgada? —preguntó Gummi—. ¿Puedo verla?

—No llevo placa —dijo Erlendur—. Supongo que estás hablando de eso que llevan los polis de las películas. No son policías de verdad. Son unos pobres imitadores.

Gummi se quedó mirando a Erlendur como si se hubiera quedado sordo.

—¿Qué sucedió anteayer entre Niran y tú? —preguntó Erlendur.

—¿Qué tiene que...? —comenzó Gummi, con una voz cargada de la misma desconfianza que reflejaban sus ojos.

—Es pura curiosidad —le interrumpió Erlendur—. No es nada grave. No te preocupes.

Gummi siguió titubeante.

—Se me echó encima sin más —dijo un momento después.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Se echó encima de alguien más, aparte de ti?

—No lo sé. Solo sé que de repente se me echó encima.

—¿Por qué?

—No lo sé —repitió Gummi.

Erlendur reflexionó un momento. Se puso en pie y miró el panel. Luego volvió a sentarse. No podía pasar demasiado rato con Gummi.

—¿Sabes lo que les pasa a los chicos que mienten a la poli? —dijo entonces.

—Yo no miento —dijo Gummi, con los ojos muy abiertos.

—Llamamos inmediatamente a sus padres, les explicamos el asunto, les decimos que su hijo ha mentado a la policía y les pedimos que se presenten con su hijo en la comisaría para tomarle declaración y decidir las medidas que hay que tomar. Así que si después de clase estás libre, podemos ir a buscar a tu madre y a tu padre y llevaros a los tres...

—Es que se puso hecho una fiera cuando se lo dije.

—¿Qué le dijiste?

Gummi titubeó otra vez. Y luego fue como si hiciera acopio de coraje.

—Que tiene la cara del color de la mierda. Él me ha dicho a mí cosas mucho peores —se apresuró a añadir.

Erlendur hizo una mueca.

—¿Y te extraña que te pegara?

—¡Es un imbécil!

—¿Y tú no?

—No paran de buscar pelea.

—¿Quiénes?

—Sus amigos, tailandeses y filipinos. Se pasan el día cerca de la farmacia.

Erlendur recordó algo que le había contado Elínborg sobre un grupo de chicos cerca de la farmacia, cuando le hizo el resumen en su coche la noche anterior.

—¿Forman una banda? —preguntó.

Gummi titubeó. Erlendur esperó. Sabía que Gummi estaba dándole vueltas a si debía decir las cosas tal como fueron y poner a Erlendur de su lado, o fingir que no sabía nada y limitarse a decir que no, con la esperanza de que al poli le pareciera suficiente.

—No era eso —dijo Gummi por fin—. Empezaron ellos.

—¿A qué?

—A provocarnos.

—¿A provocaros?

—Se creen mejores que nosotros. Más importantes. Más importantes que nosotros, que somos islandeses. Porque ellos vienen de Tailandia, de Filipinas o de Vietnam. Dicen que todo es mucho mejor allí que aquí, que tienen una historia mucho más importante.

—¿Y os pegasteis?

Gummi no le miró, se limitó a mirar al suelo.

—¿Sabes qué le pasó a Elías, el hermano de Nirán? —preguntó Erlendur.

—No —respondió Gummi, cabizbajo—. Él no iba con ellos.

—¿Qué les dijiste a tus padres sobre las heridas que tienes en la cara?

Gummi levantó la vista.

—A ellos no les importa una mierda.

De pronto aparecieron Sigurður Óli y Elínborg en el pasillo, y Erlendur le indicó

a Gummi que podía irse. Le vieron entrar en el aula y cerrar la puerta.

—¿Algún progreso? —preguntó Erlendur.

—Ninguno —respondió Elínborg—. Pero un chico con el que hablé dijo que el tal Kjartan, el profesor de islandés, era un «gilipollas que está más loco que una cabra». Entendí que andaba siempre con estupideces pero no pude averiguar de qué clase.

—Por mi parte, todo *super cool* —dijo Sigurður Óli.

—¿*Super cool*? —bramó Erlendur—. ¿Siempre tienes que hablar como un imbécil?

—Pero...

—¡No hay nada *super cool* en todo esto!

En el monitor de alguna de las habitaciones sonaban pitidos a intervalos regulares, pero en la de Marion Briem, que esperaba la muerte, reinaba el silencio. Erlendur estaba a los pies de la cama, mirando a su ocupante. Marion parecía dormir. Su rostro era puro hueso, los ojos hundidos, la piel pálida y marchita. Los brazos descansaban sobre la sábana, los dedos largos y delgados, sin arreglar, amarillentos del tabaco, y las uñas eran de un color marrón oscuro. Nadie había ido a visitar a Marion, que ya llevaba varios días en la sala de paliativos. Erlendur lo había preguntado al personal. Probablemente, tampoco irían a su entierro, pensó. Marion era un ser solitario, siempre lo había sido y nunca deseó otra cosa. A veces, cuando Erlendur iba a ver a Marion, su mente volaba hacia su propio futuro, su soledad y su abandono.

Durante mucho tiempo, Marion se consideró aparentemente como la conciencia de Erlendur, y nunca se cansaba de preguntarle por su vida privada, especialmente por su divorcio y su relación con los dos hijos que dejó con su madre y de los que jamás se ocupó. Erlendur, que respetaba a Marion, estaba harto de que metiera las narices en sus cosas y, muchas veces, sus encuentros acababan con palabras más que fuertes e incluso con gritos. Marion se sentía responsable de Erlendur, pues se había encargado de su instrucción cuando entró en el Departamento de Investigación de la policía. Marion Briem era su superior y Erlendur tuvo una instrucción muy dura sus primeros años en el Departamento.

—¿No piensas hacer nada con lo de tus hijos? —preguntó Marion en cierta ocasión, recriminándole con la voz.

La escena se desarrollaba en un piso oscuro, en un sótano. Tres marineros se habían peleado al final de una semana que habían pasado bebiendo. Uno de ellos sacó una navaja y se la clavó tres veces a uno de sus compañeros, que había dicho algo despectivo sobre su novia. El hombre fue trasladado al hospital pero murió a consecuencia de las heridas. Sus dos compañeros fueron trasladados a sendos calabozos. En el escenario del crimen estaba todo cubierto de sangre. La víctima se había desangrado casi por completo mientras los otros dos seguían bebiendo. Una

mujer que pasaba por la calle vio a través de la ventana del sótano un hombre tumbado sobre un charco de sangre y fue ella quien dio aviso. En aquellos momentos, los dos hombres estaban dormidos a consecuencia de la ingesta de alcohol y, cuando despertaron, no recordaban lo que había sucedido.

—Estoy en ello —dijo Erlendur, mientras miraba el charco de sangre del suelo—. No te preocupes por eso.

—Alguien tendrá que hacerlo —dijo Marion—. No puedes sentirte muy bien tal como está la situación.

—A ti no te importa cómo me sienta —repuso Erlendur.

—Me importa si eso afecta a tu trabajo en el Departamento.

—Eso no afecta a mi trabajo. Ya lo solucionaré. No te preocupes.

—¿Tú crees que podrán salir adelante?

—¿Quiénes?

—Tus hijos.

—Deja el tema, por favor —dijo Erlendur, centrándose en la sangre del suelo.

—Deberías pensarlo. Cómo será eso de crecer sin padre.

Sobre una mesa estaba la navaja ensangrentada.

—No es un crimen complicado —dijo Marion.

—Rara vez hay alguno de esos en esta ciudad —respondió Erlendur.

Ahora, mirando el marchito cuerpo que yacía sobre la cama se dio cuenta de algo que entonces ignoraba: Marion intentaba ayudarlo en aquellos momentos. Erlendur ni siquiera entendía por qué abandonó a sus dos hijos después del divorcio y por qué no hizo prácticamente nada para conseguir derechos de visita. Su exesposa lo odiaba y juró que jamás le dejaría estar con los niños, ni un solo día, y él no se esforzó mucho por evitarlo. Años después, lo lamentó profundamente, al descubrir la situación en la que se encontraban sus dos hijos, ya adultos.

Marion abrió despacio los ojos y vio a Erlendur de pie junto a la cama.

Por la mente de Erlendur pasaron unas palabras de su madre sobre un anciano pariente de los fiordos del Este, tumbado en su lecho de muerte. La madre había ido a visitarlo y se sentó en el borde de la cama, y cuando regresó a casa, dijo que le había parecido «poquita cosa y muy raro».

—¿Quieres... leerme algo..., Erlendur?

—Claro que sí.

—Tu historia —dijo Marion—. Tu historia y la de... tu hermano.

Erlendur se calló.

—Me dijiste... una vez que estaba en... esos libracos tuyos.

—Aquí está —dijo Erlendur.

—¿Quieres... leer... leérmela?

En ese momento sonó el móvil de Erlendur. Marion le miró. El teléfono tenía una melodía que Elínborg le había puesto un día de lluvia, cuando esperaban en un coche patrulla detrás del Palacio de Justicia de Reikiavik. Se ocupaban de trasladar a un

prisionero y ella cambió el tono del timbre por la novena sinfonía de Beethoven.

El *Himno de la alegría* llenó la pequeña habitación del hospital.

—¿Qué música es esa? —preguntó Marion. Los analgésicos la habían aturdido.

Finalmente, Erlendur consiguió sacar el móvil del bolsillo de su chaqueta y responder. El *Himno* cesó.

—Sí, diga —dijo Erlendur.

Pudo oír que había alguien al otro lado de la línea, pero nadie respondió.

—Diga —volvió a decir, esta vez más fuerte.

Nadie respondió.

—¿Quién es?

Iba a cortar la comunicación cuando la persona que estaba al otro lado colgó su teléfono.

—Venga, te la leeré —dijo Erlendur, volviendo a meterse el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Te leeré el relato.

—Espero... que esto... acabe deprisa —dijo Marion. Su voz era áspera y temblaba un poco, como si le costara mucho sacarla de la garganta—. No es... agradable pasar... por esto.

Erlendur sonrió. El móvil empezó a sonar otra vez. El *Himno de la alegría*.

—Sí —respondió al teléfono.

Nadie le contestó.

—Esto es una broma de muy mal gusto —exclamó Erlendur, furioso—. ¿Quién es? —dijo con aspereza.

Continuó el silencio en el teléfono.

—¿Quién es? —repitió Erlendur.

—Yo...

—¿Sí? ¿Diga?

—Dios mío, no puedo —dijo a su oído el susurro de una débil voz femenina.

Erlendur se sobresaltó al oír la desesperación de la voz. Al principio pensó que quien estaba al teléfono era su hija. No sería la primera vez que le llamaba con algún problema, pidiendo ayuda a gritos. Pero no era Eva.

—¿Quién es? —dijo Erlendur, mostrándose ahora más afable, al darse cuenta de que la mujer del otro lado estaba llorando.

—Oh, Dios mío... —dijo la mujer, como si no tuviese fuerzas para acabar una sola frase.

Se produjo un breve silencio.

—Esto no puede continuar —dijo entonces, y colgó.

—¿Qué? ¿Diga?

Erlendur gritó al teléfono pero solo consiguió oír el zumbido que indicaba que habían colgado. Buscó el número desde el que se había hecho la llamada, pero no aparecía. Vio que Marion se había vuelto a dormir. Miró de nuevo su móvil y de repente se imaginó el rostro azulado de una mujer, hinchado en las olas, mirando al

cielo con sus ojos muertos.

Erlendur estaba sentado en la sala de interrogatorios pensando en la llamada telefónica que recibió en el hospital. «Dios mío, no puedo», gemía la débil voz una y otra vez en su mente, y no pudo evitar pensar en que fueran las primeras señales de vida de la mujer que había desaparecido antes de Navidad. La mujer podía haber conseguido fácilmente su número de móvil en la centralita de policía, pues era su número de teléfono oficial. Su nombre había aparecido varias veces en los medios de comunicación relacionado con investigaciones policiales. También se le relacionó con la mujer desaparecida y la muerte de Elías. Erlendur no conocía la voz de la mujer y por eso no podía estar seguro de si se trataba de ella, pero decidió hablar con su marido lo antes posible.

Recordó haber leído en alguna ocasión que solo un cinco por ciento de los matrimonios o de las relaciones estables que comenzaban después de un adulterio duraban el resto de la vida. No le pareció una proporción muy elevada y estuvo pensando si no sería difícil construir una relación leal tras el engaño a otros. Pero quizás hablar de engaño era demasiado duro. Puede que las relaciones personales hubieran cambiado y no fueran como antes, cuando, en un determinado momento, se despertaba un nuevo amor. Esas cosas pasaban constantemente. A juzgar por lo que aseguraban sus amistades, la mujer desaparecida creía haber encontrado un amor verdadero. Amaba a su nuevo marido con todo su corazón.

Los amigos con los que siguió en contacto tras el divorcio precisaron claramente este detalle cuando Erlendur fue a verles para encontrar una explicación a la desaparición de aquella mujer. Se separó de su anterior marido y se casó otra vez con gran pompa y ceremonia. Todos decían que era una mujer muy realista, pero fue como si de repente se hubiera transformado. Los amigos estaban convencidos de que el amor que sentía por su nuevo marido era auténtico y ella aseguraba que su anterior matrimonio se había agotado y que ella misma «había cambiado», tal como afirmó una de sus amigas. Cuando Erlendur pidió más detalles, resultó que, después del divorcio, la mujer parecía entusiasmada, hablaba de una nueva vida y de que jamás se había sentido mejor. La boda se celebró por todo lo alto. Los casó un pastor muy conocido. Muchos invitados acompañaron a los recién casados en un espléndido día de verano. Fueron de viaje de novios a la Toscana, en Italia. Al volver a casa estaban relajados, morenos y felices.

Lo único que faltó en aquella hermosa boda fueron los hijos de ella. Su exmarido se negó a dejarlos participar en «aquella farsa».

No hubo que esperar mucho para que la emoción y la exaltación desaparecieran de la relación y se convirtieran en sus opuestos. Sus amigas explicaron que, con el tiempo, la mujer había empezado a llenarse de tristeza y añoranza y finalmente comenzó a sentir complejo de culpa por su comportamiento con su anterior familia. No mejoró las cosas que la exmujer de su nuevo marido estuviera acusándola

constantemente de haber destruido su hogar. Los hijos de él se fueron a vivir con ellos, mientras ella litigaba para conseguir la custodia de los suyos, lo que siempre le recordaba su responsabilidad. La consecuencia de todo ello fue una profunda depresión.

No era la primera vez que el marido se divorciaba por adulterio. Erlendur averiguó que había estado casado tres veces. Localizó a su primera esposa, que vivía en Hafnarfjörður. Hacía ya mucho tiempo que había encontrado otro marido, con quien tuvo un hijo. El proceso había sido exactamente el mismo. El marido justificaba sus ausencias del hogar con largas reuniones, viajes por todo el país por motivos de trabajo, viajes para jugar al golf. Un día, para asombro de ella, le anunció que todo había terminado, que habían ido separándose el uno del otro y que estaba pensando en dejarla. La noticia cayó sobre la mujer como un rayo en un cielo limpio y despejado. Ella nunca sospechó que la relación fuese mal, lo único molesto eran las ausencias de su marido.

Erlendur también habló con la mujer número dos. No se había vuelto a casar, y Erlendur tuvo la sensación de que aún no se había recuperado del divorcio. Describió el proceso con detalle y se culpó por su imprudencia. Erlendur intentó ponerse de su parte y dijo que posiblemente tenía suerte de haberse librado de él. La mujer esbozó una débil sonrisa. Pienso sobre todo en mis hijos, repuso. Dijo que, cuando empezó a cortejarla, ella no sabía que estaba casado. Al cabo de unos meses de relación él empezó a dar muestras de sentirse incómodo y le dijo que tenía que contarle una cosa. Estaban en un hotelito en el campo. La había invitado a pasar allí una noche, y mientras cenaban en el restaurante, le contó que estaba casado. Ella le miró incrédula y él se apresuró a decir que su matrimonio estaba en las últimas, que era cuestión de tiempo que dejara a su esposa, que ya se lo había anunciado. La mujer le increpó por no haberle dicho que estaba casado, pero él consiguió calmarla y ponerla de su parte.

Tras escuchar esos y otros testimonios en labios de personas relacionadas con la mujer desaparecida, Erlendur empezó a sospechar del marido. Sabía que, cuanto más tiempo pasara, más probable sería que la mujer se hubiera suicidado, y lo que le habían contado de su depresión apoyaba esa posibilidad. Aquella llamada inesperada despertó la esperanza de que no fuera así. Pensó que quizás hubiera huido del marido y que no quisiera que él supiese dónde estaba; que estuviera oculta sin saber a quién recurrir.

Tras dos años desde la magnífica boda, la mujer empezó a contar en voz baja a una buena amiga suya que su marido había empezado a participar en unos campeonatos de golf de fin de semana de los que ella no había oído hablar.

Erlendur abandonó sus reflexiones, levantó los ojos y saludó con un movimiento de cabeza a Sigurður Óli, que se sentó a su lado en la sala de interrogatorios. El interrogatorio podía empezar. El hombre sentado delante de ellos tenía cuarenta y

cinco años y, desde los veinte, había visitado a la policía en numerosas ocasiones a causa de los más diversos delitos, como atraco, robo y asalto, en algunos casos muy violentos. Vivía a dos manzanas de la casa de Sunee y sus hijos. La policía había preparado una lista con los nombres de los delincuentes habituales que habrían podido encontrarse a Elías cuando volvía del colegio. Aquel hombre era el primero de la lista.

Tenían una orden de registro cuando aquella mañana fueron a buscarlo para interrogarle. Encontraron una gran cantidad de porno ilegal, incluyendo pornografía infantil. Era suficiente para inculparlo una vez más.

Se llamaba Andrés, y miraba alternativamente a Erlendur y a Sigurður Óli, preparado para lo peor, alcohólico de toda la vida, con las huellas del alcohol muy visibles en su rostro: expresión apática, ojos pequeños, inquisitivos y de mirada furtiva. Era de estatura bastante baja, corpulento y rechoncho.

Erlendur ya le conocía, había detenido a Andrés en más de una ocasión.

—¿Por qué me fastidiáis? —preguntó Andrés, sucio y desgredado después de una noche de alcohol—. ¿Qué pasa? —dijo mirando primero a un policía y luego al otro. Intentaba que su voz sonara retadora, pero su frase terminó en un gallo.

—¿Conoces a un chaval llamado Elías que vive cerca de tu casa? —preguntó Erlendur—. Un niño de piel morena de origen tailandés. Diez años.

En la mesa, entre Andrés y los policías, había una grabadora que zumbaba un poco. Dado el estado de embriaguez en el que se encontraba Andrés cuando le llevaron al calabozo la noche anterior, podría afirmar que no había oído nada del asesinato de Elías. Por otra parte, no había que creerse a pies juntillas lo que él dijera.

—Yo no sé nada de ningún Elías —dijo Andrés—. ¿Me vais a acusar de algo? ¿De qué me queréis acusar? Yo no he hecho nada. ¿A qué viene esta agresión?

—No te preocupes —dijo Sigurður Óli.

—¿De qué Elías estás hablando? —dijo Andrés, mirando a Erlendur.

—¿Recuerdas dónde estuviste ayer por la tarde?

—En mi casa —respondió Andrés—. Estuve en mi casa. Estuve en mi casa todo el día, todo el día de ayer, eso es. ¿De qué niño me estáis hablando?

—A dos manzanas de tu casa mataron de una puñalada a un niño de diez años —dijo Erlendur—. ¿Estuvo alguien contigo ayer? ¿Hay alguien que pueda confirmar lo que dices?

—¿Un niño muerto? —dijo Andrés, alterado—. ¿Quién...? ¿Apuñalado?

—¿Tienes idea de qué día es hoy? —preguntó Erlendur.

Andrés sacudió la cabeza.

—Te ruego que hables a la grabadora —dijo Sigurður Óli.

—No lo sé. Yo no he atacado a un niño. No sé nada de ninguna agresión. Nada. Yo no he hecho nada. ¿No podéis dejarme en paz?

—¿Conocías al niño? —preguntó Erlendur.

Andrés sacudió la cabeza. Sigurður Óli señaló la grabadora con el dedo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Tiene un hermano, cinco años mayor que él —dijo Erlendur—. Se mudaron al barrio el otoño pasado. Tú llevas más de cinco años viviendo allí. Tienes que darte cuenta de quiénes andan por el barrio. Tienes que enterarte de lo que pasa. No intentes venirnos con estupideces.

—¿Estupideces? Yo no he hecho nada.

—¿Conoces a este niño? —preguntó Erlendur; se sacó del bolsillo del abrigo una foto de Elías y se la pasó a Andrés, quien la cogió y se quedó mirando el rostro infantil.

—No le conozco —dijo.

—¿Nunca te lo has encontrado por ahí? —preguntó Erlendur.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, Erlendur ya sabía que el exhaustivo registro del piso de Andrés no le había proporcionado pista alguna sobre si Elías o su hermano Nirán habían estado allí. Por otra parte, Andrés se había comportado de una forma muy extraña cuando la policía consiguió entrar en su casa por la fuerza. No respondió cuando llamaron a la puerta. Cuando la echaron abajo, la policía se encontró con una suciedad tremenda y un olor apestoso. La puerta estaba cerrada con dos cerrojos extra y a Andrés lo encontraron escondido debajo de su cama. Lo sacaron de allí mientras no dejaba de gritar pidiendo ayuda. Daba golpes a diestro y siniestro sin que pareciera darse cuenta de que estaba en manos de la policía. Creía que lo estaba atrapando un enemigo imaginario al que interpelaba una y otra vez, pidiendo clemencia.

—Puedo haberle visto alguna vez por el barrio, pero no le conozco —dijo Andrés—. Y yo no le he hecho nada.

Miraba de reojo a Erlendur y a Sigurður Óli, una vez a cada uno, como si hubiera decidido hacer algo sin acabar de decidirse a ponerlo en práctica. Quizá pensaba que tenía que hacer un trato para salir de aquello. Sigurður Óli iba a decir algo, pero Erlendur le interrumpió e indicó que guardase silencio. A Andrés pareció agradecerle el gesto.

—¿Me dejaréis en paz? —dijo finalmente.

—¿Si qué? —dijo Erlendur.

—¿Podré irme a casa?

—Tu apartamento está lleno de pornografía infantil —dijo Sigurður Óli, sin ocultar el asco en su voz. En más de una ocasión, Erlendur le había pedido que intentase no mostrar desprecio por los delincuentes, algo que Sigurður solía hacer. No había nada que le crispase tanto los nervios como los delincuentes habituales que ya habían alcanzado la mediana edad y seguían inmersos en los mismos problemas.

—¿Si qué? —repitió Erlendur.

—Si os lo digo.

—Te dije que no intentarás tomarnos el pelo en este asunto —dijo Erlendur—. Di lo que tengas que decir. Déjate de rodeos.

—Creo que hará un año que se mudó al barrio —dijo Andrés.

—Elías se mudó en primavera, ya te lo he dicho.

—No estoy hablando del niño —dijo Andrés, mirando a uno y después al otro.

—¿De quién, entonces?

—El tío ese ha envejecido mucho. Fue lo primero que noté.

—¿De qué coño hablas? —gritó Sigurður Óli, fuera de sí.

—Es un hombre que estoy seguro de que tiene mucho más porno que yo —dijo Andrés.

Sigurður Óli y Erlendur se miraron.

—Yo nunca he matado a nadie —dijo Andrés—. Tú lo sabes. Tienes que creerme, Erlendur. Nunca he matado a nadie.

—No intentes convertirme en tu confidente —dijo Erlendur.

—Nunca he matado a nadie —repitió Andrés.

Erlendur le miró en silencio.

—No he matado a nadie —repitió Andrés.

—Tú matas todo lo que tocas —dijo Erlendur.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Quién se mudó al barrio?

Andrés no le respondió, y se concentró en Erlendur.

—¿Quién es ese hombre, Andrés? —preguntó Erlendur. Andrés se inclinó sobre la mesa y giró la cabeza un poco, como un tío bondadoso, anciano ya, que saluda con afecto a un niño pequeño.

—Es la pesadilla de la que nunca me libraré.

Elínborg esperaba encontrar a la profesora de Elías en el colegio al que los niños habían ido antes de mudarse del bulevar Snorrabraut. Le habían dicho que estaba a punto de acabar una reunión, así que se sentó delante de la _____ sala de profesores, que estaba cerrada, y estuvo pensando en su hija pequeña, que seguía en cama con gripe. Su marido, mecánico, se quedaba con ella en casa hasta la tarde, cuando Elínborg cogía el relevo.

Se abrió la puerta de la sala de profesores y la saludó una mujer de mediana edad. Mientras estaba en la reunión le habían dicho que la policía quería hablar con ella. Elínborg estrechó la mano de la mujer, se presentó y dijo que tenía que hablar con ella por el homicidio de Elías, del que ya se habría enterado. La mujer asintió, muy apenada.

—Hemos hablado de ello en la reunión —dijo en voz baja—. No hay palabras para definirlo, algo como ese... como esa atrocidad. ¿Quién puede hacer algo así? ¿Quién es capaz de atacar a un niño de esa forma?

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo Elínborg mirando alrededor, como si estuviera buscando un lugar donde charlar en privado.

La profesora se llamaba Emilía. Era bajita y menuda, y su cabello largo y castaño que empezaba a encanecer estaba recogido en una cola de caballo. Dijo que podían sentarse en el aula. Como los chicos estaban en clase de música el aula estaba libre. Elínborg la siguió. Las paredes estaban forradas con dibujos de los alumnos que mostraban los diferentes niveles de maduración. Había desde algunos muy rudimentarios que representaban hombres dibujados con palotes hasta auténticos retratos de caras. Elínborg observó la presencia de algunos cuadros de viejas granjas islandesas, debajo de una montaña, con un esplendoroso cielo azul, nubecillas flotando en el cielo y un sol deslumbrante. Recordaba esas muestras ya clásicas de cuando ella iba a la escuela, y se asombró de que aún las utilizaran.

—Este lo hizo Elías —dijo Emilía, sacando un dibujo del cajón que había en la mesa del profesor—. Cuando los dos hermanos se fueron del colegio, no vinieron a recoger sus dibujos y no me apeteció tirar este. Demuestra las aptitudes como dibujante que tenía a pesar de sus pocos años.

Elínborg cogió el dibujo. La maestra tenía razón: mostraba el dominio excepcional que tenía Elías del lápiz. Había dibujado un rostro femenino con unos enormes ojos pardos, cabello oscuro y una amplia sonrisa, y alrededor del rostro había colores brillantes y luminosos.

—Se supone que es su madre —dijo Emilía con una sonrisa—. Que esa pobre gente tenga que pasar por esto...

—¿Le conocías desde que empezó la escuela? —preguntó Elínborg.

—Sí, desde que tenía seis años. Imagínate, solo han pasado cuatro años desde entonces. Era un chico siempre bueno y adorable. Un poco despistado. A veces tenía

problemas para concentrarse en las asignaturas y había que empujarle un poco para que trabajase. Se podía pasar horas mirando al techo y entonces es que estaba en algún lugar de su mundo particular.

Emilía calló, pensativa.

—Esto debe ser muy difícil para Sunee —dijo al rato.

—Sí, desde luego, realmente difícil —dijo Elínborg.

—Siempre demostraba un gran cariño hacia los niños —dijo la profesora, señalando los dibujos—. Les di clases a los dos, también a Nirán, su hermano. Hablaba islandés rematadamente mal. Me enteré de que en casa hablaban casi exclusivamente tailandés y comenté el tema con Sunee, para mostrarle que eso podría comportarle problemas. Pero ella también hablaba un islandés que dejaba mucho que desear y prefería la ayuda de una intérprete cuando venía a las reuniones de padres.

—Y al padre, ¿le conocías? —preguntó Elínborg.

—No, en absoluto. Nunca vino a las celebraciones que hacemos en el colegio, ni a la fiesta de Navidad ni a ninguna otra. Por ejemplo, jamás venía a las reuniones de padres. Sunee siempre estaba sola.

—Es posible que el traslado a un nuevo barrio y una escuela nueva fueran difíciles para Elías —dijo Elínborg—. No parece que se adaptara bien a la nueva escuela. Aún no había conseguido hacer amigos y se pasaba mucho tiempo solo.

—Lo creo —dijo Emilía—. Aún me acuerdo de cómo era cuando comenzó en esta escuela. Nunca soltaba la mano de su madre y necesité un asistente social en clase durante mucho tiempo para que estuviera tranquilo y comprendiera que no pasaría nada malo aunque Sunee se marchara.

—¿Y Nirán?

—Estos dos hermanos eran como el sol y la luna —respondió Emilía—. Nirán es duro como una roca. Él se salvará pase lo que pase. Puedo asegurar que no es un llorón.

—¿Se llevaban bien?

—Me daba la sensación de que Nirán quería muchísimo a su hermano, y sé que Elías lo adoraba. La diferencia era que Elías quería integrarse en el grupo, formar parte de la clase. Nirán era más rebelde delante de cualquiera: ante la clase, los profesores, la dirección del centro, las clases de niños mayores. Había aquí un grupo de inmigrantes, cinco o seis chicos, con los que Nirán se relacionaba bastante. Se aislaban, no parecían importarles los estudios y mostraban absoluta indiferencia hacia la historia de Islandia y cosas por el estilo. En una ocasión se produjeron enfrentamientos entre ellos y los chicos islandeses. No fue en horas de clase. Fue por la tarde, pero los grupos utilizaron palos y porras y rompieron algunos cristales. A veces se oye hablar de cosas así. Seguro que tú estás más enterada de estos asuntos.

—Sí, desde luego —respondió Elínborg—. Por lo general, las rivalidades se inician por líos de chicas.

—Después de aquello, dos de los cabecillas se fueron del barrio el invierno

pasado y las cosas volvieron a calmarse. Es siempre cosa de un grupo pequeño. Después, Elías y Nirán cambiaron de colegio. Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de los dos. Y luego aparece eso en las noticias y no consigo comprender lo que está pasando.

Emilía hablaba deprisa, casi sin detenerse ni a tomar aire. Elínborg evitó contestar a algunas preguntas que le hizo sobre cómo les había ido a los dos chicos desde que se mudaron de barrio, ni sobre el estado de ánimo de Sunee. Emilía era una mujer curiosa y no intentaba disimularlo. A Elínborg le caía bien, pero no quería desvelar nada sobre el caso. Solo dijo que acababan de iniciar las investigaciones. La curiosidad de Emilía era fácil de entender. Los medios de comunicación estaban totalmente volcados en la agresión a Elías. Entre el barrio, los bloques de alrededor, la escuela y las tiendas y quioscos, la policía había hablado con muchas personas, probablemente más de un centenar. Enseñaron fotos de Elías e intentaron concretar su recorrido aquel día nefasto. Se pidió la colaboración de todos aquellos que le hubieran visto de vuelta a casa desde el colegio. De todo ello todavía no se había sacado nada en claro. Lo único de lo que la policía estaba segura era de que Elías había salido del colegio solo y se había dirigido hacia su casa, pero se detuvo a medio camino.

Elínborg sonrió y miró el reloj. Le agradeció la precisión de sus respuestas. Emilía la acompañó al pasillo hasta una de las puertas de salida del colegio. Se dieron la mano.

—¿De modo que no habéis avanzado demasiado en la investigación? —dijo Emilía.

—No —dijo Elínborg—. Nada en absoluto.

—Vaya —dijo Emilía—. Pues es que... ¿Sunee sigue con su marido?

—No, ¿por qué?

—Lo digo por uno de los dibujos de Elías —se apresuró a continuar Emilía—. Estaba su madre, a quien dibujaba con mucha frecuencia, con un hombre a su lado. Eso era en primavera, antes de mudarse del barrio, cuando los chicos aún seguían en nuestro colegio. Recuerdo que le pregunté a Elías quién era. Se me escapó la pregunta.

Vaya, seguro que sí, pensó Elínborg. Era imposible que Emilía no fuera consciente de la curiosidad que la caracterizaba.

—Y dijo que el hombre era un amigo de su madre.

—Vaya —dijo Elínborg—. ¿Le preguntaste al chico cómo se llamaba?

—Pues sí —dijo Emilía con una sonrisa—. Elías dijo que no lo sabía. O no quiso decírmelo...

—Y ese hombre del dibujo, ¿cómo...?

—Podía ser islandés.

—¿Islandés?

—No quise ser cotilla, pero recuerdo que tuve la sensación de que Elías se llevaba

muy bien con él.

Andrés volvió a echarse hacia atrás en su silla de la sala de interrogatorios. Cuando la cinta de la grabadora llegó al final y dejó de girar, se oyó un chasquido. Sigurður Óli dio la vuelta a la cinta y volvió a encender la grabadora. Erlendur tenía la mirada fija en Andrés.

—¿Qué quieres decir con eso de la pesadilla de la que no consigues librarte? —preguntó—. ¿Qué significa eso?

—Dudo mucho que te apetezca oírlo —dijo Andrés—. Nadie debe oír algo tan horroroso.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Te ha hecho algo malo? Andrés se quedó callado.

—¿Intentas decirme que es un pedófilo? —preguntó Erlendur.

Andrés seguía sentado en silencio, mirando a Erlendur.

—Hacía años que no le veía —dijo por fin—. Bastantes. Hasta que de pronto... creo que hará un año.

Andrés se quedó callado.

—¿Y?

—Fue como encontrarte con tu propio verdugo —dijo Andrés—. Él no me vio. No sabe que le he visto. Sé dónde vive.

—¿Dónde? ¿Dónde vive? ¿Quién es ese hombre? —Sigurður Óli lo bombardeó a preguntas, pero él seguía tranquilo, mirándole, como si aquel policía no tuviese nada que ver con él.

—A lo mejor me paso por su casa cualquier día de estos —dijo Andrés—. A decir hola. Supongo que ahora sería capaz de enfrentarme a él. Supongo que podría dominarle.

—Pero primero habrás tenido que beber lo suficiente para insuflarte ánimos —dijo Erlendur.

Andrés no respondió.

—¿Hasta ahora tenías que esconderte?

—Siempre me escondía. No te puedes imaginar lo bien que se me da esconderme. Encontraba un escondite detrás de otro y me hacía lo más pequeño que podía.

—¿Crees que él puede haber hecho daño al niño? —preguntó Erlendur.

—A lo mejor hace tiempo que lo dejó. No sé. Como digo, durante años dejé de verle y de repente resulta que es mi vecino. De pronto, después de tantos años, pasa por delante de mí, por la otra acera de la calle en la que vivo. Imagínate lo que vi cuando pasó por delante. Aquí arriba, quiero decir —dijo Andrés, dándose unos golpecitos en la sien con el dedo índice.

—¿Crees que lo tendremos fichado?

—Lo dudo.

—¿Vas a decirnos dónde podemos encontrarle? —preguntó Sigurður Óli.

Andrés no respondió.

—¿Quién es? —preguntó Sigurður Óli, que empezó a usar otro método—. Nosotros podemos ayudarte a cazarle. Pero debes denunciarle. Con tu ayuda, podemos meterle en chirona. ¿Lo harás? ¿Nos dirás quién es para que le enviemos directo a la cárcel?

Andrés se echó a reír en sus narices.

—Este tío vale un huevo —exclamó, mirando a Erlendur.

De repente, dejó de reírse. Se inclinó hacia delante, hacia Sigurður.

—¿Quién va a creer a un pobre tipo como yo?

Empezó a sonar el móvil de Erlendur. El *Himno de la alegría* llenó la sala de interrogatorios y Erlendur se apresuró a cogerlo lo antes posible. No aguantaba aquel tono de llamada. Apretó el botón rojo. Sigurður Óli le miró. Andrés se mantenía a un lado. Erlendur escuchó y el semblante se le ensombreció. Apagó el móvil sin despedirse y soltó una maldición en voz baja mientras se ponía en pie.

—¿Hay algo peor que este infierno? —farfulló con los dientes apretados, y salió a toda prisa.

El agente de policía volvió al bloque muy arrepentido. Antes de irse en su coche, la intérprete le pidió que fuera a comprar pan y leche para la tailandesa y su hijo, que estaban solos en el piso. Llevaba dos años en el cuerpo y pensaba que era un trabajo tan bueno como cualquier otro. Había intervenido en disturbios en el centro, cuando la alegría nocturna alcanzaba su cénit los fines de semana. También había estado presente en algunos terribles y mortales accidentes de tráfico. No le afectó mucho. Decían que prometía. Él pretendía ir subiendo dentro del cuerpo policial. Ahora le habían encargado la tarea de vigilar la puerta de la casa de la tailandesa y su hijo. Un ejército de especialistas de distintos departamentos estuvieron toda la mañana subiendo las escaleras unos tras otros, y él les paraba, preguntaba nombre, función y objeto de su visita. Los dejó pasar a todos. Volvían a bajar con la misma prisa. La tailandesa quería estar tranquila con su hijo. Y él entendía el sufrimiento que debían estar pasando.

Y llegó la intérprete a toda prisa, le dio mil coronas y una pequeña lista de encargos y le pidió que fuera a por aquellas cosas para la mujer y su hijo. Él se negó con la mayor amabilidad, agitó la cabeza con una sonrisa y dijo que no podía moverse de allí. Lo siento, no podía. Era policía, no el chico de los recados.

—Serán solo cinco minutos —dijo la intérprete—. Lo haría yo misma, pero tengo muchísima prisa.

Se metió en el coche y se fue.

Y el policía se quedó allí con la lista de la compra y las mil coronas y una conciencia que consiguió reprimir, aunque solo un rato. Luego se puso en camino. No

tardó tanto, según le contó a Erlendur, que se puso furioso con él y le espetó tal género de reproches que casi estuvo a punto de echarse a llorar. Quizás habría debido pedir refuerzos. Quizá no tendría que haber hecho aquel absurdo encargo, que le recordaba a cuando era pequeño y su madre no se cansaba de mandarle a comprar algo a la tienda. Quizás ahí estaba el quid del asunto. En lo más profundo de sí mismo, le pareció lógico y por un momento se olvidó de todo lo demás. Estuvo hojeando una revista del corazón en la que se hablaba del divorcio de un famoso periodista. Esta parte de su paseo no se atrevió a contársela al comisario. El hombre estaba tan furioso que pensó que le iba a dar un puñetazo. Sigurður Óli, al que apenas conocía, tuvo que ponerse entre los dos.

Cuando volvió de la tienda, subió las escaleras corriendo y tocó el timbre. Golpeó la puerta, pero no hubo respuesta. Al final optó por abrir y saludó a voz en grito. Nadie apareció. La puerta no estaba cerrada con llave. Entró muy despacio, gritando en todas direcciones. No hubo respuesta. En el piso no había nadie.

Se quedó allí plantado como un imbécil, con la bolsa de la compra en la mano, casi sin atreverse a informar a la comisaría de Hverfisgata de que Sunee y su hijo habían desaparecido.

Erlendur no culpó al agente por la desaparición de Sunee y Niran, aunque el hombre había dado muestras de una negligencia difícil de comprender. Estaba convencido de que la intérprete, que fue la última en salir de la casa de madre e hijo, les había ayudado a huir y ocultarse. Había conseguido que el agente de policía desapareciera un momento y después los condujo a algún lugar que no quería confesar. Tras echar una buena bronca al policía, le mandó a buscar a la intérprete. El teléfono fijo de Sunee no permitía consultar las llamadas que había hecho o recibido, pero Elínborg solicitó a la fiscalía que le facilitaran una lista de las llamadas entrantes y salientes en la línea de Sunee durante los últimos meses.

Elínborg telefoneó a Erlendur y le habló de su conversación con la tutora de Elías, en la otra escuela.

—¿No te parece que simplemente intenta proteger a su hijo huyendo con él? —preguntó a Erlendur cuando este le habló de la desaparición de ambos.

—Sería una explicación totalmente plausible —dijo Erlendur—. La cuestión es de qué cree que tiene que proteger a su hijo.

—¿Quién sabe? Quizás el chico se ha confesado con su madre.

Erlendur acababa de colgar a Elínborg cuando su teléfono volvió a sonar. El comisario jefe del departamento de Estupefacientes le dijo que acababan de pillar a una chica del colegio que intentaba revender droga en el perímetro del colegio. Hasta ese momento no había tenido problemas con la policía, pero su hermana mayor era una vieja conocida de los de Estupefacientes. Era una yonqui totalmente enganchada que había sido detenida varias veces por delitos relacionados con drogas. Las hermanas tenían un hermano mayor, un tipo problemático que cumplía pena por homicidio en la prisión de Litla-Hraun; atracó a un transeúnte en el centro de la ciudad y le produjo heridas que le causaron la muerte.

—El no va más, diríamos —dijo Erlendur.

—La crème de la crème —dijo el comisario—. ¿Quieres hablar con ellas?

—Sí, tráelas —respondió Erlendur.

En ese momento, la intérprete apareció en el piso de Sunee. Erlendur cortó su conversación telefónica y se metió el móvil en el bolsillo del abrigo.

—¿Dónde están? —dijo con determinación, dirigiéndose hacia Guðný—. ¿Por qué se han largado? ¿Adónde te los has llevado?

—¿Realmente me estás acusando de eso? —dijo ella.

—Mentiste al agente —dijo Erlendur— y luego volviste a recogerlos. Queremos saber qué has hecho con ellos. Podría encerrarte por obstrucción a la investigación policial. No me obligues a hacerlo.

—Yo no tengo nada que ver con eso —repuso Guðný—. No volví a recogerlos. Y ni se te ocurra amenazarme. Si quieres encerrarme, venga, hazlo.

—Necesitamos que nos informes —dijo Sigurður Óli, que salió del pasillo

interior del piso y escuchó la conversación—. Fuiste la última persona que habló con ellos. ¿Por qué han desaparecido?

—No tengo ni idea —dijo Guðný con un suspiro—. Al decírmelo la policía, me quedé tan boquiabierta como vosotros. Cuando les dejé hace un rato —miró su reloj de pulsera—, hará unos tres cuartos de hora, no me dio la sensación de que Sunee tuviera intención de desaparecer. Dijo que necesitaba algunas cosas para la casa. Yo llegaba tarde a una reunión. El agente tuvo la amabilidad de ayudarla. Ni siquiera me imaginé que estaba preparando una trampa. No me dijo nada. Me da igual si me creéis o no. Yo no sabía nada.

—¿Sabes dónde pueden haber ido? —preguntó Sigurður Óli.

—No, ni idea. Ni siquiera sé si están escondidos. A lo mejor vuelven dentro de un rato. Quizá solo han salido de casa un momento por algún motivo. A lo mejor no se han escondido. ¿Lo habéis comprobado?

—¿Llamó a alguien esta mañana? —preguntó Sigurður Óli.

Guðný les comentó que, aquella mañana, ella había llegado temprano. A esas horas estaba el agente en la puerta, y un vehículo de la policía con dos agentes más, en el aparcamiento de delante del bloque. Más tarde llamaron al coche de policía y desapareció. Sunee le dijo entonces que quería que les dejaran en paz, a ella y a Nirán, que lo estaba pasando muy mal. No había conseguido convencer a su hijo para que hablase con ella y, si su madre había fracasado, seguro que un poli o un psicólogo no tendrían más éxito que ella. Necesitaba pasar tiempo con Nirán para que este abandonase su mutismo. Era obvio que la muerte de su hermano pequeño le había provocado un gran impacto emocional y ella quería hacer todo lo posible para ayudarlo. Eso era lo primero. Guðný se había quedado con ellos y les propuso ayudarles pero, cuando Sunee se dio cuenta de que la intérprete tenía que marcharse un rato, le dijo que necesitaba comprar algunas cosas.

—¿En aquel momento Sunee sabía que el coche de policía se había ido?

—Sí, lo vio marcharse.

—¿Qué pasó con ese maldito coche? —preguntó Erlendur a Sigurður Óli, que conocía perfectamente la respuesta. Le habían avisado porque se había producido un grave enfrentamiento con un montón de implicados, unas calles más abajo. Era el coche más cercano. Pensaron que solo tendría que ausentarse unos minutos.

Erlendur sacudió la cabeza, impotente.

—¿Quién es el novio de Sunee? —preguntó a Guðný.

—Ya os he dicho que no sé nada de ningún novio —respondió Guðný, titubeante.

—¿Es posible que se haya ido con él? —dijo Erlendur.

—Parece que no tenía muchos sitios adónde ir —añadió Sigurður Óli.

—¿Qué clase de persona es? —preguntó Erlendur lanzando una mirada furiosa a Sigurður. De vez en cuando se entrometía en las conversaciones y eso encendía a Erlendur.

—No sé nada de ningún novio —repitió Guðný—. A lo mejor está en casa de su

suegra. ¿Lo habéis comprobado? ¿Y en casa de su hermano?

—Es el primer sitio adonde iremos —dijo Erlendur.

En ese momento entró Elínborg.

—¿Cómo pueden haber desaparecido?! —exclamó—. ¿No les estaban vigilando?

—Está asustada —dijo Guðný—. ¿Quién no estaría asustado en esta situación? Si se ha largado, será para proteger a su hijo. En estos momentos no debe de pensar en nada más. No confía en vosotros. Es obvio. Solo confía en sí misma. Es lo que ha hecho siempre.

—¿Por qué no iba a confiar en nosotros? —dijo Elínborg—. ¿Tiene algún motivo para esa desconfianza?

Guðný la miró.

—No lo sé —dijo—. No tengo respuesta a todas vuestras preguntas.

—¿Quién es su novio? —preguntó Erlendur—. ¿Qué relación tiene con Sunee? ¿Cuándo se conocieron? ¿Fue él la causa de que Sunee se separara de su marido? ¿Conocía bien a los chicos? ¿Cómo se llevaba con ellos?

Guðný miró a los policías, de uno en uno.

—Hace poco conoció a un hombre —dijo por fin.

—Sí, ¿y? —dijo Erlendur, impaciente.

—No creo que esté en su casa. No sé nada del divorcio de Sunee y Óðinn, ni tampoco cuándo apareció ese hombre en la vida de Sunee.

—¿Y quién es?

—Un amigo de Sunee.

—Un amigo; pero ¿de qué clase? —preguntó Erlendur.

Sigurður Óli le hizo una señal a Elínborg para que reprimiera su disgusto por el punto al que había llegado la investigación. Guðný miró a Elínborg, después a Sigurður Óli y finalmente otra vez a Erlendur, y se encogió de hombros.

—¿Tiene trabajo? ¿Sabes dónde vive?

—Sunee nunca me ha dicho nada de él. Ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Por qué crees que no ha ido a su casa? Dijiste que no iría a su casa, ¿por qué?

—Simple intuición, nada más —dijo Guðný.

Erlendur recordó las palabras del exmarido de Sunee, que le había dicho que su mujer tenía un novio pero que él no sabía nada de él. Que Virote sabía algo. Guðný acababa de reconocer su existencia. La antigua maestra de Elías, Emilía, creía que era islandés.

—¿Es islandés? —preguntó Erlendur.

—Sí —respondió Guðný.

—¿Hace mucho que están juntos?

—No lo sé con exactitud.

—Aquí hay algo más; antes hablaste de confianza —dijo Erlendur—. Sé que no tienes respuesta a todas nuestras preguntas. Pero hay una que no podemos pasar por

alto, por muy desagradable que parezca, y es la pregunta sobre Niran. Ahora que Sunee ha huido con Niran, la pregunta es aún más urgente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la intérprete.

Sigurður Óli y Elínborg se miraron como si no supieran adónde quería llegar Erlendur.

—¿Por qué se larga y desaparece con Niran? —preguntó Erlendur, bajando la voz.

—No lo sé —respondió Guðný.

—¿Es posible que quiera sacarle del país?

—¿Sacarle del país?

—¿Por qué no?

—Creo que intenta protegerle, pero no sé nada más. No, no creo que esté intentando sacarle del país. No sabría qué hacer para sacarle de Islandia.

—Podría conocer a una persona. O personas.

—¡Eso es absurdo!

—Yo también creo que intenta proteger a Niran —dijo Erlendur—. Creo que se ha escondido con él porque él le ha contado algo. Él sabe lo que pasó.

—¡No puedo creer que sigas pensando que participó en el asesinato de su hermano! —exclamó Guðný, furiosa.

—Tenemos que considerar todas las posibilidades y no ayuda lo más mínimo que Sunee haya desaparecido con el niño. Es posible que quiera protegerle de esa forma, pero quizás ella sepa algo que nosotros no sabemos. Imagino que su hijo le debe de haber contado algo relacionado con el caso.

—Si Niran hubiera hecho algo malo, Sunee nos lo habría dicho. La conozco. No cubriría al chico.

—Debemos contemplar todas las posibilidades.

—Pero ¡eso no es una posibilidad! —gritó la intérprete.

—No me vengas con qué es posible y qué no —dijo Erlendur.

—No puedes mantenerlos aquí como en una prisión —dijo Guðný—. ¡No puedes encerrarlos en el piso! Tienen que ser libres de ir adonde quieran.

—No quiero que les pase nada más —dijo Erlendur—. Tienen que informarnos de adónde quieren ir.

—Vaya gilipollez —dijo Guðný.

—¡Ahí está!

Sigurður Óli tenía los ojos fijos en la puerta de la escalera, donde estaba Sunee. Iba acompañada por su hermano, pero Niran no estaba con ellos.

Guðný les dijo algo en tailandés. Le respondió Virote. Sunee miró titubeante a Erlendur.

—Niran no ha hecho nada —dijo.

—¿Dónde está? —preguntó Erlendur.

Sunee habló un rato con Guðný.

—No está segura de poder protegerlo —dijo Guðný—. Ahora está en un lugar seguro. Sunee sabe que quieres interrogarle, pero dice que no es necesario. El chico no ha hecho nada ni sabe lo más mínimo. Volvió ayer a casa solo; entonces vio a la policía y a su hermano, y sufrió un shock. Corrió a esconderse y fue incapaz de hablar con su madre hasta esta mañana. Aseguró a Sunee que no tenía ni idea de lo que le había pasado a su hermano. Él no participó en ello, ni siquiera había estado con Elías, ni le había visto durante el día. Estaba asustado.

—¿Asustado de qué?

—De que le sucediera lo mismo a él —dijo Guðný.

—Dile a Sunee que no hace bien al ocultar al chico. Que despierta sospechas e incluso es peligroso mientras no sepamos más sobre el caso. No tenemos ni idea de lo que le sucedió a Elías, y si ella cree que Niran corre peligro, tendrá que confiar en nosotros para que podamos protegerle. Solo está empeorando las cosas.

Guðný tradujo las palabras de Erlendur, pero Sunee empezó a sacudir la cabeza antes de que esta acabase.

—Niran no ha hecho nada —dijo mientras clavaba los ojos en Erlendur.

—Pídele que nos diga dónde está su hijo —le rogó Erlendur.

—Dice que no tienes que preocuparte por él —dijo Guðný—. Te pide que en vez de eso te dediques a averiguar quién mató a Elías. ¿Hay alguna novedad en la investigación?

—No —respondió Erlendur, intentando imaginar lo que haría él si estuviera en el lugar de Sunee. A lo mejor estaba haciendo lo correcto. Erlendur no podía saberlo.

—Hemos oído que has conocido a un hombre, un islandés, ¿es cierto? —dijo Erlendur—. Aún no he tenido ocasión de preguntarte nada al respecto.

Guðný tradujo.

—Él no tiene nada que ver con esto —dijo Sunee.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Qué puedes decirnos sobre él?

—Nada —respondió Sunee.

—¿Sabes cómo podemos hablar con él?

—No —respondió Sunee.

—¿Trabaja? ¿Sabes dónde trabaja?

—Eso no es asunto vuestro —dijo Sunee.

—¿Qué tipo de relación mantenéis? —preguntó Erlendur.

—Es mi amigo.

—¿Qué clase de amigo?

—No entiendo la pregunta.

—¿Es más que un simple amigo?

—No, solo eso.

—¿Crees que ese hombre pueda haber tenido algo que ver con el asesinato de tu hijo? —preguntó Sigurður Óli.

—No —dijo Sunee.

—¿Aún seguís con eso? —protestó Guðný.

Erlendur asintió con la cabeza.

—Luego hablaremos con ella con calma. Intenta hacerle entender que no arregla nada escondiendo a Niran.

—Quizá solo le esté salvando la vida —dijo Guðný—. Intenta ponerte en su lugar. Intenta comprender por lo que está pasando.

Los tres bajaron y se sentaron en el coche de Erlendur.

—¿Quién es esa mujer, que es tan buena intérprete? —preguntó Erlendur, sacando un paquete de cigarrillos.

—¿No estarás pensando en ponerte a fumar? —exclamó Sigurður Óli, que ocupaba uno de los asientos de atrás.

—¿Guðný? —dijo Elínborg—. Vivió muchos años en Tailandia. Viaja allí con frecuencia y tiene un gran aprecio por el país y su gente. Durante el verano trabaja en Tailandia como guía turística. Creo que se ha comportado estupendamente, dadas las circunstancias. Me cae muy bien.

—A ti no te aguanta —dijo Sigurður Óli a Erlendur.

Erlendur encendió un cigarrillo e intentó echar el humo hacia atrás.

—¿Le sacaste algo más a Andrés? —preguntó Erlendur.

Sigurður Óli se había quedado en la sala de interrogatorios cuando Erlendur se puso en pie de un salto y salió pitando. Dijo que intentó que Andrés dijese el nombre de aquel individuo que acababa de trasladarse al barrio, pero no logró nada. Sigurður le explicó el interrogatorio a Elínborg y afirmó que, en su opinión, lo que había contado Andrés no tenía nada que ver con la realidad y que solo era una estratagema para apartar la atención de él mismo. Era un método muy antiguo y conocido.

—No quiso describírmelo —dijo Sigurður Óli— ni darme más información sobre ese hombre.

—Si le hizo daño a Andrés cuando era niño, al menos tendrá que ser mayor que él —dijo Erlendur—. No sé, ahora podría andar entre los sesenta y los setenta. Aunque no acabo de creerme que sea cuestión de pedofilia. Los pedófilos no son asesinos. Al menos no en sentido literal.

Era el segundo día de la investigación y todavía no habían logrado información precisa que les permitiera formarse una opinión razonable. Nadie parecía haber visto a Elías ese día por las calles. El lugar donde fue apuñalado, la caseta del transformador, estaba junto a un sendero muy estrecho, ya que a un lado había plazas de aparcamiento. El sitio era perfectamente visible desde los pisos superiores de los bloques de viviendas de la zona, y la policía los había examinado, pero ningún vecino había visto nada raro ni sospechoso. A la hora en que atacaron a Elías había muy poca gente en casa.

La atención de Erlendur se dirigió hacia la escuela. Elínborg les contó que Niran formaba parte de un grupo de inmigrantes que estaba metido en peleas en el colegio al que iban antes los dos hermanos. Dijo que podría haber trasladado al nuevo colegio las experiencias acumuladas en el antiguo. Erlendur indicó que formaba parte de la pandilla que, como dijo uno de los alumnos, solía pasar el rato cerca de la farmacia, y que a veces acababan peleándose con otros alumnos de la escuela.

—Y también tenemos un pedófilo y un delincuente habitual y un novio islandés —dijo Sigurður Óli—. Sin olvidar al profesor que no esconde su odio por todos los inmigrantes y que provoca considerable malestar en la escuela. Menuda panda.

Estaba claro que Niran debía de tener la clave del caso y el hecho de que hubiera desaparecido, o huido, o que su madre le hubiera escondido, mostraba su importancia. Se les había escapado de las manos de la forma más tonta. Erlendur definió el suceso con no pocas palabras, ninguna de ellas amable. Se culpaba por lo sucedido. Era culpa suya y de nadie más.

—¿Cómo podíamos haberlo imaginado? —repuso Elínborg, a quien le parecía una reacción excesiva—. Sunee se ha mostrado dispuesta a colaborar en todo momento. No había nada que indicase que fuera a embarcarse en semejante locura.

—Tenemos que hablar de inmediato con el padre del chico, con la suegra y con el hermano de Sunee —dijo Sigurður Óli—. Son su familia más cercana. Son las personas que estarían más dispuestas a ayudarla.

Erlendur les miró.

—Creo que la mujer me ha llamado hoy por teléfono —dijo finalmente.

—¿La mujer desaparecida? —dijo Elínborg.

—Eso creo —dijo Erlendur, y les habló de la llamada telefónica que recibió mientras visitaba a Marion en el hospital—. Dijo «Esto no puede continuar», y colgó.

—¿Esto no puede continuar? —Elínborg repitió sus palabras—. Esto no puede continuar. ¿Qué querría decir?

—Si se trata de esa mujer... —dijo Erlendur—. Pero no sé quién podría ser, si no. Ahora tendré que ir a ver al marido para decirle que es posible que su mujer siga viva. No ha sabido nada de ella en todo este tiempo, y de pronto va y me llama a mí. A menos que él esté perfectamente enterado de lo que sucede. ¿Qué quiere decir «Esto no puede continuar»? Es como si los dos estuviesen conspirando. ¿Es posible que estén montando una estafa entre los dos?

—¿Tenía la mujer seguro de vida por una cantidad elevada? —preguntó Sigurður Óli.

—No —respondió Erlendur—. No hay nada de eso. No es una película americana.

—¿Has empezado a sospechar que quizá la haya matado? —preguntó Elínborg.

—Esa mujer no tiene por qué estar viva —dijo Erlendur—. No hay nada que indique que no sea un suicidio. Esa llamada contradice totalmente todo lo que sabíamos. Todo.

—¿Qué piensas decirle al marido?

Erlendur se había estado preguntando lo mismo desde que recibió la llamada. La poca consideración que sentía por aquel hombre se reducía a medida que sabía más cosas sobre su pasado. Era un hombre con una necesidad inagotable de buscar nuevas mujeres. Los amigos y compañeros de trabajo del marido con los que había hablado se lo dijeron claramente. Algunos contaron que, desde siempre, tenía mucho éxito con las mujeres, era todo un seductor, un hombre casado que no tenía el menor escrúpulo en ir de una mujer a otra. Uno de sus compañeros de trabajo le contó que una vez habían salido un grupo a divertirse y que él ligó con una mujer que le había gustado. Se quitó el anillo de bodas para que no supiera que estaba casado y lo enterró en una maceta que había por ahí. Al día siguiente tuvo que volver a la discoteca a por el anillo.

En aquel momento, aún no había conocido a su última esposa. Erlendur no creía que aquella mujer estuviera al corriente de sus aventuras amorosas. El marido le tendió una trampa, le ocultó que estaba casado, y así la cosa se fue alargando más y más, mucho más de lo que ella podía imaginar al principio, hasta que ya no hubo vuelta atrás. Empezaron a tener problemas. Ella comenzó a sentir un profundo sentimiento de culpa, además de sufrir depresión y soledad. El marido no reconoció que su mujer se sintiera mal cuando Erlendur le preguntó por su estado psicológico antes de la desaparición. «Estaba perfectamente —fue la respuesta—. Nunca me dijo que se sintiera mal ni nada por el estilo». Cuando Erlendur le presionó, diciendo que su mujer podía sospechar que había empezado a engañarla dos años después de la boda, él se encogió de hombros, como si fuera algo que no tuviese la menor relación con Erlendur ni con la desaparición. Cuando el investigador insistió un poco, el hombre dijo que aquello era un asunto privado y que no le interesaba a nadie más que a él.

No había testigos del momento de la desaparición de la mujer. Había llamado al trabajo diciendo que no iría porque estaba enferma, y pasó el día en casa sola. Los hijos del marido estaban con su madre. Cuando él llegó a casa hacia las seis, la mujer no estaba. No había hablado con ella durante todo el día. Al anochecer seguía sin saber nada de ella, empezó a preocuparse y no pudo dormir en toda la noche. Fue a trabajar por la mañana y estuvo llamando a casa una vez tras otra sin obtener respuesta. Llamó a algunas amistades comunes, a los compañeros de trabajo de ella y a cualquier lugar donde se le ocurrió que podría localizarla, pero no la encontró en ningún sitio. Pasó el día entero sin decidirse a llamar a la policía. Ni siquiera sabía cómo iba vestida cuando se fue de casa. Los vecinos no la habían visto y tanto los amigos comunes como los viejos amigos de su mujer dijeron que no sabían nada de ella. Tenían dos coches, y el de ella estaba aparcado delante de la casa. Tampoco había pedido un taxi.

Erlendur se la imaginó saliendo de su casa y desapareciendo sola y abandonada en la oscuridad de uno de los días más cortos del invierno.

—Nunca puede haber ni la más mínima confianza entre unas personas que comienzan una relación con unas bases como estas —dijo Elínborg molesta, como cada vez que hablaba de aquel caso.

—Y luego está la cuestión de la cuarta mujer —dijo Sigurður Óli—. ¿Existe?

—El marido niega tajantemente haber engañado a su mujer y yo no he descubierto nada que demuestre lo contrario —dijo Erlendur—. Solo tenemos las palabras de la esposa, que creía que había empezado a verse con otra mujer y estaba desesperada por ello. Parecía lamentar lo que había hecho.

—Y luego va y llama un día cuando ve tu nombre en los periódicos a causa del crimen —dijo Elínborg.

—Como salida de la tumba —dijo Erlendur.

Permanecieron sentados en silencio y pensaron en la mujer desaparecida y en Sunee y en el pequeño Elías en el bloque de viviendas.

—¿Realmente te lo planteas? —preguntó Elínborg—. Lo de Niran, quiero decir, que pueda ser culpable de la muerte de su hermano.

—No —respondió Erlendur—. En absoluto.

—Pero ella parece decidida a sacar a su hijo del mapa... Si no, se habría quedado en casa —dijo Sigurður Óli.

—Puede que esté asustado —dijo Erlendur—. Quizá los dos estén asustados.

—Posiblemente —dijo Sigurður Óli.

—El chico tiene que haber dicho algo que causara esa reacción radical de Sunee —dijo Elínborg.

—¿Y cómo va Marion, por cierto? —preguntó Sigurður Óli.

—Ya no le queda mucho —dijo Erlendur.

Estaba en pie, junto a la ventana de su despacho de la calle Hverfisgata, fumando y mirando los copos de nieve que formaban remolinos en las calles. Había empezado a oscurecer y un frío aún más intenso se adueñaba de la ciudad, que se preparaba para la velada antes de acostarse.

Sonó un pitido en el intercomunicador de su escritorio y le dijeron que había venido un joven que preguntaba por él y que decía llamarse Sindri Snaer. Erlendur pidió al instante que le hicieran pasar a su despacho, y al poco su hijo apareció en la puerta.

—Se me ocurrió pasar a verte cuando iba camino de una reunión —dijo.

—Entra —dijo Erlendur—. ¿Qué reunión?

—Alcohólicos Anónimos —dijo Sindri—. Está aquí mismo, en Hverfisgata.

—¿No tienes frío, vestido así? —dijo Erlendur, señalando la ligera chaqueta de verano que llevaba puesta.

—No mucho —respondió Sindri.

—Siéntate. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Me he enterado del crimen. ¿Lo llevas tú?

—Yo y otros.

—¿Sabéis algo?

—No.

Sindri se había ido a vivir a Reikiavik hacía poco tiempo, después de estar trabajando en la pesca, en la región de los fiordos orientales. Allí supo que hacía mucho tiempo, durante una gran nevada, su padre y su tío se habían perdido en el páramo de Eskifjorður, y que Erlendur iba al este cada varios años y subía al páramo donde estuvo a punto de morir. Sindri no sentía tanto rencor hacia su padre como Eva Lind; hasta hacía poco, le era indiferente. Ahora se presentaba de repente en su casa o en la comisaría de vez en cuando. Pasaba un ratito, con frecuencia el tiempo de fumarse un cigarrillo.

—¿Has sabido algo de Eva? —preguntó.

—Llamó. Preguntó por Valgerður.

—¿Tu mujer?

—No es mi mujer —dijo Erlendur.

—No es lo que dice Eva. Ella dice que casi se ha ido a vivir contigo.

—¿Tan preocupada está por Valgerður?

Sindri asintió con la cabeza y sacó una cajetilla.

—No lo sé. Quizá crea que la prefieres a ella.

—¿Que la prefiero? ¿A quién la prefiero?

Sindri aspiró el humo y lo exhaló por la nariz.

—¿A ella? —preguntó Erlendur.

Sindri se encogió de hombros.

—¿Te ha dicho algo?

—No —respondió Sindri.

—Hace bastante que Eva no se pone en contacto conmigo. Aparte de esa llamada de ayer. ¿Crees que quizá sea por eso?

—No importa. Creo que se está recuperando. Ha dejado al camello ese y me dijo que pensaba volver a trabajar.

—¿No es la historia de siempre?

—Pues sí.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Cómo te va?

—Genial —dijo Sindri, levantándose. Apagó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa—. ¿Vas a ir a los fiordos este verano?

—No lo he pensado. ¿Por qué?

—Por nada. Una vez fui a ver la casa, cuando estaba trabajando por allí. No sé si te lo conté.

—Está en ruinas.

—Es bastante deprimente ir por allí. También porque sé el motivo por el que dejaste aquel lugar.

Sindri abrió la puerta y salió al pasillo.

—Si decides ir, avísame; si quieres —dijo.

No esperó respuesta y cerró la puerta sin hacer ruido. Erlendur se sentó en un sillón y se quedó mirando la puerta. Por un instante volvió a la granja donde nació y creció. La casa aún seguía allí, inservible, bajo el páramo. Dormía en ella cuando visitaba las tierras de su infancia con una finalidad nada clara. Quizá para volver a oír las voces de su gente y recordar lo que en tiempos tuvo y amó.

En aquella casa —ahora desnuda y muerta, abierta a los vientos y a las inclemencias del tiempo— escuchó por primera vez aquella palabra desconocida y odiosa que se adueñó de su conciencia.

Asesino.

La chica le recordaba un poco a Eva Lind, aunque era más joven y bastante más rellenita: Eva siempre había estado delgada como un palo. La chica llevaba una chaqueta corta de cuero negro encima de una ligera camiseta verde, unos pantalones militares sucios y tenía un piercing en una ceja. Llevaba los labios pintados de negro, y uno de los ojos rodeado por un círculo negro. Sentada delante de Erlendur, el gesto de su rostro delataba terquedad y desprecio a todo cuanto pudiera representar la policía. Elínborg estaba junto a Erlendur, mirando a la chica como si ardiese en deseos de meterla en una lavadora y seleccionar el programa de aclarado.

Ya habían interrogado a la hermana mayor, que parecía ser el modelo de la pequeña. Era respondona, pues ya tenía experiencia y la habían detenido muchas veces por consumo y venta de estupefacientes. Nunca la habían pillado con una cantidad suficientemente grande y solo la habían condenado a penas breves, con libertad vigilada. Como de costumbre, se negaba a dar los nombres de los traficantes para los que trabajaba, y cuando le preguntaron si se daba cuenta de lo que le estaba haciendo a su hermana al arrastrarla al mundo de la droga, se echó a reír descaradamente y les dijo: «*Go get a life!*».

Erlendur intentó que la hermana pequeña comprendiera que a él no le interesaba lo que pudiera hacer ella en el colegio. El tráfico de drogas no era su especialidad, así que por él, ella no tendría problema alguno en lo tocante a ese tema, pero que si no respondía civilizadamente a sus preguntas, haría lo posible para encontrarle una explotación lechera en un pueblo perdido donde pasaría los próximos dos años.

—¿Una explotación lechera? —dijo ella, extrañada—. ¿Y qué es eso?

—El sitio de donde sale la leche —respondió Elínborg.

—Yo no bebo leche —dijo la chica con los ojos muy abiertos, como si eso la ayudara a salir del atolladero.

Erlendur la miró sin poder evitar una sonrisa. Tenía delante un ejemplo de lo más penoso a lo que se puede llegar en una vida humana, una muchacha joven que lo único que conocía era el abandono y la miseria. La chica no era la culpable de su situación. Procedía de una familia problemática muy típica, y casi siempre había tenido que apañárselas sola. Su hermana mayor, su modelo en la vida —y quizás una de las pocas personas que se había ocupado de ella—, la hacía vender droga y, naturalmente, consumir. Y quizá ni siquiera aquello era lo peor. Erlendur sabía por su propia hija cómo se pagaban las deudas, cuánto costaba un gramo, lo que era preciso hacer a veces para conseguir aquella especie de felicidad. Sabía qué clase de vida era la que vivía aquella chica.

La llamaban Heddý y parecía encajar perfectamente en la imagen que la policía se había hecho de los camellos de poca monta que rondaban por las escuelas. Estaba terminando la enseñanza obligatoria, vivía en el barrio y siempre andaba con chicos de veinte años, amigos de su hermana mayor. Era la intermediaria y en la escuela

habían oído cosas no muy agradables sobre ella.

—¿Conocías a Elías, el chico que murió? —preguntó Erlendur.

Estaban en la sala de interrogatorios. La chica iba acompañada de una funcionaria de la Agencia de Protección de Menores de Reikiavik. No habían conseguido localizar a los padres. La chica sabía perfectamente por qué la habían hecho ir a comisaría. La funcionaria habló con ella y le dijo que solo querían información.

—No —dijo Heddý—, no le conocía. No sé quién lo mató. Yo no fui.

—Nadie dice que hayas sido tú —repuso Erlendur.

—Yo no fui.

—¿Sabes si había te...? —Erlendur titubeó. Iba a decirle si había tenido algún altercado con alguien del colegio, pero no estaba seguro de que la chica comprendiera la palabra *altercado*. Así que empezó otra vez—: ¿Sabes si Elías tenía algún enemigo en el colegio?

—No —respondió la chica—. Yo no sé nada de nada. No sé una mierda del Elías ese. Yo no vendo nada. ¡Todo son cuentos!

—¿Intentaste venderle droga? —preguntó Elínborg.

—¡Menuda cabrona! —gritó la chica, fuera de sí—. Yo no hablo con cabronas como tú.

Elínborg sonrió.

—¿Le vendiste droga? —volvió a preguntarle—. Hemos oído que presionas a los chicos pequeños para que te den dinero. Además, les presionas para que te compren droga. A lo mejor tu hermana mayor te ha enseñado a hacerlo, porque ella ya tiene experiencia y sabe cómo meter miedo a los chicos. A lo mejor, tú también te mueres de miedo delante de tu hermana mayor. A nosotros, todo eso nos da igual. Nos importan una mierda las niñas de tu clase...

—No, mira... —dijo la funcionaria de la agencia.

—Ya has oído lo que me ha llamado —dijo Elínborg, moviendo la cabeza lentamente hacia la funcionaria, una mujer de unos treinta años—. En ese momento no has abierto la boca y será mejor que ahora la mantengas cerrada. Queremos saber si Elías te tenía miedo —continuó, mirando de nuevo a Heddý—. Si le atacaste para meterle miedo y le clavaste una navaja. Sabemos que te diviertes atacando a los pequeños, porque es contra los únicos que tienes alguna influencia en esa asquerosa existencia tuya. ¿Atacaste a Elías?

Heddý clavó los ojos en Elínborg.

—No —respondió tras un largo silencio—. Nunca me acerqué a él.

—¿Conoces a su hermano? —preguntó Erlendur.

—Conozco a Niran —fue su respuesta.

—¿De qué conoces a Niran? —preguntó Erlendur—. ¿Sois amigos?

—No, joder —dijo la chica—, no somos amigos, qué va. No aguanto a los amarillos. Ni me acerco a ellos. Y tampoco al Elías ese. Nunca me acerqué a él y no tengo ni puta idea de quién le atacó.

—¿Y por qué dijiste que conoces a Niran?

La chica sonrió, dejando ver unos dientes de adulto en total discrepancia con el reducido tamaño de su boca y con su rostro infantil.

—Son ellos los que venden —dijo—. Ellos venden esa droga de mierda. ¡Esos cabrones amarillos!

Marion Briem estaba durmiendo cuando Erlendur fue al hospital aquella tarde. La planta de cuidados paliativos estaba en silencio. En algún lugar se oía una radio, que estaba dando el pronóstico meteorológico. La temperatura era inferior a los diez grados bajo cero y la sensación térmica era aún más baja por culpa del seco viento del Norte. No eran muchos los que salían con un frío como aquel. La gente se quedaba en casa, encendía la luz y subía la calefacción. En televisión mostraban soleadas películas de España e Italia, con cielos azules, cálidas brisas del sur y un auténtico festival de colores.

Marion abrió los ojos cuando Erlendur llevaba ya varios minutos a los pies de su cama. Tenía una de las manos encima de la sábana, y la levantó un poquitín. Erlendur titubeó un instante pero luego se acercó, le cogió la mano y se sentó al borde de la cama.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Marion cerró los ojos y movió la cabeza, como si ya no importase. Se acercaba la hora de la despedida. No quedaba mucho tiempo. Erlendur se fijó en un espejito que había en la mesilla al lado de Marion, y se preguntó qué hacía allí. Nunca pensó que Marion se preocupara por su aspecto.

—¿El caso? —preguntó Marion—. ¿Cómo va el caso?

Erlendur supo lo que tenía que contar. Incluso en su lecho de muerte, Marion tenía la mente puesta en la investigación más reciente. Sus cansados ojos miraron a Erlendur, que leyó en ellos la pregunta que él mismo se había estado haciendo, despierto y dormido: «¿Quién puede hacer algo así? ¿Cómo puede suceder algo semejante?».

Erlendur empezó a desgranar los pasos de la investigación. Marion volvió a entornar los ojos y escuchó. Erlendur no sabía si su superior de antaño dormía. Casi se sentía culpable. No había ido a visitar a Marion por pura bondad. En su lecho de muerte, quería preguntarle un dato que sabía que nunca podría encontrar en los archivos policiales. Erlendur no se apresuró. Incluso para él, era mejor llevar el asunto con calma. En un determinado momento de su relato, Marion abrió los ojos y Erlendur pensó que debía dejar de hablar, pero Marion le indicó que continuase.

—Hay algo que debo preguntarte —dijo Erlendur después de contar, finalmente, la visita a casa de Andrés. Marion parecía dormir. Sus ojos estaban cerrados y la respiración apenas le movía el pecho. La mano que Erlendur sujetaba estaba laxa. Pero luego pareció que Marion se diera cuenta de que Erlendur no estaba allí

haciéndole una visita de cortesía. Una pequeña rendija se abrió en sus ojos y su mano apretó la de Erlendur, indicándole que continuara.

—Es por Andrés —dijo Erlendur.

Marion apretó la mano.

—Nos habló de un hombre al que conocía, e insinuó que era un pederasta, pero no quiso decirnos su nombre. Le había hecho algo a Andrés cuando era pequeño. Lo único que sabemos es que ese hombre vive en el barrio donde se cometió el crimen. No tenemos su nombre ni su descripción. Creo que no lo tenemos fichado. Andrés nos dijo que era demasiado listo. Se me ocurrió que quizá tú podrías ayudarnos. De momento, la investigación no avanza y debemos estudiar todo lo que nos parece sospechoso. No hace falta que te lo diga. Ya lo sabes. Vamos a toda prisa, como siempre. Más ahora que otras veces. Pensé que quizá podrías echarnos una mano.

Un largo silencio siguió a las palabras de Erlendur. Pensó que Marion se había dormido. La mano estaba inerte y tenía el rostro en paz.

—¿Andrés...? —dijo Marion por fin. Fue más bien un suspiro o un gruñido.

—Ya lo he comprobado —dijo Erlendur—. Nació y creció en Reikiavik. De sucederle algo, debió de ser probablemente en Reikiavik. No lo sabemos. Andrés es silencioso como una tumba.

Marion se calló. Erlendur pensó que no había nada que hacer. No había esperado nada en especial, pero quería intentarlo. Conocía la capacidad de Marion Briem, conocía su memoria y su habilidad para enlazar en un instante las cosas más dispares. A lo mejor estaba abusando de su exsuperior. Quizás aquello había ido demasiado lejos. Decidió dejarlo. Marion tenía derecho a morir en paz.

—... tenía... —La voz de Marion era apenas audible, y su mano cogió la de Erlendur con más fuerza.

—¿Qué, qué tenía?

Erlendur creyó ver una leve sonrisa en el rostro de Marion. Al principio pensó que se había equivocado, pero luego la sonrisa de Marion se confirmó.

—... padrastro —suspiró Marion.

Y volvió a quedarse en silencio.

—Erlendur —dijo Marion tras un largo rato. Los ojos seguían cerrados, pero una pequeña mueca se dibujó en su rostro.

—Sí —dijo Erlendur.

—No... queda... tiempo... —susurró Marion.

—Lo sé —dijo Erlendur—. Yo...

No sabía qué decir. No sabía cómo despedirse, no encontraba las palabras que pudieran guardar en su interior el último saludo de este mundo. ¿Qué se podía decir? La mano de Marion seguía en la suya. Erlendur intentaba encontrar las palabras adecuadas, algo que creyese que a Marion le gustaría oír. Al no encontrar nada, se sentó en silencio, sosteniendo la vieja mano de largas uñas y manchas ocre de tabaco.

—Léeme... —dijo Marion.

Eran las últimas palabras de Marion. Erlendur se inclinó hacia delante para oír mejor.

—Lee...

Marion tocó débilmente el espejito de la mesilla. Erlendur cogió el espejo y lo puso en las manos de Marion, que se lo puso ante el rostro y contempló su cara moribunda.

Erlendur cogió un libro que había traído. Estaba viejo y usado. Lo abrió por donde tantas veces lo había abierto, y comenzó a leer.

Desde hace siglos, la carretera de Eskifjörður a Fljótsdalshérað atraviesa el páramo de Eskifjörður. Había allí un antiguo camino que se recorría a caballo que estaba al norte del río de Eskifjörður, entraba en la cresta de Langihryggur, subía hasta el río Innri-Steinsá, atravesaba el valle de Vínárdalur y las lomas de Vínárbrekkur hasta Miðheiðarendi, subía de nuevo a Urðarflöt y continuaba junto al acantilado de Urðarðlettur hasta desembocar en las tierras de Eskifjörður. Al norte está Þverdalur entre dos montes llamados Andri y Harðskafi, y más al norte aún están Hólafjall y Selheiði.

Bakkasel había sido antiguamente el nombre de la granja situada al fondo del fiordo de Eskifjörður. Se hallaba junto a la vieja carretera que llevaba a Fljótsdalshérað. Ahora está en ruinas, pero a mediados de siglo vivía allí un granjero, Sveinn Erlendsson, con su mujer, Áslaugur Bergsdóttir, y sus dos hijos, de ocho y diez años. Sveinn tenía un pequeño rebaño de ovejas...

Erlendur dejó de leer.

—¡Marion! —dijo en un susurro.

Un profundo silencio se extendió por la habitación. La oscuridad de los días más breves del invierno se había dejado caer sobre la ciudad, que estaba transformándose en un mar perlado de luces. Erlendur se vio reflejado en la ventana que daba al patio trasero del hospital. El gran cristal se convirtió en algo así como una pintura opaca, una imagen del sosiego que nos acompaña en la hora final. Fijó la mirada en la ventana hasta que consiguió atravesar su propio reflejo y la imagen le recordó el último verso del poema de Steinn Steinarr:

¿... quién seré yo, el que sigue vivo, o el que murió?

Erlendur volvió en sí cuando el espejito cayó al suelo y se rompió. Cogió la mano inerte y buscó el pulso. Marion había abandonado este mundo.

Erlendur entró con su Falcon en el aparcamiento de delante del bloque donde vivía. Dejó el coche en marcha un rato antes de apagarlo. Aunque el automóvil era viejo, iba como un reloj y producía un agradable ronroneo cuando se ponía al ralentí. Erlendur estaba encantado con el Ford y a veces, cuando no tenía nada más que hacer, iba a dar un paseo en coche a algún lugar fuera de la ciudad. Antes nunca lo hubiera hecho. En una ocasión invitó a Marion a una de sus excursiones en coche. Ese día, el destino era el lago Kleifarvatn. Erlendur llevó a Marion hasta el borde del agua y le contó el desenlace de un caso ya resuelto. Había aparecido un viejo esqueleto en el fondo del lago, y resultó estar relacionado con un grupo de estudiantes islandeses que habían ido a universidades de Alemania del Este durante los años cincuenta. El caso despertó la curiosidad de Marion. Erlendur quería hacer algo por Marion durante su enfermedad. Sabía que no tenía a nadie más y que se le iba acercando la hora de la muerte.

Hizo una mueca al recordarlo y acarició el delgado volante de color marfil. No volvería a ver a Marion. Lo único que le quedaba eran recuerdos, y bastante desiguales. Pensó en el tiempo que pasaría en este mundo, lo breve que sería hasta que nuevas generaciones tomaran el relevo y fueran alargándolo hacia el futuro. Su tiempo casi se había esfumado sin que se diera cuenta por culpa de su falta de vínculos con algo que no fuera el trabajo. En un suspiro, también él estaría en la cama de una habitación, igual que Marion, mirando a la muerte cara a cara.

Erlendur no sabía si alguien había reclamado el cuerpo. Habló con una enfermera sobre el procedimiento que había que seguir. Marion le había pedido una vez que se ocupara de su entierro.

Erlendur pasó a ver a Sunee al volver del hospital. Con ella estaban su hermano Virote y la intérprete, Guðný, a punto de marcharse cuando apareció Erlendur. Se ofreció a seguir allí un rato, y él se lo agradeció.

—¿Hay algo especial? —preguntó Guðný—. ¿Alguna novedad?

—No, aún no —dijo Erlendur, y Guðný se lo transmitió a Sunee de inmediato.

—¿Querrá decirme ya dónde se ha metido Nirán? —preguntó.

Guðný habló con Sunee, que sacudió la cabeza y miró a Erlendur con determinación.

—Cree que está mejor donde está. Sunee quiere saber cuándo podrá hacerse cargo del cuerpo de Elías.

—Muy pronto —respondió Erlendur—. El caso tiene prioridad máxima y los restos mortales del niño no estarán retenidos más que el tiempo necesario para hacerle la autopsia.

Erlendur se sentó en una silla debajo del dragón amarillo. El apartamento estaba más tranquilo que antes. Los dos hermanos estaban sentados en el sofá. Ambos fumaban. Hasta ese momento, Erlendur no había visto fumar a Sunee. No tenía buen

aspecto, con grandes bolsas de cansancio bajo los ojos, fatigada e inquieta al mismo tiempo.

—¿Te gusta el barrio? —preguntó Erlendur.

—Aquí se vive bien —respondió Guðný, traduciendo las palabras de Sunee—. El barrio es muy tranquilo.

—¿Has tenido ocasión de conocer a los vecinos, a los del bloque?

—Algo.

—¿Has tenido algún altercado con la gente por ser de Tailandia? ¿Has notado xenofobia u hostilidad?

—Un poquito cuando salgo a divertirme.

—¿Y tus niños?

—Elías nunca se quejó de nada. Aunque había un profesor que no le gustaba.

—¿Kjartan?

—Sí.

—¿Y por qué?

—El colegio le gustaba mucho, pero no se sentía a gusto en clase de islandés, cuando Kjartan le daba clase.

—¿Y Niran?

—Él quiere volver a casa.

—¿A Tailandia?

—Sí. Yo quiero que se quede conmigo. Venir le resultó difícil, pero yo quería tenerle conmigo.

—A Óðinn no le gustó demasiado saber de Niran tanto tiempo después de que os casarais.

—No.

—¿Fue la causa de vuestra separación?

Sunee escuchó a Guðný traducir la pregunta. Luego miró a Erlendur.

—Quizá —fue su respuesta—. Quizá fue una de las causas. Nunca se llevaron bien.

—Querría saber algo más de tu novio —dijo Erlendur—. ¿Qué puedes decirme de él? ¿Se interpuso entre Óðinn y tú?

—No —respondió Sunee—. Todo había terminado entre Óðinn y yo cuando le conocí.

—¿Quién es?

—Es un buen amigo.

—¿Por qué no quieres contarnos nada sobre él?

Sunee no respondió.

—¿Es porque él no quiere?

Sunee se quedó callada.

—¿No quiere llamar la atención en esta relación?

Sunee le miró. Pareció a punto de decir algo pero se contuvo.

—¿Está Niran con él?

—No me preguntes por él —respondió—. No tiene nada que ver con esto.

—Es fundamental que hablemos con Niran —dijo Erlendur—. No porque pensemos que pueda haber hecho algo malo, sino porque puede saber algo que nos resulte útil. ¿Pensarás en ello y me lo dirás mañana?

Guðný tradujo el mensaje pero Sunee no respondió.

—¿Nunca añoras Tailandia? —preguntó Erlendur.

—Desde que Elías nació, he ido dos veces —dijo Sunee—. Mi gente va a venir para el entierro. Me alegraré de verles, pero no añoro Tailandia.

—¿Piensas enterrar a Elías aquí?

—Claro.

Sunee se quedó callada.

—Lo único que quiero es poder vivir en paz —dijo al poco—. Vine con la esperanza de una vida mejor. Pensaba que la había encontrado. Hasta que vine aquí no sabía nada de Islandia. Ni siquiera que existía. Se convirtió en el país de mis sueños. Luego pasó esto, este horror. Quizá me vuelva a casa. Con Niran. Quizá nuestro hogar no esté aquí.

—Hemos sabido, por una fuente muy poco fiable que no nos permite creerlo del todo, que Niran anda con chicos que están metidos en drogas.

—Eso es total y absolutamente falso.

—¿Sabes lo que es un matón?

Sunee asintió.

—¿Niran ha estado metido en algún problema por culpa de algún matón?

—No —Guðný tradujo las palabras de Sunee—. Niran nunca ha tenido nada que ver con drogas. Quien os lo haya contado, miente.

Erlendur apagó el motor del coche delante de su bloque y salió al frío vespertino. Se arrebujó en el abrigo y entró lentamente en el bloque. Encendió una lámpara en el oscuro apartamento. Ahora no había luna que brillase por la ventana, el cielo estaba encapotado y el viento silbaba sobre el bloque de viviendas.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado pensando en Marion, cuando oyó unos leves golpes en la puerta. Pensó que se habría dormido, pero no estaba seguro. Se levantó y abrió. Una persona surgió en silencio de la oscuridad del vestíbulo y le saludó. Era Eva Lind.

Erlendur se quedó pasmado. Hacía mucho que no veía a su hija. La relación entre ellos llevaba tanto tiempo en horas bajas que incluso había llegado a pensar que no volvería a verla. Había decidido dejar de seguirla, dejar de buscarla en los antros de la droga; dejar de preocuparse por si la mencionaban los informes policiales; dejar de intentar que viviera con él y de preocuparse por ella; dejar de intentar que se sometiera a tratamiento de desintoxicación. Todos sus esfuerzos no hicieron más que

empeorar las cosas. Cuanto más se veían, peor era su relación. Eva Lind se hundió en la depresión después de un aborto y él no pudo hacer absolutamente nada por ella. Todo lo que intentó tuvo el efecto contrario al esperado en su hija, que lo acusó de usurparle su vida metiendo las narices donde no le llamaban. Lo último que había hecho fue obligarla a seguir un tratamiento de desintoxicación de alcohol y drogas. Al ver que no servía de nada, se rindió. Su trabajo le había permitido conocer bastantes casos parecidos. Muchos padres acababan por rendirse ante sus hijos, que se iban hundiendo cada vez más hondo sin entrar en razón ni mostrar el más mínimo deseo de cooperar.

Había decidido dejarla por imposible, y la decisión fue compartida. Se había dado cuenta de que apenas entendía a su hija. Apenas la conocía. Siempre estaba batallando contra aquel veneno que la convertía en otra persona. Era perder el tiempo. El veneno no era Eva Lind. Él lo sabía, aunque ella no hubiera caído tan bajo que utilizara aquello como excusa. Una cosa era el veneno. Otra, Eva Lind. Por regla general, era difícil distinguir uno y otra, pero no imposible. Y aunque no sirviera de consuelo, Erlendur lo sabía.

—¿Puedo entrar? —preguntó Eva Lind.

Se alegró de verla más de lo que estaría dispuesto a reconocer. Ya no llevaba el horrible chaquetón de cuero negro, sino un abrigo largo, de color rojo. Tenía el pelo limpio y recogido en una cola, no iba demasiado maquillada y Erlendur no vio ningún piercing en su rostro. No llevaba los labios pintados de negro, los llevaba sin carmín. Vestía un grueso jersey verde, para el frío, pantalones vaqueros y botas negras de cuero que casi le llegaban hasta la rodilla.

—Claro que sí —dijo Erlendur, y le abrió la puerta.

—Siempre tienes esto de un oscuro terrible —dijo Eva al entrar en el salón. Erlendur cerró la puerta y la siguió. Eva apartó el montón de periódicos del sofá y se sentó, sacó una cajetilla y se la enseñó con un gesto interrogante. Él le indicó que en su casa podía fumar sin problema, aunque rechazó el cigarrillo que le ofreció.

—¿Qué me cuentas? —preguntó Erlendur, que se sentó en su sillón.

Era como si nada hubiera cambiado, como si se hubiera marchado el día anterior y estuviera allí de paso.

—*Same oíd* —respondió Eva.

—*Same oíd*, ¿por qué tienes que hablar en inglés? —preguntó él.

—Tú no cambias, ¿eh? —Eva miró a su alrededor las estanterías llenas de libros, y la cocina, donde había dos sillas junto a la mesa, una cacerola en el fogón y una cafetera.

—¿Y tú? ¿Tú cambias?

Eva Lind se encogió de hombros y no le respondió. Quizá no quería hablar de sí misma. Por regla general, cuando lo hacía acababan peleándose. Él no quiso insistir ni preguntarle dónde había estado todo ese tiempo ni cuál era ahora su situación. Ella ya le había dicho demasiadas veces que lo que ella hiciera no era asunto suyo. Nunca

lo había sido, y la culpa era suya.

—Sindri vino a verme —dijo, mirando a su hija a los ojos. A veces, los gestos de Eva le recordaban a su madre; los ojos y los pómulos altos eran suyos.

—Hablé con él hace una semana, o así. Se dedica a vender madera. Trabaja en Kópavogur. ¿De qué hablasteis?

—De nada en particular —dijo Erlendur—. Iba camino de una reunión de AA.

—Pues nosotros estuvimos hablando de ti.

—¿De mí?

—Lo hacemos siempre que nos vemos. Dice que mantiene el contacto contigo.

—Me llama de vez en cuando —dijo Erlendur—. A veces viene de visita. ¿Y qué decís de mí? ¿Por qué habláis de mí?

—Nada —dijo Eva—. Qué raro eres. Eres nuestro padre. No es extraño que hablemos de ti. Sindri habla bien de ti. Mejor de lo que yo pensaba.

—Sindri es muy majo —dijo Erlendur—. Se gana la vida.

Sus palabras no buscaban herirla. No pretendía insinuar nada, pero aquello se le escapó y enseguida se dio cuenta de que Eva se había enfadado. Ni siquiera sabía si su hija trabajaba o no.

—No he venido a pelearme contigo —dijo Eva.

—No, ya lo sé —dijo Erlendur—. No sirve de nada. Ha quedado demostrado un montón de veces. Es como gritar contra el viento. No tengo la menor idea de lo que haces ni de lo que has estado haciendo durante tanto tiempo, y me parece muy bien. No es asunto mío. Tenías toda la razón. No es asunto mío. ¿Quieres un café?

—Vale —respondió Eva.

Apagó el cigarrillo y cogió otro al momento, pero no llegó a encenderlo. Erlendur fue a la cocina y puso café y agua en la cafetera. Al poco, la máquina empezó a silbar y la jarra de cristal se llenó de café. Sacó unas galletas que tenía por ahí. Hacía más de un mes que estaban caducadas. Las tiró. Cogió dos tazas de café y las llevó al salón.

—¿Qué tal va la investigación?

—Va —respondió Erlendur.

—¿Ya sabéis lo que pasó?

—No —dijo Erlendur—. Es posible que estuvieran vendiendo droga cerca del colegio, incluso dentro —dijo. Mencionó a las dos hermanas, pero Eva no tenía idea de quiénes podían ser. Y eso que estaba al día de la venta de drogas en los colegios. Ella también la había practicado durante un tiempo, años atrás.

Erlendur fue a por el café y llenó las tazas. Luego volvió a sentarse en su sillón. Miró a su hija mientras se tomaba el café. Tuvo la sensación de que había crecido desde la última vez que la vio; se había hecho más mayor y quizá también había madurado. Tardó en darse cuenta de lo que había sucedido. Era como si Eva ya no fuera la chiquilla protestona en constante rebelión contra él y que le soltaba cualquier barbaridad cuando le apetecía. Con aquel abrigo parecía una joven normal. Había

perdido aquellas maneras de adolescente que la caracterizaron durante tanto tiempo.

—Sindri y yo también hablamos de tu hermano, el que murió —dijo Eva Lind, encendiendo el cigarrillo.

Lo dijo de sopetón, como si fuera algo que la afectaba tan poco como cualquier otra noticia del periódico. Por un instante, Erlendur se sintió furioso con su hija. ¡Una mierda, le importaba! Había pasado toda una generación desde que murió su hermano, pero para Erlendur seguía estando latente. No había hablado con nadie de la muerte de su hermano hasta que Eva Lind le preguntó un día por él, y a veces lamentaba haberle contado su secreto.

—¿Y qué decís de él?

—Sindri me contó cómo se enteró de todo el asunto cuando estaba trabajando en la pesca por allí, en el Este. Se acordaban de ti y de tu hermano y de los abuelos, unas personas de las que ni él ni yo habíamos oído hablar jamás.

Se lo había contado Sindri. Su hijo había aparecido un día, recién trasladado a vivir en la capital, y le dijo lo que había oído decir de Erlendur, su hermano y su padre, y de la nefasta caminata por el páramo cuando se desató una horrible ventisca sin previo aviso.

—Estuvimos hablando de lo que le contaron —dijo Eva Lind.

—¿Lo que le contaron? —Erlendur repitió sus palabras—. ¿A qué viene que Sindri y tú...?

—Eso explicaría el sueño que tuve —le interrumpió Eva—. Por eso hablamos de él, de tu hermano.

—¿Qué soñaste?

—¿Sabías que hay personas que escriben sus sueños en un diario? Yo no lo hago, pero una amiga mía escribe todo lo que sueña. Yo nunca sueño. O no recuerdo lo que sueño. Me han dicho que todos soñamos, pero que solo algunos recuerdan los sueños.

—Se acuerdan —la corrigió Erlendur—. ¿Y de qué hablasteis Sindri y tú?

—¿Cómo se llamaba tu hermano? —preguntó Eva, sin responderle.

—Se llamaba Bergur —dijo Erlendur—. Mi hermano se llamaba Bergur. ¿Qué le contaron a Sindri?

—¿No deberían haberle encontrado? —preguntó Eva.

—Hicieron todo lo que pudieron —dijo Erlendur—. Los equipos de rescate y la gente de la comarca, todos los que pudieron, salieron a buscarlos. A mí me encontraron. Nos habíamos separado por culpa de la ventisca. Él no apareció.

—Sí, pero lo que quiero decir es que debió aparecer después, ¿no? —dijo Eva, que ahora tenía en la voz la terquedad que Erlendur había conocido en su madre—. Restos del cuerpo, huesos, ¿no?

Erlendur sabía perfectamente de qué estaba hablando Eva, aunque prefería que no se le notara. Probablemente, allá en el este le habían contado a Sindri que aún seguían hablando de los niños que desaparecieron en medio de la ventisca cuando iban con su padre, muchos años atrás. Erlendur había llegado a oír algunas suposiciones antes de

irse a vivir a Reikiavik con sus padres. Ahora, su hija, que lo único que sabía del asunto era lo poco que le había contado Erlendur, estaba allí, delante de él, pretendiendo revivir las suposiciones a las que dio pie la desaparición de su hermano. De repente se presentaba en su casa después de tanto tiempo y pretendía hablar con él de su hermano, de los recuerdos que le atormentaban desde que tenía diez años.

—No necesariamente —dijo Erlendur—. ¿Te importa si hablamos de otra cosa?

—¿Por qué no quieres hablar de ello? ¿Por qué te resulta tan difícil?

—¿Para eso has venido? —preguntó Erlendur—. ¿Para contarme tu sueño?

—¿Por qué nunca le encontraron? —preguntó Eva.

Erlendur no lograba entender la obstinación de su hija. Con el paso del tiempo, a todo el mundo le extrañó que no se encontrasen restos del cuerpo de su hermano, ni el gorro ni un guante, ni la bufanda. Nada. La gente se planteaba las posibilidades más dispares. Él hacía lo posible por no darle demasiadas vueltas.

—No quiero hablar de eso —dijo—. Quizá más tarde. Mejor háganme de ti. Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué has estado haciendo?

—Aparecías tú —dijo Eva, emperrada en no dejarle en paz—. Aparecías en el sueño. Nunca he soñado nada tan claro como esta vez. No he soñado contigo desde que era pequeña, cuando ni siquiera sabía qué aspecto tenías.

Erlendur se quedó callado. Su madre había intentado enseñarle a fiarse de los sueños, pero él siempre se había mostrado reacio y no mostró mucho interés. Solo tiempo después flexibilizó su postura y se dejó dominar por la curiosidad. Eva decía que nunca soñaba, o que no recordaba sus sueños, y su madre siempre había dicho lo mismo. Su madre no empezó a soñar nada con claridad hasta después de cumplir los treinta, y entonces empezó a predecir muertes, nacimientos, llegadas de visitantes y muchas otras cosas con una precisión increíble. No soñó con la muerte de su hijo y, una vez después de morir, Bergur la visitó en sueños. Le contó el sueño a Erlendur. Era verano y el chico estaba en la puerta de la granja, apoyado en el quicio. Le daba la espalda a su madre y ella solo podía verle la silueta. Así pasó un rato sin que ella consiguiese acercarse a él por mucho que lo intentara. Sentía que estiraba los brazos hacia él sin que él se diese cuenta de su presencia. En ese momento dejó de apoyarse en la puerta, se incorporó, bajó la cabeza y metió las manos en los bolsillos como hacía a veces, caminó hacia el verano... y desapareció.

Aquello pasó seis años después de lo sucedido. Se habían ido a vivir a Reikiavik.

En cuanto a Erlendur, él nunca soñaba con su hermano, y rara vez era capaz de recordar sus sueños, excepto cuando se metía en ciertos casos criminales. Entonces podía tener horribles pesadillas, aunque no fuera capaz de recordarlas con claridad. Necesitó un buen rato para asimilar que Eva había ido a su casa después de todo aquel tiempo para contarle un sueño que había tenido y que estaba relacionado con su hermano muerto.

—¿Qué soñaste, Eva? —preguntó titubeante—. ¿Qué sucedía en tu sueño?

—Primero dime cómo murió.

—Ya lo sabes —dijo Erlendur—. Se congeló en el páramo. Hubo una ventisca espantosa y nos quedamos enterrados en la nieve.

—¿Por qué no lo encontraron?

—¿Adónde quieres llegar, Eva?

—No me lo contaste todo, ¿verdad?

—¿Todo qué?

—Sindri me contó lo que había podido suceder.

—¿Qué chismes cuentan en el Este? —dijo Erlendur—. ¿Qué creen que saben?

—Es que en mi sueño no se quedaba a la intemperie. No se congelaba. Y eso coincide con lo que me dijo Sindri.

—¿Quieres dejar de hablar de eso? —dijo Erlendur—. Vamos a dejarlo. No quiero hablar de ello. Ahora no. Más adelante, Eva. Te lo prometo.

—Pero...

—Compréndelo —la interrumpió—. No quiero hablar. Quizá sea mejor que te vayas. Yo... tengo mucho trabajo. Ha sido un día difícil. Es mejor que hablemos más adelante.

Se puso en pie. Eva le miró en silencio. No comprendía su reacción. Seguramente, aquel suceso seguía teniendo ahora tanto poder sobre él como entonces; probablemente no había sido capaz de superarlo en todos esos años.

—¿No quieres oír mi sueño?

—Ahora no.

—Muy bien —dijo Eva, y se levantó.

—Dale recuerdos a Sindri si le ves —dijo Erlendur, pasándose la mano por el pelo.

—Se los daré —dijo Eva.

—Me alegro de haberte visto —dijo Erlendur, con bastante apuro.

—Lo mismo digo.

Cuando su hija se marchó, Erlendur se quedó un rato frente a las estanterías, como si estuviera en otro mundo. Eva tenía la habilidad de abrir sus heridas. Nadie era capaz de hacerlo de ese modo. Y no estaba dispuesto a enredarse en historias sobre la muerte de su hermano. Una vez le prometió a Eva que le contaría toda la historia, pero nunca llegó a hacerlo. Su hija no tenía derecho a escarbar en su vida y exigirle que respondiera a todo lo que se le pudiera pasar por la cabeza.

El libro que le había leído a Marion Briem estaba sobre la mesa del salón, y lo cogió. Como tantos otros libros, trataba de pérdidas humanas, aunque aquel era distinto a los demás, pues incluía un breve relato de aquel suceso que tuvo lugar tantos años atrás, cuando un padre y sus dos hijos se encontraron con una terrible ventisca en el fiordo de Eskifjörður.

Erlendur pasó las páginas hasta llegar al relato, como tantas veces había hecho.

Las historias tenían diferente extensión, aunque la mayoría seguían la misma estructura. Primero venía un título y luego un subtítulo o la mención de las fuentes utilizadas. Luego comenzaba el relato propiamente dicho, con una descripción de la topografía, y se contaba la historia, seguida por un breve epílogo. Había leído aquel relato más veces que ninguna otra cosa en la vida, y se lo sabía de memoria, palabra por palabra. Era imparcial e impersonal, aunque hablaba de la solitaria muerte de un niño de ocho años. No hablaba de la desolación que aquel suceso dejó en los corazones de quienes lo vivieron. Esa historia no se escribiría jamás.

Levantó la mirada del libro y pensó en lo que quería haberle dicho a Marion pero no tuvo tiempo de decirle. Sabía que ya no importaba. No le gustaba decir algo que no fuera propio de él. Nada más lejos de sus intenciones. Pero le habría gustado decirle las palabras que cruzaron su mente cuando murió ese ser solitario, al ver que se despedía de este mundo.

Gracias por tu compañía.

La policía se centraba en encontrar a Niran, de quien no se sabía nada desde el día anterior. Con ayuda del personal del colegio, se recogió información sobre sus amigos, los chicos a los que conocía y con los que tenía más trato. También estaba en marcha una búsqueda más silenciosa, más personal, de la que solo Erlendur estaba informado y que se basaba en el recuerdo de Marion Briem sobre el padrastro de Andrés. No quería que se supiera nada al respecto porque albergaba la sospecha de que Andrés les mentía. Ya lo había hecho antes.

Cuando se supo que Sunee, la madre de la víctima, había ocultado a su hijo mayor en un lugar seguro, se despertó la atención de los medios de comunicación y de la sociedad en general. Se acusaba a la policía de total falta de profesionalidad: había dejado que se le escapara un testigo clave, o aún peor, le habían empujado a la huida debido a su incompetencia. Cuando se extendió la sospecha de que la policía había intentado ocultar esa información, así como otras muchas relacionadas con la investigación, comenzó una airada campaña sobre la obligación de informar y la falta de colaboración de la policía con los medios de comunicación.

A Erlendur no había nada que le resultara más penoso que tener que informar a periodistas y reporteros sobre «la marcha de la investigación», como ellos decían. Siempre estuvo convencido de que a los medios no les afectaban las investigaciones de la policía, y que era directamente perjudicial para la investigación informarlos constantemente de sus progresos. Sigurður Óli no estaba de acuerdo con eso. Para él, era natural proporcionar toda la información que fuera posible sin perjudicar los intereses de la investigación.

—¿Los intereses de la investigación? —dijo Erlendur—. ¿Quién se dedica a inventar esos juegos de palabras? ¡Esa gente es capaz de comerse todo lo que se les ponga delante, y más! No tenemos por qué dar ni una puñetera información hasta que sepamos lo que ha sucedido. Hacerlo no sirve para nada.

Ambos estaban sentados con Elínborg en el despacho de Erlendur. La cuestión era que ese día se celebraría una rueda de prensa, respondiendo a la presión de los medios, pero Erlendur se había negado a acudir. Eso provocó un buen rifirrafe entre él y sus superiores inmediatos. Sigurður Óli haría de portavoz de la policía y de enlace con la prensa, junto con el segundo jefe de la policía de investigación. Erlendur estaba convencido de que era una estupidez desaprovechar al personal para semejante majadería.

El día anterior, Erlendur fue a ver a Óðinn, el padre de Elías, cuando se supo que Niran había desaparecido y Sunee se negó a decir dónde se ocultaba. El inspector le visitó en su piso de Snorrabraut. Óðinn había pedido varios días de permiso en el trabajo. No tenía pinta de haber dormido bien esa noche, estaba desaseado y con ojeras.

Sigríður, la suegra de Sunee, también había pedido permiso en el trabajo, y

Sigurður Óli fue a verla a su casa. Dijo que iba camino de casa de Sunee cuando oyó la noticia, y no acababa de comprender lo que pasaba. Se había ofrecido a pasar la noche en casa de Sunee, pero esta no quiso. Sigríður dijo que no tenía ni idea de dónde podía haber ido, y no podía imaginar qué podía haber sido de Nirán. Estuvo dándole vueltas a los motivos que habrían podido llevar a Sunee a hacer semejante locura. Sigurður Óli insinuó que a lo mejor tenían algo que ocultar. Sigríður dijo que era totalmente absurdo. Ella creía que Sunee intentaba proteger al muchacho.

Lo más probable fuera que Sunee hubiera recurrido a alguien de la comunidad tailandesa de la ciudad. Elínborg pasó un buen rato con Virote, el hermano de Sunee. No sabía si le estaba mintiendo al asegurar que no sabía nada. Estaba muy preocupado por su hermana y por Nirán, y reprochaba a la policía que no se hubiera podido hacer nada. Elínborg fue sola a ver al hermano, que no hablaba más islandés que Sunee. Le preguntó por activa y por pasiva, pero Virote siguió diciendo lo mismo.

—Comprendo que no quieras decirme dónde está Nirán —dijo Elínborg—, pero tienes que creer que lo mejor para él es que salga de su escondite.

—Yo no sabe de Nirán —dijo Virote—. Sunee dice nada a mí.

—Entonces tendrás que ayudarnos —dijo Elínborg.

—Yo sabe nada.

—¿Por qué lo ha hecho Sunee? —preguntó Elínborg.

—Yo no sabe qué ella hace. Ella miedo. Miedo por Nirán.

—¿De qué?

—Yo sabe nada.

El hermano continuó en sus trece hasta que Elínborg se rindió y se marchó.

—Tenemos que encontrar a Nirán y decirle que puede confiar en nosotros —dijo Erlendur—. Sunee tiene que entenderlo.

—No podrá seguir escondido mucho tiempo —dijo Elínborg—. Sunee querrá tenerlo a su lado en el entierro de Elías. No sería normal que no fuese.

—Podría estar sacando al chico del país —dijo Sigurður Óli—. Este absurdo juego está centrando la investigación en Nirán, sin importar lo que sabe y lo que hizo. No podemos dejar de pensarlo.

—No puedo imaginármelo atacando a su hermano —repuso Elínborg—. Es posible que sepa algo y que tenga miedo, pero creo que no participó en lo sucedido.

—Ojalá pudiéramos fiarnos de tu imaginación, Elínborg —dijo Sigurður Óli—. El mundo sería entonces *super cool*, ¿verdad?

—¿Qué coño es el *super cool* ese?

Sigurður Óli sonrió.

—Le dijimos a Sunee que no estaba claro cuándo podría disponer del cuerpo, por la investigación —dijo Erlendur—. Lo único que puede haber conseguido con eso es ganar tiempo. Pero ¿tiempo para qué?

—¿Estará esperando a que solucionemos el caso? —dijo Sigurður Óli—. Lo

hagamos como lo hagamos.

—En el colegio o en el barrio se han producido algunas agresiones xenófobas de poca importancia —dijo Erlendur—. Niran tiene algo que ver con eso. Hay pequeñas peleas en las que Elías no participa, pero su hermano sí. Cuando atacan a Elías, Niran desaparece o no se presenta en casa. Cuando lo hace, por fin, ha sufrido un auténtico shock. Quizás ha visto lo sucedido. Puede que solo haya oído hablar de ello. Estaba completamente ido cuando le encontré en el almacén de los contenedores de basura. Se encerró en un sitio donde pudiera encontrar cierta seguridad. Niran le dice a su madre lo que sabe, y ella reacciona escondiéndolo. ¿Qué nos dice todo eso?

—Que saben lo que pasó —dijo Sigurður Óli—. Niran lo sabe y se lo ha contado a su madre.

Erlendur miró a Elínborg.

—Algo pasa cuando Niran está solo con su madre —dijo esta—. Es lo único que sabemos. Todo lo demás no dejan de ser hipótesis. Pero quizá no sepan nada. Ella ha perdido a su otro hijo y no está dispuesta a perder al que le queda.

—Pero la chica que vende droga dijo que Niran y sus amigos se la proporcionaban, ¿no? —preguntó Erlendur.

—No hay que hacer demasiado caso de las palabras de esa chica —repuso Elínborg.

—¿Es posible que Sunee haya dejado de sentirse segura entre nosotros, en la sociedad islandesa? —dijo Erlendur—. ¿Puede eso explicar que haya ocultado a su hijo? No sabemos cómo se sienten los inmigrantes en este país. No tenemos ni idea de cómo es trasladarse a vivir aquí, cómo es vivir aquí, formar una familia y participar en la sociedad islandesa procediendo del otro extremo del globo. Seguramente no será fácil, y creo que a nosotros nos es muy difícil ponernos en su lugar. Es posible que los prejuicios xenófobos no sean el pan de cada día, pero sabemos que no todo el mundo está igual de contento con esta realidad.

—Según las encuestas, la mayoría de los jóvenes islandeses piensa que ya se ha llegado al límite —le interrumpió Sigurður Óli—. Muestran que no están contentos con la sociedad multicultural.

—Queremos que vengan los extranjeros a encargarse de los trabajos más sucios en las plantas eléctricas y las fábricas de pescado, y como limpiadores, mientras nos hagan falta, y que luego se marchen —dijo Elínborg—. ¡Gracias por los servicios prestados, no volváis! Dios nos libre de relacionarnos con esa gente. Y si se empeñan en venir, que se mantengan alejados de nosotros. Igual que los yanquis de la base, que siempre han estado bien encerrados detrás de las vallas. ¿No fue una condición durante años que no podía haber negros en las fuerzas americanas de la base? Creo que esa sigue siendo la idea de la gente. Los extranjeros tienen que mantenerse detrás de las vallas.

—Tampoco podemos olvidar que quizá sean ellos los que levanten esas vallas —dijo Sigurður Óli—. No es unilateral; creo que afirmar lo contrario sería una

simplificación excesiva. También tenemos ejemplos de extranjeros que no quieren adaptarse, que se casan entre ellos, y cosas por el estilo. Quieren mantenerse en su propio grupo y no se preocupan por lo que sucede en la sociedad.

—Creo que la integración se ha producido con más éxito en los fiordos del noroeste —dijo Elínborg—. Allí hay gente de distintas nacionalidades, creo que de decenas de países, todos en un territorio pequeño, pero se respeta la diversidad de opinión y origen al tiempo que todos se consideran perfectamente asentados en Islandia.

—Si no os importa que siga con el tema, lo que creo que podría haber sucedido —dijo Erlendur— es que Sunee ha buscado protección entre su propia gente. No se fía de nosotros y ha llevado a Nirán donde cree que puede estar más seguro. Creo que debemos dirigir nuestra búsqueda partiendo de esa idea. Ella busca protección entre la gente en la que más confía, sus propios compatriotas.

Elínborg asintió.

—Puede ser —dijo—. Y entonces no tendrá que ver con nada que Nirán sepa o haya hecho.

—Ya se verá —dijo Erlendur.

A mediodía ya tenían los nombres de los chicos que, por lo que sabían los empleados del colegio, tenían más relación con Nirán, tanto en la escuela como en el barrio. Sigurður Óli y Elínborg cogieron la lista y se marcharon. Había cuatro nombres anotados, todos ellos de muchachos de familias inmigrantes que vivían en el barrio de la escuela. Uno era de origen tailandés, dos de Filipinas y uno de Vietnam. Todos, a excepción del tailandés, parecían haber nacido en Asia, y se habían trasladado a Islandia una vez cumplidos los diez años, de modo que les había resultado problemático encajar en la sociedad islandesa.

Erlendur pasó el resto de la mañana preparando el entierro de Marion Briem. Llamó a una empresa de pompas fúnebres, donde le dijeron que ellos se encargarían de todo. Se acordó la fecha del sepelio. Se puso en contacto con los periódicos y redactó una esquela indicando el fallecimiento y la fecha del entierro. Suponía que no asistiría mucha gente, y no creyó necesario organizar una recepción después del mismo. Marion había dejado disposiciones sobre la organización del entierro, que indicaban el nombre del pastor y los salmos que debían cantarse, y Erlendur las siguió hasta en el más mínimo detalle.

Tras concluir los preparativos lo mejor que pudo, comenzó a buscar al padrastro de Andrés, del que le habló Marion, y que podía ser el hombre que había descubierto por casualidad que vivía ahora en el barrio. Averiguó el nombre de la madre de Andrés y su año de nacimiento, y después buscó en el censo de Reikiavik de cuando era pequeño. Según el censo, el chico perdió a su padre a los cuatro años. Desde ese momento, la madre figuraba inscrita en el padrón sola con su hijo. Por lo que

Erlendur pudo saber, Andrés era su único hijo. Si había vivido con otra persona más o menos tiempo, esta no figuraba inscrita en el censo en su domicilio, excepto una, que resultó haber fallecido hacía trece años. Erlendur encontró los nombres y números de las calles en las que había vivido la mujer. Siempre estaba mudándose de una casa a otra. Había vivido en el centro, en el barrio de Skuggi, en Breiðholt cuando estaba en plena construcción, luego se mudó a Vogar y finalmente vivió en Grafarvogur. Falleció a principios de los años noventa. En una primera búsqueda rápida, Erlendur no encontró huella alguna del padrastro que Marion mencionó en su lecho de muerte.

Aprovechando que estaba enfrascado en los archivos de la policía, decidió estudiar los informes de casos relacionados con xenofobia o racismo. Sabía que otras personas de la Policía Criminal se dedicaban a esos casos, pero a Erlendur le daba igual. Por regla general, hacía lo que se le pasaba por la cabeza, sin preocuparse de la posición que ocupaba en la organización interna de las investigaciones policiales. En total, había una treintena de policías trabajando en la investigación de la muerte de Elías, y cada uno se dedicaba a una labor concreta que tenía que ver con la recopilación de información, la vigilancia de entradas y salidas del país y la inspección de transacciones comerciales relacionadas con alquiler de vehículos y alojamiento en establecimientos de la ciudad y los alrededores. Entre otras cosas, se pusieron en contacto con la policía de Bangkok para informarse de posibles entradas y salidas del país de los parientes de Sunee, si es que se producían tales desplazamientos. A la policía le llegaba a diario gran cantidad de información, y la mayor parte se registraba e investigaba, aunque eso hacía perder mucho tiempo. La gente llamaba por teléfono después de ver las noticias de la televisión o de leer los periódicos, convencidos de que tenían una aportación que hacer. Algunos datos eran absurdos y no estaban relacionados con el caso: borrachos que aseguraban haber resuelto la investigación y que incluso daban nombres de parientes o conocidos que eran una auténtica «panda de canallas». Todo se investigaba.

Erlendur sabía que, en los archivos policiales, no había mucha gente considerada peligrosa o a la que se tildase de xenófoba.

Habían detenido a algunos individuos violentos, incluso en sus propias casas, y les habían requisado armas como porras, navajas y puños americanos. Allí también habían encontrado diversos documentos que podían calificarse de neonazis, folletos, libros, fotocopias, banderas y otros objetos de carácter racista. Gran parte la habían confiscado. No podía hablarse de un movimiento organizado de xenofobia o racismo, y eran pocos los que habían acabado en manos de la policía por agredir a inmigrantes. En gran parte, las quejas por actitudes xenófobas eran situaciones puntuales.

Erlendur escarbó en las cajas. En una de ella encontró una bandera de la Confederación americana cuidadosamente doblada, así como otra bandera con la cruz gamada. Había también diversos escritos en inglés en los que se afirmaba, a juzgar por los títulos, que el Holocausto era un montaje sionista. También folletos sobre racismo con fotos de miembros de tribus primitivas de África. Halló artículos racistas

sacados de revistas británicas y norteamericanas, y finalmente un viejo libro de actas de una sociedad llamada Padres de Islandia.

En el libro se incluían las actas de varias reuniones del año 1990, en las que, entre otras cosas, se discutía la obra de Hitler en la reconstrucción de Alemania tras el fracaso de la República de Weimar. En un lugar se habían anotado observaciones sobre la emigración a Islandia, se hablaba de ella como un problema y se discutía cómo se podría cortar la gran cantidad de inmigrantes que entraban en el país. Si no se detenía la mezcla racial, existía el peligro inmediato de que los islandeses, como raza nórdica, desaparecieran en un plazo de cien años. Se discutía cómo impedirlo; se hablaba de leyes que endureciesen el acceso a la ciudadanía, incluso la exclusión total de los extranjeros que entrasen en Islandia por cuestiones de trabajo, por motivos familiares o como refugiados políticos. Las actas se interrumpían bruscamente. Parecía que la sociedad se hubiera disuelto sin previo aviso. Erlendur tomó nota de que la caligrafía era agradable, y el estilo conciso y directo, sin añadidos innecesarios.

No se incluía un listado de miembros, pero en las actas aparecía un nombre que Erlendur creyó recordar de hacía poco. Se sentó y se puso a pensar dónde podía haber oído aquel nombre, cuando sonó su móvil. Reconoció la voz al instante.

—Ya sé que no debo llamar, pero no sé qué...

La mujer empezó a sollozar.

—... no sé qué hacer.

—Ven a hablar conmigo —dijo Erlendur.

—No puedo. No puedo hacerlo. Es tan terrible...

—¿Qué? —dijo Erlendur.

—Quiero hacerlo —dijo la voz—. Quiero hacerlo pero es imposible.

—¿Dónde estás?

—Yo...

La mujer interrumpió lo que iba a decir y se produjo un silencio en el teléfono.

—Yo puedo ayudarte —dijo Erlendur—. Dime dónde estás y te ayudaré.

—No puedo —dijo la voz, y Erlendur pudo oír que la mujer se había echado a llorar—. No puedo... vivir así...

Se calló de nuevo.

—Pero me llamas —dijo Erlendur—. No debes de sentirte bien si te pones en contacto conmigo. Yo te ayudaré. ¿Te escondes de él? ¿Por eso estás escondida?

—Yo haría cualquier cosa por él, por eso...

La mujer se quedó callada.

—Tenemos que hablar —dijo Erlendur.

Silencio.

—Podemos ayudarte. Sé que puede ser difícil, pero...

—Esto nunca habría tenido que pasar. Nunca...

—Dime dónde estás y hablaremos los dos —dijo Erlendur—. Todo se arreglará.

Te lo prometo.

Esperó con el corazón en un puño. En el teléfono solamente se oían los sollozos de la mujer. Pasó un buen rato. Erlendur no se atrevía a decir nada. La mujer estaba reflexionando sobre las posibilidades. La mente de Erlendur se movía a la velocidad del rayo. Intentaba encontrar algo que decirle, algo que pudiera resultar decisivo. Algo sobre su marido. Sobre la familia. Sobre sus dos hijos.

—Seguramente, tus hijos querrán saber...

Erlendur no pudo seguir.

—Dios mío —dejó escapar la mujer, y antes de que Erlendur se diese cuenta, la mujer colgó el teléfono.

Erlendur se quedó mirando el teléfono, que aún seguía en su mano. El indicador de llamadas no mostraba el número, como la vez anterior. Pensó que la mujer estaría llamando desde algún teléfono público, ya que los ruidos de fondo eran los habituales cuando respondía a una llamada hecha desde una cabina. Cuando llamó la vez anterior, puso en marcha una búsqueda y averiguó que la llamada se había hecho desde el centro comercial de Smáralind. Por regla general, esa información no significaba mucho. La gente que llamaba a la policía desde un teléfono público lo hacía por algún motivo y prefería un teléfono que no estuviera cerca de su casa ni de su lugar de trabajo. La ubicación del teléfono no le decía nada a la policía.

Pensativo, volvió a meterse el móvil en el bolsillo. ¿Por qué le llamaba aquella mujer? No le informaba de nada. No decía por qué estaba escondida. No hablaba de su marido y no dejaba traslucir nada de lo que pudiera estar pensando. Quizá para ella era suficiente que Erlendur supiera que seguía con vida. Quizá era para impedir que la buscara. ¿Qué estaba ocultando? ¿Por qué se había marchado?

Cuando se lo preguntó al marido, no recibió muchas respuestas. El hombre sacudía la cabeza como si no comprendiera absolutamente nada. Aquella había sido casi su única reacción ante la desaparición. Después de Año Nuevo Erlendur se entrevistó con las anteriores esposas y les pidió su opinión sobre lo que podría haber pasado. Una le recibió en su casa de Hafnarfjörður. Su esposo estaba en el extranjero, de viaje, por cuestiones de negocios. La mujer se mostró ansiosa de ayudar a Erlendur en la investigación, por contarle la clase de cabronazo que era su exmarido. Él lo escuchó todo y le preguntó si pensaba que habría podido hacerle algo a su nueva esposa. La respuesta no se hizo esperar.

—Sin duda. Estoy absolutamente segura.

—¿Por qué?

—De hombres como él —dijo con desprecio— todo se puede esperar.

—¿Tienes alguna prueba de lo que dices?

—No —respondió la mujer—, pero lo sé. Ese individuo es así. No me cabe duda de que ya estará engañándola por ahí. Esos tíos nunca se cansan. Es como una enfermedad. Es una enfermedad lo de esos canallas de mierda.

La otra mujer le contó más cosas cuando fue a ver a Erlendur a la comisaría por

propia voluntad. No quería que él fuera a su casa. Erlendur le explicó el caso y ella escuchó con atención, sobre todo cuando empezó a preguntar con rodeos acerca de la posibilidad de que el exmarido hubiera tenido algo que ver con la desaparición de la mujer.

—¿No sabéis qué ha sido de ella? —preguntó la mujer, mirando el despacho de arriba abajo.

—¿Crees que él puede haberle hecho algo? —preguntó Erlendur.

—¿Eso creéis vosotros?

—Nosotros no creemos nada —dijo Erlendur.

—Viene a ser lo mismo. Si no fuera así, no preguntarías.

—Se trata de una investigación habitual —repuso Erlendur—. Intentamos tocar todas las teclas. Eso no dice nada sobre lo que pensamos o dejamos de pensar.

—Tú crees que la ha matado —dijo la mujer, utilizando el singular en vez del plural.

—Yo no creo nada —repuso Erlendur, con mayor determinación que la primera vez.

—De él se puede esperar cualquier cosa —dijo la mujer.

—¿Por qué lo dices?

—Una vez me amenazó —respondió la mujer—. Me amenazó con matarme. Yo me negaba a divorciarme de él para que pudiera casarse por tercera vez con la puta que andáis buscando. Yo dije que nunca me separaría de él y que no podría volver a casarse. Estaba furiosa, quizás histérica. Una amiga mía me contó que me estaba engañando, había oído a la gente comentarlo en el trabajo y me lo dijo. Lo sabía todo el mundo menos yo. ¿Sabes lo humillante que es que lo sepan todos menos la persona a la que están engañando? Me puse furiosa. Me pegó. Y luego dijo que me mataría si yo seguía poniéndole pegadas de cualquier clase.

—¿Te amenazó con matarte?

—Dijo que me estrangularía despacito, sin prisas, hasta que muriese.

Erlendur volvió a la realidad, bajó los ojos hacia el informe que había hojeado antes de ser interrumpido y volvió a concentrarse en el nombre que firmaba las actas. Recordó quién podía ser. Sigurður Óli había mencionado aquel nombre y también su patronímico, y lo maleducado y fastidioso que había sido. Si se trataba del mismo hombre, Erlendur tendría que adelantar la reunión que tenía prevista con Kjartan, el profesor de islandés del colegio.

Sonó su móvil. Era Elínborg. Le habían dado una hoja con las llamadas que había recibido Sunee a lo largo del mes pasado. Algunas eran de su exsuegra, otras de la confitería, también de sus compañeras de trabajo, y dos veces la habían llamado del colegio.

—Y luego aparece ocho veces el mismo número.

—¿De quién es?

—Es una empresa. Una compañía de seguros. Es el único número anómalo de la

lista, en mi opinión. No hay muchos números.

—¿Le has preguntado a Sunee?

—Dice que no tiene ni idea de lo que es. Recuerda que intentaban venderle un seguro.

—¿Crees que puede ser el novio?

—Ya veremos.

Desde que la noticia del asesinato de Elías se extendió como la pólvora por todo el país, la gente empezó a pasar por el bloque a dejar flores y tarjetas de recuerdo en el lugar donde habían encontrado el cuerpo. En medio de las flores podían verse algunos juguetes, como osos de peluche y cochecitos. Se programó celebrar un acto de recuerdo por Elías esa misma tarde, en el patio.

Elínborg y Sigurður Óli estaban recorriendo el barrio. Pasaron dos veces por delante del lugar y vieron a la gente poniendo flores en el lugar que había ocupado el cuerpo. Pasaron gran parte del día interrogando a los amigos de Nirán por separado. Sus relatos coincidían en lo fundamental. Ninguno de ellos dijo saber por dónde había estado Nirán la tarde en que atacaron a Elías, y tampoco tenían la menor idea de dónde podía habérselo llevado Sunee. Negaron que se dedicaran a vender droga en el colegio, dijeron que era mentira. Reconocieron que una vez se había producido una pelea en el patio del colegio pero que no había sido por su culpa.

Ninguno había visto a Elías el día de autos. Dos de ellos habían estado con Nirán después del colegio, pero se despidieron más o menos cuando encontraron a Elías. Estaban detrás de la farmacia. Los dos pasaron juntos el resto del día y no volvieron a ver a Nirán. Ninguno de ellos había oído nada relativo a posibles dificultades en que pudiera estar metido Elías en el colegio. Dijeron que no habían sabido nada de Nirán después de encontrar el cuerpo de Elías. Lo único que sabían era que la relación entre los dos hermanos era muy buena.

El más comunicativo y colaborador de los chicos se llamaba Kári. Era como si realmente quisiera ayudar a la policía, mientras que los otros tres se mostraban bastante titubeantes, sus respuestas eran poco concisas y no decían nada a menos que se les preguntara explícitamente. La conducta de Kári era diferente. Fue el último con el que se entrevistó Sigurður Óli. Iba preparado para un interrogatorio un tanto estéril, pero el resultado fue distinto. El chico iba acompañado de sus padres: la madre era tailandesa y el padre islandés. Dijeron conocer a Sunee y a su hermano, y calificaron el suceso de espantoso e incomprensible.

—La gente anda siempre con la muletilla de que no tiene nada en contra de los inmigrantes —dijo el marido, ingeniero, que había pedido el día libre en el trabajo para estar al lado de su hijo.

Estaba sentado a la mesa de la cocina con su mujer; era bastante alto y un tanto grueso. La mujer era de pequeña estatura y complexión delicada, rostro amigable y dulce sonrisa. La preocupación de ambos era evidente. Ella había salido antes del trabajo, era jefa de sección en una empresa farmacéutica. Les habían localizado por teléfono. El hombre hablaba de su experiencia con los islandeses por estar casado con una extranjera.

Sigurður Óli asintió. Estaba él solo. Elínborg había tenido que ir a hacer otras cosas.

—Jamás decimos que tengamos nada contra los inmigrantes asiáticos, nada en contra de que la gente inmigre desde países asiáticos y se instale en Islandia. Es estupendo tener restaurantes tailandeses y conocer otras culturas, escuchar diferentes músicas. Pero en cuanto se escarba un poco, enseguida dicen que no deberían venir demasiadas de «esas personas» —dijo el hombre dibujando las comillas en el aire con los dedos.

—Hemos hablado mucho sobre este tema —dijo la mujer, mirando a su esposo—. Quizá sea comprensible. Los islandeses son pocos y están orgullosos de su historia y quieren conservarla. Las poblaciones pequeñas son muy susceptibles al cambio. Y entonces llegan los inmigrantes y lo echan todo a perder. Muchos de los que vienen aquí, asiáticos o de otros lugares, se aíslan, no aprenden la lengua y siempre se apartan de los demás. Otros trabajan más para adaptarse y se esfuerzan en conseguirlo, saben que es importante. La clave es aprender el idioma.

Su marido asintió. Kári estaba con los ojos bajos, esperando a que le llegara el turno.

—¿No hablaron de algo así el otro día en las noticias? —dijo el marido—. De problemas con los inmigrantes islandeses en Dinamarca. Sus hijos se niegan a aprender danés. ¿No es exactamente lo mismo?

—Está claro que pueden producirse problemas con los inmigrantes —continuó la mujer, mirando a su esposo—. No es nada nuevo. Sucede por todo el mundo. La cuestión fundamental es ayudar a la gente a adaptarse, pero esa gente tiene que demostrar que quiere adaptarse si piensa crear un hogar para el futuro en Islandia.

—¿Qué es lo peor que te dicen? —preguntó Sigurður Óli.

—Lárgate a tu casa, puta tailandesa.

Lo dijo sin dudarlo, sin vacilar, sin que se pudiera ver el efecto que causaban esas palabras. Era como si ya le hubieran hecho esa pregunta antes y como si ya estuviera blindada contra observaciones semejantes. Como si formasen parte integrante de la vida. Kári miró a su madre.

—¿Pensáis que los prejuicios van en aumento?

—No lo sé —dijo el marido.

—¿Tú notas esas cosas en el colegio? —preguntó Sigurður Óli al muchacho.

Kári titubeó.

—Eh... no —dijo tímidamente.

—En mi opinión, no se puede pretender que cuente algo así, sin más —dijo el hombre—. A nadie le gusta andar con chismorreos. Y no digamos ahora, después de todo lo que ha pasado.

—Otros chicos dicen que Kári y sus amigos venden droga en el colegio. Lo dijeron sin el menor asomo de duda.

—¿Quién dice eso? —preguntó la mujer.

—Es lo que hemos oído —dijo Sigurður Óli—. Quizá no debemos entrar en detalles en estos momentos. Puedo decirte que no fue un testigo demasiado fiable.

—Yo nunca he vendido droga —dijo Kári.

—¿Y tus amigos? —preguntó Sigurður Óli.

—No, ellos tampoco.

—¿Y Niran?

—Ninguno de nosotros —dijo Kári—. Eso es mentira. Nunca hemos vendido droga. Es mentira.

—Kári no consume ese tipo de cosas —dijo su padre—. Es ridículo. Tampoco vende droga, para nada.

—¿Lo sabríais vosotros? —preguntó Sigurður Óli.

—Lo sabríamos —dijo el hombre.

—Háblanos de las peleas que hemos oído que se producen en el colegio —dijo Sigurður Óli—. ¿Qué pasa, realmente?

Kári bajó la mirada.

—Diles lo que sabes —insistió su madre—. Este invierno no se ha encontrado demasiado a gusto en el colegio. A veces no ha querido ir a clase. Cree que le tienen manía y que algunos chicos andan detrás de él para pegarle.

—¡Mamá! —exclamó Kári, mirando a su madre como si hubiera contado sus problemas más privados y embarazosos.

—Agredieron a uno de los amigos de Kári —dijo el padre—. La dirección del colegio prefiere ignorarlo todo, según parece. En cuanto surge algún problema, es como si nada se pudiera hacer. Expulsaron a un chico del colegio unos días, y ya está.

—En el colegio dicen que no hay nada que indique que se trate de xenofobia ni que exista tensión —dijo Sigurður Óli—. Que no hay más peleas ni más problemas de los que pueden considerarse habituales en un colegio tan grande. En vista de lo que os cuenta Kári, parece que no estáis de acuerdo, ¿no?

El padre se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de Niran?

—Los chicos como Niran suelen tenerlo difícil —dijo la mujer—. No es fácil para ellos adaptarse a una sociedad lejana y totalmente diferente, aprender un idioma complicado, recibir muestras de desprecio, etcétera.

—Pueden acabar metiéndose en líos —añadió su marido.

—¿Puedes decirnos algo al respecto, Kári?

Kári carraspeó, incómodo. Sigurður Óli pensó, y no era la primera vez, que solía ser mejor hablar con los chicos cuando los padres no estaban presentes.

—No sé si comprendes la seriedad del asunto —dijo Sigurður Óli.

—Creo que sabe perfectamente lo que está en juego —dijo el padre.

—Te estaría muy agradecido si pudieras ayudarnos.

Kári miró a sus padres y luego a Sigurður Óli.

—No tengo ni idea de cómo murió —dijo entonces—. Yo no conocía a Elías. No solía estar con Niran. Niran no quería que fuese con él. Era mucho más pequeño. Pero se ocupaba de Elías, eso sí. Se encargaba de que nadie se metiera con él. No sé

cómo murió. No sé quién le atacó. Ninguno de nosotros lo sabe. Nadie sabe lo que pasó. No tenemos ni idea de dónde fue Nirán ese día.

—¿Cómo conociste a Nirán?

Kári suspiró. Luego recuperó de su memoria la primera vez que vio al chico nuevo en el colegio. Nirán estaba en su clase. Eran los únicos hijos de inmigrantes de la clase y enseguida se hicieron amigos. Kári hacía relativamente poco tiempo que se había mudado al barrio y tenía algunos amigos estupendos que no eran inmigrantes. También era amigo de dos chicos de Filipinas y de un vietnamita. Y estos conocían a los amigos de Nirán de su anterior colegio. Nirán se convirtió enseguida en líder del grupo y les informaba sobre lo que él llamaba su «situación como inmigrantes». Eran *ni-ni*. No eran islandeses. Daba igual si querían serlo. Muchos les veían como extranjeros, por mucho que hubieran nacido en el país. La mayor parte de ellos y de sus familias habían podido sentir prejuicios, miradas malintencionadas, insultos y hostilidad pura y dura.

Nirán no era islandés pero tampoco quería serlo. Pero allí, en el extremo septentrional del océano, tampoco era tailandés. Se dio cuenta de que no era ni una cosa ni otra. No pertenecía a ninguna de las dos naciones y su hogar no estaba en ninguno de los dos países, solamente en algún lugar de un mundo de fronteras invisibles e intangibles. Nunca antes había sentido nunca la necesidad de pensar de dónde era. Era tailandés, nacido en Tailandia. Encontró la energía necesaria en otros hijos de inmigrantes que habían sufrido una experiencia parecida. Sus mejores amigos los encontró en ese grupo. Empezó a interesarse por sus orígenes. Se interesó por la historia de Tailandia y la de sus antepasados, y se enfrascó en ella. Cuando conoció a otros hijos de inmigrantes más mayores en su antigua escuela, esa necesidad creció.

—Sabemos que no se llevaba muy bien con su padrastro —dijo Sigurður Óli.

—Puede ser —dijo Kári.

—¿Sabes por qué?

Kári se encogió de hombros.

—Nirán dijo que se alegraba del divorcio. Así no tenía que verle más.

—Pero ¿sabes algo de un hombre que es amigo, y posiblemente el novio de Sunee? —preguntó Sigurður Óli.

—No —respondió Kári.

—¿Nirán nunca dijo que su madre estuviera con un hombre?

—No. Creo que no. No tengo ni idea.

—¿Dónde viste a Nirán por última vez?

—He estado enfermo y no he podido ir al colegio. No he hablado con los chicos. Vi a Nirán hace unos días. Nos juntamos después del colegio y luego nos fuimos a casa.

—¿Estuvisteis donde la farmacia?

—Sí.

—¿Qué andáis haciendo siempre por la farmacia?

—Bueno, nada, a veces nos vemos allí. No hacemos nada.

—¿Dónde soléis estar, qué soléis hacer durante el día? —preguntó Sigurður Óli.

—Pues nada, andar por ahí, pillar algún vídeo, jugar al fútbol, lo que se nos ocurre. Vamos al cine.

—¿Crees que Nirán le ha podido hacer algo a su hermano?

—Él no puede responder a semejante pregunta —interrumpió el padre de Kári—. Es absurdo.

—Jamás —respondió Kári—. Jamás le habría hecho daño a Elías. Estoy seguro. Quería mucho a Elli y siempre hablaba bien de él.

—Pero tuvisteis peleas en el colegio o por el barrio, ¿me cuentas por qué? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Atacaron a alguno de tus amigos? ¿Tenías miedo de ir al colegio?

—No era nada serio —dijo Kári—. Es solo... que a veces se monta algún rollo y yo no quiero participar. Quiero que me dejen en paz.

—¿Se lo dijiste a Nirán y a los demás?

—No.

—¿Quién es el que manda en el otro grupo, igual que Nirán manda en el vuestro? —preguntó Sigurður Óli.

Kári no respondió.

—¿No quieres decírnoslo?

Sacudió la cabeza.

—No hay jefes —dijo—. Nirán no era nuestro jefe. Solo somos un grupito de amigos.

—¿Quién es el que más os fastidia? —preguntó Sigurður Óli.

—Se llama Raggi —dijo Kári—. Es el que más se hace notar.

—¿Fue él quien atacó a uno de vosotros?

—Sí.

Sigurður Óli anotó su nombre. Los padres se miraron. Daba la sensación de que por el momento ya era suficiente.

—Preguntaste si noto prejuicios en el colegio —dijo Kári de repente y sin que pareciese venir a cuento.

—Sí —respondió Sigurður Óli.

—Es solo... nosotros también decimos cosas —continuó—. No son solo ellos. Nosotros también. No sé cómo empezó. Nirán se pegó con Gummi por algo que había dicho alguien. Es una gilipollez.

—¿Y qué hay de los profesores?

Kári asintió con la cabeza, titubeante.

—Son cojonudos pero hay uno que odia a los inmigrantes —dijo.

—¿Quién?

Kári miró a su padre.

—Kjartan.

—¿Y qué es lo que hace?

—No nos puede ni ver —dijo Kári.

—¿Y qué más? ¿Es por algo que hace o por algo que dice?

—Dice cosas cuando nadie le oye.

—¿Qué clase de cosas?

—«Apesta a mierda».

—Pero ¿¡cómo es posible!?! —exclamó furioso el padre de Kári—. ¿Por qué no nos lo has contado?

—Discutieron.

—¿Quiénes?

—Kjartan y Nirán. No sé de qué iba, pero creo que casi llegaron a pegarse, o algo así. Nirán no quiso hablar de ello.

—¿Cuándo fue eso?

—El día que murió Elías.

La compañía de seguros tenía un jefe de relaciones públicas que estaba sentado enfrente de Elínborg, impecablemente vestido, con una elegante y colorida corbata. En su mesa solo había un teclado y una pantalla plana de ordenador, y los estantes de detrás contenían unas cuantas carpetas de cartón colgadas de varillas metálicas, algunas con papeles, aunque la mayor parte estaban vacías. Elínborg pensaba que no debía de tener mucho que hacer. Claro que también podría tratarse de su primer día en el puesto. Ella le informó del motivo de su visita. Se habían hecho varias llamadas desde la compañía a un número concreto, y mencionó el nombre de Sunee. No se conocía el teléfono concreto desde el que se habían hecho las llamadas, y necesitaban saber quién las había realizado.

—¿Es por el niño que murió? —preguntó el elegante jefe de relaciones públicas.

—En efecto —dijo Elínborg.

—¿Y vosotros queréis saber...?

—Si alguien de aquí telefoneó a su casa —dijo Elínborg.

—Comprendo —dijo el relaciones públicas—. Quieres saber desde qué teléfono de la empresa se hicieron las llamadas.

Elínborg ya se lo había explicado claramente. Se preguntaba si aquel hombre se estaba mostrando extrañamente reacio o solamente era que por fin tenía algo que hacer en el trabajo y quería prolongarlo todo lo posible.

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo primero que necesitamos saber es si la mujer tiene un seguro en la compañía.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el responsable de relaciones públicas, poniendo sus elegantes manos sobre el teclado.

Elínborg dio el nombre completo de Sunee.

—Aquí no hay nadie con ese nombre —dijo el relaciones públicas.

—¿Habéis hecho alguna campaña de ventas, habéis estado telefoneando a la gente, o algo por el estilo, durante el mes pasado?

—No, la última campaña fue hace tres meses. Desde entonces no hemos hecho otra.

—Entonces he de pedirte que nos hagas el favor de indagar si alguno de los empleados de aquí conoce a la mujer en cuestión. ¿Cómo lo harás?

—Preguntaré a la gente —dijo el responsable de relaciones públicas, echándose hacia atrás en su sillón.

—Pero tiene que ser rápido —dijo Elínborg—. Solamente queremos hablar con ese individuo en particular. Nada más. No es sospechoso de nada. Podría ser amigo de Sunee, es posible que sea incluso su novio. ¿Crees que podrás averiguar algo pero con la mayor discreción?

—No debería ser un problema —dijo el relaciones públicas.

Erlendur llamó al timbre. Oyó un leve crujido procedente del interior del piso en cuanto lo pulsó. Pasó un rato y volvió a llamar. Se oyó el mismo crujido y aguzó el oído. Al poco se oyó movimiento en el piso y finalmente se abrió la puerta. Erlendur había despertado al hombre. Y eso que era pleno día. Aquel hombre parecía tener edad de estar jubilado y por eso, probablemente, podía dormir cuando quisiera, pensó Erlendur.

Se presentó, pero el hombre no estaba despierto del todo y Erlendur tuvo que repetirle que era de la policía y quería ver si podía ayudarle a aclarar unos detalles. El hombre seguía en la puerta, mirándole. Todo parecía indicar que no solía recibir visitas en su piso. Probablemente, el chirrido del timbre era por la falta de uso.

—Eeh... ¿qué...? —dijo el hombre con voz ronca, entornando los ojos.

Tenía una barba blanca de dos días.

Erlendur repitió todo lo que había dicho y el hombre despertó por fin. Entonces se dio cuenta de que alguien estaba allí para hablar con él. La puerta se abrió más y el hombre le invitó a entrar. Estaba despeinado, con todas las canas de punta. Entraron en el salón. El piso estaba lleno de trastos viejos, el aire era espeso y fétido. El hombre se sentó en el sofá y se inclinó hacia delante. Erlendur se sentó delante de él. Se percató de que el hombre tenía unas cejas inmensas. Cuando las movía, era como si dos animalitos peludos se pasearan por encima de sus ojos.

—No acabo de entenderlo —dijo el hombre, que se llamaba Helgi—. ¿Qué quiere de mí la policía?

El piso estaba en un antiguo edificio de viviendas, no muy lejos de una calle transitada de los barrios del este de Reikiavik. El ruido de los coches llegaba hasta el piso. La antigüedad del edificio se notaba tanto en el interior como en el exterior. No

era un edificio bien conservado: del muro de la fachada se habían desprendido grandes trozos de revestimiento sin que, al parecer, ninguno de los que vivían allí se preocupara por ello. La escalera era estrecha y desangelada, con una alfombra llena de agujeros. El piso era oscuro pese a la abundancia de luz exterior, ya que las ventanas estaban sucias por el humo del tráfico.

—Llevas mucho tiempo viviendo en esta casa —dijo Erlendur, mirando los animalitos peludos que se le paseaban por encima de los ojos—. Quería preguntarte si recuerdas a unos vecinos tuyos de hace muchos años. Una mujer con un hijo, un niño pequeño. Posiblemente vivía con un hombre que era el padrastro del chico. Fue hace mucho tiempo. Estaríamos hablando de, bueno... treinta y cinco años.

El hombre miró a Erlendur sin decir nada. Pasó así un rato, y Erlendur pensó que se había quedado dormido con los ojos abiertos.

—Vivían aquí, en el primer piso —añadió Erlendur.

—¿Qué pasa con esa gente? —dijo el hombre. Así que no estaba durmiendo, sino intentando revivir el recuerdo de aquellas personas.

—Nada —dijo Erlendur—. Necesitamos conseguir información sobre el padrastro. La mujer murió hace poco.

—¿Y el hijo?

—El hijo nos pidió que localizáramos al hombre —mintió Erlendur—. ¿Recuerdas a esa gente? Vivían en el primer piso.

El hombre volvió a mirar a Erlendur sin decir una palabra.

—¿Una mujer con un hijo? —preguntó al poco.

—Y un padrastro.

—Hace una barbaridad de años —dijo el hombre, que iba despertándose de la siesta.

—Lo sé —dijo Erlendur.

—¿Y qué pasa, no estaba empadronado aquí con ella?

—No; en la época en que ella vivió aquí, las únicas personas que estaban empadronadas en el apartamento eran ella y su hijo. Pero sabemos que el hombre en cuestión vivía con ella.

Erlendur esperó a ver qué pasaba.

—Necesitamos el nombre del padrastro —dijo al ver que Helgi no decía nada más y seguía inmóvil con la mirada fija en la mesa del salón.

—¿El hijo no lo sabe? —dijo Helgi, por fin.

Bueno, ya se ha despertado, pensó Erlendur.

—El hijo era pequeño —respondió, confiado de que el hombre se contentase con aquella respuesta.

—Ahí abajo vive ahora una auténtica gentuza —dijo Helgi, que seguía mirando fijamente la mesa que tenía delante, con la cabeza en otro sitio—. Una panda de liantes que se pasa las noches metiendo ruido. Da igual las veces que uno os llame, no sirve de nada. El piso es de uno de esos canallas, así que no se le puede echar.

—Uno no siempre está contento con sus vecinos —dijo Erlendur por decir algo—. ¿Puedes ayudarnos con ese hombre?

—¿Cómo se llamaba la mujer?

—Sigurveig. Su hijo se llamaba Andrés. Estoy intentando simplificar las cosas. Podría resultar complicado encontrarlo y costaría mucho buscar a ese hombre por las vías oficiales.

—Recuerdo a esa mujer —dijo el hombre, levantando los ojos—. Sigurveig, sí, eso es. Pero espera un momento, el hijo no era tan pequeño como para no acordarse del hombre que vivía con su madre. —Helgi miró a Erlendur—. ¿Me estás ocultando algo? —dijo entonces.

—No —respondió Erlendur—. Tienes razón.

Una sonrisa apagada se deslizó por los labios de Helgi.

—Ese de ahí abajo es una auténtica peste —repitió entonces.

—Quizá pueda hacer algo —observó Erlendur.

—Ese hombre por el que preguntas y que vivió con la mujer unos años —dijo Helgi—, apenas le conocí, parecía estar siempre fuera. ¿Era marino?

—No tengo ni idea —respondió Erlendur—. Es posible. ¿Recuerdas su nombre?

—Ni de coña —dijo Helgi—. Lo siento. También había olvidado el nombre de Sigurveig, y hasta ahora no me acordaba de que el hijo se llamaba Andrés. Las cosas me entran por un oído y me salen por el otro, casi nunca se queda nada ahí dentro mucho rato.

—Y además ha ido y venido mucha gente —añadió Erlendur.

—Imagínate —dijo Helgi, que ya se había recuperado del susto que le sacó de la siesta, encantado de tener a alguien con quien hablar y, más aún, alguien que parecía dedicarle más atención que nadie en mucho tiempo—. Pero no recuerdo mucho a esa gente, lo siento —añadió—. Poquísimo, para ser sincero.

—Por regla general, en mi oficio manda la norma de que todo vale, por muy insignificante que sea —dijo Erlendur. Una vez había oído a un policía decir esa frase en televisión, y le pareció muy útil.

—¿Ha hecho algo malo?

—No —respondió Erlendur—. El tal Andrés vino a vernos. En realidad, no deberíamos estar ocupándonos de eso, pero...

Erlendur se encogió de hombros. Vio que Helgi sonreía. Casi acababan de hacerse amigos.

—Si recuerdo bien, el hombre ese era de algún lugar de provincias —dijo Helgi—. Una vez asistió con ella a una junta de vecinos. En esa época había reuniones de vecinos. Ahora, a uno le llega una factura para que pague y ya está, si es que alguien se decide a hacer algo, lo que sucede de pascuas a ramos. Fue una de las pocas veces que le vi.

—¿Puedes describírmelo?

—No hay mucho que decir. Bastante alto. Corpulento. Buena facha. Era bastante

simpático, me parece. Se fue a vivir a otro sitio, si no me equivoco. Si se separaron, no tengo ni la menor idea. Tendrías que hablar con Emma. Ella vivía enfrente de su piso en esa época.

—¿Emma?

—Toda una señora, la buena de Emma. Se mudó hace veinte años o así, pero seguimos en contacto con cierta regularidad, nos enviamos tarjetas de Navidad y cosas de esas. Ahora vive en Kópavogur. Seguro que se acuerda mejor que yo. Habla con ella. Yo es que no me acuerdo bien de esa gente.

—¿Recuerdas algo en especial del chico?

—¿Del chico? No... nada, aunque...

Helgi titubeó.

—¿Sí? —dijo Erlendur.

—Siempre andaba bastante deprimido, el pobre, creo recordar. Era un chiquillo triste y un tanto desaliñado, como si nadie se ocupara de él como Dios manda. Las pocas veces que intenté hablar con él, me dio la sensación de que intentaba evitarme.

A poca distancia de una casa de madera recubierta de chapa, en la calle Grettisgata, Andrés aguantaba el frío, concentrado en observar una ventana del sótano. Por la ventana no podía ver el interior y no se atrevía a acercarse más. Seis meses antes había seguido al hombre del que le habló a la policía hasta aquella casa y le vio entrar en la vivienda del sótano. Había estado siguiéndole desde el bloque, y subió al mismo autobús que él. El hombre no se dio cuenta. Llegaron hasta Hlemmur y Andrés le siguió hasta aquella casa.

Ahora se mantenía a cierta distancia, intentando protegerse del viento del Norte. Desde entonces, había hecho varias veces el breve recorrido desde Hlemmur, y había descubierto que aquel hombre tenía otra casa en Grettisgata.

Andrés metió las manos hasta el fondo en los bolsillos.

Sorbió por la nariz. Tenía los ojos húmedos por el frío y dio unas patadas en el suelo antes de irse.

Kjartan no estaba en casa, pero ellos dijeron que le esperarían. La mujer les miró extrañada.

—¿Aquí fuera? —preguntó, mientras su cara reflejaba sorpresa.

Erlendur se encogió de hombros.

—Pero ¿por qué andáis siempre detrás de Kjartan? —preguntó.

—Es por lo que sucedió en el colegio —dijo Elínborg—. Simple rutina. Hablamos con profesores y alumnos.

—Creía que ya habíais hablado con él.

—Tenemos que volver a hacerlo —dijo Elínborg.

La mujer miró a uno y luego a la otra, y ambos tuvieron la sensación de que lo que le pedía el cuerpo era cerrarles la puerta y no tener que verlos nunca más.

—¿No preferís entrar? —les dijo tras un momento de incómoda vacilación.

—Muchas gracias —respondió Erlendur, y cedió el paso a Elínborg. Un niño y una niña les miraron cuando entraban en el salón y se sentaban. Erlendur habría preferido hablar con Kjartan en la comisaría, o en el colegio, pero los había eludido. No acudió a verles a la comisaría y cuando fueron a buscarle al colegio, no estaba. No respondía al teléfono. Elínborg propuso ir a su casa. Erlendur se mostró de acuerdo.

—Ha llevado el coche al taller para una reparación —dijo la mujer.

—Ah, vaya —dijo Erlendur.

Ya era tarde y la mujer estaba en la cocina preparando la cena cuando llamaron a la puerta. No dio más detalles sobre lo del coche. Dijo que había hablado con Kjartan por la tarde, pero que a partir de entonces no había tenido noticias. Erlendur tuvo la sensación de que estaba preocupada por la investigación policial e intentó tranquilizarla; repitió las palabras de Elínborg sobre el trabajo rutinario de la policía.

La mujer no estaba del todo convencida y cuando volvió a la cocina se llevó el móvil. Los niños fueron tras ella pero se dieron la vuelta en la puerta para mirar a Erlendur y Elínborg con los ojos muy abiertos. Elínborg les sonrió. La voz de la mujer les llegó desde la cocina. La oyeron exclamar algo enfadada una vez. Luego se quedó callada. Pasó un rato hasta que volvió con ellos. Entonces ya se había calmado.

—Kjartan se ha entretenido un poco —dijo, intentando sonreír—. Estará aquí en cinco minutos.

—Muchas gracias —dijo Elínborg.

—¿Puedo ofrecerles algo? —preguntó la mujer.

—Un café estaría bien, gracias, si lo tienes hecho —dijo Erlendur.

La mujer desapareció de nuevo en la cocina. Los niños seguían en la puerta, mirándoles.

—Me parece que esto es pasarse —dijo Elínborg a Erlendur tras un largo silencio. No apartaba los ojos de los niños.

—Fue idea tuya —dijo Erlendur.

—Ya lo sé, pero ¿no es *too much*?

—¿*Too much*? —dijo Erlendur.

—Podemos mentirle, decirle que tenemos un aviso urgente. Nunca pensé que esto sería tan desagradable. Y cuando llegue él, le abordamos ahí fuera.

—Quizá no deberías haber dejado la geología —dijo Erlendur.

—¿La geología?

—¿No es una especialidad en la que nunca te encuentras con nada desagradable? —preguntó Erlendur.

—¡Por favor! —exclamó Elínborg.

Durante el camino, en el coche, había conseguido poner a Erlendur de mal humor. Empezó a hacer preguntas sobre Valgerður, sobre lo que pensaban hacer en el futuro, y Erlendur enseguida se quedó callado. Elínborg no se detuvo, aunque él le dijo que no siguiera dando la vara con sus malditas preguntas. Elínborg le preguntó si Valgerður seguía manteniendo alguna relación con su marido, a lo que Erlendur habría tenido que contestar que sí, en caso de haberle respondido, y si Valgerður pensaba irse a vivir con él, algo que Erlendur aún no se había planteado. Las preguntas de Elínborg sobre su vida privada le ponían de los nervios, preguntas sobre Eva Lind y Sindri Snaer, sobre él mismo. Parecía incapaz de dejarle en paz.

—¿Queréis tener una relación sin convivencia? —preguntó Elínborg—. Muchos prefieren eso en vez de vivir juntos.

—Para ya —dijo Erlendur—. No sé qué es eso de relación sin convivencia.

Elínborg estuvo en silencio un rato pero después se puso a tararear en voz baja la melodía de un conocido poema de Steinn Steinar: «Jón Kristófer, cadete del Ejército de Salvación, hay reunión a la hora de la cena, la teniente Valgerður hablará del camino a la Gloria...». Y siguió tarareando hasta que Erlendur perdió la paciencia.

—No sé qué pasará —dijo—. Y a ti no te importa.

—Estupendo —dijo Elínborg, sin dejar de tararear.

—¡La teniente Valgerður hablará...! —exclamó Erlendur, exasperado.

—¿Cómo?

—¡Qué cosas se te ocurren!

La mujer de Kjartan salió de la cocina con dos tazas de café. Su rostro estaba teñido de preocupación. Los niños iban detrás de ella y se quedaron en medio del salón, sin saber muy bien qué hacer, cuando su madre volvió a entrar en la cocina a buscar el café. En ese momento se abrió la puerta y entró Kjartan. Elínborg y Erlendur se pusieron en pie.

—¿Era necesario? —dijo Kjartan, visiblemente molesto.

—Hemos estado intentando localizarte todo el día —explicó Elínborg. La mujer de Kjartan apareció con la jarra de café.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó a su marido.

—Nada —respondió Kjartan, y al momento se relajó. Habló a su mujer con voz

tranquilizadora—. Te lo dije por teléfono, es por el ataque a ese chico de la escuela.

—¿Y qué pasa? ¿Tiene algo que ver contigo?

—No —dijo Kjartan, mirando a Erlendur y Elínborg, como si esperase su ayuda.

—Estamos hablando con todos los profesores del colegio, como ya te he dicho —explicó Elínborg—. ¿Quizá podríamos sentarnos en algún otro sitio? —Dirigió sus palabras a Kjartan, quien titubeó un momento. Miró a los tres, que esperaban su respuesta. Finalmente asintió con un movimiento de la cabeza.

—Tengo un despacho en el sótano —dijo a regañadientes—. Podemos instalarnos allí. ¿Te parece bien? —le dijo a su mujer.

—Llevaos el café —dijo ella.

Kjartan sonrió.

—Gracias, cariño, subiré enseguida, en cuanto se vayan.

Levantó al niño más pequeño y le dio un beso, y acarició la cabeza al mayor.

—Papá vuelve enseguida —dijo—. Tiene que hablar un momento con estas personas, y enseguida vuelve.

Enternecedor, pensó Erlendur.

Kjartan les indicó el camino al sótano. Se había montado un despacho en un cuartito, con ordenador e impresora sobre una mesa, así como libros y periódicos. Solo había una silla, y se sentó él. Elínborg y Erlendur se quedaron de pie en la puerta. Kjartan les había acompañado al sótano sin decir nada, pero en aquel momento estalló su ira.

—¿Qué significa esto de ir a joder a alguien en su propia casa? —exclamó furioso—. ¡Delante de su familia! ¿Es que no habéis visto la cara que han puesto los niños? ¿Os parece normal?

Erlendur se quedó callado. Elínborg iba a decir algo, pero Kjartan le quitó la palabra de la boca.

—¿Se me acusa de algo? ¿He cometido algún delito para merecer algo así?

—Hemos estado intentando ponernos en contacto contigo todo el día —dijo Erlendur—. No respondías al teléfono. Decidimos comprobar si estabas en casa. Tu mujer tuvo la amabilidad de invitarnos a entrar. Nos sirvió café. Entonces apareciste tú. ¿Hay algún motivo para que te sulfures tanto? Solo hemos venido para intentar encontrarte en casa. Y tuvimos suerte. ¿Quieres presentar una queja?

Kjartan les miró.

—¿Qué queréis de mí? —dijo.

—Quizá podríamos empezar por una cosa que se llama, o se llamaba, Padres de Islandia —dijo Erlendur.

Kjartan sonrió.

—Y con eso te crees que has solucionado el caso, ¿no?

—Yo no me creo nada —dijo Erlendur.

—Tenía dieciocho años —dijo Kjartan—. Fue una chiquillada. Imagínate. ¡Padres de Islandia! Solo los chavales hacen ese tipo de cosas. Bravuconerías de

adolescentes.

—Yo no conozco muchos chicos de dieciocho años capaces de deletrear correctamente *República de Weimar*.

—Éramos un grupito de chicos del instituto —dijo Kjartan—. No era más que un juego. De eso hace quince años. No puedo creerme que me vayáis a acusar de racismo por cosas que hice cuando era adolescente.

Kjartan lo dijo con ironía, como si la relación de aquello con el caso fuera algo tan ridículo que pareciera más una broma, y Elínborg y Erlendur fueran también una broma, unos polis idiotas que no hacían más que meter la pata. Había como un sentimiento de superioridad en la forma en que estaba sentado, echado hacia atrás, con las piernas abiertas, mirando aquellos policías estúpidos. Como si les despreciara por no compartir su ideología inquebrantable. Nada indicaba que lo sucedido a Elías le afectara.

—¿A qué te referías cuando dijiste que un ataque como el que sufrió Elías era simple cuestión de tiempo? —preguntó Elínborg.

—Creo que eso se explica solo. ¿Qué se esperaba la gente al permitir la entrada a esos? ¿Que no habría problemas? No estamos preparados para hacer frente a algo así. La gente acude aquí como moscas desde todas las partes del mundo y nosotros se lo permitimos, como si nada. Todos los animalitos del bosque tienen que ser amigos. No es así y nunca lo será. Los asiáticos se aíslan del resto de la sociedad, conservan sus costumbres y su moral y tienen mucho cuidado de no casarse fuera de su pequeño mundo particular. No aprenden el idioma, naturalmente van mal en la escuela. ¿Cuántos de esos llegan a la universidad? ¡La mayoría deja el colegio después de la enseñanza obligatoria, felices y contentos por no tener que seguir con esa mierda de la historia de Islandia! ¡Con esa mierda de la lengua islandesa!

—Ya veo que no has abandonado del todo los Padres de Islandia —dijo Erlendur.

—Claro, si uno habla de estas cosas, entonces es un maldito racista. Nadie puede decir nada. Todos tienen que ser de lo más diplomáticos. Son una estupenda adición a la cultura islandesa y demás. ¡Paparruchas de los cojones!

—¿Crees que quien atacó a Elías puede ser de origen asiático?

—Naturalmente, eso lo habréis excluido por completo, ¿no? —dijo Kjartan con desprecio.

—¿Hablas así con tus alumnos? —preguntó Elínborg—. ¿Hablas así de los inmigrantes delante de tus alumnos?

—No creo que eso sea asunto vuestro —respondió Kjartan.

—¿Provocas a los chicos para que se peleen en el colegio? —continuó Elínborg. Kjartan les miró.

—¿Con quién habéis estado hablando? ¿Y de dónde habéis sacado eso de los Padres de Islandia? ¿Dónde andáis escarbando?

—Responde a la pregunta —dijo Erlendur.

—Yo no he hecho nada de eso —dijo Kjartan—. Si alguien mantiene lo contrario,

es mentira.

—Nos lo han dicho —dijo Elínborg.

—Ya, y es mentira. Yo no empujo a nadie a hacer nada. ¿Quién dice eso?

Elínborg y Erlendur callaron.

—¿No tengo derecho a saberlo? —dijo Kjartan.

Erlendur le miró sin decir nada. Había buscado a Kjartan en los archivos de la policía y lo único que había encontrado era una multa por exceso de velocidad. Nunca había tenido problemas con la policía. Kjartan era un buen ciudadano islandés, un padre de familia, amante de sus hijos, por lo que Erlendur había podido ver.

—¿Por qué llegaste a la conclusión de que eres mejor que los demás?

—Yo nunca he dicho eso.

—Es la sensación que me da, por todo lo que haces y todo lo que dices.

—¿Qué cojones te importa eso?

Erlendur le miró.

—Nada, nada en absoluto.

Ragnar, al que llamaban Raggi en el colegio, estaba sentado delante de Sigurður Óli en el salón de su casa. Su madre estaba a su lado, con gesto de preocupación. Estaba divorciada. Ragnar era el mayor de sus tres hijos. La madre pasaba sus apuros para llegar a fin de mes, era la única que traía dinero a casa. Ella y Sigurður Óli habían estado hablando un rato hasta que Raggi llegó. No es fácil ocuparse de tres niños, le había dicho la mujer. Como si se estuviera excusando por adelantado. Sigurður Óli solo había soltado la vieja muletilla de la investigación policial rutinaria por los sucesos que habían tenido lugar en el colegio; que la policía había hablado con muchos de los niños y adolescentes del colegio. La mujer le escuchó sin comprender, pero ya que la policía estaba en su pequeño sótano, que le alquilaba a un precio abusivo la señora rica del piso de arriba, dueña de toda la casa y al menos de tres abrigos de piel, pensó que valía más pasarse hablando que quedarse corta. La madre de Raggi era obesa, jadeaba y fumaba sin parar. El aire del apartamento era asfixiante. Sigurður Óli no llegó a ver a los otros dos niños el rato que estuvo allí. El apartamento estaba lleno de ropa sucia, publicidad de la que dejan en el buzón, y periódicos. La madre apagó el cigarrillo. Sigurður pensó en su traje. Apestaría a tabaco un buen rato.

Al ver a un policía en su casa, Raggi se sorprendió mucho al principio pero se recompuso enseguida. Era alto para su edad, con abundante pelo negro, la cara llena de granos, sobre todo alrededor de la boca, y parecía bastante nervioso. Sigurður empezó preguntándole cosas generales sobre la escuela, la atmósfera, los profesores y los cursos superiores, y fue acercándose poco a poco hacia los inmigrantes y Nirán. Raggi contestaba casi a todo con monosílabos. Estaba bien educado. Su madre no se preocupaba por ellos, estaba allí sentada encendiendo un cigarrillo con la colilla del

anterior mientras tomaba café. Acababa de volver del trabajo cuando Sigurður llamó al timbre. Preparó un café muy fuerte. Sigurður esperaba que le ofreciese otra taza.

Antes bebía té, pero Bergþóra le habituó al café gracias a su conocimiento de las distintas variedades y formas de prepararlo.

—¿Qué tal te llevas con Kjartan, el profesor de islandés? —preguntó.

—Es muy majo —dijo Raggi.

—No le gusta mucho la gente de color, ¿verdad?

—A lo mejor no —dijo Raggi.

—¿Y eso cómo se ve? ¿Dice o hace algo especial?

—No, eso.

—¿Eso, qué?

—Nada.

—¿Conocías a Elías?

—No.

—¿Y a su hermano Niran?

Raggi titubeó.

—Sí.

Sigurður Óli iba a mencionar a Kári, pero se contuvo. No quería dar a Raggi motivo alguno para pensar que si estaban allí era por su culpa.

—¿Y qué tal?

—Pues nada —dijo Raggi.

—¿Cómo que nada?

—Se cree muy importante.

—¿Y eso?

—Nos llama esquimales.

—¿Qué les llamáis vosotros a ellos?

—Tontos.

—¿Sabes lo que le pasó a su hermano?

—No.

—¿Puedes decirme dónde estabas cuando le atacaron? Raggi reflexionó un momento. Evidentemente, no había pensado en eso, y Sigurður Óli tuvo la sensación de que si se había organizado algún montaje, tendría que ser un tipo realmente duro para mantenerlo en pie. Finalmente llegó la respuesta.

—Estábamos en el centro comercial de Kringla; Ingvar, Danni y yo.

Aquello coincidía con lo que habían contado Ingvar y Daniel, sus amigos, a quienes Sigurður Óli ya había interrogado. Ambos negaron cualquier tipo de participación en el ataque a Elías, no sabían nada de venta de drogas en los alrededores del colegio y solo reconocieron ciertas peleíllas insignificantes con alumnos de origen extranjero. Los tres eran conocidos en el colegio como alborotadores, todo el mundo deseaba que terminaran los estudios esa primavera y se fueran de allí para no volver nunca. Ejercían de camorristas y estuvieron en boca de

todos a principios de año, cuando dos de ellos fueron expulsados del colegio una semana por manipular fuegos artificiales que sobraron en Nochevieja, grandes cohetes y potentes petardos que amañaron para hacerlos aún más potentes. Uno de ellos lanzó por un pasillo del colegio un cohete de los más grandes, que al explotar hizo añicos dos grandes cristaleras. El edificio del colegio tembló de arriba abajo y fue un auténtico milagro que no hubiera nadie cerca en aquel momento, porque las clases estaban en plena actividad.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Elías? —preguntó Sigurður Óli.

—¿A Elías? No lo sé. Yo no le conozco. No le veo nunca.

—¿Os peleáis mucho con Nirán en el colegio?

—No, bueno, esos andan siempre montando broncas.

Raggi se calló.

—¿Los inmigrantes? —dijo Sigurður Óli.

—Islandia tiene que ser para nosotros. Para los islandeses. No para los extranjeros.

—Sabemos que se han producido peleas entre grupos —dijo Sigurður Óli—. Sabemos que a veces llegan a ser serias. No solo aquí. Pero también sabemos que son muy pocas las que se pasan de la raya. ¿Estás de acuerdo?

—Yo... yo no lo sé.

—Pero luego ha sucedido lo de Elías.

—Sí.

—¿Crees que tiene algo que ver con las broncas entre vosotros?

—No lo sé. Seguramente no. O sea, nosotros no hacemos esas cosas. Nunca llegaríamos a matar a nadie. Eso es absurdo. No hacemos nada por el estilo. No hacemos nada de eso.

—¿Estás seguro?

La madre se había mantenido en silencio, fumando, durante la conversación. En aquel momento intervino.

—¿Crees que Raggi ha atacado a ese niño? —dijo como si por fin se hubiera dado cuenta de por qué había ido aquel policía a su casa con un montón de preguntas sobre peleas racistas en el colegio.

—Yo no creo nada —dijo Sigurður Óli—. ¿Sabes algo sobre la venta de drogas en el colegio? —preguntó a Raggi.

—Raggi no toma drogas —dijo la madre inmediatamente.

—No es eso lo que le he preguntado —dijo Sigurður Óli.

—Yo no sé nada de drogas en el colegio —dijo Raggi.

—Tú solo tiras cohetes dentro del colegio —dijo Sigurður Óli.

—Yo... —empezó Raggi, pero su madre le interrumpió.

—Ya recibió su castigo —dijo—. Y ni siquiera fue él quien causó más destrozos.

—¿Es posible que alguien estuviera vendiendo drogas y que alguien le debiera dinero y que la deuda tuviera como resultado algo como lo que le pasó a Elías? —

preguntó Sigurður Óli, que de repente comprendió que la madre justificaba la conducta de su hijo.

Raggi se quedó pensativo por primera vez.

—En el colegio no hay nadie que venda droga —dijo entonces—. A veces hay algunos que dan vueltas cerca del edificio y que venden algo. O que vienen a las fiestas del colegio. Es lo único. Yo no sé nada más. A mí nadie ha intentado venderme nada.

—¿Sabes qué le pasó a Elías?

—No.

—¿Sabes quién le atacó?

—No.

—¿Sabes dónde estaba Nirán el día en que atacaron a su hermano?

—No. Solo vi cuando Kjartan le tiró al suelo en la calle.

—¿Kjartan, el profesor de islandés?

—Nirán le había rayado el coche. Un lado entero. Kjartan se puso hecho una furia.

Sigurður clavó los ojos en Raggi. Recordó las palabras de Kári sobre Kjartan y Nirán.

—¿Me lo repites, por favor?

Raggi se dio cuenta de que había dicho algo importante y enseguida empezó a recular.

—Yo no lo vi, solo oí hablar de ello —dijo—. Alguien dijo que había atacado a Nirán porque Nirán le había rayado el coche por todas partes.

—¿Cuándo? ¿Cuándo fue eso?

—La mañana del día en que murió el chico.

—¿Más café? —dijo la madre, echando el humo.

—Muchas gracias, quizá una gota —dijo Sigurður Óli mientras sacaba el móvil. Marcó el número de Erlendur.

—¿Y qué más? —preguntó.

—No lo sé —dijo Raggi—. Solo lo oí contar.

La búsqueda de Niran aún no había tenido éxito aquella tarde, mientras se celebraba la oración en memoria de Elías y una procesión con velas encendidas se dirigía hacia su casa. Participó mucha gente, que se aproximó en silencio al bloque bajo la guía del párroco del barrio. Sunee asistió junto a Óðinn, Virote y Sigríður, y sintió una profunda emoción por el cariño y el apoyo de toda aquella gente.

Pero aquello no fue suficiente para que Sunee confiara su hijo a la policía. Se negaba a desvelar el lugar donde le había escondido, y ni su hermano ni otras personas relacionadas con ellos proporcionaron información alguna.

Erlendur y Elínborg acudieron al lugar de la ceremonia y acompañaron a la lenta procesión hacia el bloque. Elínborg llevaba un pañuelito en la mano y en varias ocasiones se lo llevó disimuladamente al rostro.

Erlendur telefoneó a Valgerður al llegar al despacho. Sabía que tenía turno en el hospital. Sin darse cuenta, mientras esperaba a que se pusiera al teléfono, empezó a silbar la melodía de Elínborg, la de Jón Kristófer, cadete del Ejército de Salvación, y la teniente Valgerður, que hablará del camino a la Gloria. Volvió en sí echando sapos y culebras contra Elínborg.

—Hola —dijo Valgerður al teléfono.

—Me apeteció llamarte —dijo Erlendur—. Me voy a casa ahora mismo —añadió.

—Tengo que trabajar toda la noche —dijo Valgerður—. Trajeron a un niño pequeño para un análisis de sangre y es evidente que sufre malos tratos. Un niño de siete años. Informaremos a la policía y la Agencia de Aten...

—No me cuentes esas historias —dijo Erlendur.

—Perdona... yo... —Valgerður titubeó. Aquello ya había sucedido otras veces. Había visto algo en el trabajo y pensaba contárselo a Erlendur, pero este no la dejaba. No solía hablar con ella de las miserias humanas que observaba en su trabajo como policía. Era algo que él pensaba que no debía concernirle. Era como si quisiera mantener su relación alejada de toda fealdad. No era realmente una huida de lo feo y lo injusto que había en el mundo, solo una especie de descanso temporal.

—Es solo... Cuando uno está trabajando todos los días con esas cosas, prefiere oír hablar de cualquier otro tema —le dijo Erlendur al teléfono—. Uno quiere saber que la vida es algo más que un maldito asco infinito.

—¿Habéis sacado algo en claro de lo del niño?

—No avanzamos.

—Vimos la información en la tele. ¿Aún no habéis encontrado al hermano?

—La madre está asustada —dijo Erlendur—. Tiene que tranquilizarse y entonces hablará con nosotros.

Los dos se callaron. A Erlendur le gustaba hablar con Valgerður. Le bastaba con escuchar su voz. Valgerður tenía una voz bonita, grave y relajante, y, cuando la oía, Erlendur se sentía mejor. No sabía exactamente por qué, pero a veces le apetecía oír

su voz. Como ahora.

—Ha muerto una persona de mi trabajo —dijo Erlendur, por fin—. Ya te había hablado de Marion Briem, ¿verdad?

—Sí, me suena el nombre. Un nombre poco frecuente.

—Marion falleció ayer tras una larga enfermedad. Imagino que habrá sido un descanso. Una muerte bastante solitaria. Marion no tenía a nadie. Fue mi superior durante muchísimos años, hace bastante que se jubiló. Yo no fui al hospital con suficiente frecuencia. Empecé a pensarlo cuando ya era demasiado tarde. Casi nadie visitaba a Marion Briem. Yo era uno de los pocos que lo hacían. Quizás el único, no lo sé. A veces tenía la sensación de ser el único.

Erlendur calló y Valgerður esperó a que dijera algo más. No quería interrumpirle, notaba que necesitaba hablar con ella. Pasó un buen rato esperando en silencio y todo parecía indicar que Erlendur había colgado.

—¿Erlendur? —dijo Valgerður cuando no pudo seguir soportando el silencio del otro lado.

—Sí, perdona, estaba pensando en todo eso. Marion me pidió que me encargara del entierro. Ya está todo en marcha. Así termina. La vida. Toda la larga vida para que uno acabe en una habitación cualquiera de hospital, solo y abandonado.

—¿De qué me estás hablando, Erlendur?

—No lo sé. De la muerte.

Erlendur calló de nuevo.

—Eva Lind vino a verme —dijo al poco.

—¿No fue bien?

—Sí, claro que sí, pero en cierto modo no. Tiene mejor aspecto. No la había visto desde hace mucho, y de repente aparece en casa. Muy suyo. Ya... ya es toda una mujer. Me di cuenta de repente. Había en ella algo, algo distinto. Creo que más madura, más tranquila. Quizá acabe con esto. Quizá ya esté harta.

—Todos envejecemos.

—Eso es cierto.

—¿Y qué quería?

—Creo que quería contarme un sueño que había tenido.

—¿Ah, sí?

—Se marchó antes de contármelo. Creo que fui yo quien le dijo que se fuera. Creo saber lo que quiere. Me preguntó qué sucedió cuando murió Bergur. Creía que había soñado algo relacionado con eso. Yo no quise saber lo que era.

—No era más que un sueño —dijo Valgerður.

—No se lo he contado todo. No le he hablado de por qué no lo encontraron. Hubo diversas conjeturas al respecto. Era como si supiera de ellas.

—¿Conjeturas?

—Habrían tenido que encontrarlo —dijo Erlendur.

—Pero...

—Nunca apareció.

—¿Y qué conjeturas eran esas?

—Está el páramo. Y también el río.

—Pero ¿tú no quieres hablar de ello?

—A nadie le importa —dijo Erlendur—. Es una vieja historia que no le importa a nadie.

—Y tú quieres dejar la historia en paz.

Erlendur se quedó callado.

—Eva es tu hija —dijo Valgerður—. Le hablaste de eso en su momento.

—Ese es mi problema —dijo Erlendur.

—¿Por qué ignoras lo que quiere decirte? Escucha a Eva.

—Tendré que hacerlo —dijo Erlendur.

Titubeó de nuevo.

—Y además estoy pensando en ese chico que se quedó solo y abandonado con ese frío tan horrible, a un paso del bloque. No comprendo qué puede haber pasado. No consigo hacerme una idea. Jamás lo conseguiré.

—Es más horrible de lo que se puede expresar con palabras.

—Yo... eso me hizo pensar en mi hermano. Tenía la misma edad de Elías, quizá era un poquito más pequeño. También estaba solo. Me puse a pensar en todas estas muertes solitarias. Marion Briem.

—Erlendur, no pudiste hacer nada. No estuvo en tu mano. No fue tu responsabilidad. Tienes que comprenderlo.

Erlendur se quedó callado.

—Tengo que trabajar toda la noche —repitió Valgerður en tono de excusa. Llevaba demasiado tiempo al teléfono.

—Cosas de ser técnica de laboratorio —dijo Erlendur.

—Ya no somos técnicos de laboratorio —dijo Valgerður.

—¿Cómo? ¿Qué sois, entonces?

—Personal biomédico.

—¿Cómo?

—Los tiempos cambian.

—¿Y qué será de los técnicos de laboratorio?

—Nos quedaremos donde estamos, simplemente cambiamos de nombre.

—Técnico de laboratorio es un buen nombre.

—Pues no volverás a oírlo.

—Lástima.

Callaron los dos.

—Perdona que te retenga tanto tiempo —dijo Erlendur—. Hablaremos tranquilamente, más tarde.

—No me retienes —dijo Valgerður—. No seas así. Libro mañana por la noche.

—Quizá nos veamos entonces —dijo Erlendur.

—Escucha a Eva —dijo Valgerður.

Erlendur salió al pasillo de los despachos y se dirigió a la sala de interrogatorios, donde sabía que estaban Sigurður Óli y Elínborg con Kjartan, preguntándole sobre los arañazos de su coche, y de que les habían contado que acusó a Nirán y le agredió. Kjartan no estaba detenido. Cuando Sigurður Óli llamó a Erlendur con la nueva información y este se la transmitió a Kjartan, el hombre se puso furioso y perdió el control. Se lanzó a hablar a gritos de mentiras y conspiraciones, pero acabó reconociendo que había considerado a Nirán culpable del arañazo. Pero no le había tocado ni un pelo. Todas esas historias de que había agredido a Nirán no eran más que burdas falsedades.

No opuso resistencia cuando se lo llevaron a la comisaría. Sigurður fue el encargado del interrogatorio. El coche era un Volvo bastante nuevo, que Kjartan dijo haber comprado hacía menos de un año. Ya lo había llevado a reparar en el taller de un primo suyo. El arañazo ya estaba arreglado y ahora el coche esperaba a ser repintado. Habían hecho fotos de los daños para la compañía de seguros de Kjartan, y en ellas se veía un fino arañazo desde los intermitentes traseros por todo el costado y las puertas hasta los faros delanteros. El coste de un arañazo así era considerable, y Kjartan discutía con la compañía de seguros, que había encontrado un hueco legal que la beneficiaba. Las fotos no podían indicar qué clase de objeto se había usado para rayar el coche. Probablemente se trataba de una navaja. Podía ser un destornillador. Incluso una llave.

No habían decidido si solicitar o no la detención provisional de Kjartan. Él mantenía con gran énfasis que era absurdo relacionar aquella trifulca con el ataque a Elías de ese día. No había visto el arañazo cuando se fue a trabajar por la mañana. Reinaba la oscuridad y no podía afirmar o desmentir nada cuando le preguntaron si estaba seguro de que el daño en su coche se había producido en el aparcamiento del colegio. Su casa estaba en un barrio distinto al de la escuela, aunque solo a media hora caminando. Cuando se disponía a regresar a su barrio a mediodía, vio el arañazo. Dijo que había visto a Nirán con sus amigos cerca del aparcamiento y le preguntó si sabía algo del rasponazo, pero Nirán le respondió de malos modos. Nunca había soportado a aquel chico. Entre ellos habían intercambiado algunas palabras que eran todo menos amables. Kjartan lo reconoció, pero siguió afirmando que no pegó al chico en la calle. La policía no tenía más que hablar con el chico que presenció lo sucedido.

Erlendur abrió la puerta y entró en la sala de interrogatorios.

—¿Por qué no nos hablaste de eso? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Por qué hemos tenido que enterarnos por otras personas?

—Pensé que no tenía que ver con el caso —dijo Kjartan mirando a Erlendur, que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados—. Es ridículo relacionarlo con el

ataque al niño. No comprendo cómo podéis relacionar esos dos hechos. Le pregunté a Niran si me había destrozado el coche, y él se limitó a reírse. No le saqué nada.

—Y tú te pusiste furioso —dijo Sigurður.

—Naturalmente —respondió Kjartan, alzando la voz—. Tú también te habrías puesto furioso. ¿Te gustaría que te hicieran algo así?

—Tenemos ciertos informes de que esa mañana estabas especialmente irritable en el colegio.

—¿Te refieres a lo que pasó con Finnur?

Sigurður Óli asintió con la cabeza.

—No fue nada. Discutimos siempre.

—¿Llevaba Niran algún objeto o dijo algo que pudiera dar a entender que había rayado el coche?

—Yo quería saber si llevaba una navaja o un destornillador —dijo Kjartan—. Por eso le reprendí y él se resistió, pero no le tiré al suelo. Se apartó de mí y se cayó. Entonces le dejé en paz. Nunca supe si llevaba una navaja o cualquier otra cosa. ¿Pensáis detenerme por eso?

Sigurður miró a Erlendur, que no mostró reacción alguna.

—Yo no le hice nada a ese chico —dijo Kjartan—. Si me detenéis será suficiente para que todos me llamen asesino. A lo mejor solo un día, pero con eso bastará. ¿Y si no encontráis nunca al culpable? ¡Me llamarán así el resto de mi vida! ¡No he hecho nada!

—Alimentas el odio a los inmigrantes —dijo Erlendur—. No es simple desprecio, es puro y simple odio. Ni siquiera lo niegas. Se nota en todo lo que dices. Estás orgulloso de ello. No haces más que demostrarlo una y otra vez. ¿Crees que nosotros podemos limpiar tu imagen?

—¡No podéis maltratarme por no compartir mis ideas!

—Nadie te está maltratando —dijo Sigurður Óli. Erlendur pidió a Sigurður que saliera con él al pasillo.

Kjartan los siguió con la mirada.

—¡No he hecho nada! —gritó cuando se cerró la puerta de la sala de interrogatorios.

—Algo de razón tiene —comenzó Sigurður Óli cuando estuvieron en el pasillo.

—Desde luego —dijo Erlendur—. Es el móvil de un crimen más pobre que he oído nunca. Kjartan no es más que un bocazas. No tiene historial de violencia, nunca ha tenido problemas con la policía. Le dejaremos irse. Pero mantenlo aquí hasta que no tengamos más remedio que soltarlo.

—Erlendur, no podemos...

—Pues vale —dijo Erlendur con una mueca, y se marchó a grandes zancadas por el pasillo—. Suéltale ya.

Bergþóra aún estaba despierta cuando Sigurður Óli llegó a casa por la noche, bastante tarde. Le esperaba. Últimamente, Sigurður no estaba mucho en casa, no solo por el asesinato de Elías, sino por diversos motivos. Bergþóra pensaba que estaba evitándola. Tal como ella veía las cosas, y se lo había dicho a su marido, su relación estaba en una encrucijada. No podían tener hijos y debían decidir el próximo paso a dar.

Sigurður Óli entró en la cocina y se echó zumo en un vaso. De camino a casa había pasado por el gimnasio y fue el último en salir. Pasó un buen rato en la cinta de correr y levantando pesas, hasta que el sudor le corrió por todas partes.

—¿Alguna novedad en el caso? —preguntó Bergþóra al aparecer en camión en la cocina.

—No —respondió Sigurður Óli—. Nada. No tenemos ni idea de lo que pasó.

—¿No es un tema de racismo?

—No lo sé. Ya se verá.

—Pobre niño. Y su madre. Tiene que ser un auténtico infierno para ella.

—Sí. ¿Y tú cómo estás?

Sigurður Óli pensaba contarle que Elías iba al mismo colegio que él cuando era pequeño, y que había sido una sensación algo extraña volver a su antiguo colegio y ver una foto suya de la época de las discotecas. Pero no lo hizo. No sabía por qué. Quizás estaba cansado.

Pero no tanto como para no ir al gimnasio, diría Bergþóra.

En otros tiempos le habría encantado contarle todo lo sucedido a lo largo del día.

—Estoy muy bien —dijo Bergþóra.

—Me parece que me voy directo a meterme en el sobre —dijo Sigurður Óli, y puso el vaso en el fregadero.

—Tenemos que hablar —dijo Bergþóra.

—¿No podemos esperar a mañana? —dijo Sigurður Óli.

—Ya es mañana —dijo ella—. He querido hablar contigo un montón de veces pero nunca estás en casa. He empezado a creer que evitas volver a casa para estar conmigo.

—Hay muchísima faena en el trabajo. A veces a ti te pasa lo mismo. Los dos trabajamos mucho. No estoy intentando evitar nada.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé, Begga —dijo Sigurður Óli—. Creo que es un paso muy grande.

—La gente adopta niños constantemente —dijo Bergþóra—. ¿Por qué no podemos hacerlo también nosotros?

—No estoy diciendo... quiero ser prudente.

—¿De qué tienes miedo?

—No consigo hacerme a la idea de que un día me verá obligado a adoptar un

niño. Nunca he tenido que pensar en ello. Para mí es una idea completamente nueva y extraña. No es así para ti y lo comprendo, pero lo es para mí.

—Sé que es un gran paso.

—Quizá demasiado grande —dijo Sigurður Óli.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá eso de adoptar no conviene a todo el mundo.

—Lo que quieres decir es que quizá no te convienen a ti.

—No lo sé. ¿No podemos consultarlo con la almohada?

—Eso dices siempre.

—Sí.

—¡Pues vete a dormir!

—Llevamos demasiado tiempo discutiendo por lo mismo. Tener niños, adoptar...

—Sí.

—Llevo todo el día con el estómago revuelto.

—Sí.

—¿No podemos olvidarlo?

—No —dijo Bergþóra—. No podemos olvidarlo.

Seguía habiendo vigilancia policial en el bloque. Erlendur charló unos momentos con el policía de guardia que había en la escalera. No se sabía nada nuevo. Los habitantes de la escalera volvieron a casa por la tarde, después del trabajo, y en el pasillo empezó a flotar el aroma de diversos platos de la cena. Sunee había pasado todo el día en casa. Su hermano estaba con ella. El agente dijo que había podido oír voces procedentes de su apartamento. No comprendió nada de lo que decían. Solamente oyó las voces.

Ya era tarde. Erlendur iba camino de su casa pero antes tenía que pasar por unos cuantos sitios. Primero fue al depósito de cadáveres de Barónsstígur. Vio de inmediato que había sucedido algo terrible. Estaban entrando en el edificio dos cadáveres sobre camillas cubiertas con sábanas blancas. Se iba reuniendo gente, y Erlendur no supo qué sucedía hasta que le contaron que se había producido un grave accidente de tráfico en Vesturlandsvegur, a poca distancia del pueblo de Mosfellsbaer. No había oído las noticias. Habían perdido la vida tres personas en un choque en cadena de cinco coches, una mujer mayor y dos muchachos, uno de ellos con el carné de conducir recién sacado. Una ambulancia estaba aparcando delante del edificio con el último cadáver. Alrededor había allegados de los fallecidos, en estado de shock. Había sangre por el suelo. Alguien vomitaba.

Erlendur estaba a punto de marcharse cuando se cruzó con el forense, al que había conocido durante sus investigaciones. Tenía cierto aire de bufón, y Erlendur suponía que era para contrastar la frialdad de su trabajo. Ahora no parecían quedarle ganas de bromear. Miró un tanto desconcertado a Erlendur, quien dijo que pensaba ir a verle más tarde.

—Tu chaval está ahí dentro —dijo el forense moviendo la cabeza hacia la puerta cerrada.

—Luego iré —repitió Erlendur.

—No he encontrado nada —dijo el forense.

—Muy bien, yo...

—Tenía suciedad bajo las uñas, pero mi impresión es que no era nada raro. Tenía dos uñas rotas. Encontramos restos de tela. Debió de pelearse. Lo confirmamos con el chaquetón, que tiene muchos rasgones. La Científica está analizando qué clase de tela puede ser. También puede proceder de su propia ropa.

—¿Y la herida?

—Nada nuevo —dijo el forense, que había llevado a Erlendur hasta la puerta, que abrió—. La puñalada atraviesa el hígado, el chico se desangró en poco rato. La herida no es muy grande, la hoja del objeto que le clavaron era algo ancha pero no tenía por qué ser muy larga. No acabo de entender qué clase de objeto pudo haberse utilizado.

—¿Un destornillador?

El forense hizo una mueca desde el quicio de la puerta. Le necesitaban en otro

sitio.

—No creo, tiene que ser algo más afilado. En realidad es un corte muy fino.

—Pero ¿no atravesó el chaquetón?

—No, tenía el chaquetón desabrochado, el corte atraviesa un jersey viejo y la camiseta. Esos fueron los únicos obstáculos, toda la protección que llevaba.

—¿La sangre pudo salpicar?

—No necesariamente. Es un corte limpio, y aunque hubo una hemorragia considerable, fue sobre todo interna. La sangre no tiene por qué haber salpicado al agresor. Pero también es posible que haya tenido que limpiarse.

El forense cerró la puerta. Erlendur fue hasta el cadáver y levantó la sábana que habían extendido sobre él. Enseguida vio la pequeña herida y volvió a reflexionar sobre una pregunta que le había estado incordiando todo el día: el objeto usado para rayar el coche de Kjartan, ¿habría podido usarse para apuñalar al niño? La herida del costado era tan pequeña que apenas se veía, pero estaba en el lugar preciso para infligir un daño irreparable. Unos centímetros a un lado u otro, y Elías habría podido sobrevivir a la agresión. Erlendur había comentado este detalle con el forense, que no quería ser demasiado categórico, pero dijo que era posible que el agresor fuera bastante experto.

Volvió a cubrir el cuerpo de Elías con la sábana. Pensó en cómo sufriría Sunee sabiendo que Elías estaba allí, en aquel lugar horrible. Tenía que colaborar con la policía antes de que pasara mucho tiempo, no podía esperar más. Quizá creía que su hijo estaba en peligro. Quizás estuviera intentando evitarle a Niran el revuelo producido en la sociedad por la muerte de su hermano. Quizá quería evitar que apareciesen fotos suyas en los periódicos y en la televisión. Quizás no quería tanta atención centrada sobre ellos. Y quizá, quizá Niran sabía algo que provocó que Sunee lo escondiera.

Cuando Erlendur se marchó en su Ford, el gélido frío se había apoderado ya de toda la ciudad y la azulada y congelada parte trasera del edificio se reflejaba en sus ojos.

Sunee le recibió en la puerta. Pensaba que le traía noticias de la investigación, pero Erlendur dijo que no había ninguna novedad. Sunee seguía levantada, su hermano Virote dormía y Erlendur se dio cuenta de que la mujer se alegraba de no tener que estar sola. Nunca había hablado con ella antes sin que estuvieran presentes el hermano o la intérprete. Sunee le invitó a entrar en el salón y fue a la cocina a preparar té. Cuando volvió y se sentó en el sofá, llevaba una bandeja con dos tazas.

—Toda gente fue —dijo.

—No queremos ese tipo de violencia —dijo Erlendur—. Nadie quiere algo así.

—Yo doy gracias —dijo Sunee—. Es bonito.

—¿Me confiarás a tu hijo? —dijo Erlendur.

Sunee sacudió la cabeza.

—No puedes esconderle para siempre.

—Tú encuentra asesino —dijo Sunee—. Yo cuido Niran.

—Vale.

—Elías buen chico. Hizo nada.

—No creo que le hayan atacado por algo que pudiera haber hecho. Es posible que le atacaran por algo que él era. ¿Me comprendes?

Sunee asintió con la cabeza.

—¿Tienes alguna idea de quién habría querido atacarle?

—No —dijo Sunee.

—¿Estás completamente segura?

—Sí.

—¿Los chicos de la escuela?

—No.

—¿Alguno de los profesores?

—No. Ninguno. Todos bueno con Elías.

—¿Y Niran? No parece sentirse muy a gusto.

—Niran buen chico. Solo enfadado. No quiere vivir en Islandia.

—¿Dónde está?

Sunee no le respondió.

—Muy bien —dijo Erlendur—. Tú mandas. Piénsatelo. Quizá me lo digas mañana. Necesitamos hablar con él. Es muy importante.

Sunee le miró en silencio.

—Sé que todo esto es difícil para ti y que quieres hacer lo que crees mejor. Lo comprendo. Pero tú también tienes que comprender que esto perjudica la investigación del crimen.

Sunee se quedó callada.

—¿Niran te contó algo sobre Kjartan, el profesor de islandés?

—No.

—¿Ni de la pelea que tuvo con él?

—No.

—¿Qué te contó?

—No mucho. Él solo miedo. Yo también.

Sunee miró hacia el pasillo, donde había aparecido su hermano, y extendió la mano hacia él.

—¿Te importa si echo un vistazo en la habitación de Elías? —preguntó Erlendur, poniéndose en pie.

—Vale —dijo Sunee.

Le miró.

—Yo quiere ayudar —dijo—. Pero yo también cuida Niran.

Erlendur sonrió, fue al pasillo y entró en la habitación de los dos hermanos. Encendió una lamparita de sobremesa que iluminó débilmente la habitación.

No sabía exactamente lo que buscaba. Ya habían registrado el cuarto sin encontrar

indicio alguno de dónde podría estar Niran. Se sentó en una silla y recordó que en un tiempo lejano otros hermanos, Bergur y él, compartían una habitación así, al este del país.

Erlendur miró a su alrededor y pensó en la salvajada que había costado la vida a Elías. Intentó encajarlo en algún lugar del mundo del crimen, que conocía tan bien, pero se sintió completamente perdido. Elías no encontró clemencia cuando cayó herido en la calle. Nadie le ayudó cuando intentaba llegar a casa sin fuerzas. Nadie le confortó cuando se quedó congelado en el hielo del suelo, detrás de su bloque.

Miró a su alrededor. Por toda la habitación había dinosaurios de todos los tamaños y formas. En la pared, encima de la cama, había dos pósters de dinosaurios, pegados con Blu-Tack. Un amenazante tiranosaurio enseñaba las fauces.

Vio un cuaderno en la cama de Elías y lo cogió. En la portada ponía *Libro de cuentos* y debajo el nombre de Elías. En el cuaderno había ejercicios con dibujos. Había escrito *Espacio* y había hecho un dibujo de Saturno en colores. Había escrito sobre una *Visita a Kringla* que hizo con su madre. Y había una redacción llamada *Mi película favorita*, que iba de una reciente película de aventuras que Erlendur desconocía. Leyó las redacciones, estaban escritas en una bonita caligrafía infantil, y pasó las páginas en busca de lo último que hubiera escrito. Solo había puesto el título de la última redacción en lo alto de la página, pero no había hecho nada más.

Erlendur cerró el cuaderno, volvió a dejarlo en la cama de Elías y se incorporó. ¿Qué habría querido ser? Quizá médico. Quizá conductor de autobuses. O poli. Las posibilidades eran inagotables, el mundo era nuevo y emocionante para él. La vida no había hecho más que empezar.

Regresó al salón, donde seguía Sunee. Su hermano estaba en la cocina.

—¿Sabes lo que quería ser de mayor? —preguntó Erlendur.

—Sí —respondió Sunee—. Decía muchas veces. Palabra difícil, he aprendido.

—¿Cuál?

—Paleontólogo.

Erlendur sonrió.

—Antes, los niños querían ser polis. O conductores de autobús.

Al salir preguntó al policía del pasillo si había notado movimientos sospechosos de alguien en la escalera o cerca, pero la respuesta fue negativa. Preguntó por el vecino, Gestur, pero el agente no le había visto.

—Nadie ha venido por aquí —dijo el agente, y se despidieron.

Aunque era bastante tarde, a Erlendur aún le quedaba una visita por hacer. Por la tarde había llamado al marido y había concertado una cita en su casa. Abrió la puerta en cuanto Erlendur tocó el timbre, y le invitó a entrar. El investigador ya había estado allí y no se había encontrado a gusto. No sabía exactamente por qué. Era algo que había en la atmósfera. Algo del dueño de la casa.

El hombre estaba viendo la televisión pero la apagó y le ofreció café. Erlendur dijo que no, gracias, y miró su reloj. Dijo que solo podía quedarse un momento. No pidió disculpas por lo tarde que era. Vio la foto del matrimonio sobre la mesa. Ambos sonreían. Habían ido al fotógrafo antes de empezar el banquete de bodas para hacerse fotos vestidos de fiesta. Ella tenía un ramillete de flores entre las manos.

—No eres demasiado popular entre tus ex —dijo Erlendur—. Les he oído contar cosas estos últimos días.

—Desde luego, no es una sorpresa para mí —respondió.

Erlendur comprendía por qué podían andar tras él las mujeres, siempre que les gustara ese tipo de hombre. Era esbelto, elegante, de rostro afable, moreno, con ojos castaños, manos finas y el pelo de un bonito color castaño. Vestía siguiendo una moda que Erlendur desconocía por completo. En su casa había un precioso mobiliario, una magnífica cocina y un carísimo suelo de parqué. En las paredes colgaban grabados. Lo único que faltaba era una mínima huella de vida real.

Erlendur se planteó si debía hablarle de las llamadas telefónicas que había recibido y que seguramente eran de su esposa. El hombre tenía derecho a saber de ellas. Si las sospechas de Erlendur eran ciertas, su mujer seguía con vida y se alegraría de saberlo. Pero Erlendur no sabía exactamente por qué no se lo contaba. En todo aquello había algo feo que no llegaba a comprender.

—No, claro —dijo Erlendur—. Una de ellas dijo que la habías amenazado con matarla.

Lo dijo de sopetón, como si fuera un comentario casual sobre el tiempo, pero el hombre no reaccionó. Quizá lo estaba esperando.

—Silla está como una cabra —dijo después de reflexionar unos segundos—. Siempre lo ha estado.

—¿Te suena el tema?

—Es una de esas cosas que se dicen, seguramente tú también lo habrás hecho alguna vez. No se dice en serio.

—Ella asegura lo contrario.

—¿Qué pasa ahora? ¿Me estás investigando? ¿Crees que le he podido hacer algo a mi mujer?

—No sé si...

—¡Es una desaparición! —interrumpió el hombre—. Yo no le he hecho nada. ¡Es una desaparición común y corriente!

—Nunca he sabido de nada que se pueda calificar de desaparición común y corriente —dijo Erlendur.

—Sabes a lo que me refiero. Deja de tergiversar mis palabras.

Erlendur sabía a lo que se refería. Una desaparición común y corriente. ¿En otras partes del mundo la gente lo expresaría así, «desaparición común y corriente»? pensó. Tal vez la historia había enseñado a la gente a no alterarse demasiado por las desapariciones.

—En la desaparición de tu mujer no hay nada común y corriente —dijo Erlendur.

Titubeó un instante. El caso había tomado un rumbo determinado y ya no había vuelta atrás. A partir de ese momento, resultaría muy distinto, mucho más serio.

—¿La amenazaste con matarla? —preguntó Erlendur.

El hombre le clavó una mirada furiosa,

—¿Estás investigando un asesinato? —preguntó.

—¿Por qué se marchó de casa?

—Te lo he dicho montones de veces, no tengo ni idea de lo que pasó. ¡Llegué a casa y ella no estaba! Es lo único que sé. Tenéis que creerme. ¡Yo no le he hecho nada y me parece repugnante que te atrevas a insinuar lo contrario!

El hombre dio un paso en dirección a Erlendur.

—Lo digo de verdad —exclamó el hombre—. ¡Es repugnante!

—Tenemos que contemplar todas las pistas —dijo Erlendur—. Debes entenderlo. La hemos buscado por todas partes, hemos rastreado las playas, hemos puesto anuncios para encontrarla tanto en periódicos como en la televisión. No aparece. Quizás esté muerta. Muchas veces, cuando una persona desaparece de esta forma es un síntoma de que está mal, tan mal que puede cometer cualquier tontería. ¿Estaba mal, tu mujer? ¿Por qué? ¿Le hiciste algo? ¿Estaba descontenta con ella misma? ¿Se arrepentía del engaño, de la separación, de la boda? ¿Se arrepentía por sus hijos? ¿Lo veía todo como un error?

—Has hablado con sus amigas, ¿verdad? —dijo el hombre.

Erlendur no le respondió. Hasta entonces no había actuado con tanta agresividad, pero las llamadas telefónicas lo habían cambiado todo.

—¡Están locas! —continuó el marido—. Jamás me han gustado. Yo tampoco les caigo bien. ¿Qué esperas que digan?

—Estaba deprimida —dijo Erlendur—. Se arrepentía por su familia y creía que también habías empezado a engañarla.

—¡Eso no son más que chismorreos de cotillas!

—¿Tienes una nueva? —preguntó Erlendur.

—¿Una nueva? ¿De qué hablas?

—¿La estabas engañando?

—No sé de qué hablas.

—Las amigas de tu mujer dicen que sospechaban que había entrado otra mujer en tu vida —dijo Erlendur—. ¿Es cierto?

—¡Eso es una patraña! No ha entrado ninguna «mujer en mi vida».

Erlendur titubeó un instante.

—Estos días pasados me ha telefoneado una mujer que no quiere decir su nombre —le dijo entonces—. Está muy preocupada, sabe que yo llevo el caso pero no acaba de decidirse. No sé si es porque no se atreve o porque no puede. Tampoco se puede sacar mucho de lo que dice, porque cuando llama siempre está angustiada. Supongo que hace acopio de toda su valentía pero, delante del obstáculo, retrocede y me

cuelga.

—¿Es ella? —preguntó el hombre, atónito—. ¿Se ha puesto en contacto contigo? ¿Está... está viva!? ¿Se encuentra bien?

—No sé si es ella... —dijo Erlendur, que inmediatamente lamentó haberle hablado sobre las llamadas. Debería haber esperado, tendría que haberse callado hasta oír al menos una vez más a la mujer, conseguir reunirse con ella y que le dijera la verdad.

—¿Cómo? —dijo el hombre—. ¿No estás seguro de si es ella?

—Estoy todo lo seguro que se puede estar —dijo Erlendur—. Pero eso no quiere decir mucho.

—¡Dios mío! ¿En qué está pensando? ¿Y qué... qué dice? ¿Por qué hace eso?

—¿Habéis tramado algo entre los dos? —preguntó Erlendur.

—¿Que si hemos tramado algo? No. ¿Lo ha dicho ella, ha dicho que estamos tramando algo? ¿Eso es lo que dice?

—No —respondió Erlendur, intentando apaciguar los nervios del marido—. No dice mucho. Solo...

Iba a decir que solo lloraba al teléfono, pero se contuvo.

—¿Qué... qué es lo que dice? ¿Por qué no me llama a mí?

—Está mal —dijo Erlendur—. Se nota al hablar con ella. Pero no quiere decirme nada. ¿Puedes explicarme qué está pasando? ¿Sabes algo más de lo que me has contado hasta ahora?

—¿Por qué no me llama a mí? —dijo el hombre.

Erlendur se calló y miró al hombre como si quisiera devolverle la pregunta: ¿por qué no habla contigo?

—¡Yo no le he hecho nada! —exclamó el marido—. ¡Eso es mentira! No la estoy engañando. Vale, lo he hecho, vale, pero ahora no. No la estoy engañando. ¡Tienes que comprenderlo! ¡Tienes que creerme!

—No tengo ni idea de qué tengo que creer —dijo Erlendur.

—Tienes que creerme a mí —repitió el hombre, intentando parecer tan sincero como le era posible.

—También podría tratarse de la nueva mujer con la que mantienes una relación —dijo Erlendur—. Engañas a tu esposa. Eso no es mentira. El tiempo pasa. Sigues por el mismo camino, conoces a otra mujer. Tenéis este pequeño secreto. Tu mujer se entera. Y desaparece.

—Eso es una estupidez —dijo el hombre.

—La nueva relación se resiente. El remordimiento la está matando. Me llama a mí y...

—¿Qué intentas hacer? —bramó el hombre.

—Lo que quiero saber es, en realidad, lo que has hecho tú.

—Yo nunca he amenazado con matarla —dijo el hombre—. ¡Eso es mentira!

—¿Engañabas a tu mujer? —preguntó Erlendur—. ¿Se fue por ese motivo?

El marido le miró fijamente sin decir nada. Erlendur no se había sentado y los dos estaban de pie, uno frente al otro, en el salón, como dos toros a punto de embestirse. Erlendur vio que el hombre hervía de furia. Había conseguido sacarlo de sus casillas.

—¿La llamó la otra? —preguntó Erlendur.

—No sabes de qué estás hablando —dijo el hombre apretando los dientes.

—Eso pasa a veces.

—¡Eso es una gilipollez!

—¿Fue así como se enteró del engaño?

—Creo que es mejor que te vayas ahora mismo —dijo el marido.

—Esto no es una desaparición común y corriente, ¿verdad? —dijo Erlendur.

—¡Largo de aquí! —dijo el marido.

—Tienes que entender que en todo esto hay algo que no encaja.

—No tengo nada más que decirte. ¡Lárgate!

—Sí, claro, me voy —dijo Erlendur—, pero la investigación seguirá abierta. Jamás te la quitarás de encima, como estás haciendo conmigo. Antes o después, la verdad saldrá a la luz.

—¡Esta es la verdad! —gritó el hombre—. Yo no tengo ni idea de lo que pasó. Intenta comprenderlo. ¡Intenta entenderlo, tío! ¡No tengo ni idea de lo que pasó!

Cuando Erlendur llegó por fin a casa, se sentó en su sillón sin encender las luces del piso y se echó hacia atrás, feliz de tener un rato para descansar. Miró por la ventana. Su mente viajó hacia Eva Lind y el sueño que había querido contarle.

Vio ante sí el caballo peleando por escapar de la ciénaga, con los ojos desorbitados y las ventanas de la nariz dilatadas. Se oyó un ruido de succión cuando consiguió sacar una de las patas delanteras antes de hundirse más aún.

Ansiaba sentir paz en el alma. Deseaba ver las estrellas que estaban ocultas por las nubes. Quería hallar en ellas el sosiego, la seguridad de algo mayor y más importante que su propia conciencia, la seguridad de tiempos y espacios insondables en los que perderse por un tiempo.

La familia no tenía demasiado espacio en la casita hoy en ruinas. Los dos hermanos tenían que compartir habitación. Sus padres ocupaban la otra. También había una cocina grande con una despensa anexa, así como un saloncito con muebles viejos y fotos de familia, algunas de las cuales decoraban ahora el salón del apartamento de Erlendur. Iba a aquella casa del este del país cada pocos años y dormía en las ruinas de lo que en un tiempo fue su hogar. Desde allí subía al páramo a pie o a caballo, incluso dormía al raso. Le gustaba viajar solo y notar, poco a poco, como la profunda soledad lo invadía en los lugares de su infancia, llenos de momentos de aquel pasado aún tan presente para él, momentos que le despertaban sentimientos de añoranza.

Sabía que ese pasado solamente vivía en sus recuerdos. Cuando él se fuera, no quedaría nada. Cuando él dejase este mundo, sería como si nada de aquello hubiese existido jamás.

Como aquella noche que él y Bergur estaban acostados en la oscuridad de su cuarto. Deberían estar durmiendo pero estaban totalmente despiertos, y oyeron que un coche llegaba a la explanada. Oyeron cómo se abría la puerta delantera y las voces de sus padres al saludar a alguien e invitarle a pasar. Oyeron la apagada voz del visitante, pero no la reconocieron. A esas horas, no era normal recibir visitas. Los dos hermanos no se arriesgaron a ir a la cocina pero Erlendur abrió una rendija en la puerta de la habitación y se pusieron a espiar. Veían la cocina, los pies del visitante, unos fuertes zapatos negros y pantalones oscuros, y las piernas cruzadas. Veían una de sus manos sobre la mesa de la cocina, grande, con dedos fuertes y un anillo de oro hundido en el anular. No oían lo que decían. Su madre estaba junto a la mesa, de espaldas a ellos, y veían un hombro de su padre, que estaba sentado enfrente del recién llegado. Erlendur fue a la ventana y miró el coche. No conocía la marca, nunca había visto aquel tipo de vehículo.

Decidió caminar de puntillas por el pasillo. Pensaba ir él solo, pero Bergur amenazó con chivarse, de modo que le dejó acompañarle. Abrieron la puerta con muchísimo cuidado y avanzaron en silencio. Su madre no se dio cuenta de su presencia, y su padre y el huésped no estaban a la vista. Erlendur se puso a escuchar. La profunda voz del recién llegado se hizo más nítida, las palabras más claras; Erlendur captaba frases enteras. Hablaba con calma, con voz inteligible, como si quisiera asegurarse de que lo que tenía que decir tuviera el efecto debido. Erlendur notó un olor que había llegado junto al huésped, un extraño aroma dulzón que llenaba el aire. Se acercó sigilosamente. Bergur iba tras él, y tenía tanto cuidado de no hacer ruido que se puso a cuatro patas, vestido con su pijama de rayas.

Erlendur tenía siete años y aquella era la primera vez que oía hablar del delito más horrible de todos los delitos.

—... lo que significa que es bastante posible —dijo el recién llegado.

—¿Cuándo fue? —preguntó la madre.

—Hacia la hora de la cena, a las siete. Probablemente el crimen se cometió por la tarde. La escena era horrible. Debió de perder la razón. Debió de perderla por completo y se volvió loco en la habitación.

—¿Con el cuchillo de cortar pescado? —susurró su padre.

—Nunca se sabe, con estos forasteros —dijo el huésped—. Llevaba dos meses trabajando en la fábrica de pescado. Dicen que era un tipo muy tranquilo. Callado y reservado.

—Pobre chica —suspiró la madre.

—Como te he dicho, hoy no hemos visto a nadie pasar por aquí —dijo el padre.

—¿Es posible que esté escondido cerca? —preguntó la madre y, por el tono de su voz, Erlendur notó lo preocupada que estaba.

—Si piensa cruzar a pie, es posible que pase por aquí. Es probable que lo haga. Queríamos avisaros. Le vieron dirigirse hacia aquí. Hemos puesto vigilancia en los caminos, pero no sé de qué puede servir.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó el padre.

—¡Dios mío! —escuchó Erlendur que murmuraba su madre. Miró a Bergur, detrás de él, y le hizo una seña para que no hiciese ruido.

—Le cogemos —dijo el huésped desde el otro lado del umbral de la cocina. Erlendur miró fijamente sus fuertes zapatos negros—. Es cuestión de tiempo. Vienen más agentes desde Reikiavik para ayudarnos en la búsqueda. Nos ayudarán. Pero desde luego, es espeluznante que suceda algo semejante en nuestro fiordo.

—Al menos sabéis quién es —dijo el padre.

—Cerrad con llave esta noche y escuchad las noticias —dijo el huésped—. No quiero asustaros sin necesidad, pero es mejor tomar precauciones. Es posible que el asesino aún vaya armado. Probablemente con un cuchillo. No sabemos qué será capaz de hacer.

—¿Y la chica? —preguntó la madre, titubeante.

El visitante calló unos momentos antes de responder.

—La hija de Sigga y Leifi —dijo por fin, detrás de la puerta.

—¡No! —gimió la madre—. ¿Qué estás diciendo? ¿Dagga? ¿La pequeña Dagga?

Erlendur vio a su madre encogerse sobre el banco de la cocina y mirar con espanto al visitante.

—No encontramos a Leifi —dijo el huésped—. Anda por algún lugar con una escopeta. Es posible que también venga por aquí. Si le veis, intentad convencerle. Solo conseguirá empeorar las cosas persiguiendo a ese hombre. Sigga dijo que se había vuelto loco.

—Pobre hombre —murmuró la madre.

—Le comprendo perfectamente —dijo el padre.

Erlendur no sabía qué hacer, allí inmóvil, petrificado, junto a la puerta de la cocina. Bergur se había puesto de pie a su lado. Él no comprendía de la misma manera la seriedad del asunto. Bergur quería que su hermano le cogiera de la mano y metió su manecita en la de Erlendur, que le miró y volvió a indicarle que no hiciera ruido. Oyó a su padre hacer la pregunta que Erlendur había empezado a hacerse.

—¿Corremos peligro?

—No creo —dijo el visitante—. Pero toda precaución es poca. Nunca se sabe, cuando sucede algo así. Quería que lo supieseis. Aún tengo que ir a otro sitio, así que...

Se oyó arrastrar una silla por el suelo de la cocina, el invitado se estaba levantando. Erlendur apretó la mano de su hermano y corrieron por el pasillo, se metieron en el cuarto y cerraron la puerta. Oyeron a sus padres despidiéndose del hombre en la puerta de la casa y, cuando miraron por la ventana, vieron una silueta que se dirigía al coche y se sentaba en él. El coche se puso en marcha, los faros

delanteros se encendieron y se marchó, desapareciendo por el camino que iba hasta la granja.

Erlendur abrió una rendija en la puerta y se asomó. Vio a sus padres junto a la puerta, hablando a media voz. Vio a su padre hacer algo que no había hecho nunca: echó cuidadosamente la llave de las puertas, tanto la de delante como la del lavadero, que estaba detrás. Su madre inspeccionó las ventanas y cerró las que estaban abiertas. La vio dirigirse hacia él, y se metió en la cama, y Bergur también, justo antes de que se abriera la puerta y su madre apareciese en el quicio para mirar. Entró en la habitación para confirmar que la ventana estaba cerrada. Luego volvió a salir, y cerró la puerta.

Erlendur no se dormía. Oyó los susurros de sus padres que provenían de la cocina, pero no tuvo valor para levantarse e ir con ellos. Su hermano, que no comprendía nada de lo que ocurría, se durmió enseguida. Erlendur estaba tumbado en la oscuridad pensando en el asesino que podía estar acercándose a su casa en aquel instante. En el padre de la muchacha, que le perseguía con una escopeta, dominado por la furia, el odio y el dolor. Escuchó los ruidos que se magnificaban a su alrededor. Lo que antes era el familiar crujido de alguna placa suelta de latón en los establos se convertía en la terrorífica prueba de que alguien estaba acechando en el exterior de la casa. Si oía el balido de un cordero estaba seguro de que el asesino estaba escondido en alguna parte. Una ráfaga de viento sobre la casa le revolvió el estómago.

Se imaginó a Dagga y el cuchillo del pescado; se imaginó el horror hasta que el corazón parecía a punto de explotar en su pecho. Todos conocían a aquella chica. Era de otro fiordo, hija de unos amigos, y a veces había ido a cuidar de los hermanos cuando sus padres tenían que salir.

Antes de aquel acontecimiento, Erlendur nunca había oído hablar de delitos, no digamos de crímenes, pero de repente, esa noche, todo cambió y su mundo se convirtió en otro distinto, más despiadado. En el interior del ser humano se ocultaba una fuerza que él había ignorado hasta entonces, algo que temía, aunque era incapaz de comprender. Al día siguiente sus padres hablaron con él y su hermano sobre lo sucedido, aunque ahorrándoles los detalles. No salieron de casa en todo el día. Erlendur preguntó por qué las personas hacían esas cosas, pero sus padres no encontraron respuesta. Hizo una pregunta tras otra. Quería comprender lo que había sucedido, aunque fuera incomprensible y sus padres no tuvieran las respuestas que él buscaba. Se enteró de que el hombre del anillo de oro y los zapatos negros era el juez local. En la radio informaron del crimen y de que se estaba llevando a cabo una búsqueda exhaustiva del malhechor. Estaban en la cocina, escuchando la radio. Erlendur vio los gestos de preocupación de sus padres. Percibía el horror, el dolor y la destrucción, y sabía que, a partir de entonces, nada volvería a ser como antes.

El asesino fue capturado dos días después. Nunca estuvo cerca de su casa. Lo encontraron en Akureyri. Todos estaban seguros de que si el padre de la muchacha le hubiera encontrado primero, habría matado de un tiro al criminal. El padre estuvo

vagando toda la noche con su escopeta hasta que al día siguiente le encontró la policía. Estaba destrozado.

Entonces Erlendur descubrió que había algo llamado asesinato. Más tarde se encontró cara a cara con asesinos, y aunque no dio muestra alguna de ello, se sintió a veces, en lo más profundo, igual que aquella noche cuando el juez fue a su casa a horas intempestivas a avisar del hombre que llevaba un cuchillo del pescado.

Erlendur estaba profundamente sumergido en sus recuerdos. Miró por la ventana la noche negra y deseó ver las estrellas.

—Estos días tan oscuros... —se dijo.

Se reclinó de nuevo en el sillón y cerró los ojos.

Estos días tan oscuros...

Erlendur oyó el teléfono cuando dormía profundamente. Necesitó un buen rato para despertarse. Se había quedado dormido en el sillón y le dolía todo el cuerpo. Miró el reloj, eran casi las diez. Observó por la ventana y, durante un instante, no supo si era de día o de noche. El teléfono no quería dejar de sonar y se puso en pie lentamente para responder.

—¿Estabas durmiendo?

Sigurður Óli era conocido por su afición a madrugar. Solía presentarse en el trabajo mucho antes que los demás, y para entonces ya se había hecho unos largos en cualquiera de las numerosas piscinas de la ciudad y había tomado un energético desayuno.

—¿Qué pasa? —gruñó Erlendur, que aún estaba medio dormido.

—Tendría que convencerte para que tú también tomaras el *muesli* que desayuno, te deja hecho un hombre para todo el día.

—Sigurður.

—Sí.

—¿Me querías decir algo antes de que yo...?

—Es por el arañazo —se apresuró a decir Sigurður Óli.

—¿Qué pasa con él?

—Otros tres coches fueron rayados muy cerca del colegio los días anteriores —dijo Sigurður Óli—. Se supo ayer, en una reunión en la que se te echó de menos.

—¿Tienen el mismo tipo de daño?

—Sí. Un arañazo a lo largo del coche.

—¿Sabemos quién lo hizo?

—No, aún no. La Científica está examinando los otros coches, si no los han pintado ya. Es posible que se trate del mismo objeto. Otra cosa: Kjartan nos permitió registrar su Volvo. Dice que Elías jamás habría puesto un pie en el coche, pero pensé que sería mejor salir de dudas.

—¿Está colaborando? —preguntó Erlendur.

—Va mejor —dijo Sigurður Óli—. Y hay otra cosa más.

—Estás de lo más activo. ¿Es por el *musli*?

—*Muesli* —le corrigió Sigurður Óli—. Quizá deberíamos volver a centrarnos en la relación entre Nirán y su padrastro.

—¿Y eso?

Erlendur ya estaba despierto. No habría debido quedarse dormido de esa forma en casa, y sabía que se merecía las bromas de Sigurður Óli.

—Elínborg cree que deberíamos investigar más a Óðinn. Voy a ir a verle para preguntarle por Nirán.

—¿Estará en casa?

—Sí. Ya le he llamado.

—Nos vemos allí.

Óðinn iba un tanto desaliñado, tenía los ojos enrojecidos y la voz ronca. Le habían dado permiso en el trabajo y había ido algunas veces a casa de Sunee, con su madre, pero casi todo el tiempo se quedaba en casa a la espera de noticias. Invitó a entrar a los dos policías y sirvió café.

—Háblanos de Nirán —dijo Erlendur cuando Óðinn se sentó con ellos en el salón.

—¿Qué pasa con Nirán?

—¿Qué clase de chico es?

—Un chico de lo más normal —dijo Óðinn—. ¿Es que acaso...? ¿Qué quieres decir?

—¿Tenías buena relación con él?

—No puedo decir que sí. Yo no me interesaba por él.

—¿Sabes si el chico ha tenido problemas últimamente?

—No he tenido mucha relación con él —respondió Óðinn.

—¿Tenía Nirán algún motivo para mostrarse hostil contigo? —preguntó Erlendur. No sabía si habría podido preguntárselo de otra forma menos violenta. Quizás era una pregunta torpe e inapropiada.

Óðinn miró a uno y luego al otro.

—No me era hostil —respondió—. No había ningún problema entre nosotros. Él no se interesaba por mí, yo no me interesaba por él.

—¿Crees que puedes haber sido el motivo de que se haya escondido? —preguntó Erlendur—. ¿Puede ser por alguna represalia que esperaba de ti?

—No, no puedo ni imaginarlo —dijo Óðinn—. Naturalmente, para mí fue un shock cuando Sunee me habló de él. Y luego le hizo venir. Pero no me metí en el asunto.

—¿Por qué os divorciasteis? —preguntó Sigurður Óli.

—Bueno, se había acabado.

—¿No hubo un motivo en especial?

—Quizá. Varios. Como en cualquier matrimonio. La gente se separa y empieza de nuevo. Es así. Sunee es una mujer independiente y sabe lo que quiere. A veces discutíamos por los niños. Sobre todo por Elías. Ella quería que hablase tailandés. Yo le decía que le causaría un serio conflicto. Primero, y sobre todo, tenía que hablar islandés.

—¿Temías no entenderles? ¿Perder tu autoridad en la familia? ¿Quedar excluido? Óðinn sacudió la cabeza.

—A Sunee le gusta vivir en Islandia, excepto quizá por lo que se refiere al clima. Puede ayudar a su familia en Tailandia y mantiene una relación muy estrecha con su gente. Quiere conservar sus raíces.

—¿No es eso lo que queremos todos? —dijo Erlendur.

Se callaron.

—¿No crees que puedas ser tú la causa de que Niran se haya escondido? —repitió Erlendur.

—En absoluto —dijo Óðinn—. Nunca le he hecho nada.

El móvil sonó en el bolsillo de Erlendur. Tardó unos momentos en comprender quién llamaba. Dijo llamarse Egill y que habían estado charlando en el coche el otro día; era el profesor de carpintería.

—Ah, sí, hola —dijo Erlendur cuando reconoció a su interlocutor.

—Bueno, verás, en realidad es algo que pasa un día sí y otro también —dijo Egill, y Erlendur se lo imaginó con su barba, fumando en el coche—. De manera que no sé si tendrá importancia —continuó Egill—. Pero quería hablarlo contigo, de todos modos.

—¿De qué se trata? —preguntó Erlendur—. ¿Qué es lo que pasa un día sí y otro también?

—Siempre están robando cuchillos de esos —dijo Egill al teléfono.

—¿Qué cuchillos?

—Hombre, los de talla —dijo Egill—. Pero no sé si eso os sirve de algo.

—¿Qué es, qué ha pasado?

—Eso que yo los controlo mucho —dijo Egill, como si no hubiera oído la pregunta—. Controlo mucho los cuchillos. No son baratos. Los conté el otro día, haré unas dos semanas, y acabo de ver que ha desaparecido otro. Falta uno de los cuchillos de talla de la caja. Eso es lo que te quería contar.

—¿Y?

—Y nada. No he encontrado al ladrón ni nada. Solo quería decirte que falta un cuchillo. Pensé que querrías saberlo.

—Naturalmente —dijo Erlendur—, te agradezco la información. ¿Quiénes roban esos cuchillos?

—Bueno, probablemente los alumnos.

—Ya, pero ¿sabes de alguno en concreto? ¿Has pillado a alguien? ¿Son siempre los mismos o...?

—¿Por qué no vienes y echas un vistazo? —preguntó Egill—. Hoy estaré aquí.

Veinte minutos después, Erlendur y Sigurður Óli aparcaban el coche delante de la escuela. Los alumnos estaban en clase y no se veía ni una mosca en el aparcamiento.

Egill estaba en el taller de carpintería. Nueve chicos adolescentes se centraban en sus tareas sobre las mesas de carpintero. Estaban trabajando la madera y utilizaban formones y seguetas, pero lo dejaron cuando Erlendur y Sigurður Óli entraron en el aula. Egill miró su reloj e informó a los chicos de que podían salir diez minutos antes. Los chicos miraron a Egill asombrados, como si algo así fuera impensable en él. Se pusieron en marcha y empezaron a recoger. El taller de carpintería se vació en unos minutos.

Cuando salieron todos los chicos, Egill cerró la puerta. Miró a Sigurður Óli un buen rato.

—¿A ti no te di clase? —preguntó. Se dirigió hacia un armario que había en un rincón del aula, se inclinó y sacó una caja de madera que puso sobre la mesa.

—Estuve en este colegio hace muchos años —dijo Sigurður Óli—. No sé si me recuerdas bien.

—Me acuerdo de ti —dijo Egill—. Participaste en los líos de 1979.

Sigurður Óli miró de reojo a Erlendur, quien fingía no haberse enterado.

—Aquí guardo los cuchillos de talla —dijo Egill, y empezó a sacarlos uno tras otro y a ponerlos sobre la mesa—. Tiene que haber trece. No se me ocurrió comprobarlo después de la agresión.

—A nosotros tampoco —dijo Erlendur mirando a Sigurður Óli.

—Que falte algo del taller de carpintería no tiene por qué significar nada —dijo Sigurður Óli, como disculpándose.

—Y luego resulta que esta mañana —dijo Egill—, cuando teníamos que utilizar estos cuchillos, vino un alumno y me dijo que no tenía cuchillo para trabajar. El grupo era de trece, y yo sabía que tenía que haber exactamente ese número de cuchillos. Los conté. Había doce. Los reuní todos, volví a meterlos en la caja y la metí en el armario. Busqué por todas partes y luego os llamé. Sabía que eran trece hace una o dos semanas. Ya no.

—¿El armario se cierra con llave? —preguntó Erlendur.

—No, bueno, no se cierra mientras estamos en clase. Pero por lo demás sí, siempre está cerrado con llave.

—¿Y todos los alumnos tienen acceso a ellos?

—Sí, en realidad, sí. Hasta ahora nunca habíamos pensado que estos cuchillos pudieran ser armas asesinas.

—Pero ¿ha habido robos anteriormente? —dijo Sigurður Óli.

—Sí, no es la primera vez —dijo Egill, pasándose la mano por la barba—. Desaparecen cosas. Formones. Destornilladores. Incluso sierras. Cada año roban algo.

—¿No sería prudente dejar los armarios cerrados? —dijo Erlendur—. ¿No deberían vigilarse estos objetos?

Egill clavó los ojos en él.

—¿A ti qué te importa? —preguntó.

—Son cuchillos —dijo Erlendur—. Más aún, cuchillos de talla.

—El aula se cierra con llave, ¿no? —se apresuró a intervenir Sigurður Óli.

—Los cuchillos de talla no son armas excepto en manos de imbéciles —dijo Egill, sin escuchar las palabras de Sigurður Óli—. ¿Tenemos que fastidiarnos todos por unos cuantos imbéciles?

—¿Y qué hay de...? —comenzó Sigurður Óli, pero no pudo seguir.

—Además —continuó Egill—, los chicos trabajan con esas herramientas aquí dentro y se las pueden clavar o metérselas en las carteras si les apetece. Es difícil llevar un control exhaustivo.

—Y naturalmente, todos los chicos del colegio habrán pasado por las clases de carpintería desde que contaste los cuchillos —dijo Erlendur.

—Sí —respondió Egill, al que ya le había aparecido la mancha roja—. Cuando no hay clases, el aula está cerrada. Yo no salgo hasta que no se ha marchado el último alumno. Son medidas de seguridad. Siempre cierro con llave cuando salgo y también soy quien abre la puerta por las mañanas y después del recreo. Nadie más lo hace. Nunca.

—¿Y el personal de limpieza? —preguntó Sigurður Óli.

—Y ellos, claro —dijo Egill—. Nunca he notado que alguien haya intentado forzar los armarios.

—¿Crees que lo más probable es que se llevaran el cuchillo en hora de clase? —preguntó Sigurður Óli.

—¡No pretendas echarme la culpa! —exclamó Egill, casi gritando, indignado—. Yo no puedo estar pendiente de todo lo que pasa aquí dentro, ¡eso sería total y absolutamente imposible! Si unos chicos idiotas quieren robar algo del aula, seguro que no es difícil. Y sí, calculo que ha tenido que suceder durante la hora de clase. No podría haber pasado de otra forma.

Erlendur cogió uno de los cuchillos e intentó recordar lo que le había comentado el forense sobre el objeto con el que habían apuñalado a Elías. Hoja ancha pero no muy larga, recordaba que había dicho el doctor. El cuchillo de talla estaba muy afilado, tenía la hoja corta, que era más ancha cerca del mango de madera. Estaba tan afilado como una cuchilla de afeitar. Erlendur imaginó que no se necesitaría mucha fuerza para clavarlo en un ser humano. Pensó también que se podrían hacer unos magníficos arañazos en un coche con un instrumento parecido a aquel cuchillo de talla.

—Según tú, ¿cuántos alumnos podrían estar implicados en el robo? —preguntó—. Si suponemos que el cuchillo lo robaron en horas de clase.

Egill reflexionó.

—La mayoría de los alumnos de la escuela, supongo —contestó.

—Tendremos que hacer fotos a uno de estos cuchillos y repartirlas —dijo Erlendur.

—¿Es este el chico por el que me preguntaste en el coche? —dijo Egill a Erlendur, mirando a Sigurður Óli.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Erlendur. Había conseguido poner furioso al profesor de carpintería y ahora Egill se disponía a vengarse.

—Tenemos que irnos —dijo Erlendur a Sigurður Óli.

—¿Ya te ha contado lo que sucedió aquí en 1979? —continuó Egill—. ¿Te ha hablado de la pelea?

Estaban en la puerta. Sigurður abrió y salió al pasillo.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Erlendur, volviéndose hacia Egill—. Esta historia del cuchillo puede ser muy importante. Nunca se sabe lo que puede salir de

ahí.

Erlendur miró a Sigurður Óli, que parecía no tener ni idea de lo que pasaba, y le cerró la puerta a Egill en las narices.

—Gilipuetas —exclamó cuando iban por el pasillo—. ¿De qué pelea hablaba? —preguntó a continuación.

—No fue nada —dijo Sigurður Óli.

—¿Qué pasó?

—Nada, no fue más que una travesura idiota.

Estaban ya al aire libre, fuera del edificio del colegio, y se dirigían hacia el coche.

—Me resulta difícil imaginarte metido en altercados estúpidos —dijo Erlendur—. Tampoco estuviste tanto tiempo en este colegio. ¿Acabaste metiéndote en problemas?

Sigurður Óli suspiró. Abrió la puerta del coche y se sentó al volante. Erlendur se sentó en el asiento del pasajero.

—Yo, y otros tres —dijo Sigurður—. Nos negamos a salir durante el recreo. Fue una cosa muy inocente. Hacía un tiempo de locos y dijimos que no salíamos.

—Una estupidez por vuestra parte —dijo Erlendur.

—No elegimos al profesor adecuado —dijo Sigurður con cara seria—. Era un sustituto que hacía poco que había llegado al centro y no le conocíamos. Por algún motivo, nos puso de los nervios. Probablemente fue así como empezó. Había chicos que habían estado intentando chingarle durante las clases, burlarse de él, cosas de esas. No le hizo ninguna gracia. Allí explotó. Se enfadó y se dedicó a insultarnos. Nosotros éramos unos cabezotas y respondimos lo que quisimos y él se fue poniendo más y más furioso y empezó a tirar de nosotros para hacernos salir, pero nosotros nos resistimos. Varios profesores se sumaron a la riña, y también alumnos, y se produjo una pelea multitudinaria por todos los pasillos. Todos se pegaban. Todo el mundo atacaba a todo el mundo, alumnos a profesores y profesores a alumnos. Intentaron calmar la situación pero no hubo forma y alguien acabó llamando a la policía. Salió en la prensa.

—Y todo por tu culpa —dijo Erlendur.

—Yo participé, y me expulsaron dos semanas —dijo Sigurður Óli—. Nos echaron a los cuatro y a algunos más que se enzarzaron con especial dureza en las peleas. Mi padre se puso furioso a más no poder.

Sigurður Óli nunca antes había mencionado a su padre delante de Erlendur, ni siquiera le había oído mencionar el nombre, y pensó si se debería aventurar en ese terreno. Todo aquello era nuevo para él. Era incapaz de imaginarse que Sigurður hubiera podido ser expulsado de una escuela.

—Esto... yo... —Sigurður Óli tenía aún algo que contar, pero no sabía cómo decirlo—. No era propio de mí. Nunca había hecho algo parecido y desde aquella vez no he vuelto a perder el control.

Erlendur se quedó callado.

—Lastimé seriamente al profesor —dijo Sigurður Óli.

—¿Qué pasó?

—Por eso lo recuerdan todos. Lo llevaron al hospital.

—¿Por qué?

—Se golpeó la cabeza con el suelo de muy mala manera —dijo Sigurður Óli—. Le hice caer y aterrizó en el suelo con la cabeza por delante. Al principio pensé que no sobreviviría.

—No debiste de sentirte demasiado bien, con eso en la conciencia.

—Yo... no me sentía nada bien esos días. Era algo que...

—No tienes que contármelo.

—Se divorciaron —dijo Sigurður—. Mis padres, quiero decir. Ese verano.

—Vaya —dijo Erlendur.

—Me fui a vivir con mi madre. Solo llevábamos aquí dos años.

—El divorcio de los padres es una prueba muy dura para los hijos.

—¿Estuviste hablando de mí con el profesor de carpintería? —preguntó Sigurður Óli.

—No, fue él quien se acordó de ti —dijo Erlendur—. Recordaba el lío.

—¿Mencionó a mi padre? —preguntó Sigurður.

—Es posible —dijo Erlendur con prudencia.

—Papá se pasaba el día en el trabajo. Creo que nunca se enteró de por qué le abandonó mamá.

—¿Sucedió de repente? —preguntó Erlendur, extrañado de que Sigurður se mostrara dispuesto a charlar con él sobre ese tema.

—No conozco toda su historia. Aún hoy no sé bien lo que pasó. Mi madre nunca me lo contó.

—Eres hijo único, ¿no?

Erlendur recordó que Sigurður Óli lo había mencionado un día.

—Me pasaba mucho tiempo solo en casa —dijo Sigurður Óli mientras movía la cabeza asintiendo—. Sobre todo tras el divorcio. Cuando nos mudamos. Después estábamos siempre de mudanza.

Se callaron.

—Qué curioso, volver aquí después de tanto tiempo —dijo Sigurður Óli.

—El mundo es un pañuelo, y esta ciudad, no digamos.

—¿Qué te dijo de mi padre?

—Nada.

—Papá era fontanero. Le llamaban Sifón.

—Vaya —dijo Erlendur, haciendo ver que era algo nuevo para él.

—Egill me recordaba. Me di cuenta enseguida. Yo también le recuerdo. Todos le teníamos un poquitín de miedo.

—No es el tipo más simpático del mundo... —dijo Erlendur.

—Sé que a papá le habían puesto ese mote. Era así. Con él se podía bromear. Hay personas que son así. No le molestaba. Pero yo no lo aguantaba.

Sigurður miró a Erlendur.

—Me esfuerzo por ser todo lo que él no era.

La mujer, bajita y de unos sesenta años, recibió a Erlendur en la puerta con una sonrisa. Su espesa cabellera castaña le caía sobre los hombros y su amistosa mirada dejaba entrever que no entendía el motivo de aquella visita. Erlendur había ido solo. Se presentó a mediodía, a ver si estaba. La mujer vivía en Kópavogur y todo lo que Erlendur sabía sobre ella es que se llamaba Emma.

Se presentó y, cuando la mujer supo que era policía, le invitó a entrar a un salón con la calefacción puesta al máximo. Erlendur se apresuró a quitarse el abrigo y se desabrochó la chaqueta. Fuera estaban a nueve grados bajo cero. Se sentaron. Todo indicaba que la mujer vivía sola. De la habitación se desprendía una tranquilidad intrigante, una calma plácida que sugería que vivía sola.

—¿Siempre has vivido sola? —preguntó Erlendur para romper el hielo y hacerla sentir cómoda, aunque no tardó en darse cuenta de que su pregunta era de lo más indiscreta. Ella pareció compartir esta opinión.

—¿Es eso lo que necesita saber la policía? —preguntó Emma de una forma tan inexpresiva que Erlendur no supo si se estaba burlando de él.

—No —respondió Erlendur a toda prisa—. Claro que no.

—¿Qué quiere de mí la policía? —preguntó la mujer.

—Estamos buscando a un hombre —respondió Erlendur—. Hace tiempo era vecino tuyo. Vivías en un bloque de apartamentos, justo enfrente de su puerta. Hace ya muchos años y no sé si le recordarás. Pero quería intentarlo.

—¿Es por ese horrible caso que sale en los periódicos, el del chico?

—No —dijo Erlendur, convencido de que no le mentía. No sabía exactamente por qué le estaba buscando, ni tampoco por qué había ido a molestar a aquella mujer.

—Es espeluznante saber que pueden pasar cosas como esa —dijo la mujer—. Que ataquen así a un niño es difícil de entender, una atrocidad incomprensible.

—Es cierto —dijo Erlendur.

—Solo he vivido en tres sitios a lo largo de mi vida —dijo la mujer—. Donde nací, en ese bloque del que hablas y aquí en Kópavogur. Eso es todo, no hay más. ¿En qué año era eso?

—No estoy muy seguro, pero probablemente estaremos hablando de finales de los años setenta y principios de los ochenta. Era una familia pequeña. Una madre con su hijo. Probablemente vivía con un hombre durante aquellos años. Estoy buscando a ese hombre. No era el padre del chico.

—¿Por qué le buscas?

—Asuntos policiales —dijo Erlendur con una sonrisa—. Nada serio. Solo necesitamos localizarle. La mujer se llamaba Sigurveig, y el hijo Andrés.

Emma titubeó.

—¿Sí? —preguntó Erlendur.

—Les recuerdo —dijo despacio la mujer—. Recuerdo bien a ese hombre. Y al chico. La madre, Sigurveig, era alcohólica. A veces la vi volver a casa tarde, en plena noche, y estaba borracha. Creo que no cuidaba demasiado del chico. Creo que el pobre no lo pasaba bien.

—¿Qué puedes decirme del hombre que vivía con ella?

—Se llamaba Rögnvaldur. No recuerdo el nombre de su padre. Nunca lo supe. ¿No era marino? No pasaba mucho tiempo en casa. Creo que era moderado con la bebida, al menos más que ella. En realidad, no entendía por qué estaban juntos... Eran tan diferentes.

—¿Quieres decir que no estaban enamorados, o...?

—No comprendía la relación. A veces les oía discutir, lo escuchaba a través de la puerta de su piso cuando estaba en el pasillo...

Interrumpió su relato de repente, como si sintiera la necesidad de explicar un pequeño detalle.

—No es que les espiera —dijo con una débil sonrisa—. A veces discutían a gritos. La lavandería estaba en el sótano y a veces iba o venía de allí...

—Entiendo —dijo Erlendur, y se la imaginó en el pasillo con la oreja pegada a la puerta.

—Él no hacía más que decirle que no servía para nada. Siempre estaba humillándola, despreciándola, burlándose de ella. No me gustaba ese tipo, lo poco que sabía de él, que era casi nada. Pero me di cuenta de lo mezquino que era. Mezquino. Un tipo miserable.

—¿Y el chico? —preguntó Erlendur.

—Siempre intentaba pasar desapercibido, el pobre. Evitaba cualquier contacto con la gente. Yo tenía la sensación de que no estaba demasiado bien. No sé lo que era, pero parecía un tanto desgraciado. Ay, algunos de esos chavales están tan desatendidos...

—¿Puedes describirme al tal Rögnvaldur? —dijo Erlendur al ver que la mujer se detenía a mitad de la frase.

—Puedo hacer algo mejor —dijo Emma—. Creo que por algún sitio tengo una foto suya.

—¿Y eso?

—Él pasaba por la acera delante del bloque. Una amiga mía me hizo una foto delante del portal y luego resultó que él también salió.

Se levantó y se dirigió a un armario que había en el salón. En él guardaba varios álbumes de fotos, y sacó uno. Erlendur miraba el apartamento desde donde estaba sentado. Todo se veía limpio y en orden. Supuso que metería las fotos en un álbum en cuanto las revelaba. Incluso que las numeraría, indicaría la fecha y añadiría una breve descripción. ¿Qué otra cosa podía hacer las tardes del largo invierno una mujer que vivía sola en un apartamento como aquel?

—Le faltaba un dedo índice —dijo Emma cuando llegó con el álbum—. No sé cuándo me di cuenta. Tuvo un accidente.

—Vaya —dijo Erlendur.

—A lo mejor estaba fabricando algo. Solo le quedaba un muñón. En la mano izquierda.

Emma se sentó con el álbum y empezó a pasar las páginas. Erlendur tenía razón, las fotos estaban dispuestas cuidadosamente en orden cronológico y perfectamente etiquetadas. Pensó que cada una tendría su lugar exacto en la memoria de la mujer.

—Me encanta mirar estas fotos —dijo Emma, respondiendo indirectamente a los pensamientos de Erlendur.

—Pueden ser cosas muy valiosas —dijo él—. Los recuerdos, quiero decir.

—Aquí está —dijo Emma—. Es una foto bastante buena.

Entregó el álbum a Erlendur y señaló la foto. Vio a Emma, unos treinta años más joven, sonriendo a la cámara, delgada como ahora, con una pañoleta en el pelo y una bonita rebeca que le llegaba hasta la cintura, y pantalones ceñidos. La foto era en blanco y negro. Detrás de ella vio al hombre al que había llamado Rögnvaldur. Él también miraba a la cámara y tenía una mano levantada, como para taparse la cara. Seguramente se dio cuenta demasiado tarde de que iba a salir en la foto. Era delgado, con unas entradas bastante pronunciadas, ojos grandes y algo salientes, cejas finas y, sobre ellas, una frente alta y despejada.

Erlendur miró el rostro del hombre y sintió que le recorría un escalofrío al darse cuenta de que hacía poco había visto a aquel hombre. Seguía siendo reconocible a pesar de los años pasados.

—¿Qué sucede? —preguntó Emma.

—¡Es él! —exclamó Erlendur.

—¿Él? —dijo Emma—. ¿Quién?

—¡Este hombre! ¿Será posible? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Rögnvaldur.

—No, no se llama Rögnvaldur.

—Bueno, entonces lo recuerdo mal. ¿Le conoces?

Erlendur levantó los ojos del álbum.

—¿Será posible? —dijo en un murmullo.

Volvió a mirar al hombre de la foto. No le conocía pero había entrado en su casa y sabía quién era.

—¿Decía que se llamaba Rögnvaldur?

—Sí, así se llamaba —dijo Emma—. No creo que me lo haya inventado yo.

—Seguro que no —dijo Erlendur.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Cuando hablé con él no se llamaba Rögnvaldur —dijo Erlendur.

—¿Has hablado con él?

—Sí, he hablado con este hombre.

—¿Y qué pasa? Si no se llama Rögnvaldur, ¿cómo se llama?

Erlendur tardó un momento en responder.

—¿Cómo se llamaba cuando hablaste con él? —repitió Emma.

—Se llamaba Gestur —dijo Erlendur como despistado, mirando fijamente la foto del vecino de piso de Sunee, el hombre que le invitó a entrar en su casa y que conocía a Elías y Niran.

Erlendur estaba presente cuando abrieron el apartamento de Gestur enfrente del piso de Sunee. Elínborg le acompañaba. El tribunal del distrito les había proporcionado una orden de registro para la tarde. Según los policías que habían estado vigilando la escalera desde que encontraron el cadáver del niño en el patio del bloque, el vecino del penúltimo piso, enfrente de la puerta de Sunee, no se había dejado ver. Solo Erlendur le había visto y había hablado con él. Después no se había sabido nada más de él.

No fue necesario tirar la puerta abajo. Gestur tenía el piso alquilado, como otros inquilinos de aquella misma escalera, y Erlendur había conseguido la llave de repuesto. Al comprobar que no respondía a las llamadas al timbre y a la puerta, y cuando todos los papeles necesarios estuvieron dispuestos, Erlendur metió la llave en la cerradura y abrió. Sabía que solo disponía de las palabras de Andrés sobre pedofilia en el barrio, y Andrés era un redomado mentiroso, si bien Erlendur se sentía inclinado a creerle. Se percibía algo especial en Andrés cuando hablaba de aquel hombre. Un miedo antiguo que seguía acosándole.

En el piso, todo estaba exactamente igual que cuando Erlendur estuvo allí, aunque parecía que hubiera pasado un paño con detergente por todas partes. El olor a detergente aún flotaba en el aire. La cocina estaba limpia como un espejo, y lo mismo podía decirse del cuarto de baño. Parecía que habían pasado la aspiradora por la alfombra del salón hacía poco y en el dormitorio de Gestur no había señales de que alguien hubiera dormido allí. Erlendur se dio cuenta ahora, mucho mejor que en la primera visita, de la escasez de muebles del apartamento. La primera vez que entró había tenido la sensación de que era más grande que el de Sunee, aunque realmente eran iguales. Estaba en medio del salón y creyó encontrar la explicación: el apartamento de Gestur tenía un mobiliario muy pobre. Erlendur había entrado allí en la oscuridad de los largos días de invierno y Gestur solo había encendido una lámpara, pero Erlendur notó el vacío. No había cuadros en las paredes. En el salón solo había dos sillas y una pequeña mesa de salón y otra de comedor, no mucho más grande, con tres sillas. Había una estantería con libros de bolsillo extranjeros. En el dormitorio, una cama y una mesilla de noche vacía. En la cocina había tres platos, tres vasos y tres pares de cubiertos, una sartén pequeña y dos cacerolas de distinto tamaño. Todo estaba perfectamente fregado, y cada cosa en su sitio.

Erlendur examinó el apartamento. No había nada nuevo en él. Las mesas y las sillas podían proceder de un mercado de segunda mano. También la mesilla de noche. La cama individual del dormitorio tenía un viejo colchón de muelles. Pensó si Gestur se habría puesto manos a la obra, inmediatamente después de su conversación, para borrar toda traza de su presencia. En el baño no había maquinilla de afeitar ni cepillo de dientes. El piso estaba completamente desprovisto de objetos personales. El hombre no tenía ordenador y en los cajones no aparecieron recibos ni cartas, diarios

ni periódicos, ninguna señal que indicara que alguien vivía en aquel apartamento.

El inspector de la Científica se acercó a Erlendur junto con otros tres hombres.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el inspector.

—A un pedófilo —dijo Erlendur.

—No es que haya dejado demasiadas cosas —dijo el inspector.

—A lo mejor tuvo que irse a toda prisa —dijo Erlendur.

—Dudo que encontremos ninguna huella dactilar.

—No, pero intentadlo de todos modos.

Elínborg recorría silenciosa el apartamento cuando sonó su móvil. Habló un buen rato antes de volver a metérselo en el bolsillo; se dirigió hacia Erlendur.

—Ya quisiera yo que mi piso estuviera así de pulcro —dijo—. ¿Crees que el Gestur este puede haber atacado a Elías?

—Es una posibilidad como otra cualquiera —dijo Erlendur.

—Parece que se ha largado, ¿verdad?

—Es posible que sacara la fregona en cuanto me fui —dijo Erlendur.

—¿Cabe la posibilidad de que simplemente sea un hombre limpiísimo y que se haya tomado unos días de vacaciones?

—No lo sé —dijo Erlendur.

—Sigurður Óli no ha encontrado nada sobre ese hombre —dijo Elínborg, sacando el móvil—. El nombre no está en nuestros archivos de delincuentes sexuales, que se remontan a varios decenios atrás. Está comparando la foto con nuestra base de datos de imágenes. Me pidió que te diera recuerdos.

—No me vengas con bases de datos —dijo Erlendur—. Me aburren. ¿Por qué no lo llamáis nuestro «fichero fotográfico»? ¿Qué tiene eso de malo, eh? Vamos, dime.

—Ay, deja que la gente hable como quiera.

—De acuerdo, es posible que vuelva a arremeter contra molinos —dijo Erlendur.

—No parece que se haya traído a muchos niños por aquí —dijo Elínborg. Y no lo dijo con ironía. Erlendur sabía de lo que hablaba. Habían entrado en casas de pedófilos que parecían un mundo de sueños infantiles donde todos sus deseos se verían cumplidos. En aquel apartamento no podía encontrarse nada por el estilo. Ni un papel de caramelo. Ni un juego de ordenador.

—Si Gestur no me mintió, conocía a Elías —dijo Erlendur—. Ese es el objeto de la búsqueda. Pero como dices, si Elías vino por aquí alguna vez, Gestur lo limpió todo a conciencia cuando se fue.

—Puede que tenga otro escondite donde guarde el chocolate y las galletas.

—No sería la primera vez.

—¿Volvemos a hablar con Andrés? —preguntó Elínborg.

—Sí, debemos hacerlo —dijo Erlendur, mostrando que la idea no le apetecía lo más mínimo.

Mientras esperaban la orden de registro para entrar en el apartamento de Gestur, intentaron recopilar más información sobre él. Hablaron con el casero, dueño de la

mayor parte de las viviendas de la escalera. Erlendur y Elínborg fueron a su oficina, que estaba en el centro de la ciudad. El casero era un hombre bastante nervioso de treinta y tantos años, que había heredado un coto de pesca en el norte, lo había vendido y ahora se dedicaba al negocio inmobiliario en Reikiavik, al parecer con bastante éxito. Les dijo que pretendía ir vendiendo las viviendas de la escalera una tras otra, ya que el negocio del alquiler resultaba demasiado estresante y había gente de lo más variopinta. También alquilaba pisos en otras zonas de la ciudad y constantemente debía acudir a la justicia, expulsar inquilinos o enviar avisos para cobrar los alquileres, en general sin obtener resultado alguno.

—Y el Gestur este, ¿pagaba puntualmente? —preguntó Elínborg.

—Siempre. Tiene alquilado ese piso desde hace año y medio y nunca he tenido problemas con él.

—¿Ingresa el alquiler por transferencia bancaria?

El casero vaciló un momento.

—¿Paga en mano? —preguntó Erlendur—. ¿Viene aquí a pagarte en metálico?

El casero asintió.

—Lo prefirió —respondió—. Fue él quien lo propuso. En realidad, lo puso como condición.

—¿Comprobaste su número de la Seguridad Social cuando alquiló el piso? —preguntó Elínborg.

—Se me pasó —dijo el casero.

—¿Quieres decir que lo cobras todo en negro? —preguntó Erlendur—. ¿No declaras estas sumas?

El casero se quedó callado. Carraspeó.

—Bueno, espero que todo esto no salga de aquí —dijo titubeante. No le habían dicho por qué estaban preguntando por aquel inquilino en concreto—. Todo esto no va a ir a Hacienda, ¿verdad?

—Solo si resultas ser un mentiroso compulsivo —dijo Erlendur.

—Es que... —dijo el casero con apuro—. Tengo toda clase de contratos, vale. Ese hombre apareció por aquí a ver si podíamos llegar a un acuerdo. Le daba igual el precio, pero no quería papeles. Le dije que necesitaría un aval, pero el tipo era de lo más convincente. Dijo que pagaría medio año por adelantado y que podía quedarme otros tres meses como fianza. Utilizaba billetes. Dijo que ya era demasiado mayor para todos esos líos. Le creí. Es uno de los mejores inquilinos que he tenido nunca. Jamás ha fallado una mensualidad.

—¿Realmente llegaste a hablar con él en persona? —preguntó Elínborg.

—Nos habremos visto dos o tres veces desde entonces. Eso es todo. ¿Vais a ir con esto a Hacienda?

—¿Así que el piso no figura a nombre de nadie?

—No —dijo el casero encogiéndose de hombros, como si estuviera reconociendo un despiste sin importancia.

—Dime otra cosa, Sunee vive en el piso de enfrente. ¿Paga puntualmente? —preguntó Erlendur.

—¿Te refieres a la *tai*? —preguntó el casero—. Paga siempre.

—¿En negro? —preguntó Elínborg.

—No, no —respondió el casero—. Con luz y taquígrafos. Todo lo hago con luz y taquígrafos menos lo de ese tipo.

El casero titubeó.

—Bueno, quizá dos o tres más. Pero ni uno más. A esa señora le dije que la echaría a patadas si no pagaba. No me gusta alquilarle a esa gente, pero el mercado está imposible, ¡menuda es la gente que alquila, tío! Pienso dejarlo. Venderé los pisos. No aguanto seguir en esto.

Solo tenían esa información. Estaban en el salón del hombre que se hacía llamar Gestur o Rögnvaldur sin saber qué hacer. No tenían ni idea de dónde debían buscarle, no sabían quién era, en realidad no tenían nada en lo que basarse, más allá de las palabras de un delincuente.

—Es curioso cómo desaparece la gente en este caso —dijo Elínborg—. Niran. Y ahora este hombre.

—Me temo que será más difícil encontrarle a él que a Niran —dijo Erlendur—. Es como si esta no fuera la primera vez que hace algo así. Como si ya hubiera tenido que desaparecer anteriormente a toda prisa.

—Querrás decir si es la persona que Andrés dice que es, supongo.

—De alguna forma, todo está bien preparado —dijo Erlendur—. Demasiado calculado. Probablemente tendrá otro escondite donde puede ir cuando una situación hace que se le preste demasiada atención.

—Ni siquiera aquí tiene cosas personales —dijo Elínborg—. No ha dejado nada. Es como si no existiera. Como si nunca hubiera existido.

Al darles la llave de repuesto, el casero les había dicho que los pocos muebles que había en el piso eran suyos. Incluso los libros de bolsillo de la estantería eran de su propiedad. En el salón había un televisor viejo, y un viejo radiocasete en la cocina. El televisor formaba parte del alquiler.

—Debemos hablar con los vecinos de esta escalera —suspiró Erlendur—. Enterarnos de sus idas y venidas, de si ha mostrado especial interés por los chicos del bloque. O por los chicos del barrio. Todo eso. ¿Te encargas?

Elínborg asintió.

—¿Crees que Sunee puede haber escondido a Niran por culpa de este hombre? —dijo.

—No lo sé —respondió Erlendur—. En estos momentos no veo nada con claridad.

—¿Por qué no nos dice de qué tiene miedo, para que podamos ayudarla?

—No lo sé.

Erlendur cruzó el pasillo hacia el piso de Sunee cuando apareció Guðný. La había

llamado para que les ayudara. No sabía cómo plantear las preguntas para conseguir lo que deseaba sin herir a Sunee. Se sentó con ella y Guðný bajo el dragón amarillo y le habló del vecino de enfrente y de las sospechas sobre qué clase de crímenes podía haber cometido. Sunee escuchó con atención, hizo preguntas, respondió sin peros y, cuando volvieron a levantarse, Erlendur estaba convencido de que el hombre del piso de enfrente nunca se había comportado de una forma extraña con los chicos.

—Yo sabe —dijo Sunee con decisión—. Nada pasa.

—Parecía conocer a Niran y Elías.

—Le conocían porque vive justo enfrente —tradujo Guðný de Sunee—. Nunca entraron en su casa. Elías fue una o dos veces a hacerle algún recado.

Otros inquilinos de la escalera no tenían mucho que decir de él: iba y venía sin que nadie le prestara atención. Nunca se oían ruidos en su casa. Se movía por allí sigiloso como un ratón, dijo Fanney.

Elínborg vio que Erlendur estaba pensando en otra cosa al salir de casa de Sunee.

—¿Sigurður Óli te ha hablado alguna vez de su padre? —preguntó mientras bajaban las escaleras—. ¿Sabes algo de él?

—¿Sigurður Óli? No. Al menos no lo recuerdo. Nunca habla de sí mismo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué pasa con su padre?

—No, nada. Hoy he estado hablando con él y de pronto empecé a pensar que no le conozco en absoluto.

—No sé de nadie que le conozca —dijo Elínborg.

Enseguida lamentó haber dicho esa frase en tono de broma al ver que Erlendur hablaba en serio. A menudo mostraba una ironía exacerbada respecto a Sigurður Óli, pero es que él lo pedía, con sus opiniones inflexibles, su rigidez y su falta de empatía. Nunca permitía que el trabajo le afectara, fuera lo que fuese. Parecía insensible a todo. Elínborg sabía que aquello era una diferencia clara entre Erlendur y Sigurður Óli, y que por eso se producían todos sus desencuentros.

—Ay, no sé —dijo Erlendur—. No es un mal poli. Tampoco es una mala persona.

—Yo nunca he dicho eso —dijo Elínborg—. Pero no me apetece intimar con él.

—Mientras hablaba hoy con él, me he dado cuenta de que no lo conocía. No sé nada de él. Es lo mismo que me pasó con Marion Briem. Y ahora ha muerto, como sabes.

Elínborg asintió. La noticia había corrido entre la gente de la policía. Muy pocos recordaban a Marion, solo los más viejos. Nadie había tenido contacto con Marion, excepto Erlendur, quien desde su muerte no paraba de darle vueltas a la naturaleza de su trabajo en común y de su amistad. De pronto se encontró pensando en Sigurður Óli y en Elínborg, sus más estrechos colaboradores. Apenas les conocía, y en gran parte la culpa era suya. Sabía mejor que nadie que no era un hombre demasiado sociable.

—¿Echas de menos a Marion? —preguntó Elínborg.

Habían salido al intenso frío del invierno. Erlendur se detuvo y se arrebujó en el abrigo. No había tenido tiempo de reflexionar sobre la pregunta que se le planteaba

ahora, de repente. ¿Echaba de menos a Marion?

—Sí —respondió—. Echo de menos a Marion. Echaré de menos...

—¿Qué? —preguntó Elínborg al ver que Erlendur se callaba sin haber acabado la frase.

—No sé por qué te importuno con esto —dijo, y aceleró el paso hacia su coche.

—No me molestas —dijo Elínborg—. Nunca lo has hecho —continuó, segura de que Erlendur no la escuchaba.

—Elínborg —dijo Erlendur, dándose la vuelta.

—¿Sí?

—¿Qué tal está tu hija? ¿Mejora de su gripe?

—Va mejorando —respondió Elínborg—. Gracias por preguntar.

Llegaron a casa de Andrés poco después de la hora de cenar. Estaba en casa, un poco borracho, pero se podía hablar con él. No habían encontrado motivos para mantenerle detenido después del primer interrogatorio y le dejaron libre. Los invitó a entrar con una sonrisita en los labios que enseguida consiguió irritar a Erlendur. Sigurður Óli cerró la puerta tras ellos. Había pasado la mayor parte del día buscando alguna pista que pudiera tener relación con Gestur, pero no había encontrado nada sobre él en los archivos de la policía, y estaba ya cansado. Elínborg se había ido a casa. En el apartamento de Andrés reinaba la oscuridad y había un denso olor a comida, casi hedor, como si hubiera estado comiendo raya podrida frita en grasa de cordero. Se quedaron de pie en medio del salón. Andrés se sentó en un sillón delante del televisor. Sobre la mesa, a su lado, tenía unas latas de cerveza. A un lado había botellas vacías de aguardiente. Estaba de espaldas a ellos mirando la televisión, como si no existieran. La única luz era el parpadeante resplandor de la pantalla. El sillón de la televisión tenía respaldo alto y apenas le veían la cabeza.

—¿Qué tal? —preguntó Andrés; cogió una lata, sorbió un poco de cerveza y eructó.

—Lo encontramos —dijo Erlendur—. A tu padrastro.

Andrés dejó la lata sobre la mesa, lentamente.

—Mientes.

—Se hace llamar Gestur. Vive en el mismo bloque que el chico al que agredieron.

—¿Y qué?

—Dínoslo tú.

—¿A qué te refieres?

—¿Dónde está?

—Pero bueno, ¿no dices que le has encontrado?

—Encontramos su piso —dijo Erlendur. Andrés estiró el brazo para coger otra cerveza.

—Pero ¿a él no?

—No —dijo Erlendur.

Se callaron.

—Nunca le encontraréis —dijo Andrés.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Erlendur.

—¿Y qué pasa si lo sé?

—Pues nos lo dices —dijo Sigurður Óli, enfadado.

—¿Entrasteis en su casa? —preguntó Andrés.

—Eso no es asunto tuyo —dijo Erlendur.

—¿Cómo era su piso? ¿Era como el mío? —preguntó mientras estiraba el brazo en el que tenía la cerveza, como para que admirasen el basurero que era su casa.

—Podemos encerrarte por entorpecer una investigación policial —dijo Sigurður Óli.

—Ah, ¿sí?

—Y por negarte a informar —añadió Sigurður Óli.

—Me cago de miedo —dijo Andrés.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Sigurður Óli.

—Dais palos de ciego y ahora le toca a Andresito sacaros del atolladero —dijo—. ¿Es así? ¿Así son las cosas? Polis de mierda. ¿Cuándo me habéis ayudado?

Erlendur miró a Sigurður Óli. Sus labios formaron la palabra *Andresito*, y sacudió la cabeza, asombrado.

—¿Qué nombre usaba cuando le conociste? —preguntó Erlendur.

—Se hacía llamar Rögnvaldur —dijo Andrés—. Por aquella época se llamaba Rögnvaldur. Le habéis localizado, ¿no? Pero no encontraréis nada. No averiguaréis nada sobre él. No tenéis ni idea de quién es ese hombre. Solo Andresito puede ayudaros. Os voy a decir una cosita. Andresito no os va a ayudar. Andresito no va a mover ni un dedito. ¿Sabéis por qué?

—¿Por qué? —preguntó Erlendur.

—¿Qué gilipollez es esa de Andresito? —dijo Sigurður Óli nervioso, mientras cogía el sillón donde estaba Andrés para darle la vuelta y dejarlo de espaldas al televisor. Erlendur agarró a Sigurður con intención de pararle, pero era demasiado tarde. El sillón giró lentamente hacia ellos. Andrés alzó la vista.

—¡Eres idiota! —gritó Erlendur a Sigurður Óli.

—Díselo que se entere bien —chilló Andrés.

—Espera fuera —le ordenó Erlendur.

—Pero qué... —empezó a objetar Sigurður Óli, pero se detuvo. Clavó los ojos en Erlendur, luego en Andrés y salió en silencio, sin decir nada ni hacer ruido. Andrés se rio de él.

—Sí, lárgate de aquí —le gritó.

—¿Por qué no quieres ayudarnos? —preguntó Erlendur cuando Sigurður ya había salido.

—Lo que yo haga no es cosa vuestra —dijo Andrés, que se volvió hacia el

resplandor de la televisión.

—¿Nos estás mintiendo, Andrés?

El resplandor de la televisión parpadeaba en el pequeño apartamento e iluminaba el desorden y la desidia. Erlendur se sentía mal allí, donde no había más que desolación.

—Yo no estoy mintiendo —dijo Andrés.

—¿Qué clase de individuo es ese que se hacía llamar Rögnvaldur? —preguntó Erlendur—. ¿Quién es?

Andrés no le respondió.

—Dijiste que habías vuelto a verle hace unos días. ¿Sabes dónde está?

—No tengo ni idea —dijo Andrés—. No pienso ayudaros. ¿Entendido?

—¿Cuándo le viste por el barrio?

—Le vi hace un año.

—¿Y le has estado siguiendo desde entonces?

—No pienso ayudaros.

—¿Sabes dónde trabaja? ¿Sabes lo que hace durante el día? ¿De qué vive? ¿Tiene trabajo?

Andrés no respondió.

Erlendur sacó del bolsillo la foto del hombre que se llamaba Rögnvaldur cuando vivía con la madre de Andrés. Miró un instante, otra vez, el rostro del hombre al que estaba buscando y luego pasó la foto por encima del alto respaldo del sillón. Andrés la cogió.

—¿Es él? —preguntó Erlendur.

Andrés no respondió.

—¿Le reconoces?

—Es él —dijo Andrés finalmente.

—¿Tenía este aspecto cuando le conociste?

—Sí, es él —dijo Andrés.

—¿Qué clase de hombre es? —repitió Erlendur—. ¿Qué puedes decirme de él?

Andrés no contestó. Erlendur solo podía verle la coronilla pero imaginó que tenía la foto delante de los ojos.

—¿Sería capaz de matar a un niño? —preguntó Erlendur.

Pasaron unos instantes antes de que el sillón empezara a girar, apartándose del televisor, y Andrés le miró a los ojos. Ya no sonreía. Su gesto era duro y grave y tenía la mirada clavada en Erlendur. Sujetaba la foto en la mano, y se la devolvió.

—Creo que es capaz —dijo Andrés—. Y quizá ya lo haya hecho. Hace muchos años.

—¿Qué quieres decir? ¿Quizá ha hecho qué?

—Vete. No te diré nada más. Lárgate de aquí. Esto es cosa mía. Yo lo arreglaré.

—¿Qué hizo?

—Déjame en paz —dijo Andrés.

—¿Me estás diciendo que es un asesino?

Andrés se volvió de nuevo hacia el televisor y, por mucho que lo intentó, Erlendur no consiguió sacarle nada más sobre el hombre que vivía delante de Sunee.

Uno de los trabajadores más jóvenes del centro de reciclaje pensó que el día no podía haber sido mejor. Había encontrado dos discos de vinilo que valía la pena conservar. Desde luego, no estaba autorizado a llevárselos a casa, su obligación era llevarlos al mercado donde se vendían las cosas útiles del centro de reciclaje. Pero nadie vigilaba lo que la gente sacaba de la basura. En realidad, cualquiera podía pasearse por el centro y rebuscar. En ocasiones, algunos coleccionistas de discos llegaron casi a meterse en la trituradora. También los coleccionistas de libros. Toda clase de gente. Luego llevaría los dos discos a una tienda para coleccionistas, donde le pagarían un buen precio por ellos. No era demasiado aficionado a los discos y la música, pero después de dos años trabajando en el centro, sabía el valor que tenían. Un día encontró un juego completo de palos de golf al lado del contenedor de metales; alguien habría olvidado volver a meterlo en el coche después de tirar la basura. Aunque metidos en una bolsa bastante cochambrosa, los palos estaban en perfecto estado. Los vendió por una buena cantidad. Sobre todo le pagaron bien por el *driver*. Dos días después de encontrar los palos, llegó el propietario a buscarlos, pero fue fácil colocarle al pobre hombre la trola de que los palos habían acabado con el resto de la basura, por desgracia.

Desde que trabajaba en el centro de reciclaje, se había acostumbrado a fijarse en los objetos que estaban en buen estado, los que podía revender o los que podía quedarse. Sabía que algunos coleccionistas se quejaban de que no todo salía al mercado, como establecían las normas, pero a él le importaban un comino esos personajillos. Se sacaba un buen dinero extra a base de mirar lo que tiraba la gente, y la empresa, por cierto, no le pagaba un sueldo maravilloso. Un sueldo de mierda por un trabajo de mierda.

En realidad, siempre le llamaba la atención lo que la gente tiraba. Literalmente, lo tiraban todo. Él no era muy aficionado a los libros, pero veía furgonetas enteras que llegaban con bibliotecas completas de personas que querían librarse de ellas, muebles en perfecto estado, ropa muy bonita, electrodomésticos e incluso aparatos de música nuevecitos.

A pesar del frío y del viento del Norte que le traspasaban el mono azul de trabajo, ese día había habido mucho trabajo. La gente tiraba trastos viejos todo el día, en cualquier momento del año, sin importar el tiempo que hiciese. Llegaban furgonetas con los trastos de algún difunto, alguien tiraba la bañera, otros estaban renovando los electrodomésticos de la cocina. Y luego estaba la gente de las latas de refrescos. Lo que menos le gustaba era recibir latas y botellas. La gente no hacía más que mentir sobre el número. A veces, cuando se decidía a contar las que había en las bolsas, como si fuera algo divertido, la diferencia era de muchas decenas entre lo que ellos decían y lo que él contaba. La gente ni siquiera se avergonzaba. Se limitaban a sonreír y fingir que no entendían cómo podía haber pasado.

Un coche llegó a la verja y se detuvo. Había un rótulo grande que indicaba que todos tenían que detenerse en la verja y esperar instrucciones. La mayoría seguía la norma. Al ver que nadie iba a ocuparse de aquel tipo, fue para allá sin muchas ganas.

—Traigo una cama vieja —dijo el hombre mientras bajaba la ventanilla.

Iba en un todoterreno grande y había roto la cama en varios trozos para meterla en la parte de atrás. Así que no servía para nada.

—¿Hay colchón y todo? —preguntó.

—Sí, todo —dijo el hombre.

—Tira recto, el colchón lo pones allí a la derecha y las maderas a la izquierda, ¿vale?

El hombre subió la ventanilla. Le miró mientras avanzaba y luego se fijó en la caseta de los operarios, que estaba allí al lado. Empezaban las noticias de las siete y pensó si no sería mejor entrar un rato para quitarse el frío. No oía la televisión pero veía las imágenes, gente tirando piedras en los países de Oriente Medio, el presidente de Estados Unidos dando un discurso, ovejas islandesas, un cuchillo encima de una mesa, un ministro islandés cortando una cinta, el presidente de Islandia recibiendo huéspedes...

Otro coche llegó al portón. Un hombre bajó el cristal de la ventanilla.

—Llevo una nevera —dijo.

—¿Está inservible? —le preguntó. Siempre comprobaba si alguna de las neveras que traían aún funcionaba, pues necesitaba una buena.

—Totalmente —dijo el hombre con una sonrisa—. Lo siento.

Vio de refilón que el cuchillo volvía a aparecer en televisión, y de repente tuvo la sensación de haberlo visto antes.

—¿Dónde llevo la nevera? —preguntó el hombre. Él le indicó el lugar donde se apilaban los electrodomésticos de cocina, como animalitos abandonados al viento y a su suerte.

Entró a toda prisa en la caseta y se sentó delante del pequeño televisor. El presentador estaba diciendo que la posible arma homicida sería probablemente como aquella; se trataba de un cuchillo de talla utilizado en los talleres de carpintería de todo el país. Sabía a qué crimen se referían. El chico asiático del bloque. Había visto las imágenes en los telediarios.

Sacó el cuchillo de la funda y lo miró. Aquel cuchillo era exactamente igual que el de la televisión. Lo había encontrado en los desperdicios metálicos y le hizo una funda. Luego encontró un cinturón, le puso la funda, el cuchillo dentro y así se encontró con la mejor herramienta para cortar cuerdas, abrir bolsas de latas de refresco o dedicarse a esculpir palos de madera en la caseta cuando no tenía mucho que hacer. Se quedó mirando el cuchillo que tenía en la mano mientras poco a poco iba filtrándose en su mente la idea de que quizás era el arma de un crimen.

Un coche llegó hasta el portón y se detuvo.

Probablemente tendría que entregar el cuchillo, pensó. Informar a la policía. Pero

¿era preciso hacerlo? ¿Tenía que ver con él? Era un cuchillo magnífico.

El conductor del coche le vio tranquilamente sentado en la caseta y tocó la bocina.

No la oyó. Estaba pensando en que a lo mejor la policía pensaba que él había matado al chico, ya que tenía el cuchillo. ¿Le creerían si les decía que había encontrado el cuchillo en el contenedor de restos metálicos? ¿Que se metió dentro del contenedor porque vio el mango de madera y estaba muy acostumbrado a encontrar cosas utilizables? Vaciaban el contenedor cada pocos días y en aquellos momentos estaba lleno hasta la mitad. Alguien entró en el centro de reciclaje y tiró el cuchillo al contenedor.

¿El asesino?

El presentador había dicho que un cuchillo de ese tipo podía ser el arma homicida, y que, en tal caso, el agresor estaría relacionado con la escuela.

El conductor se estaba impacientando y tocaba la bocina cada vez más.

Se asustó y miró al exterior.

Quizá no le creerían. Una vez le habían tildado de racista cuando comentó que los asiáticos siempre traían bolsas llenas de latas y mentían sobre la cantidad.

También podía ser que se hiciera famoso.

Sería famoso.

Miró al conductor del coche, que le hacía gestos enfadadísimo y le indicaba que saliera a atenderle.

Sonrió.

El conductor gritó de furia al ver que el empleado sonreía como un tonto, cogía el teléfono que tenía enfrente de la nariz y llamaba.

Marcó el número de emergencias, el 112.

Podía hacerse famoso.

Sigurður Óli esperaba a Erlendur en el pasillo, delante del apartamento de Andrés.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó mientras bajaban la escalera.

—No sé —dijo Erlendur, distraído—. Creo que Andrés está loco.

—¿Le sacaste algo? ¿Dijo algo?

—De Elías, nada.

—¿Y de qué, entonces? ¿Qué dijo?

—Primero, reconoció al hombre de la foto —dijo Erlendur—. Es su padrastro. Insinuó que ese hombre había cometido un crimen hace mucho tiempo.

—¿Cómo?

—No sé —dijo Erlendur—. No sé qué pensar.

—¿Qué crimen?

—No lo sé.

—¿No será otra trola de las suyas?

—Es posible —dijo Erlendur—. Pero hasta ahora, lo poco que ha dicho ha resultado ser cierto.

—Sí, pero no es prácticamente nada.

—También dijo que él mismo se va encargar del asunto, sea lo que sea lo que pueda significar eso. Deberíamos seguir a Andrés unos cuantos días.

—Bueno, pero, cambiando de tema, creen que han encontrado el cuchillo —dijo Sigurður Óli.

—¿Cómo?

—Han llamado. Alguien lo tiró a un contenedor de desperdicios metálicos. Tenemos que comprobar si se trata del mismo cuchillo, pero es probable. Tengo entendido que es exactamente igual. Lo enseñaron en televisión y resulta que un chico lo había rescatado de la basura. Es posible que encontremos algún residuo. El que encontró el cuchillo lo usó en su trabajo, y naturalmente lo habrá lavado bien, pero con esos aparatos que tienen, los de la Científica siempre encuentran algo.

Fueron hasta el centro de reciclaje. La policía Científica había cortado el tráfico. Una cinta policial amarilla se agitaba con el viento. Los técnicos buscaban indicios de la persona que había tirado el cuchillo, pero lo hacían para guardar las formas. Hacía dos días que el empleado había encontrado el cuchillo. Desde que se cometió el crimen había pasado mucha gente por allí, además de vehículos, y ningún empleado había visto nada extraño. Nadie había estado rondando disimuladamente por el contenedor. No había cámara de seguridad en el portón. La policía no tenía nada a lo que agarrarse.

Contactaron con Egill, el profesor de carpintería, por el hallazgo. Le enseñaron el cuchillo y él declaró que aquel objeto podía proceder del almacén de cuchillos del taller de carpintería. Sin embargo, indicó que probablemente habría cuchillos de esos en los talleres de carpintería de todas las escuelas del país.

Erlendur fue a hablar con el joven que había encontrado el cuchillo y enseguida se convenció de que no mentía. Preguntó a Erlendur si podía vender su historia a los periódicos, si la prensa sensacionalista pagaba por ese tipo de cosas y, en ese caso, cuánto. Había llevado el cuchillo en el cinturón y lo había usado, bueno, aparte de que fue él quien lo encontró.

Menudo cretino, pensó Erlendur.

Volvió a su casa poco después. Era tarde y pasó por una tienda que abría las veinticuatro horas y compró un plato preparado para calentar en el microondas, una sopa islandesa de carne. La metió en el microondas y lo puso tres minutos. Llamó Valgerður y estuvieron charlando; él le contó las novedades de la investigación sin especificar demasiado. Ella preguntó si había hablado con Eva Lind. Valgerður dijo que tenía una guardia extra y que no podía ir a verle. Decidieron quedar para la tarde siguiente, cuando ella libraba. Le dijo que fuera a su casa.

—Ven —dijo Valgerður con decisión.

—Muy bien —respondió Erlendur—. Iré. A lo mejor llego algo tarde.

—No importa —repuso ella.

Y se despidieron.

Sacó la sopa del microondas, cogió una cuchara y empezó a tomársela tranquilamente, en su recipiente de plástico, sentado a la mesa de la cocina. Intentó no pensar en sus casos, pero su mente volvía incesantemente al bloque de apartamentos y a Elías. Pensó en los hombres que se habían traído al país a tres, incluso a cuatro mujeres, como Sunee, para casarse con ellas y luego quitárselas de encima en cuanto se acababa la diversión; o las mujeres les abandonaban porque lo que les importaba era conseguir los papeles para vivir y trabajar en el país. ¿Cómo podía suceder eso? Pensó en Nirán, a quien Sunee había traído de Tailandia después de años de separación, pero que no había conseguido adaptarse al nuevo país, se había marginado y solo buscaba la compañía de otros chicos con las mismas bases y experiencias que él, chicos incapaces de aclimatarse a su nueva realidad, que no comprendían el país, la lengua. Sintió cierta lástima por ellos.

Pensó en Sunee y en su sufrimiento.

Empezó a sonar el móvil. Supuso que sería Sigurður Óli quien llamaba tan tarde, pero oyó una voz femenina que susurraba como si estuviera usando el móvil en secreto. Erlendur no oyó lo que decía.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Qué...?

—... y llevar... Pero él no quiere. De ninguna manera. He intentado hablar con él. Es imposible.

—No estoy dispuesto a seguir con esto —dijo Erlendur cuando se dio cuenta de quién era. Decidió utilizar un nuevo método con la mujer que estaba buscando desde Navidad—. O vienes a verme o nos olvidamos de esto. ¡No puedo continuar con esta estupidez!

—Te lo estoy diciendo, él no quiere...

—Creo... —dijo Erlendur.

—Solo necesito más tiempo.

—Creo que deberías dejar de molestarme con este rollo.

—Perdona —dijo la voz del teléfono—. Es que es tan difícil... No quiero que las cosas sigan así.

—¿Qué buscas? —preguntó Erlendur—. ¿Qué pretendéis? ¿A qué viene esta estupidez?

La mujer se quedó en silencio.

—Ven a verme y hablemos.

—Siempre intento que lo haga. Pero no quiere.

—Esto no va a ninguna parte —dijo Erlendur—. Tendrías que ir a casa con él en vez de estar molestándome. ¡Esto es absurdo!

Se produjo un silencio en el teléfono.

—Fui a ver a tu marido —dijo Erlendur.

La mujer siguió en silencio.

—Sí, fui a verle. No tengo ni idea de lo que estáis tramando y además me da exactamente igual. Pero acaba ya con estas llamadas. Deja de molestarme con una tontería tras otra.

Se produjo otro largo silencio en el teléfono.

Después, la mujer colgó.

Erlendur miró el móvil que tenía en la mano. No conseguía entender lo que había hecho. Esperaba que la mujer volviera a llamarle enseguida, pero como no fue así, dejó el teléfono en la mesa de la cocina y se levantó. Cogió el libro que había estado leyendo a Marion Briem en el hospital y se sentó con él en su sillón. Incluía relatos de pérdidas humanas y muertes en Ja intemperie en los fiordos del este. Dio vueltas al libro entre las manos como había hecho tantas veces antes de pasar las páginas hasta el relato que conocía tan bien y que solo contenía un fragmento de lo que sucedió.

TRAGEDIA EN EL PÁRAMO DE ESKIFJORDUR

Empezó a leer una vez más. Al poco rato, le interrumpieron unos golpecitos en la puerta. Dejó el libro, se levantó y fue a abrir. En el descansillo estaba Eva Lind acompañada de Sindri Snaer.

—¿Nunca dormís? —preguntó mientras les hacía entrar.

—Igual que tú —dijo Eva, escurriéndose al interior entre él y la puerta—. ¿Estabas tomando sopa de carne? —preguntó a la vez que olisqueaba.

—Del microondas —respondió Erlendur—. No se puede decir que sea comida.

—Estoy segura de que podrías hacerte comida decente si te pusieras —dijo Eva, sentándose en el sofá—. ¿Qué lees? —preguntó al ver el libro abierto en la mesita de lectura que había junto al sillón. Sindri se sentó a su lado. Hacía una eternidad desde la última vez que fueron los dos juntos a verle a casa.

—Relatos —dijo Erlendur—. ¿A qué debo el placer?

—Nada, se nos ocurrió pasarnos un momento.

—¿Pasaros?

—¿Son sobre personas perdidas? —preguntó Sindri.

—Sí.

—Una vez me dijiste que existía un relato sobre tu hermano —dijo Eva.

—Es cierto, existe.

—Pero ¿no quieres enseñármelo?

No supo por qué no le dio el libro a Eva Lind. Estaba abierto sobre la mesa, entre los dos, y aunque probablemente en él no podía encontrarse toda la verdad, bastaría para proporcionarles a ella y a Sindri una idea de lo sucedido. Erlendur les había contado que él y su hermano quedaron expuestos a los elementos, pero solo les contó lo imprescindible.

En realidad, el relato no añadía mucho más. Ya no sabía a qué se aferraba con tanto empeño, si es que lo supo alguna vez. Sindri había oído hablar de aquellos sucesos cuando vivía en el este. No era un secreto.

—Soñé con él —dijo Eva—. Ya te lo dije. Estoy segura de que era tu hermano.

—¿No irás a empezar otra vez con lo mismo? No sé qué le has metido en la cabeza, Sindri.

—Yo no le he dicho nada —repuso Sindri, sacando un paquete de cigarrillos.

—No es más que un sueño. ¿Por qué les tienes tanto miedo a los sueños? No consigo entender que te lo tomes tan a pecho.

—No me lo tomo a pecho, pero estoy harto de recordar ese suceso.

—Vaya —dijo Eva Lind haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesa—. Pues siempre estás leyendo sobre él o sobre casos parecidos. ¡Es como si no hubieras sido capaz de olvidar!

—No quiero recordar este suceso con otras personas —se corrigió Erlendur.

—Aaah —dijo Eva—. Lo quieres para ti solo. ¿Es eso lo principal?

—No tengo ni idea de qué es lo «principal».

—¿No quieres que nadie te lo quite?

—Creo que no sabes lo que estás diciendo —respondió Erlendur.

—Lo único que quiero es contarte mi sueño. Nunca he soñado nada parecido. No sé por qué no quieres oírlo. Ni siquiera es un sueño. Es una imagen que se me metió en la cabeza y con la que me desperté.

—¿Cómo sabes que era mi hermano?

—No se me ocurrió que pudiera ser nadie más —dijo Eva.

—No hay que buscar significado a los sueños, lo sabes perfectamente —dijo Sindri.

—Eso es lo que intento decirle —dijo Eva.

Se callaron.

—¿Cómo murió? —preguntó Eva.

—Ya te lo he dicho. Bergur se perdió en la ventisca. Tenía ocho años. Nos separamos. A mí me encontraron. Su cuerpo nunca apareció. A lo mejor has soñado con él. Pero eso no importa, no te obsesiones con ello. Mejor habládme de vosotros. ¿Qué tal andáis?

—¿Es posible que se ahogara? —preguntó Eva Lind.

Erlendur clavó la mirada en su hija. Eva sabía que él no quería entrar en más detalles de ese asunto, pero no quería darse por vencida. Le devolvió la mirada con descaro. Sindri miró la mesa que les separaba.

—Sindri dijo que era una de las teorías que oyó cuando vivía en el este —añadió Eva.

Sindri levantó la mirada.

—Allí hay mucha gente que conoce la historia —dijo—. Hay gente que recuerda todo lo que sucedió.

Erlendur no le respondió.

—¿Tú qué crees que pasó? —preguntó Eva Lind.

Erlendur siguió en silencio.

—Estaba oscuro —dijo Eva—. Yo estaba en el agua. Primero pensé que estaba nadando, pero era otra cosa. Yo nunca voy a nadar, no he vuelto desde primaria. Pero de repente estaba en el agua y hacía un frío increíble...

—Eva...

Erlendur miró suplicante a su hija.

—Me dijiste que más tarde podría contarte el sueño, ¿no lo recuerdas?

Erlendur sacudió la cabeza lentamente.

—Y un chaval se acercaba a mí y sonreía, y nada más verle me recordó a ti. Primero pensé que eras tú. ¿Os parecíais?

—Eso decían.

—Pero resulta que no estábamos nadando, ni en una piscina —dijo Eva—. Estábamos metidos en un agua que se transformaba en barro y fango. El chico dejó de sonreír y todo se hizo negro. Me dio la sensación de que no podía respirar. Como si estuviera ahogándome, o asfixiándome. Desperté boqueando para coger aire. Ningún sueño me ha afectado como este. Nunca. Nunca lo olvidaré. Su cara.

—¿Su cara?

—Cuando todo se hizo negro. Era...

—¿Qué?

—Apareciste tú —dijo Eva Lind.

—¿Yo?

—Sí. De pronto eras tú.

Se callaron.

—¿Eso fue después de que Sindri te hablara de los tollos? —dijo Erlendur, mirando a Sindri.

—Sí —dijo Eva—. ¿Cómo murió tu hermano? ¿Qué es un tollo?

—¿Se ahogó? —preguntó Sindri.

—Quizá se ahogara —dijo Erlendur en voz baja.

—Allí hay ríos que corren hacia el fiordo —dijo Sindri.

—Así es —dijo Erlendur.

—Algunos dicen que cayó en uno de esos ríos.

—Esa es una posibilidad. Que cayera al río de Eskifjörður.

—Pero hay otra peor, ¿no? —dijo Eva Lind.

Erlendur hizo una mueca. Le vino a la mente un recuerdo antiguo, de un caballo que se había metido demasiado en la ciénaga y que intentaron salvar. Era una bestia grande y poderosa, de un hombre del pueblo. Se revolvió y levantaba chorros de agua, pero cuanto más se esforzaba el caballo, tanto más se iba hundiendo, hasta que solamente sobresalía la cabeza, los agujeros dilatados de la nariz y unos ojos aterrorizados que acabaron desapareciendo bajo el fango. Fue una visión espantosa, una muerte espeluznante. Cada vez que pensaba en Bergur recordaba aquella imagen del caballo que se iba hundiendo más y más en el fango hasta desaparecer.

—En ese páramo hay pozas cubiertas de musgo —dijo Erlendur—. Zonas

pantanosas que pueden ser muy peligrosas. Se congelan pero luego se deshuelan. Quizá cuando Bergur la pisó, una de ellas se rompió. Es una de las teorías sobre por qué no encontramos sus restos mortales.

—¿Desapareció tragado por la tierra?

—Le buscamos durante semanas y meses —dijo Erlendur—. Toda la gente de la comarca. Nuestros amigos y parientes. No sirvió de nada. No encontramos nada. Ni el más insignificante objeto. Literalmente, era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Sindri miró a su padre.

—Eso es lo que decía la gente.

Se callaron un buen rato.

—¿Por qué sigue costándote tanto, después de todos estos años? —preguntó Eva.

—No lo sé —dijo Erlendur—. Porque sabes que aún está allí arriba, en alguna parte, solo y desesperado, y que no le espera más que la muerte.

Se hizo un largo silencio y el único sonido que se oía era el silbido del viento del Norte. Eva Lind se puso en pie y se acercó a la ventana del salón.

—Pobre niño —dijo a la fría noche invernal.

Cuando se fueron, volvió a sentarse en el sillón y en su memoria apareció una frase del cuaderno de Elías. Era una observación, o un comentario que había escrito en la parte inferior de una página, como si la pusiera en el papel sin pensar en lo que estaba escribiendo. Quizá pensaba preguntárselo a su madre.

«¿Cuántos árboles hacen falta para tener un bosque?».

Erlendur despertó tras una noche sin sueños. En la mesilla de noche había un libro abierto sobre avalanchas de nieve en Islandia. En la mesa había más libros; algunos eran novelas islandesas y otros relatos de desapariciones en los páramos, leyendas e historias populares, historias de fantasmas y de viajes de la antigua Islandia. La mayor parte eran historias trágicas de muertos y de pobres diablos atrapados por temporales monstruosos. Valgerður le había preguntado si aquellos relatos que tanto apreciaba solamente trataban de muerte y mutilación. Erlendur le dijo que muchos trataban de salvamentos milagrosos, de la inagotable capacidad y valentía de las personas enfrentadas a pruebas atroces. En eso radica el valor de los relatos, dijo. Por eso son tan apasionantes.

Erlendur reconocía que aquellas historias no tenían excesivo humor. Sin embargo, podía encontrar una extraña ironía entre tanto sufrimiento. Cuando se durmió, había estado leyendo un relato de 1847, el diario de un pastor. En él se hablaba de un jornalero que fue a buscar ovejas a un lugar muy elevado de las montañas, y al que le habían dicho que anduviera con cuidado porque había riesgo de avalanchas de nieve. Al ver que el jornalero no volvía a la hora acordada, enviaron dos hombres en su busca. Al cabo de un rato buscándole, supusieron que una gran avalancha le había empujado a un enorme barranco que había quedado completamente lleno de nieve. Los hombres escarbaron en la nieve con las manos, y tras llegar a una profundidad de casi tres codos, vieron las plantas de los pies del jornalero. Pensaron que ya estaría muerto y dejaron de escarbar. Volvieron a la granja y contaron su descubrimiento, y que el jornalero debía de estar muerto. Se produjo una gran conmoción. En la granja pensaron que la muerte del jornalero no podía darse por supuesta y volvieron a enviar a los dos hombres a la montaña, esta vez con palas, el remedio de Hoffmann y gotas de alcanfor. Sacaron al hombre de la nieve y resulta que había sido arrastrado por la avalancha cabeza abajo y que estaba vivo pese a lo sucedido, y que «empezó a hablar cuando lo sacaron».

Erlendur sonreía cuando se levantó y se preparó un café. Llamó Sigurður Óli y estuvieron hablando un rato sobre el cuchillo del centro de reciclaje. Cualquier persona del colegio habría podido sacar el cuchillo de talla del taller de carpintería, si es que el cuchillo procedía de allí. En el taller había movimiento permanente: alumnos, profesores y otros empleados. Egill tenía razón, todos los cuchillos de talla de las escuelas del país eran iguales. No estaba claro si aquel cuchillo se podría relacionar con Elías. El operario que encontró el cuchillo lo había estado usando en su trabajo y era prácticamente seguro que alguien lo hubiera limpiado antes de echarlo en el contenedor, a juzgar por lo reluciente que estaba.

El teléfono volvió a sonar. Era Elínborg.

—La han encontrado —dijo sin más preámbulos—. A la mujer desaparecida.

—¿A quién?

—A la mujer desaparecida. Exactamente donde yo decía que la encontraríamos. En el cabo de Reykjanes. En el campo de lava, al sur de la fundición de aluminio.

Los policías de la Científica se inclinaban sobre el cuerpo, ataviados con gruesos impermeables de invierno. Al lado había un trípode con dos reflectores pero con las bombillas rotas. El viento lo había tirado al suelo. Erlendur había ido en su Ford por viejos caminos de grava hasta donde consideró prudente. El último trecho lo hizo a pie. El escenario no estaba lejos de la fundición de aluminio de Straumsvík, en el lugar llamado Hraun. Unas pequeñas calas con aguzados escollos se hundían dentro del campo de lava. El mar chocaba con los escollos levantando agua y espuma. Erlendur sabía que allí había existido un antiguo amarradero y vio los restos de las cabañas. En aquel lugar hubo pequeñas viviendas para los marinos y almacenes de pescado.

El mar había arrastrado el cuerpo a una de las ensenadas. Formalmente, hacía poco que habían dejado de buscar a la mujer, pero un pequeño grupo de protección civil de Hafnarfjörður estaba allí de prácticas desde el alba, recorriendo la playa al sur de la fábrica de aluminio, y encontraron el cuerpo. Algunos miembros del equipo estaban hablando con Elínborg en uno de los coches de policía que habían llegado hasta la orilla del mar. Una ambulancia y otros dos coches patrulla se encontraban a poca distancia del cuerpo e iluminaban con los faros la estrecha ensenada, las olas que rompían en la playa y los hombres inclinados sobre el cuerpo.

Elínborg salió del coche cuando vio que Erlendur se acercaba.

—¿Ya han informado al marido? —preguntó al detenerse.

—Tengo entendido que está de camino.

—¿Seguro que se trata de la mujer?

—No hay duda. Encontramos su documento de identidad. ¿No vas a echarle un vistazo?

—Sí, pero luego —dijo Erlendur, qué sacó una cajetilla y encendió un cigarrillo. Se había temido aquel momento. Era la primera vez que veía a la mujer y deseaba que no hubiera sido así, como un cadáver arrojado por el mar a la playa de Reykjanes. Recordaba la última conversación telefónica. Había sido muy duro con ella. Ahora se arrepentía.

Habían llamado al médico de Hafnarfjörður para que levantara acta de la defunción. Tras examinar el cuerpo, se dirigió hacia ellos.

—¿Hay señales de violencia? —preguntó Erlendur.

—No, a primera vista no —dijo el médico.

Las llamadas telefónicas habían sido brevísimas, entrecortadas, y Erlendur pensó si habría podido evitarlo de alguna forma. ¿Habría podido ayudarla? ¿Habría tenido que prestar más atención a lo que decía?

—Yo solo he venido para extender el certificado de defunción —dijo el médico

—. Vuestro forense tendrá que examinarla para determinar la causa de la muerte.

Vieron acercarse un todoterreno. Erlendur tiró la colilla. El vehículo se detuvo al lado de los coches patrulla y el marido de la mujer muerta salió de él. Echó a correr hacia ellos.

—¿La habéis encontrado? —gritó.

Erlendur y Elínborg se miraron. Unos policías le cortaron el paso.

—¿Es ella? —gritó el hombre, fijando los ojos en el cuerpo—. ¡Dios mío, cielo santo! ¿Qué ha hecho? —Intentó llegar hasta ellos pero los agentes lo detuvieron.

—¿Qué has hecho? —gritó hacia el cuerpo.

Erlendur y Elínborg estaban inmóviles en medio del frío, mirándose a los ojos. El hombre miró a Erlendur.

—¡Mira lo que ha hecho! —gritó, completamente desesperado—. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué?

Los policías se llevaron al hombre a un lado e intentaron tranquilizarle.

Erlendur estaba al abrigo de un gran vehículo policial en compañía del médico y de Elínborg. Sin proponérselo, pensó en los hijos de la mujer y en su anterior marido. Sabía que el temor de todos a que sucediera lo peor había ido aumentando según pasaba el tiempo desde la desaparición, y ahora su pesadilla se había convertido en realidad.

Erlendur había hablado de las llamadas telefónicas al marido y no sabía qué decirle ahora que la mujer había muerto. Pensó que, probablemente, por el momento lo mejor sería no decir nada. Oía la voz de la mujer, su desesperación, su miedo y su extraño titubeo, frases a medio terminar que le dificultaban el saber para qué le llamaba. Exhaló un profundo suspiro y aspiró el humo del cigarrillo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Elínborg.

—En esas malditas llamadas telefónicas —respondió Erlendur.

—¿Las de ella? —dijo Elínborg.

—No puedo quitármelo de la cabeza. La última vez que hablé con ella me... me puse un tanto duro.

—Muy tuyo —dijo Elínborg.

—Tenía la sensación de que la pobre lo estaba pasando muy mal, pero también de que parecía estar jugando conmigo. No le di mucho tiempo. Fui un imbécil.

—No habrías podido cambiar nada.

—Perdona —dijo el médico—. ¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

El médico era un hombre al que Erlendur conocía relativamente poco.

—Ayer por la noche —dijo Erlendur.

—¿Hablaste con esta mujer ayer noche?

—Sí.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Últimamente esta mujer no ha hablado mucho por teléfono.

—¿Cómo?

—Y ayer seguro que no.

—Ya te lo he dicho, los últimos días me ha llamado varias veces.

—Naturalmente, solo soy un médico normal y corriente —se justificó—. No soy un especialista, pero lo que dices es imposible. Olvídalo. Está irreconocible.

Erlendur apagó el cigarrillo con el pie y se quedó mirando al médico.

—¿Qué estás diciendo?

—Como poco, lleva dos semanas en el mar —dijo el médico—. Es absolutamente imposible que estuviera viva hace unos días. Imposible. ¿Por qué crees que no han dejado que el marido se acerque a ella?

Erlendur se quedó mirando al médico sin decir una palabra.

—Pero ¿cómo es posible? —suspiró, y avanzó hacia donde estaba el cuerpo de la mujer.

—¿No era ella? —dijo Elínborg, siguiéndole inmediatamente detrás.

—¿Qué...?

—¿Quién, si no?

—No lo sé.

—Si quien llamaba no era ella, ¿quién era?

Completamente perdido, Erlendur miró el cadáver. La permanencia en el mar lo había estropeado considerablemente.

—¿Quién era entonces? —dijo dando un profundo suspiro—. ¿Quién es la mujer que me ha estado llamando y hablando conmigo de... de... qué era lo que decía... «no puedo continuar así»?

El primero que se quejó de que le habían rayado el coche tenía muchísimo que decir sobre la indiferencia de la policía cuando les informó del daño que le habían causado. La policía no prestó la menor atención al caso, se limitaron a escribir un informe para la compañía de seguros, y no se volvió a oír nada más de él. Llamó para saber cuándo iban a pillar a los idiotas que le estropearon el coche, pero nunca consiguió hablar con nadie que tuviera la más mínima idea sobre el tema.

Se quejó durante un rato de todo eso, sin que Sigurður Óli se atreviera a interrumpirle. Tampoco le escuchaba con especial atención, pues estaba pensando en Bergþóra y en la adopción. Tras exhaustivas pruebas, habían llegado a la conclusión que el problema estaba en Bergþóra. Era incapaz de tener hijos, por mucho que lo intentara. Aquel problema había puesto a prueba su relación. Tras amargos intentos y numerosas visitas al especialista, antes de que se supiera que ella no podía tener hijos, Sigurður Óli estaba seguro de que Bergþóra aún no lo había superado. En cuanto a él, había llegado a la conclusión de que, «puesto que era así», tal como se lo dijo a Bergþóra, quizá deberían dejar las cosas como estaban y conformarse con la situación. Habían vuelto a hablar del tema la noche anterior, cuando Sigurður Óli

llegó a casa después del trabajo. Bergþóra empezó a hablar de lo que Sigurður ya sabía, que los padres islandeses solían adoptar niños de países asiáticos, la India y China.

—A mí no me preocupa este asunto tanto como a ti —le dijo con todo el tacto que le fue posible.

—¿Es que te da igual? —preguntó Bergþóra.

—Claro que no —dijo Sigurður Óli—. No me da igual cómo te encuentres tú, cómo nos encontremos los dos. Es solo que...

—¿Qué?

—No sé si en estos momentos estás preparada para responsabilizarte de una adopción. Es un paso muy grande.

Bergþóra respiró hondo.

—Y, por lo que parece, no tenemos intención de darlo juntos —dijo.

—Creo que necesitamos más tiempo para recuperarnos y discutir el tema a fondo.

—Claro, tú puedes tener un hijo cuando quieras —dijo Bergþóra, más gélida que fría.

—¿Cómo?

—Si tuvieras el más mínimo interés, aunque nunca lo has tenido.

—Bergþóra...

—Nunca has querido, ¿verdad?

Sigurður Óli se quedó callado.

—Siempre puedes encontrar a una nueva para tener hijos con ella —dijo Bergþóra.

—Eso es precisamente lo que quiero decir, no estás... no puedes hablar de esto de forma racional. Dejemos que pase el tiempo, esperar no nos hará daño.

—No estés siempre diciéndome cómo soy —dijo Bergþóra—. ¿Por qué siempre me rebajas de esta manera?

—No lo hago.

—Siempre te crees mejor que yo.

—En este momento, no estoy preparado para adoptar —dijo Sigurður.

Bergþóra le miró sin decir una palabra. Luego sonrió débilmente.

—¿Es porque son extranjeros? —preguntó—. Y de color, encima. ¿Chino? ¿Indio? ¿Es por eso?

Sigurður Óli se levantó.

—No podemos hablarnos de esta manera —protestó.

—¿Es por eso? ¿Quieres que tus hijos sean islandeses?

—Bergþóra, ¿por qué dices eso? ¿Es que crees que yo no...?

—¿Qué?

—¿Crees que yo no lo lamenté? ¿Crees que no me dolió cuando las cosas no fueron bien y perdimos el ni...?

Se calló.

—Nunca dices nada —dijo Bergþóra.

—¿Qué tengo que decir? —exclamó Sigurður Óli—. ¿Qué tiene uno que decir siempre, siempre?

Cuando el hombre levantó la voz, volvió a la realidad.

—Sí, eh... oye, perdona —dijo Sigurður Óli, aún profundamente enfrascado en sus pensamientos.

El hombre del coche rayado le miraba fijamente.

—Ni siquiera me estás escuchando —dijo molesto—. Siempre es la misma historia con los policías.

—Perdona, estaba pensando si viste a quien le hizo eso a tu coche.

—No vi nada —dijo el hombre—. Me lo encontré así, todo rayado.

—¿Tienes idea de quién puede haberlo hecho? ¿Un gamberro, chicos del barrio?

—No tengo ni idea. ¿No es ese vuestro trabajo? ¿Vuestro trabajo no consiste en encontrar a ese canalla?

Más tarde, Sigurður Óli habló con una mujer joven que estudiaba medicina en la universidad y tenía alquilado un apartamento pequeño al lado del edificio del hombre al que acababa de atender. Se sentó con Sigurður, que intentó concentrarse más que en la primera conversación. Al despedirse del primer interlocutor lo hizo con un tono muy seco.

La mujer tenía veinticinco años y era un tanto gordita. Sigurður había echado un vistazo en la cocina, al pasar, donde lo que más parecía abundar eran envases de comida rápida.

Le dijo a Sigurður que su coche no era especial, pero que de todos modos era un fastidio tenerlo rayado.

—¿Por qué os ha entrado el interés por este asunto, justo ahora? —preguntó la estudiante—. Ni siquiera os pasasteis por aquí cuando denuncié los daños.

—Hay varios coches rayados —dijo Sigurður Óli—. Uno de ellos, en el bloque vecino al tuyo. Tenemos que ponerle fin —añadió.

—Creo que les vi —dijo la mujer, sacando un paquete de cigarrillos. El apartamento apestaba a tabaco.

—Ah, ¿sí? —dijo Sigurður Óli mientras la mujer encendía un cigarrillo. Pensó sin querer en los envases de la cocina y tuvo que esforzarse por recordar que aquella mujer estudiaba medicina.

—Había dos chicos merodeando por delante del bloque —dijo mientras exhalaba una bocanada de humo—. Resulta que, cuando sucedió, yo estaba en casa. De lo más raro. Tuve que volver a subir para coger mi comida para la universidad, porque me la había olvidado. Dejé el coche sin cerrar y con las llaves puestas, algo que nunca debe hacerse.

Miró a Sigurður Óli como si estuviera enseñándole una lección.

—Y cuando salí, unos minutos más tarde, mi coche ya tenía ese horrible arañazo.

—¿Era temprano? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí, bueno, me iba para la universidad.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Una semana, más o menos.

—¿Y viste a quienes lo hicieron?

—Seguro que eran ellos —dijo la mujer, apagando el cigarrillo. Sobre la mesa había un cuenco con caramelos y se metió uno en la boca. Sigurður Óli rechazó la invitación.

—¿Qué viste?

—En realidad, os lo dije al día siguiente, pero entonces no parecisteis muy interesados por un mísero arañazo.

—Hay más —repitió Sigurður Óli—. No solo han dañado tu coche, hay otros coches rayados. Queremos cazarles.

—Fue sobre las ocho —dijo la mujer—. Naturalmente, estaba todo oscuro, pero hay una farola en la entrada del bloque y, al subir, vi a dos chicos que pasaban. No tendrían más de quince años, y los dos llevaban mochila. Os lo conté todo.

—¿Viste hacia dónde iban?

—Se dirigían a la farmacia.

—¿A la farmacia?

—Y al colegio —dijo la mujer, masticando su caramelo—. Donde mataron al chico.

—¿Por qué crees que fueron esos dos los que te arañaron el coche?

—Porque cuando subí a todo correr no estaba rayado, y cuando bajé sí. Fueron las únicas personas que vi esa mañana. Seguramente estarían escondidos en algún sitio riéndose de mí. ¿Quiénes se dedican a rayar coches? ¿Me lo puedes decir? ¿Qué clase de personas hacen eso?

—Unos miserables —dijo Sigurður Óli—. ¿Les reconocerías si volvieras a verles?

—No les vi haciéndolo, ¿eh?

—No, ya lo sé.

—Uno era rubio con pelo largo. Los dos llevaban anorak. El otro llevaba una gorra. Un tanto desgarbados, los dos.

—¿Les reconocerías en fotos?

—Seguramente. El otro día no me propusisteis nada por el estilo.

Erlendur cerró la puerta cuando entró en su despacho de Hverfisgata. Se sentó al escritorio con las manos cruzadas y la mirada perdida. Había cometido un error. Había violado una norma fundamental que siempre había procurado respetar. La primera norma que le enseñó Marion Briem. Nada es como tú *crees* que es. Había pecado de exceso de confianza. De arrogancia. Había olvidado la prudencia que podía salvarle del error si no conocía el terreno. La arrogancia le había hecho perder

el rumbo. Había pasado por alto otras posibilidades evidentes, algo que nunca debería haberle sucedido.

Intentó recordar las llamadas, lo que había dicho la mujer, lo que podía leerse en el tono de voz, en las horas a las que llamaba. Había malinterpretado todo lo que la mujer había dicho. «Esto no puede continuar», recordó que le dijo en la primera conversación telefónica. En la última, se negó a escucharla.

Sabía que la mujer acudía a él en busca de ayuda. Tenía algo que ocultar y que le resultaba insoportable, por eso acudía a él. Solo existía otra causa posible, solo podía guardar relación con un caso, ya que no era la mujer que desapareció. Él llevaba la investigación de la muerte de Elías. Las llamadas tenían que estar relacionadas con ese caso. Era la única posibilidad. La mujer disponía de información que podría ser útil para la investigación del asesinato del niño, y él le había colgado el teléfono de mala manera.

Con toda su fuerza, Erlendur golpeó el escritorio con los puños, haciendo saltar periódicos y papeles.

Pensó una y otra vez en lo que aquella mujer había intentado decirle, pero no llegó a una conclusión. Solo podía esperar que volviese a llamar, aunque no parecía demasiado probable en vista de la forma en que se despidió de ella.

Erlendur oyó llamar a su puerta y Elínborg apareció en el umbral. Vio los periódicos en el suelo y miró a Erlendur.

—¿Va todo bien?

—¿Necesitas algo?

—Todos nos equivocamos —dijo Elínborg, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Hay algo nuevo?

—Sigurður Óli está con la propietaria de uno de los coches, está repasando fotos de los cursos superiores de la escuela. Había unos chicos rondando por delante de su bloque cuando le rayaron el coche.

Elínborg se puso a recoger los periódicos del suelo.

—Deja eso —dijo Erlendur, que empezó a ayudarla.

—El forense está examinando el cadáver —dijo Elínborg—. Todo parece indicar que la mujer se ahogó en el mar, y a primera vista no hay señales de que se haya cometido un delito. Hace al menos dos o tres semanas que se arrojó al mar.

—Debería haberme dado cuenta —dijo Erlendur.

—¿Y qué?

—Me equivoqué.

—No podías hacer otra cosa, no les des más vueltas.

—Habría tenido que hablar con ella en lugar de mostrarme tan hostil. La estaba juzgando por lo que había hecho. Y luego resultó que ni siquiera era ella.

Elínborg sacudió la cabeza.

—Esa mujer me llamaba para que la consolara y la convenciera de que nos tenía que ayudar, porque sentía que eso sería lo mejor. Pero yo me cerré en banda. Sabe

algo sobre el asesinato de Elías. Una mujer de edad desconocida con la voz un poco ronca, quizá por fumar. Ahora veo que estaba preocupada, atemorizada y atormentada. Pensé que la mujer desaparecida y su marido estaban tramando algo. No lo comprendía. No sabía lo que estaban haciendo y perdí los nervios. Y luego resulta que no tenía ni idea. Ni la menor idea.

—¿Qué le pasó por la cabeza? ¿Por qué se tiró al mar?

—Yo creo...

Erlendur se quedó callado.

—Dime...

—Yo creo que estaba enamorada. Lo había sacrificado todo por amor: familia, hijos, amigos. Todo. Alguien me dijo que había cambiado. Que era otra persona. Como si hubiera revivido, como si hubiera empezado a vivir la vida de verdad, a ser ella misma.

Erlendur se calló de nuevo, ensimismado y pensativo.

—¿Y? ¿Qué pasó?

—Se dio cuenta de que la estaba engañando. Su marido empezó a salir con otra. Se sintió humillada. Todo su... todo lo que había hecho, todo lo que había tenido que sacrificar no había servido para nada.

—He conocido a personas así —dijo Elínborg—. Viven en una ensoñación amorosa durante un tiempo y, cuando el fuego empieza a apagarse, se quitan de en medio.

—Su amor era auténtico —dijo Erlendur—. Y cuando se dio cuenta de que no era correspondida, fue incapaz de soportarlo.

Sigurður Óli llamó al timbre del cuarto piso de un bloque de viviendas muy próximo a la escuela. Esperó y volvió a llamar. Golpeaba el suelo con los pies. El viento frío le traspasaba la ropa y solo le protegía el portal. Al parecer, no había nadie en casa. El bloque se parecía al de Sunee y los chicos. El mantenimiento era prácticamente inexistente. No lo habían pintado en mucho tiempo y la fachada seguía manchada de ceniza de algún incendio que hubo en el almacén de cubos de basura. Había empezado a oscurecer. El granizo de la mañana se había transformado en una auténtica nevada. El tráfico estaba bloqueado. Había previsión de ventisca para esa misma tarde. Sigurður pensó en Bergþóra. No había sabido nada de ella en todo el día. Cuando él se levantó aquella mañana, ella ya se había marchado al trabajo, y se quedó solo con sus pensamientos.

Sonó un chasquido en el interfono.

—¿Sí? —oyó que decían.

Sigurður Óli se presentó y dijo que era de la policía.

Se produjo un silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó la voz finalmente.

—Quiero que me abras la puerta —dijo Sigurður Óli, golpeando el suelo con los pies.

Pasaron unos momentos antes de que se oyera el zumbido de la cerradura, y Sigurður entró en el portal. Subió hasta la planta en la que vivía la voz y llamó a la puerta. Esta se abrió y apareció un muchacho de unos quince años, mirando intranquilo hacia el pasillo.

—¿Eres Anton? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí —respondió el muchacho.

Parecía tener buen aspecto, llevaba ropa de calle e incluso tenía las mejillas coloradas. Sigurður Óli notó olor a pizza procedente del apartamento y, cuando miró al interior, vio un anorak encima de una silla y la caja de una pizza, ya abierta, a la que le faltaba una porción. Le habían dicho que Anton llevaba unos días enfermo y que no había podido ir al colegio.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó Sigurður Óli, que entró en el apartamento sin esperar a que le invitase a pasar.

El muchacho se echó hacia atrás y Sigurður cerró la puerta. Constató que el chaval se había instalado confortablemente delante de la tele con la pizza, refrescos y dos o tres películas. En la pantalla se veía una película de acción.

—¿Qué pasa? —preguntó el muchacho, asombrado.

—Una cosa es rayar coches, Anton, y otra muy distinta es matar a gente —dijo Sigurður Óli, cogiendo una porción de pizza—. ¿Tus padres no están en casa? —preguntó.

El muchacho sacudió la cabeza.

—Te vieron haciéndole una rayada a un coche aquí cerca, hace unos días —dijo Sigurður Óli, y dio un mordisco a su pizza. Miró al chico mientras masticaba.

—Yo no he rayado ningún coche —dijo Anton.

—¿De dónde sacaste el cuchillo? —preguntó Sigurður Óli—. No se te ocurra mentirme.

—Yo... —Anton titubeó.

—¿Sí?

—¿Por qué has dicho «matar» a gente?

—El chavalillo asiático al que apuñalaron, creo que también fuiste tú.

—Yo no hice eso.

—Seguro.

—Yo no he hecho nada —dijo Anton.

—¿Cómo puedo localizar a tu madre? —preguntó Sigurður Óli—. Tiene que venir con nosotros a la comisaría.

Anton se quedó atónito, con los ojos fijos en Sigurður Óli, quien terminó tranquilamente su trozo de pizza y se puso a mirar el apartamento, como si Anton no le interesara. La estudiante de medicina había reconocido a Anton en una foto de su clase. Estaba segura de que era uno de los dos chicos que vio delante de su bloque, cuando le rayaron el coche. No estaba tan segura cuando le enseñaron la foto de un amigo de Anton en el colegio, Þorvaldur. Pero dijo que era posible que aquel fuera el otro chico. Todo estaba poco claro, de modo que Sigurður Óli no tenía demasiado de lo que echar mano cuando llamó a la puerta de casa de Anton. Decidió fingir que el caso estaba claro como el agua. Lo que había que hacer era llevar a los dos amigos a la comisaría. Una formalidad. Aquello pareció funcionar con el muchacho.

En aquellos momentos, Sigurður Óli no tenía mucha información sobre Anton y Þorvaldur. Estaban en la misma clase, solían ir juntos y habían tenido algunos encontronazos con los profesores y autoridades del colegio. «Alteraciones de la actividad escolar» era el término oficial. En una ocasión agredieron a un monitor. Les expulsaron del colegio dos días. Eran los típicos zánganos y enredadores que, cuando aparecían por el colegio, era fundamentalmente para fastidiar a los demás.

—Yo no he apuñalado a nadie —dijo Anton cuando Sigurður Óli mencionó a su madre y la comisaría.

—Llama a tu madre —dijo Sigurður—. Dile que se reúna con nosotros en la comisaría.

Anton se dio cuenta de que Sigurður Óli iba totalmente en serio. El policía creía que él había apuñalado al chico asiático. Intentó comprender la situación en la que se encontraba, pero era incapaz de entenderla. Habían rayado algunos coches. Doddi lo había hecho casi todo, él solo había rayado uno, y ahora les habían pillado. Y además la poli creía que él había atacado y matado al chico. Anton se mostraba indeciso delante de Sigurður Óli, pensando qué hacer. Su madre se pondría furiosa otra vez. Ya le había amenazado muchas veces con echarle de casa. Miró las películas que

había alquilado y la pizza que se estaba enfriando, y sucedió algo extrañísimo: de pronto, lo que más lamentó era echar a perder un día viendo tranquilamente la televisión.

—No he hecho nada —dijo.

—Eso díselo a tu madre —repuso Sigurður Óli—. Tu amigo Þorvaldur no tardó mucho en delatarte. Lloraba y protestaba todo el tiempo. Dice que fuiste tú quien hizo los arañazos en los coches. Que él solo te acompañaba.

—¿Doddi? ¿Ha dicho eso?

—El tío más despreciable que he visto nunca —dijo Sigurður Óli, que aún tenía que ir a ver al tal Þorvaldur.

Anton se movía inquieto delante de él.

—Está mintiendo, no puede decir eso.

—Pues lo ha hecho —repuso Sigurður Óli—. Podéis hablarlo tranquilamente en la comisaría.

Iba a coger a Anton por el brazo para sacarle, pero Anton se escabulló.

—Yo solo rayé un coche —dijo—. Doddi hizo lo demás. ¡Está mintiendo!

Sigurður Óli aspiró profundamente.

—Nosotros no le hicimos nada a ese chico —añadió Anton como para dejarlo bien claro.

—¿Tu amigo y tú, quieres decir? —preguntó Sigurður Óli.

—Doddi, sí. ¡Está mintiendo! Fue él quien rayó los coches.

Había llegado el momento de rebajar un poco la tensión, y Sigurður Óli se alejó un paso del muchacho.

—¿Cuántos coches fueron?

—No lo sé. Varios.

—¿Conoces el coche de Kjartan, el profesor de islandés del colegio?

—Sí.

—¿Rayasteis su coche delante del colegio?

—Fue Doddi. Yo ni siquiera lo sabía. Él me lo contó. No aguanta a Kjartan. ¿Mi madre tiene que enterarse?

—¿Con qué lo rayasteis? —preguntó Sigurður Óli sin responder a su pregunta.

—Con un cuchillo —dijo Anton.

—¿Qué cuchillo?

—Era de Doddi.

—Él dice que era tuyo —mintió Sigurður Óli.

—El cuchillo era suyo.

—¿Cómo era el cuchillo?

—Como el de la tele —dijo Anton.

—¿Como el de la tele?

—El que enseñaron. Era como el nuestro.

Sigurður Óli se quedó mudo. Miró fijamente al muchacho, que poco a poco se iba

dando cuenta de que acababa de decir algo importante. Se puso a pensar qué podía haber sido y, cuando lo supo, fue como si hubiera recibido un puñetazo en la cara. No había pensado en ello. ¡Claro que era el mismo cuchillo! Había visto imágenes en televisión y no lo había relacionado con los destrozos que estuvieron haciendo su amigo Doddi y él en algunos coches mientras iban hacia el colegio. Empezó a ver su situación en una realidad mucho más compleja y seria.

Sigurður Óli sacó el móvil.

—Yo no lo hice. Lo juro.

—¿Sabes dónde está ahora el cuchillo que usasteis?

—Lo tiene Doddi. Doddi siempre lo llevaba encima.

Sigurður Óli esperó a que Erlendur cogiera el teléfono. Miró al muchacho, pasó los ojos por el pequeño apartamento y vio lo cómodamente que se había instalado Anton antes de que él llegase.

—Llama ahora mismo a tu madre —dijo—. Te vienes conmigo. Dile que se reúna con nosotros en la comisaría.

—Sí —respondió Erlendur al teléfono.

—Creo que tengo algo —dijo Sigurður Óli—. ¿Estás en el despacho?

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Erlendur.

—¿Está ahí el cuchillo?

—Sí. ¿Qué piensas hacer?

—Voy para allá —dijo Sigurður Óli.

Cuando la policía fue a buscar a Doddi, una hora más tarde, este no estaba en casa. Un hombre de unos cuarenta años salió a la puerta y miró de arriba abajo a los dos agentes de policía que habían ido a por el chico. La madre de Doddi apareció también en la puerta. No sabían dónde estaba el chico y exigieron que les informaran de lo que había hecho. Los policías dijeron que no sabían nada, que solamente les habían enviado a buscarle para llevarle a la comisaría de Hverfisgata, en compañía de un tutor.

—Porque aún es menor —dijo uno de los agentes, como para explicarse.

Los dos policías iban de uniforme y en coche patrulla. Así le meterían el miedo en el cuerpo a Doddi. Estaban explicando el asunto en las escaleras de la casita unifamiliar en la que vivía Doddi cuando el hombre, que resultó ser el padrastro, vio que el chico se aproximaba.

—¡Allí está Doddi! —exclamó—. ¡Ven aquí ahora mismo, Doddi!

El muchacho estaba doblando la esquina del edificio más próximo por un camino peatonal que atravesaba el barrio. Se detuvo en seco al oír los gritos de su padrastro, ver el coche patrulla, a los dos agentes mirándole, y la cabeza de su madre asomando por la puerta. Tardó un momento en comprender la situación. Pensó en echar a correr para escapar, pero decidió enseguida que no serviría de nada.

Tras casi tres horas de interrogatorio, Doddi acabó por confesar ante Sigurður Óli que había robado el cuchillo de talla en la escuela y que su amigo Anton y él lo habían utilizado para rayar los coches que encontraban de camino a la escuela. Ambos negaron tajantemente haber hecho daño a Elías, aseguraron que no le conocían y que no sabían quién había podido matarlo. Había pasado una semana desde que rayaron el coche de la mujer a la que vieron entrar en el bloque a toda prisa, dejando el coche en marcha. No sabían que les había visto. Al principio pensaron en robar el coche; lo tenían a su disposición porque lo había dejado con el motor en marcha, pero decidieron que valía más no hacerlo. Doddi pasó junto al coche, fue metiendo la punta del cuchillo por la pintura y luego corrieron a esconderse. No llegaron a ver a la dueña del coche que habían rayado, lo que aumentaba la emoción. Esperaron a que la mujer volviese a bajar para observar su reacción al verlo. Al momento, ella bajó corriendo y abrió el coche, pero se quedó inmóvil al ver la rayada. Se inclinó para verla mejor. Luego miró a su alrededor, salió a la explanada del aparcamiento y miró en todas direcciones antes de fijarse en su reloj, estresada, y marcharse a toda prisa.

El cuchillo que había aparecido en el centro de reciclaje estaba dentro de una caja en la sala de interrogatorios, y Doddi lo reconoció al instante. El forense pensaba que podría tratarse del objeto utilizado para matar a Elías.

Elínborg estaba en otra sala de interrogatorios con Anton. Sus relatos coincidían en lo fundamental. Fue Doddi quien robó el cuchillo y también el que tuvo la iniciativa cuando dieron rienda suelta a su necesidad de rayar coches.

—¿Cómo acabó el cuchillo en el contenedor de metales? —preguntó Elínborg a Anton, que había demostrado estar dispuesto a colaborar desde que llegó a la comisaría.

—No lo sé —respondió Anton.

—¿Lo utilizaste para atacar a Elías?

—No —dijo Anton—. Yo no le hice nada.

—¿Por qué tiraste el cuchillo?

—Yo no lo hice.

—¿Y tu amigo Doddi?

—No lo sé. Él fue el último que tuvo el cuchillo.

—Él dice que lo tenías tú.

—Miente.

—¿Sabías que ese cuchillo es el arma homicida del asesinato de Elías?

—No.

—¿Conocías a Niran, el hermano de Elías?

—No, para nada, bueno, está en el colegio. Pero yo no le conozco.

En la otra sala de interrogatorios, a Doddi le llovían las preguntas, y seguía manteniendo que Anton había sido el último que había tenido el cuchillo.

—¿Cuánto tiempo hace que cogiste el cuchillo del taller de carpintería? —

preguntó Sigurður Óli.

—Como diez días o... —Doddi reflexionó un momento—. Sí, algo por el estilo. Justo después de las vacaciones de Navidad.

—¿Dónde lo viste por última vez?

—Anton se lo llevó a su casa.

—Él dice que lo tenías tú.

—Miente.

—¿Sabes quién era Elías?

—Sí.

—¿Le conocías?

—No. Nada.

—¿Le apuñalaste y le mataste tú?

—No.

—Le mataste de una puñalada con el cuchillo que robaste en el taller de carpintería.

—No. Yo no hice nada.

—¿Por qué te dedicabas a rayar coches?

—Por nada.

—¿Por nada?

—No había otra cosa que hacer.

Elínborg miró a Anton en la otra sala, sin decir nada. Se levantó. Llevaba demasiado tiempo sentada y lo notaba en todo el cuerpo. Se apoyó contra la pared y cruzó los brazos.

—¿Dónde estabas cuando atacaron a Elías? —preguntó.

Anton no pudo explicar con claridad dónde estaba cuando apuñalaron al chico. Al principio dijo que estaba en casa, que había ido directamente desde el colegio. Luego recordó que había ido con Doddi a una tienda de videojuegos.

—Os vamos a acusar del asesinato de Elías —dijo Elínborg—. Teníais el cuchillo, vosotros le habéis matado.

—Yo no lo hice —dijo Anton.

—¿Y tu amigo?

—Seguramente, él tampoco.

—¿Qué piensas de los inmigrantes, de los extranjeros, de la gente de color?

—No lo sé.

Cuando Sigurður Óli hizo una pregunta parecida a Doddi, este titubeó. Sigurður repitió la pregunta, pero Doddi se limitó a mirarle sin responder. Sigurður preguntó por tercera vez.

—No pienso nada —dijo por fin Doddi—. Eso no me interesa.

—¿Has atacado a chicos de origen extranjero?

—No, nunca —respondió Doddi.

Ninguno de los dos había tenido problemas con la ley. La madre de Anton estaba

sola con dos hijos, tenía un trabajo mal pagado y pasaba bastantes apuros. Anton tenía un hermanastro de tres años. Veía muy poco a su padre, una vez al mes, más o menos. Doddi tenía dos hermanos y una hermanastra. Su padre no se ocupaba mucho de él, era ingeniero y trabajaba en la presa de Kárahnjúkar, según contó Doddi.

—¿Por qué atacaste a Elías? —preguntó Sigurður Óli.

—Yo no lo hice.

—Vamos a acusaros del asesinato de Elías —dijo Sigurður Óli—. No podemos hacer otra cosa.

Doddi le miró. En el gesto de su cara podía verse que comprendía el significado de lo que Sigurður acababa de decir. Era duro. Más de una vez, Sigurður Óli había interrogado a jóvenes que se cagaban en todo y respondían con burlas e incluso con amenazas a los policías. Notó que Doddi aún no había llegado a ese nivel. Aún no estaba suficientemente endurecido. Los daños a los coches eran una estupidez absurda, una broma de colegial, pero nada más. Al menos, por el momento.

—Él regaló el cuchillo —dijo Doddi.

—¿Lo regaló?

—Yo lo robé, pero Anton fue el último que lo tuvo, y lo regaló. Yo no sabía que lo habían usado en el crimen. Seguramente, él tampoco.

Elínborg seguía apoyada en la pared con los brazos cruzados cuando Sigurður Óli entró en la sala de interrogatorios. Se sentó delante de Anton y le miró un rato sin decir nada. Elínborg no preguntó nada. Anton se puso nervioso en su silla, se irguió y miró a Sigurður Óli y después a Elínborg.

No se encontraba bien.

—¿Conoces a un chico que se llama Hallur? —preguntó Sigurður Óli.

Poco después, Elínborg salía de la sala de interrogatorios cuando sonó su móvil. Tardó un tiempo en comprender quién llamaba, pero finalmente recordó la colorida corbata del relaciones públicas de la compañía de seguros desde la que habían llamado varias veces a Sunee.

—He realizado una investigación bastante exhaustiva —dijo el relaciones públicas, muy serio.

—Vaya —dijo Elínborg.

—Pues sí. He hablado con muchas personas de la empresa, todo ello en privado, naturalmente, y aquí no hay nadie relacionado con esa mujer; eso creo.

—Ah, ¿no?

—No. Nada confirmado.

—¿Y algo sin confirmar?

—Sí, se habla de un hombre de aquí.

—¿Sí?

—Yo no le conozco. Lleva años trabajando en el departamento de peritaje, tiene

los cincuenta cumplidos. Me dicen las chicas que anda enamorado de una mujer de algún país asiático.

—¿Quiénes son «las chicas»?

—Las de atención al cliente. Alguien le vio en un pub hará cosa de un mes. Estaba con una mujer de esas características.

—¿De qué características?

—Probablemente tailandesa.

—¿Has hablado con él?

—No.

—Bien. ¿Cómo se llama?

—Las chicas quieren saber si tiene algo que ver con la madre del niño asesinado.

—¡Diles que no es asunto suyo!

Erlendur condujo el Ford despacio hacia la casa, se detuvo a unas manzanas de distancia y bajó del coche. Anduvo tranquilamente por la acera mirando cuidadosamente alrededor. Veía la calle Styrimannstigur y la gran casa de madera que antaño había sido escuela de timoneles. El empleado de la compañía de seguros vivía en una elegante casa de madera revestida de chapa. Había sido restaurada con gran cuidado, pensó Erlendur, quieto en medio del frío, mirando atentamente la casa. Había luz en dos ventanas. No pasaba mucha gente por la calle, y Erlendur temió que llamaría demasiado la atención con su ir y venir. Quería ser prudente.

Era ya tarde. Hacía bastante viento y caía algo de nieve, pero en cualquier momento podía desatarse una auténtica ventisca acompañada por una tormenta. Por la radio habían aconsejado que no dejaran nada al aire libre y que nadie saliera a no ser por una necesidad acuciante. Las carreteras rurales estaban cerradas por el temporal que se acercaba a la ciudad.

Erlendur no había dejado de pensar quién sería la mujer que le había estado llamando por teléfono, y qué querría. No llegaba a ninguna conclusión y solo podía esperar que volviera a ponerse en contacto con él en algún momento. Tenía que darle otra oportunidad. Sabía que no era probable que lo hiciera, pero ahora sabía cómo reaccionar en el improbable caso de volver a oírla.

Estaba a punto de cruzar la calle para acercarse a la casa cuando se abrió la puerta que daba al sótano y alguien apareció a la luz de la entrada. Era bajo, y Erlendur pensó que a lo mejor se trataba de Nirán. No le vio la cara. Parecía llevarla tapada con algo. La persona se cubría con una cazadora y en la cabeza llevaba una gorra de béisbol con visera grande. Cerró la puerta con cuidado y fue bajando por la calle en dirección al centro de la ciudad. Erlendur le siguió de cerca, sin saber muy bien qué hacer. Se dio cuenta de que la persona llevaba un pañuelo que le cubría la cara, de modo que solo se veían brillar sus ojos. Sostenía algo que Erlendur no pudo reconocer.

Bajó la cabeza y se dirigió hacia el centro con decisión. Era sábado por la tarde; los pubs y restaurantes estaban abiertos y había bastante gente. La persona desenrolló lo que llevaba en la mano, que resultó ser una gran bolsa de plástico. Se acercó a una papelería y observó su contenido, escarbó un poco y luego continuó. Dos latas de cerveza que había debajo de un banco de madera desaparecieron en la bolsa de plástico, y entonces continuó hacia la siguiente papelería. Erlendur observó su actividad. La persona recogía latas de bebida usadas. Se movía en silencio y con seguridad, como si lo hubiera hecho muchas veces, no se hacía notar y nadie se daba cuenta de su presencia.

Durante un buen rato observó sus movimientos por el centro. La bolsa empezaba a llenarse. Erlendur llegó a un quiosco, entró y compró dos latas de refresco. Al salir, vació el contenido en una alcantarilla y las llevó a la persona, que estaba junto a una

papelera, en un callejón entre dos casas, al lado de la plaza de Austurvöllur.

—Aquí tienes dos —dijo Erlendur, entregándole las latas.

La persona le miró con ojos extrañados. El pañuelo ocultaba su rostro por completo. La gorra de béisbol le llegaba hasta los ojos. La persona cogió las latas con un titubeo, las metió en la bolsa y se dispuso a marcharse sin decir una sola palabra.

—Me llamo Erlendur —dijo—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Se detuvo y lanzó a Erlendur una mirada escrutadora.

—Solo quiero hablar un momento contigo, si no te importa —dijo Erlendur.

La persona se alejó de él sin responderle.

—No te asustes —dijo Erlendur, acercándose.

Dio un respingo y se dispuso a echar a correr, pero pareció vacilar ante la idea de tener que tirar la bolsa llena de latas y cristales, y Erlendur consiguió agarrarla por la cazadora. Intentó darle un golpe con la bolsa y soltarse, pero Erlendur la sujetó más fuerte, con las dos manos. Luchó para soltarse pero no lo consiguió. Erlendur le habló con calma.

—Solo intento ayudaros —dijo—. Tengo que hablar contigo. ¿Me comprendes?

No obtuvo respuesta. La persona intentaba soltarse con todas sus fuerzas, pero Erlendur era más fuerte y no la soltó.

—¿Comprendes el islandés?

La persona no respondió.

—No quiero que hagas una tontería —dijo—. Quiero ayudarte.

La persona no le respondió.

—Voy a soltarte —dijo Erlendur—. No huyas de mí. Necesito hablar contigo.

Fue aflojando poco a poco su presión y al final la soltó. La persona echó a correr, alejándose. Erlendur la siguió unos pasos y la vio correr por Austurvöllur. La miró mientras se planteaba si tendría alguna posibilidad de cazar a alguien con pies tan ligeros, pero la persona aflojó la marcha y acabó deteniéndose al llegar a la estatua de Jon Sigurdsson, el héroe de la Independencia. Se dio la vuelta y miró a Erlendur, que estaba quieto esperando a ver qué pasaba. Se quedó así un rato, hasta que empezó a caminar lentamente hacia Erlendur.

Según se acercaba, se quitó la gorra de béisbol y apareció una espesa cabellera negra. Cuando llegó delante de Erlendur, se quitó el pañuelo que le ocultaba el rostro y el policía lo reconoció de inmediato.

Sentado entre sus padres, Hallur afirmaba no saber nada del cuchillo de talla que Anton aseguraba haberle dado. Habían encontrado su nombre completo y su dirección en el listado de alumnos. Conocía a Doddi y a Anton, tenían la misma edad, aunque iban a clases distintas. No les conocía demasiado, pues era nuevo en el barrio. La familia se había mudado a una casa unifamiliar hacía seis meses. Hallur era hijo único, bastante bajo, con pelo largo despeinado, que le tapaba los ojos. Sacudía la

cabeza cuando el pelo no le dejaba ver. Estaba muy tranquilo y observaba con los ojos muy abiertos a Sigurður Óli y a Elínborg alternativamente.

Sus padres eran unas personas de lo más afectuosas. No se quejaron de que Sigurður Óli y Elínborg les molestaran a una hora tan tardía. Hablaron de que se acercaba un gran temporal. La madre les ofreció café. La casa tenía dos plantas.

—Me imagino que estáis hablando con todos los chicos del colegio —dijo la mujer—. Por ese caso tan horrible... ¿Habéis descubierto algo?

El muchacho les miraba en silencio.

—Vamos progresando poquito a poco —respondió Elínborg, mirando a Hallur.

—No esperábamos que vinierais —dijo la mujer—. ¿Estáis hablando con todos los chicos del colegio? ¿Sabes algo de ese cuchillo, Hallur? —preguntó a su hijo.

—No —dijo Hallur por segunda vez.

—Nunca le he visto con un cuchillo —dijo la madre—. No comprendo quién os puede haber dicho que Hallur tenía ese cuchillo. Yo, si lo pienso, lo encuentro... sorprendente. Quiero decir, ¿dónde acabaremos si cualquiera puede decir lo que sea? ¿No creéis?

Miró a Elínborg como si, por ser mujer, tuviera que ponerse de su parte.

—Pero no es tan terrible como matar a un niño de una puñalada —dijo Elínborg.

—No tenemos motivos para pensar que los chicos que nos lo dijeron nos hayan mentido —intervino Sigurður Óli.

—¿Conoces a esos chicos, Doddi y Anton? —preguntó la mujer a su marido—. Nunca he oído esos nombres. Creo que conocemos a todos los amigos de Hallur.

—No son sus amigos —dijo Sigurður Óli—. Uno de ellos, Anton, quiere ser su amigo. Por eso le regaló el cuchillo a Hallur, cosa que él se niega a admitir. ¿Me equivoco? —preguntó, mirando a Hallur.

—En realidad, no conozco a Anton —dijo Hallur—. En el colegio no conozco a muchos chicos.

—Solo lleva en ese colegio desde el otoño, cuando nos mudamos —dijo su madre.

—¿Cuándo os mudasteis, el verano pasado?

—Sí —respondió la madre.

—¿Y qué tal te ha ido empezar en un colegio nuevo? —preguntó Elínborg.

—Bien —dijo Hallur—. Muy bien.

—Pero no tienes amigos en el colegio, ¿o...?

La pregunta quedó abierta.

—Ha conseguido adaptarse muy bien —dijo finalmente la mujer, mirando a su marido, quien todavía no había dicho una sola palabra.

—¿Ha cambiado mucho de colegio? —preguntó Sigurður Óli.

Hallur miró a su madre.

—Unas tres veces —respondió el chico.

—Pero ahora estamos aquí para quedarnos —dijo la mujer, mirando de nuevo a

su marido.

—Anton dijo que estabas con un chico cuando te dio el cuchillo —dijo Sigurður Óli—. Anton no le conocía y dijo que no era del colegio. ¿Quién era ese chico?

—No me dio ningún cuchillo —dijo Hallur—. Eso es mentira.

—¿Estás seguro? —preguntó Elínborg.

Durante el interrogatorio, Anton había confesado que le había dado el cuchillo a Hallur. Con él iba un chico al que no había visto antes. Hallur era nuevo en el colegio y se mostraba más bien reservado. Anton dijo que una vez había ido a su gran casa. Hallur había hablado abiertamente de sus padres. Su madre era una esnob inaguantable, que siempre estaba metiéndose en sus cosas, lo quería controlar todo, era insoportable, contó Anton citando las palabras de Hallur. Los padres andaban siempre con problemas económicos. Una vez perdieron la casa y se la subastaron. Pero eso no parecía impedir que vivieran con grandes comodidades. Hallur tenía la mayor colección de videojuegos que Anton había visto jamás.

No sabía para qué quería Hallur el cuchillo, quizá porque era robado. Hallur le vio con aquel tesoro y, cuando Anton le dijo que Doddi lo había robado del taller de carpintería, a Hallur le entró un repentino y enorme interés por hacerse con él. Se citaron en casa de Anton. Hallur iba con un chico de su edad, pero Anton no sabía cómo se llamaba.

—Fuiste a casa de Anton —dijo Sigurður Óli—. Tú le diste un videojuego, y él te dio el cuchillo.

—Eso es mentira —dijo Hallur.

—Fuiste con otro chico a casa de Anton —dijo Elínborg—. ¿Quién era?

—Fui con un primo mío.

—¿Quién es?

—Gusti.

—¿Cuándo fue?

—No me acuerdo, hace unos días.

—Se llama Ágúst, es hijo de mi hermano —dijo la mujer—. Hallur y él van mucho juntos.

Sigurður Óli anotó el nombre.

—No sé por qué dice Anton que me dio el cuchillo —dijo Hallur—. Es mentira. Es él quien tiene el cuchillo. Solo intenta echarme la culpa de algo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Puedes decirnos dónde estabas la tarde del martes, cuando apuñalaron a Elías? —preguntó Elínborg.

—Pero ¿es necesario? —dijo el padre de Hallur—. Le habláis como si hubiera hecho algo malo.

—Solamente estamos comprobando el valor de los testimonios que hemos obtenido, nada más —dijo Elínborg sin apartar los ojos de Hallur—. ¿Dónde estabas? —le preguntó.

—Estaba aquí, en casa —dijo la mujer—. Durmiendo en su cuarto. Había terminado el colegio a la una y durmió hasta las cuatro. Yo también estaba en casa.

—¿Es así? —preguntó Elínborg al muchacho.

—Sí —respondió él.

—¿Duermes mucho durante el día? —preguntó Elínborg.

—A veces.

—Nunca duerme bien por las noches —dijo su madre—. Se las pasa despierto. Así que no es raro que duerma de día.

—¿Y tú no trabajas? —preguntó Elínborg, dirigiéndose esta vez a la madre.

—Trabajo media jornada —respondió—. Por las mañanas.

Erlendur miró fijamente a Virote, el hermano de Sunee, cuando se quitó el pañuelo que le tapaba la cara. En la mano seguía llevando la bolsa negra llena de latas.

—¿Tú? —dijo Erlendur.

—¿Cómo tú encuentra mí? —preguntó Virote.

—Yo... ¿qué estás haciendo en la calle con este tiempo?

—¿Tú sigue mí?

—Sí —dijo Erlendur—. ¿Recoges latas?

—Eso un poco dinero.

—¿Dónde está Niran? —preguntó Erlendur—. ¿Lo sabes?

—Niran muy bien —dijo Virote.

—¿Sabes dónde está?

Virote se quedó en silencio.

—¿Sabes algo de Niran?

Miró a Erlendur unos instantes antes de asentir con la cabeza.

—¿Por qué le escondéis? —preguntó Erlendur—. No hacéis más que empeorar las cosas. Hemos empezado a creer que fue él quien atacó a su hermano. Vuestra conducta apunta a eso. Le escondéis. No queréis que le veamos.

—Eso no así —dijo Virote—. Él hace Elías nada.

—Necesitamos hablar con él —dijo Erlendur—. Sé que intentáis protegerle, pero esto no puede seguir así. No ganáis nada escondiéndolo.

—Él no ataca Elías.

—¿Y entonces? ¿A qué viene mantenerle oculto de esta forma?

Virote se calló.

—Respóndeme —ordenó Erlendur—. ¿Qué hacías en casa del amigo de tu hermana?

—Yo visito él.

—¿Está Niran en su casa? —preguntó Erlendur.

Virote no le respondió. Repitió la pregunta. El viento les azotaba en el paseo. Erlendur pensó que Virote debía de estar helado. Llevaba unos zapatos de lona que estaban completamente empapados, pantalones vaqueros, una cazadora fina, el pañuelo para la cara y la gorra de béisbol. Notó en él cierta vacilación y se lo preguntó por tercera vez.

—Tenéis que confiar en nosotros —dijo Erlendur—. Nosotros nos encargaremos de que no le pase nada a Niran.

Virote le miró un buen rato mientras reflexionaba sobre lo que debía hacer, y si podía confiar en él. Finalmente, se decidió.

—Ven. Tú viene conmigo.

Sonó el móvil en el bolsillo del abrigo de Erlendur. Era Elínborg, para hablarle de la reunión con Hallur y sus padres. Erlendur le pidió que volviera a llamarle más tarde. Elínborg añadió que iba a acompañar a Sigurður Óli a hablar con un primo de Hallur, Ágúst, que posiblemente podría decir algo sobre el cuchillo. Se despidieron.

Erlendur volvió a meterse el móvil en el bolsillo del abrigo.

—¿Dónde está Nirán ahora? —preguntó.

—Casa Jóhann —dijo Virote.

—¿Dónde estabas tú?

—Sí.

—¿Jóhann está con él?

—Sí.

En el camino, Virote le habló de Jóhann, a quien Sunee había conocido la primavera pasada. Habían mantenido una relación desde entonces pero querían llevar el asunto con discreción. Él estaba divorciado y no tenía hijos.

—¿Crees que Sunee y Jóhann acabarán viviendo juntos? —preguntó Erlendur.

—Quizá. Yo creo se casan.

—¿Y Nirán?

—Jóhann ayuda Nirán. Sunee lleva a su casa.

—¿Por qué?

—Jóhann ayuda Nirán. Él muy enfadado. Muy difícil. Y luego, esta desgracia.

Los padres de Ágúst, el primo de Hallur, observaban mientras Elínborg tiraba de la lengua a su hijo. La madre se asustó y el padre se puso en pie alteradísimo cuando Elínborg preguntó al muchacho si había asesinado a Elías. Ágúst respondía a todo de forma parecida a como lo había hecho Hallur, y sus relatos coincidían en lo fundamental. Ni él ni Hallur habían cogido el cuchillo de Anton. Ágúst dijo que solo había visto a Anton en esa ocasión, en su casa, y que no podía responder a la cuestión de por qué el chico aseguraba que quiso cambiar el cuchillo de talla por un juego de ordenador. Él no le conocía.

Ágúst no iba al mismo colegio que su primo Hallur, pero sus formas de vida eran semejantes. Los padres de Ágúst ganaban bastante dinero, vivían en una casa unifamiliar muy elegante con dos coches en el garaje.

—¿Conoces a un chico llamado Nirán, del colegio de tu primo? —preguntó Sigurður Óli.

Ágúst sacudió la cabeza. Igual que Hallur, estaba bastante tranquilo ante la visita de la policía, parecía amable y bien educado. Era hijo único. Hallur y él eran como hermanos, siempre iban juntos. Un rápido examen había confirmado que ninguno de los dos había tenido problema alguno con la ley.

—¿Y conoces a su hermano, Elías?

Hallur sacudió de nuevo la cabeza.

—¿Dónde estabas cuando se cometió el crimen?

—Con su padre, en el lago de Hafravatn —dijo la madre—. Tenemos una casita allí.

—¿Es habitual que vayáis así como así, un día entre semana? —preguntó Elínborg mirando al padre.

—Vamos cuando nos apetece —respondió el padre.

—¿Y estuvisteis allí todo el día?

—Hasta última hora de la tarde —dijo el padre—. Estamos reparando la vieja chimenea de la casa. ¿Basta con que unos chicos os cuenten unas mentiras para que vengáis hasta aquí con este tiempo tan horrible a hacer unas preguntas tan fuera de lugar?

—Es que es muy extraño —dijo Sigurður Óli—. ¿Por qué iban a mentir sobre Hallur y Ágúst unos chicos a los que en realidad no conocen?

—¿No es eso algo que tendríais que analizar mejor? Es un completo absurdo arremeter así, casi de noche, contra un buen muchacho, haciéndole preguntas incomprensibles por culpa de dos chicos que, por lo que estoy oyendo, parece que solo quieren quitarse problemas de encima.

—Es posible —dijo Elínborg—. Solo estamos haciendo nuestro trabajo. Puedes poner una queja ante nuestros superiores.

—Sí, quizá lo haga.

—¿Quieres que llame yo ahora mismo y la presentas?

—No seas así, Óttar —dijo la mujer.

—No, lo digo en serio —dijo el hombre—. Esta manera de proceder es absurda.

Elínborg ya había sacado su móvil. Había sido un día largo y se moría de ganas de volver a casa. Habría podido hablar con Sigurður Óli, decidir si volvían al día siguiente y pedir excusas, pero los malos modos de aquel hombre la habían puesto de muy mal humor. Antes de darse cuenta, había marcado el número de móvil de Erlendur y le estaba dando el teléfono al hombre.

—Esta es la persona con quien tienes que hablar —dijo.

Erlendur se dirigía hacia la casa con Virote. Habían tardado diez minutos en llegar hasta allí desde el centro. Virote llamó al timbre y la puerta se abrió. Un hombre, que Erlendur supuso que sería Jóhann, apareció en el umbral, visiblemente nervioso, y empezó a hablar rápidamente con Virote. Al principio no vio a Erlendur, pero cuando este dio un paso adelante, el hombre se asustó y los miró.

—¿Eres de la policía? —preguntó, mirando confuso a Erlendur.

Erlendur asintió.

—Sí. ¿Qué está pasando aquí?

—Sunee lo quiso así. Intento ayudarla.

—¿Dónde está Nirán? —preguntó Virote.

—Nirán ha desaparecido —dijo Jóhann.

—¿Sabes dónde ha ido? —preguntó Erlendur.

—No.

—¿A su casa, tal vez?

—No, he llamado a Sunee —dijo Jóhann—. Está preocupadísima.

—¿Adónde puede haber ido?

—Es imposible decirlo. Hoy ha estado más inquieto que estos días pasados. No se encuentra bien. Está convencido de que habría debido cuidar mejor a Elías.

—¿Cuándo se marchó?

—No le oí salir.

Jóhann indicó a Erlendur que pasara a la cocina de su casa.

—No hará más de quince, veinte minutos. Tuve que salir un momento a la tienda y, cuando volví, había desaparecido.

La expresión de preocupación de su rostro saltaba a la vista. Jóhann era rubio y delgado, llevaba una camisa vaquera azul y pantalones negros, era de estatura media. Tenía un bigote bien cuidado que se acariciaba regularmente cerca de la comisura de los labios.

—En el trabajo me enteré de que andabais preguntando por mí —dijo.

—Sunee y tú debéis conocerlos desde hace tiempo para que haya puesto a Nirán en tus manos.

—Sí, nueve meses, aproximadamente.

—Pero lleváis el asunto en secreto.

—No. Vaya. ¿Secreto? Queremos ir con cuidado. Yo me divorcié hace cuatro años y desde entonces siempre he vivido solo. Sunee es la primera mujer que conozco que me gusta de verdad desde el divorcio. Es una mujer excepcional.

—¿Tenéis previsto vivir juntos?

—Hemos hablado de que yo me vaya a vivir a su casa este verano.

—¿Has ido alguna vez a su casa?

—Sí, unas cuantas. No podía creerme lo que le pasó al pobre Elías. No me enteré hasta el día siguiente. Estaba de viaje por los fiordos del oeste, por trabajo, y no vi las noticias. Por allí alguien habló del asesinato y enseguida pensé en Sunee, no pude evitarlo. Luego me llamó su hermano, Virote, desde su móvil, Sunee se puso y me contó lo sucedido. Me habló de Nirán y de que estaba en estado de shock y que lo estaba pasando fatal, y me preguntó si podía quedarse en mi casa unos días. Tenía miedo y estaba muy afectado, como es lógico, y ella temía por él, temía que también le pasara algo a él, que hiciera alguna estupidez. Bajé al centro el otro día y, al volver, estaban esperándome delante de casa. Nirán estaba totalmente destrozado. Sunee me pidió que me ocupara de él. No podía negarme, y no fui capaz de hacerla entrar en razón. Era algo que debía hacer.

Jóhann miró a Erlendur.

—Niran no sentía antipatía por mí, a pesar de los temores de Sunee —continuó—. Enseguida me llevé bien con Elías, pero ella estaba preocupada por la posible reacción de Niran cuando viviéramos juntos. Niran no parecía estar a disgusto. Quizá tampoco se llevaba estupendamente conmigo, pero no me era hostil. Ignoraba mi presencia las pocas veces que estuve con ellos en su casa. Incluso un día hablamos de fútbol. Tenía previsto regalarles un ordenador nuevo para que pudieran entrar en Internet. Eso le emocionaba.

—¿Y hablabais de fútbol?

—Los dos éramos hinchas del mismo equipo de la liga inglesa —dijo Jóhann, encogiéndose de hombros.

—¿No quisiste ponerte en contacto con nosotros?

—No, lo hice por Sunee, por ella y por mí y por Niran.

—¿No se te pasó por la cabeza que pudieran tener algo que ocultar?

—Niran jamás le hubiera hecho daño a Elías. La simple idea es absurda. Ridícula. Lo sabrías si les hubieras visto juntos aunque solo fuera unos minutos. Su relación era especial. Por eso creo que Niran está tan afectado. Jugaban juntos y Niran le leía revistas o libros tailandeses por las noches. Le dije a Sunee que ojalá hubiera tenido yo un hermano mayor tan estupendo cuando era pequeño.

—¿Cómo conociste a Sunee?

—En un pub. Ella estaba con algunos amigos de la confitería. Yo había ido a la fiesta anual de mi empresa. No la conocía. Me invitó a bailar y estuvimos bailando y charlando. Me habló de Tailandia. La llamé unos dos días después. Le pregunté si aún se acordaba de mí. Volvimos a vernos. Era sincera en todo lo que contaba, fuera sobre Óðinn, sus chicos o su trabajo en la confitería.

—¿Y luego?

—Empezamos a vernos con regularidad. Esto... Sunee... es una persona positiva y encantada de la vida, sincera y divertida, siempre lo ve todo positivamente. A lo mejor es algo tailandés, no lo sé. Y luego sucedió esto, este horror.

—Pero tú dudabas a la hora de comprometerte en esta relación, ¿no?

—Los dos, en realidad. No queríamos correr y reconozco que tuve que pensarlo mucho. Para mí era algo nuevo y completamente inesperado.

—¿No le hablaste de tu relación a nadie del trabajo?

—Solamente a mis amigos más íntimos, y hace poco también a mi familia. Una vez Sunee y yo tomamos la decisión de vivir juntos. Pero es evidente que la fábrica de los cotilleos se había puesto a funcionar, porque no habéis tardado en dar conmigo. Le he pedido a Sunee que se case conmigo. Hemos hablado incluso de casarnos este verano, pero no sé... Luego pasó todo esto.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede haber ido Niran?

—No. Como te he dicho, llevaba todo el día muy nervioso.

—¿Habló de algo en especial? ¿O de alguien de quien sospechase que pudiera ser

el asesino?

Jóhann miró a Erlendur.

—Hablabá de venganza. Había tenido un rifirrafe con un profesor del colegio que le había amenazado. Nirán no quería decir quién era, pero era uno de los motivos por los que Sunee quiso esconderle. Tenía miedo por él. Ahora es su único hijo.

En ese instante entró Virote en la cocina, con un papel en las manos. Se lo entregó a Erlendur.

—Yo encuentra en habitación Nirán —dijo Virote.

La hoja de papel estaba arrancada del listín de teléfonos, y se leía el nombre de Kjartan^[3].

Empezó a sonar el teléfono en el bolsillo de Erlendur. Lo sacó y aceptó la llamada.

—¿Sí? —dijo.

«... perdona, pero no lo va a hacer. No tiene que poner una queja...» oyó decir a una voz familiar, y la llamada se cortó.

Erlendur levantó los ojos, desconcertado. Miró el móvil que tenía en la mano. Había reconocido la voz al instante. Ya la había oído otras veces.

Una mujer de edad indefinida con la voz un poco ronca, quizá por fumar.

Sabía que nunca la olvidaría. Le asaltaba dormido y despierto, porque no le había prestado suficiente atención. En su memoria, sería siempre la voz de la mujer atormentada que abandonó a su esposo y que apareció muerta en la playa de Reykjanes.

La madre de Ágúst se interpuso. Había cogido el teléfono que Elínborg le pasaba a su marido para que pudiera quejarse a Erlendur de la conducta de la policía.

Le devolvió el teléfono a Elínborg y le pidió que disculpara aquella salida de tono de su marido. No pretendía entorpecer el trabajo de la policía, sobre todo en un caso tan delicado.

—No pasa nada —añadió—. Perdona, pero no lo va a hacer. No tiene que poner una queja...

Elínborg cogió el móvil y cortó la comunicación mientras miraba alternativamente al marido y a su mujer. Metió el móvil en el bolso. Poco después empezó a sonar. Miró el número que aparecía en la pantalla. Era Erlendur.

Qué raro, pensó mientras aceptaba la llamada.

Kjartan volvió a casa en taxi. Había estado con sus antiguos compañeros en una taberna del centro. Se reunían de vez en cuando para tomarse unas cervezas. Había dejado el coche en casa. Tres de ellos cogieron un taxi juntos y él era el último en bajarse. El tiempo había empeorado considerablemente y ya apenas se veía a un metro de distancia. Los limpiaparabrisas del taxi casi no podían quitar la nieve del cristal, y no habría sido extraño que el coche se hubiera quedado atascado en la nieve.

Cuando se bajó del taxi, que se marchó a toda velocidad, Kjartan se tambaleaba al caminar. Se irguió. Había bebido demasiado. Habían acabado antes de lo habitual por culpa del tiempo.

La tormenta había estallado y nevaba copiosamente. Erlendur iba en su Ford todo lo rápido que podía por la ciudad intransitable. Le acompañaban Virote y Jóhann. En la radio decían que barrios enteros de Reikiavik se estaban quedando aislados por la inclemencia del tiempo. Erlendur había ordenado que un coche patrulla fuera a casa de Kjartan. Confiaba en que llegaran a tiempo.

—La mujer que está contigo es la misma que me ha estado llamando desde que mataron a Elías —le dijo a Elínborg sin preámbulos.

—Ah, ¿sí? —dijo Elínborg.

—¿Es la madre del chico con el que estáis?

—Sí.

—Que siga hablando. Intentaré llegar hasta allí.

—Muy bien —dijo Elínborg—. ¿Dónde estás?

—Voy de camino —dijo Erlendur, y apagó el móvil.

Kjartan rebuscó el llavero en el bolsillo. Su mujer quería tener la casa cerrada con llave a todas las horas del día. Él no estaba tan preocupado por los ladrones como ella. Encontró las llaves, pero cuando iba a sacarlas del bolsillo, se dio cuenta de que alguien salía de las sombras de la casa y se interponía en su camino.

—¿Quién eres? —preguntó Kjartan.

Oyó sirenas de policía a lo lejos.

Erlendur vio parpadear la luz azul de un coche de la policía a través de la nieve que caía. Estaban girando para entrar en la calle donde vivía Kjartan. Miró a Virote, que estaba sentado a su lado. En el espejo retrovisor vio el rostro preocupado de Jóhann.

—¿Quién eres? —repitió Kjartan.

La persona no le respondió. No podía verle el rostro. El ruido de las sirenas aumentó y Kjartan miró hacia el lugar de donde procedía el sonido. En ese instante, la persona se precipitó contra él. Kjartan notó el pinchazo al tiempo que volvía a mirarle. Con el resplandor de las farolas de la calle vio que llevaba una gorra y un pañuelo tapándole la cara.

Cayó de rodillas, sintió un calor que le bajaba por el vientre y vio que la nieve se teñía a sus pies de sangre oscura.

Levantó la mano e intentó coger a la persona. Consiguió agarrar el pañuelo y arrancárselo de la cara.

Los dos coches de policía derraparon sobre la nieve helada al detenerse delante de la casa. Cuatro policías bajaron de los coches y corrieron hacia Kjartan, que iba cayendo lentamente de lado. Tenía el pañuelo en la mano. El coche de Erlendur llegó también y el comisario bajó con Virote y Jóhann. Virote echó a correr y pasó por delante de los policías, que se aproximaban con cautela a la persona oculta en las sombras.

—¡Niran! —gritó Virote.

Niran levantó la cara al oír su nombre.

Virote vio a Kjartan en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Le gritó en tailandés a Niran, que estaba como petrificado al lado de Kjartan y dejó caer el cuchillo sobre la nieve.

Media hora más tarde, mientras Sigurður Óli y Elínborg estaban sentados en el salón de los padres de Ágúst, llamaron a la puerta. Un denso silencio se había instalado allí desde hacía un rato. Elínborg y Sigurður habían intentado llenar el tiempo con preguntas y comentarios hasta que llegara Erlendur, pero, según pasaban los minutos, la conversación se fue apagando. Cuando no tuvieron más opción, dijeron que estaban esperando a un policía que quería hablar con ellos. No podían decirles qué

quería. La tensión iba en aumento. Cuando al fin sonó el timbre todos dieron un respingo.

El padre fue a abrir, hizo pasar a Erlendur y entró con él en el salón. La mujer se había puesto muy nerviosa, sentada en el sofá al lado de su hijo, y se levantó al ver entrar a Erlendur. Sonrió como disculpándose y dijo que iba a preparar más café. Estaba ya dirigiéndose a la cocina cuando Erlendur le rogó que esperase un momento.

Se acercó a ella. La mujer retrocedió dos pasos.

—No pasa nada. Ya se acaba —dijo Erlendur.

—¿Qué? ¿Qué se acaba? —dijo la mujer, que miró a su marido pidiendo ayuda. Él estaba inmóvil, sin decir ni una palabra.

Ágúst se levantó del sofá.

—Reconocí la voz al instante —dijo Erlendur—. Has estado llamándome los últimos días y lo comprendo perfectamente. No es fácil encontrarse con algo así.

—¿Encontrarse con algo así? —dijo la mujer—. No sé de qué estás hablando.

Sigurður Óli y Elínborg se miraron.

—Primero pensé que eras otra persona —dijo Erlendur—. Me alegro de haberte encontrado.

—¿Mamá? —dijo Ágúst, clavando los ojos en su madre.

—Creo que ahora entiendo a qué te referías al decir que no podías vivir así —dijo Erlendur—. Lo que no comprendo es cómo pudisteis pensar que podríais hacer como si nada hubiera pasado.

La mujer clavó los ojos en Erlendur.

—Querías ayuda —dijo el comisario—. Por eso llamabas. Ahora tendrás la ayuda que buscabas. Puedes empezar a enfrentarte a esto como un ser humano. Puedes hacer lo que has estado queriendo hacer todo este tiempo.

La mujer miró a su marido, que estaba callado como un muerto. Miró a Sigurður Óli y a Elínborg, que no tenían la menor idea de lo que sucedía. Miró a su hijo, que se había puesto a llorar. Al verlo, las lágrimas asomaron también a su rostro.

—Nunca fue una buena idea —dijo Erlendur.

Las lágrimas corrían por las mejillas de la mujer.

—¡Mamá! —exclamó su hijo con un gemido.

—Lo hicimos por ellos —dijo en voz baja—. Por nuestros chicos. Lo que habían hecho ya no tenía remedio. Por muy repugnante y espantoso que fuera. Teníamos que pensar en el futuro. Teníamos que pensar en el futuro de nuestros chicos.

—Pero no había futuro, ¿verdad? —dijo Erlendur—. Solo ese terrible crimen.

La mujer miró de nuevo a su hijo.

—No querían hacerlo —dijo—. Solo estaban haciendo el tonto.

—Quiero hablar con un abogado —dijo su esposo—. No digas una palabra más.

—Se comportaron como unos idiotas de mierda —gimió la mujer, escondiendo el rostro entre las manos.

De repente fue como si se disolviera la tensión que la atenazaba, como si todo lo

que había tenido que ocultar aquellos largos días desde el asesinato de Elías encontrara por fin una vía de escape.

—Siempre —dijo, dando un paso hacia su hijo—. ¡Siempre os portáis como unos idiotas de mierda! ¡Mirad lo que habéis hecho!

Su marido corrió hacia ella e intentó calmarla.

—¡Mirad lo que habéis hecho! —gritó la mujer a su hijo.

Cayó en brazos de su marido.

—¡Que Dios nos ayude! —gimió, y cayó sin fuerzas al suelo.

Inmediatamente, Hallur y Ágúst fueron trasladados para interrogarles, y esa misma noche quedaron bajo la responsabilidad de la Agencia de Protección de Menores de Reikiavik. Los padres de ambos fueron interrogados y al mismo tiempo se pidió que se les pusiera en prisión preventiva. Se acusaron unos a otros de la idea de encubrir a sus hijos, y tanto ellos como los jóvenes discrepaban sobre quién había clavado el cuchillo. Tras tres días de interrogatorio, Hallur reconoció la culpa. Poco a poco pudieron ir formándose una imagen de cómo se llegó a la muerte de Elías.

Todos los chicos habían mentido a la policía. Hallur vio a Anton con el cuchillo que había robado Doddi y, a cambio, le ofreció un videojuego nuevo. Se reunieron los cuatro en casa de Anton, quien probó el juego que le había llevado Hallur. Estuvieron un rato discutiendo el asunto pero no llegaron a decidir nada. Þorvaldur y Anton confesaron haber rayado el coche de Kjartan la mañana del día en que se produjo el ataque a Elías, y decidieron que tenían que librarse del cuchillo. Vieron a Hallur en el patio del colegio y se lo regalaron.

Hallur había quedado con Ágúst al salir de clase. Estaban felices y contentos. Se fueron a un supermercado y se dedicaron a robar CD y golosinas. Lo hacían a veces, aunque sus padres les daban una paga. Era distinto. La emoción, dijo Ágúst, sin entrar en más detalles. Estaban un poco acelerados cuando salieron de la tienda y vieron a Elías con su gran cartera escolar a la espalda y el plumón echado sobre los hombros.

Quizá les llamó la atención porque era de piel morena. Quizás eso no tenía importancia. Durante el interrogatorio, Ágúst dijo que habrían hecho lo mismo si se hubiera tratado de un chico blanco. Hallur se encogió de hombros. No supo responder a la misma pregunta. No podía explicar en qué estado se encontraban. Acelerados, eso estaba claro. No conocían al chico al que estuvieron mirando. No sabían que se llamaba Elías. Hallur, el que iba a su colegio, no recordaba haberle visto. No tenían motivo alguno para atacarle. Nunca habían tenido problemas con Elías. Nunca les había hecho nada.

Estaban lanzados.

Se acercaron a Elías en el punto más estrecho del camino peatonal que llevaba al colegio y donde los arbustos eran más altos. Había empezado a oscurecer y hacía frío, pero ellos estaban sobreexcitados y acalorados. Le preguntaron cómo se llamaba, si tenía dinero y qué hacía en Islandia.

Elías dijo que no llevaba dinero. Intentó zafarse, pero Ágúst le sujetó. Hallur sacó el cuchillo para asustarle. No tenían intención de hacerle nada. Solo se estaban divirtiendo. Hallur le amenazó con el cuchillo. Se dedicó a blandido delante de la cara de Elías.

Elías luchó con más fuerza al ver el cuchillo. Empezó a gritar pidiendo auxilio. Ágúst le tapó la boca. Elías luchaba con todas sus fuerzas. Ágúst gritó a Hallur que

iba a soltarle, cuando Elías le mordió la mano y le hizo tanto daño que soltó un grito.

Hallur agarró el chaquetón de Elías y, antes de darse cuenta, le había clavado el cuchillo. Elías dejó de luchar. Dejó de gritar, se echó las manos al vientre y cayó al suelo.

Hallur y Ágúst se miraron. Y entonces echaron a correr por el sendero, rehaciendo el camino que les había llevado hasta allí.

Cogieron el autobús y se fueron a casa de Ágúst. No sabían qué hacer. El padre de Ágúst estaba en casa y, sin dudarlo un momento, le contaron lo que había sucedido. Hallur tenía las manos llenas de sangre. Había tirado el cuchillo por el camino. Dijeron que habían apuñalado a un chico en el sendero que había al lado del colegio. No tenían intención de hacerlo. Fue un accidente. Nunca pensaron hacerle nada malo al chico. Pasó así, ellos no quisieron hacerlo. El padre les miró completamente desconcertado.

La madre de Ágúst llegó a casa en ese momento e inmediatamente vio que había sucedido algo grave. Cuando supo lo que los chicos habían hecho, su primera intención fue llamar a la policía. Su marido titubeó.

—¿Os ha visto alguien? —preguntó a los chicos.

Estos sacudieron la cabeza.

—No, nadie —dijo Hallur.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Dónde está el cuchillo?

Hallur se lo explicó.

—Esperad aquí —dijo el padre de Ágúst—. No hagáis nada hasta que vuelva.

—¿Qué vas a hacer? —dijo su mujer con un hondo suspiro.

La llevó aparte para que los chicos no pudieran oírles.

—Piénsalo —le dijo—. Piensa en el futuro de los chicos mientras estoy fuera. Llama a mi hermana. Dile que venga y que traiga a Dori.

Y salió. Volvió tres cuartos de hora más tarde con el cuchillo. Dijo que el chico no estaba en el camino. Respiraron aliviados. A lo mejor estaba bien.

En ese momento llegaron los padres de Hallur y les contaron lo que había pasado. Les fue difícil creer lo que estaban oyendo, pero vieron la cara de los chicos y se dieron cuenta de la desesperación de los padres de Ágúst ante algo que nunca habrían sido capaces de imaginar. Miraron a su hijo. De pronto supieron que era cierto. Había sucedido lo incomprensible, lo espantoso, y nada volvería a ser como antes. Jamás.

—No queríamos hacerlo —dijo Hallur.

—Sucedió así, sin más —añadió Ágúst.

No tenían más argumentos.

—¿Entonces no fue Ágúst quien le clavó el cuchillo? —preguntó su madre.

—Estaban los dos juntos —dijo el padre de Hallur con determinación—. Tu hijo le ayudó.

—Fue tu hijo quien le clavó el cuchillo.

Empezaron a discutir. Los chicos se limitaron a escuchar. La madre de Hallur y el padre de Ágúst, que eran hermanos, consiguieron calmar a sus parejas. El padre de Ágúst propuso, por el momento, no ir a la policía.

Volvieron a discutir. Al final, los padres de los dos chicos fueron a buscar a Elías. Como ya no estaba en el sendero, quizás estuviera bien. Mientras recorrían el barrio en el coche, vieron coches de policía delante de uno de los bloques. Pasaron despacio por delante y observaron que en el patio había varios policías, así como diversos coches patrulla con las luces encendidas que iluminaban intermitentemente las casas vecinas en la oscuridad del brevísimo día de invierno.

Se fueron.

Esperaron las noticias de la radio en casa de Ágúst, debatiéndose entre la esperanza y el temor. Oyeron entonces que habían encontrado muerto a Elías. La policía no quería dar más detalles. Se decía que la agresión no había tenido un objetivo claro y que seguramente estaba relacionada con problemas raciales. No se sabía quiénes podían estar detrás de la agresión. Aún no habían aparecido testigos del suceso.

Al final acordaron esperar. El padre de Hallur se ocuparía del cuchillo. Por el momento, los dos primos dejarían de verse. Se comportarían como si no hubiera pasado nada. El daño estaba hecho. Sus chicos habían causado la muerte de otro chico. Pero se trataba de un accidente, no de un crimen propiamente dicho. Todo empezó como una broma inocente. Nunca tuvieron intención de causar daño al muchacho. Naturalmente, nunca podrían olvidar lo sucedido, pero tenían que pensar en el futuro de sus hijos. Al menos de momento. Luego, ya se vería.

Erlendur participó en el interrogatorio de la madre de Ágúst. Había recibido asistencia psicológica después de la detención, y estaba tomando tranquilizantes.

—Naturalmente, nunca debimos hacer eso —dijo—. No pensábamos en nosotros. Pensábamos en los chicos.

—Claro que pensabais en vosotros —dijo Erlendur.

—No —repuso ella—. No es así.

—¿Realmente creíais que seríais capaces de vivir con esta carga en la conciencia? —preguntó Erlendur.

—Nunca —dijo ella—. Yo no. Yo...

—Tú llamaste —dijo Erlendur—. Claro, eras el eslabón más débil.

—No puedo explicarlo —dijo, se movía adelante y atrás en la silla—. Estuve a punto de suicidarme. Aquello era un error. Desde entonces, cada minuto de mi vida he pensado en ese pobre niño y en su familia. Aquello fue un error, una inmoralidad, pero...

Se calló.

—Sé que no debimos hacerlo. Sé que era un error e intenté decírtelo. Tú... tu reacción fue muy extraña.

—Lo sé —dijo Erlendur—. Pensé que eras otra mujer.

—Les creímos cuando dijeron que había sido un accidente. Esas cosas pueden pasar. No habríamos podido hacerlo de otra forma. Nunca debimos ocultar el crimen. Mi marido dijo que todos los padres y madres comprenderían lo que estábamos haciendo. Que comprenderían nuestra reacción.

—No creo —dijo Erlendur—. Queríais que esto desapareciese, que se evaporase como si no tuviera nada que ver con vosotros. A un crimen horrendo habéis sumado la deshonra.

Cuando todo concluyó, confesaron y el caso estaba cerrado, Erlendur se sentó a hablar con Hallur en la sala de interrogatorios del centro donde había pasado a manos de la Agencia de Protección de Menores. Hablaron largo y tendido sobre aquel suceso hasta que Erlendur le preguntó por qué habían decidido atacar a Elías. Por qué se les había ocurrido aquella idea.

—Por nada —respondió Hallur.

—¿Por nada?

—Estaba allí.

—¿Es el único motivo?

—No teníamos nada que hacer.

Erlendur llevaba la urna en las manos. Era una simple urna de cerámica pintada de verde con una bonita tapa. Se la habían entregado metida en una caja de cartón. Contenía las cenizas de Marion Briem. Miró la pequeña fosa antes de inclinarse y meter la urna en ella. El sacerdote le miró e hizo la señal de la cruz. Ese gélido día de finales de enero estaban ellos dos solos en el cementerio.

La nieve, que se había acumulado la tormentosa noche del ataque de Nirán a Kjartan, se había empezado a derretir, pues hubo dos días seguidos de lluvia. Después volvió a hacer mucho frío, volvió a helarse el suelo y llegó un vendaval desde el norte.

Erlendur estaba al lado de la fosa, aguantando aquel horrible frío, intentando encontrar el sentido de todo aquello, de la vida y de la muerte. Como siempre, no encontraba respuesta. No existían respuestas definitivas para la soledad de la vida entera que ahora yacía en aquella urna. Ni para la muerte de su hermano, después de tantos años. Tampoco existía nada que justificara que Erlendur fuera como era ni por qué Elías había muerto de una puñalada. La vida era un amasijo de casualidades sin propósito, y esas casualidades regían los destinos de los hombres, igual que una tempestad que se desata de repente y causa destrucción y muerte.

Erlendur pensó en Marion Briem y en su historia común, que ahora había terminado. Sintió nostalgia y remordimientos. Hasta aquel momento, mientras sostenía la urna entre las manos, no se había dado cuenta de que ya había terminado. Pensó en su relación y en sus experiencias compartidas, en una historia que era parte de él y a la que no quería ni podía renunciar. Esa historia era él mismo.

Antes de ir al cementerio, Erlendur fue a ver a Andrés e intentó que le dijera algo más sobre su padrastro. Andrés seguía decidido a no hablar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Erlendur.

—No sé si haré algo —dijo Andrés.

Estaba en la puerta de su casa, mirando a Erlendur con tristeza.

—¿Qué pensáis hacer vosotros? —preguntó.

—No tenemos motivo alguno para hacer nada, a menos que tú lo solicites —dijo Erlendur—. No tenemos nada contra él. No sabemos nada sobre ese hombre. ¿Por qué no quieres decirme dónde vive, si lo sabes?

—¿Para qué? —dijo Andrés.

Erlendur le miró en silencio.

—¿Hablabas de ti cuando dijiste que había asesinado a alguien? —preguntó.

Andrés no le respondió.

—¿Fuiste tú el asesinado?

Andrés asintió en silencio.

—¿Piensas hacer algo? —preguntó Erlendur.

Andrés miró a Erlendur durante un rato y no le respondió; se limitó a cerrar la

puerta.

Kjartan sobrevivió a la agresión. Tuvo una hemorragia considerable y durante un tiempo se temió por su vida. Unos milímetros impidieron que la cuchillada alcanzase el corazón. La rápida reacción de los policías permitió que recibiera atención médica antes de que fuera demasiado tarde. Niran estaba a cargo de la Agencia de Protección de Menores. Pensaba que Kjartan había matado a su hermano y, al pasar los días, se le metió en la cabeza la idea de vengarse. Había hablado de venganza con Jóhann, quien intentó disuadirle, pero sin éxito. Niran le había dicho a su madre que le habían amenazado, pero no quiso decir quién lo había hecho. Kjartan estaba ciego de furia y convencido de que Niran había participado en la gamberrada del coche, y dijo que le mataría. Sunee temió por Niran y el único recurso que encontró fue pedirle a Jóhann que se ocupara de él durante unos días.

Tras el entierro de Elías, Erlendur fue a casa de Sunee. Se sentaron en la habitación de los chicos. Virote también estaba y les sirvió té. Elínborg le acompañaba en la cocina y le hablaba de la ceremonia. Óðinn y su familia habían acompañado a la familia de Sunee, que llegó desde Tailandia para asistir al funeral de Elías. Su cadáver fue incinerado y entregaron las cenizas a Sunee en una urna.

—No has llorado —dijo Erlendur. Guðný estaba con ellos y tradujo sus palabras.

—Ya he llorado suficiente —dijo.

Guðný miró a Erlendur y tradujo sus palabras al islandés.

—No quiero entristecerle demasiado —dijo Sunee—. Le resultaría más difícil llegar al cielo. Sería más difícil si tuviera que nadar entre mis lágrimas.

Hablaron del futuro. Niran quería regresar a Tailandia, y dijo que lo haría en cuanto cumpliera su sentencia. Pero ella prefería que continuara en Islandia. También su hermano. Y luego estaba Jóhann. Sunee dijo que era un buen hombre. Al principio él tuvo sus dudas antes de hacer pública la relación con ella porque era de Tailandia. Aquello era nuevo para él y no estaba seguro de cómo se lo tomaría su familia, de modo que quería andar con cuidado. Ahora, todo eso era historia.

Erlendur le habló a Sunee de los dos chicos que andaban por ahí después del colegio con un cuchillo, y de que Elías tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino y de que le agredieran sin motivo. Solo querían burlarse de él, asustarle.

—Esos idiotas son impredecibles —dijo—. Elías tuvo la mala suerte de toparse con ellos.

Sunee no mostró ninguna reacción. Escuchaba a Erlendur mientras este le explicaba por qué había perdido a su hijo, y su rostro mostraba una total incredulidad.

—¿Por qué Elías?

—Porque estaba allí —dijo Erlendur—. Por nada más.

Estuvieron hablando largo rato hasta que Erlendur le preguntó por la frase que había encontrado en el cuaderno de Elías, sobre los árboles y el bosque. Si sabía en

qué podía haber estado pensando al preguntar cuántos árboles hacían falta para tener un bosque.

Sunee no sabía a qué podía referirse. El cuaderno estaba sobre la mesa y Erlendur le enseñó lo que Elías había escrito. «¿Cuántos árboles hacen falta para tener un bosque?».

Sunee sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—Le llamamos Aran, en tailandés —dijo.

—Sí, Guðný me lo dijo. ¿Qué significa *Aran*?

—Bosque —dijo Sunee—. *Aran* es bosque.

Erlendur hizo la señal de la cruz sobre la tumba de Marion Briem. Luego se volvió hacia el viento que le mordía el rostro, le tiraba del pelo y se le metía entre la ropa. Pensó en su casa, en sus libros sobre muerte y sufrimiento durante las implacables inclemencias invernales. Eran historias que comprendía y que mantenían encendidas en su pecho las brasas de antiguos sentimientos, remordimientos, pena y pérdida. Inclino la cabeza. Como tantas otras veces en aquellos oscurísimos días del año, pensó en cómo la gente pudo sobrevivir en el campo durante cientos de años en medio de una naturaleza tan hostil.

El frío gélido empeoró aún más al acercarse la noche. Lo azuzaba el frío viento polar que llegaba desde el norte, atravesando el océano y, desde el sur, atravesando los páramos congelados. Descendía desde el páramo de Skardsheidi, avanzaba bordeando el monte Esja y corría azotando las tierras bajas, donde se extendía la ciudad, una titilante ciudad invernal en las costas más septentrionales del mundo. El viento silbaba y aullaba entre las casas y por las calles desiertas. La ciudad se tumbaba a descansar. Era como si acechase una plaga. La gente no salía de casa. Cerraban las puertas con llave, cerraban las ventanas y corrían las cortinas, con la esperanza de que aquella oleada glacial pasara deprisa.



ARNALDUR INDRIDASON (Reikiavik, Islandia, 28-01-1961). Escritor islandés, hijo del también escritor Indriði G. Þorsteinsson.

Licenciado en historia, es periodista, crítico de cine y autor de novela negra. Ha trabajado, durante veinte años, principalmente para Morgunbladid, el diario más importante de Islandia. Vive con su mujer y sus tres hijos en Reikiavik. Sus novelas policíacas han sido publicadas en doce idiomas y más de veinte países.

Se hizo famoso al crear en 1997 al inspector islandés Erlendur Sveinsson, un hombre obsesionado por el pasado y la sombra de su hermano, un niño que desapareció. Solitario y deprimido, tiene una hija drogadicta a la que sólo habla cuando no puede escucharle. La investigación criminal en sus novelas suele ser un pretexto para resolver un enigma del pasado, y en ellas el lirismo cumple un papel importante. Los autores que le han influido más son dos escritores suecos de los años sesenta, Maj Sjöwall y Per Wahlöö, que escribieron las aventuras del inspector Martin Beck.

Logró The Gold Dagger Award, el premio más importante de novela negra en el mundo anglosajón por *La mujer de verde* (*Silencio Sepulcral*), así como el Glasnyckeln (Glass Key o Llave de cristal) a la mejor novela negra nórdica con *La mujer de verde*, y por *Las marismas*. Además ha recibido el Premio de la Crítica Francesa a la mejor novela negra por *Las marismas*.

Notas

[1] En esa época del año solo es de día unas dos horas en la latitud de Reikiavik. Tampoco llega a ser lo que llamamos «pleno día», sino poco más que una penumbra clara. A principios de verano es al revés: dos horas de noche clara. (*N. del t.*) <<

[2] Edda Bra es un nombre posible pero muy poco corriente. *Edda*, más habitual, es el nombre de una colección de antiguos poemas nórdicos. *Bra* significa propiamente «ceja», pero en los poemas de la *Edda* se usaba poéticamente para «ojo» (de mujer), «mujer» y para la «espuma rizada en lo alto de las olas». (N. del t.) <<

[3] Las guías de teléfonos y demás documentos oficiales se alfabetizan en islandés por el nombre de pila, no por el patronímico. (*N. del t.*) <<